CELESTE BRADLEY

El duque más deseado

CISNE

Celeste Bradley

El duque más deseado

Dedico este libro a mi hermana, Cindy. A través de la vida, los amores, los hijos y los

jardines siempre has estado ahí. Te quiero.

ÍNDICE

Agradecimientos 4
Prólogo 5
Capítulo 1 8
Capítulo 2 15
Capítulo 3 23
Capítulo 4 30
Capítulo 5 35
Capítulo 6 42
Capítulo 7 49
Capítulo 8 57
Capítulo 9 63

Capítulo 10 70
Capítulo 11 76
Capítulo 12 80
Capítulo 13 86
Capítulo 14 90
Capítulo 15 95
Capítulo 16 100
Capítulo 17 105
Capítulo 18 113
Capítulo 19 119
Capítulo

Capítulo 20 124
Capítulo 21 127
Capítulo 22 133
Capítulo 23 140
Capítulo 24 145
Capítulo 25 152
Capítulo 26 159
Capítulo 27 166
Capítulo 28 169
Capítulo 29 174
Capítulo 30 177

Capítulo 31 187
Capítulo 32 191
Capítulo 33 198
Capítulo 34 204
Epílogo 211
RESEÑA BIBLIOGRÁFICA 214

Agradecimientos

Me gustaría agradecer la fortaleza y la paciencia más allá del deber de mi maravillosa editora y amiga, Monique Patterson. Perdóname por todo el estrés, cariño. También querría dar las gracias a mi secretaria, Darbi Gill, por empujar mientras Monique tiraba de mí. No sé cómo, pero Pooh consiguió salir por la puerta de Conejo.

Prólogo

Érase una vez, un bonito día de primavera en la campiña inglesa, en el que tres niñas jugaban unas junto a otras< Eran primas y futuras rivales.

La mayor, Sophie, observaba un insecto que atravesaba lentamente el camino; se había puesto en cuclillas con tanta torpeza que arrastraba el borde del vestido por el barro. La mediana, Phoebe, dulce y espontánea, perseguía una mariposa. La más joven, Deirdre, ya entonces una

niña asombrosamente bonita, cogió el insecto de Sophie y se lo comió, sin hacer ningún caso de los gritos de protesta de su prima.

Sus madres, la de Sophie, una viuda frustrada y resentida, la de Phoebe, esposa de un vicario, bondadosa pero agotada por el trabajo, y la de Deirdre, una belleza etérea y enfermiza, las observaban, sentadas a la sombra sobre la manta que habían usado para la merienda.

La madre de Sophie, prima de las otras dos, que eran hermanas, dio un manotazo, irritada, a algo con demasiadas patas que le subía

por la falda.

—Qué idea tan repugnante —masculló entre dientes—. Aborrezco comer al aire libre.

La madre de Phoebe, la única cuyas manos mostraban el desgaste del auténtico trabajo, cogió suavemente a la ofensiva criatura y la dejó libre en la hierba. Sonrió al ver a su hija jugando tan alegremente.

—Con insectos o sin ellos, creo que es una delicia simplemente poder sentarse.

La madre de Deirdre se abanicó las pálidas mejillas y también sonrió.

—No salgo lo suficiente estos días. Y es muy agradable ver jugar a las niñas juntas.

La madre de Sophie se quedó mirando a su hija unos momentos y luego dejó reposar la mirada en las preciosas hijas de sus primas. Nadie había dicho nada hasta entonces, pero era evidente que Sophie no iba a ser la más bella de las tres.

Tampoco nadie había mencionado el fideicomiso Pickering. Sin embargo, ¿cómo podían no estar pensando, incluso en ese momento, que sus hijas tenían una posibilidad de triunfar

allí donde ellas habían fracasado tan lamentablemente?

Bueno, una de las hermanas se había casado con un hombre bastante rico, aunque no era un duque, ni por asomo. ¡Y la otra se había conformado con un vicario! Ella misma no lo había hecho mucho mejor, porque aunque su difunto esposo la había dejado bastante bien establecida, siempre que vigilara los gastos, no había alcanzado un estatus más alto en la vida que el que tenía al empezar.

No, le tocaba a la siguiente generación. La madre de Sophie frunció el ceño, mirando las

huesudas rodillas y los torpes movimientos de su hija. ¡Incluso había heredado la nariz de los Pickering!

¿Era esa la clase de joven que podía desear un duque?

Yo, sir Hamish Pickering, en plena posesión de mis facultades mentales, pero con un cuerpo enfermo, escribo mis últimas voluntades y testamento.

He llegado a lo más alto que puede llegar un hombre común, pese a tener el doble de cerebro, sabiduría y fortaleza que la holgazana aristocracia. Sin embargo, una mujer puede aspirar a una boda tan buena como su aspecto le permita, incluso hasta ser duquesa.

En esto, mis propias hijas me han fallado miserablemente. Morag y Finella, he gastado dinero en vosotras para que pudierais conseguir una buena boda, pero no erais lo bastante listas. Esperabais que os sirvieran el mundo en bandeja. Si cualquier mujer de esta familia quiere otro penique más de mi dinero, será mejor que se ponga manos a la obra para ganárselo.

Por lo tanto, determino que toda mi fortuna quede fuera del alcance de mis inútiles hijas y se conserve en fideicomiso para la nieta o la biznieta que se despose con un duque de Inglaterra o con un heredero de dicho título, en cuyo momento el fideicomiso le será entregado a ella y solo a ella.

Si tiene hermanas o primas

que fracasen en ese empeño, recibirán, cada una, una renta vitalicia de quince libras al año. Si tiene hermanos o primos, aunque la familia tiende a engendrar hijas, lo cual es una verdadera lástima, recibirán cinco libras cada uno, porque eso es todo lo que yo tenía en el bolsillo cuando llegué a Londres. Cualquier escocés digno de ese nombre puede convertir cinco libras en quinientas en unos pocos años.

A cada muchacha le será entregada una suma fija cuando haga su debut en sociedad, para vestidos y demás.

En caso de que tres generaciones de chicas Pickering no lo consiguieran, me desentiendo de todas vosotras. Las quince mil

libras en su totalidad serán para pagar las multas y aliviar las penurias de los que desafían al recaudador de impuestos para exportar ese espléndido whisky escocés que ha sido mi único solaz en esta familia de imbéciles. Si vuestra pobre y santa madre os viera ahora…

Firmado:
SIR HAMISH PICKERING

Testigos:
B. R. STICKLEY, A. M. WOLFE
Del bufete de abogados Stickley & Wolfe

Pasaron casi veinte años antes de que tres jóvenes, acompañadas por la madrastra de Deirdre, se instalaran en Londres para debutar

en sociedad.

Al principio, parecía que la bonita y dulce Phoebe sería la que se llevaría a alguien que era casi un duque, pero lo que hizo fue fugarse con el bribón de su hermanastro; Deirdre, bella y terca, se hizo con el posible duque, y se casaron al cabo de pocas semanas.

Puede que Deirdre amara a su reciente esposo desesperadamente, pero él no estaba ni mucho menos tan complacido con ella. Por fortuna, cuando ella se negó a hacer de madre de Meggie, la hija de él, que crecía sin ningún control, saltaron chispas< unas chispas que

crecieron hasta convertirse en llamas al rojo vivo.

Con el apuesto lord de Deirdre a punto de heredar el título de duque de Brookmoor, todos dieron por sentado que era solo cuestión de tiempo que la joven recibiera una enorme cantidad de dinero, un dinero que no necesitaba especialmente.

Sophie, alta, nada atractiva y socialmente torpe, nunca había alimentado ninguna esperanza de obtener la herencia para ella. Bien mirado, la reservada Sophie ni siquiera conocía a duque alguno.

Capítulo 1

Inglaterra, 1815

Si alguien le hubiera dicho a Sophie Blake, un año antes, que aquella noche estaría echada sobre la alfombra, delante del fuego, con uno de los más apuestos y deseables hombres de Londres, se le habría reído a la cara.

Pero allí estaba, estirada perezosamente ante la chimenea, mirando afectuosamente a lord Graham Cavendish, alto y muy atractivo, mientras él le pasaba unos dedos largos y hábiles por la

palma sensible y desnuda de su mano< —¡Ay! —Sophie apartó la mano bruscamente.

—¡Lo tengo! —Graham levantó los dedos juntos, muy alto, con aire triunfal. Luego bajó la mano, se la acercó a la cara y observó atentamente su botín con sus maravillosos ojos verdes—. ¿Cristal azul? ¿Cómo demonios has conseguido clavarte un trozo de cristal azul en la mano?

Para Sophie, la cuestión no era tanto cómo había ocurrido, sino por qué ella no brillaba como si fuera una vidriera de colores después de veintisiete años

haciendo añicos objetos delicados y valiosos, debido a su torpeza. Se limitó a encogerse de hombros, con aire inocente, mirando a Graham.

—No tengo ni la más remota idea. Pero gracias. Me molestaba mucho.

Él inclinó la cabeza, con aire burlón.

—Todo sea por la buena obra del día. —Luego se apartó del fuego, adonde la había llevado para disfrutar de más luz.

Estaban en el saloncito de entrada de una casa alquilada en Primrose Street, junto al elegante barrio de Mayfair, aunque un poco

apartado de él. Sophie no había tenido nada que ver con la elección de la casa, pero le habría gustado bastante de no ser porque su carabina, lady Tessa, también residía allí.

No era que la insidiosa e insultante Tessa dedicara mucho tiempo a ejercer como correspondía de carabina de Sophie, afortunadamente, porque se aburría con facilidad y recurría a sus amantes para conseguir su atención durante semanas seguidas.

Tessa creía que Sophie había ido a Londres a encontrar marido

—más concretamente, a competir con sus primas más bonitas por los pocos duques solteros que había en la buena sociedad y hacerse con la fortuna Pickering—, así que quizá abandonar a Sophie a una vida solitaria, sin el beneficio de alguien que la acompañara a los muchos espectáculos y bailes a los que tenía todo el derecho de asistir, fuera una táctica sutil.

Lo que ni Tessa ni nadie más sabía era que Sophie nunca había tenido ninguna intención de tratar de conseguir la fortuna; en realidad, ni siquiera pensaba en buscar un hombre al que hacer suyo. Había

tenido y aprovechado la oportunidad de escapar de la pesada monotonía de su vida en Acton casi antes de que ella misma se diera cuenta de lo que estaba haciendo.

Cuando llegó la carta de Tessa, anunciando sus planes de llevar a las tres primas a Londres para que intentaran ganar la fortuna de Pickering, Sophie tardó menos de una hora en hacer el equipaje, y se marchó aquel mismo día, sin decirle una palabra a nadie.

Allí, en Londres, sin permiso ni propósito, libre por primera vez en su vida para hacer lo que le

pareciera bien, sin ser meramente la poco valorada sierva de una mujer quejica y exigente que no la tenía en ninguna estima, Sophie no le contó a nadie su auténtica misión.

Quería divertirse. Como era de esperar, lo que le divertía a Sophie no era lo que gustaba a todo el mundo, pero ella disfrutaba siendo libre, por fin, para dedicarse a sus propios intereses y a sus propios placeres< ¡Leer durante horas, sin interrupciones! ¡Cielos! Y hablar con gente nueva e interesante.

Para ser sincera, todavía no era muy hábil en esto último, pero

tenía toda la intención de mejorar, algún día, cuando no hubiera nada frágil a la vista, y de ver algo del mundo antes de tener que volver a su vida de deprimente servidumbre. A Sophie, la mezquina malevolencia de Tessa le resultaba muy conveniente.

Cuando las primas de Sophie, Phoebe y Deirdre, no se habían casado todavía, las tres pasaban muchas horas agradables evitando la venenosa compañía de Tessa, pero ahora, con sus primas fuera de Londres con sus recientes maridos, Sophie no tenía a nadie.

Excepto a Graham.

Desde luego, Graham tenía su propia casa en Londres; por lo menos, su padre, el duque de Edencourt, la tenía. Por supuesto, era mucho más grande y opulenta que aquella sencilla vivienda. Sin embargo, Graham la evitaba todo lo que podía. Lo que contaba de sus tres hermanos mayores hacía que Sophie se alegrara mucho de ser hija única.

Y el tiempo que Graham pasaba con ella hacía que se alegrara mucho más de su voluntaria soledad. Nunca le hacía sentirse incómoda por su gran estatura —porque él la

sobrepasaba con creces— ni tampoco se burlaba de ella por no ir a la moda ni por su inclinación hacia actividades académicas. Y si lo hacía era solo de una manera afectuosa y relajada que denotaba que él, en realidad, aprobaba a Sophie.

Él también era muy inteligente, aunque raramente hacía el esfuerzo de mostrarlo, y su alegre despreocupación era un estupendo antídoto contra la reflexiva inclinación de ella.

Además, era un gran placer mirarlo. Era alto y delgado, pero de músculos firmes y unos hombros

más que suficientes para llenar su chaqueta de dandi de una forma muy atractiva.

Sus cabellos rubios se rizaban hacia atrás desde una frente alta, y unos ojos verde mar brillaban por encima de unos pómulos y una mandíbula esculpidos. Era muy decorativo, en realidad.

A Sophie le habría gustado poder ser agraciada. Era demasiado consciente de su pelo rojizo, no del todo rubio, de sus gafas y de la nariz que Tessa había dicho que era «la maldición Pickering», con una decidida curvatura donde no debería haber ninguna.

Observó a Graham mientras se sacudía diligentemente las rodillas de los pantalones. Y ya podía hacerlo, porque lady Tessa no solía tratar bien a sus sirvientes, ni con sus maneras ni con el sueldo y, por lo tanto, le pagaban con la misma moneda. Sophie había dejado de intentar mantener la casa limpia, salvo su propia habitación y ese saloncito, donde pasaba esas raras y preciosas horas con Graham.

En cualquier caso, las que él podía reservarle dentro de su ajetreado calendario de juego, juergas, mujeres y, en general, para hacer honor a su fama como el hijo

más joven y holgazán del duque de Edencourt. Como decía el propio Graham, con tres hermanos mayores, que se interponían entre él y el título, era su deber, prácticamente, desempeñar esas actividades.

—Bien mirado, alguien tiene que llevar la piel de la oveja negra. —Al decirlo, había suspirado melodramáticamente y luego sonreído—. Además, me sienta muy bien el negro.

Sophie, que seguía sentada en la alfombra, con las piernas, escandalosa e injustamente largas, recogidas debajo de ella, se frotó

distraída el punto dolorido de la palma de la mano y levantó la cabeza para mirar al hombre más inteligente, difícil y contradictorio que nunca había tenido el placer de conocer.

No es que hubiera conocido a muchos hombres. Hasta que llegó a Londres, se las había arreglado para que pasaran años sin hablar con nadie más que con la señora y las sirvientas —solo mujeres— de Acton Manor.

Había llegado a sentirse bastante cómoda con los dos hombres con que se habían casado sus primas. Por lo menos, no

empezaba a romper cosas cuando ellos estaban en la misma habitación. Sin embargo, no fue hasta que le presentaron a Graham cuando empezó, realmente, a conocer a un hombre de verdad.

Fue el propio Graham quien la tranquilizó. «No estoy en el mercado para ninguna esposa. ¡En absoluto! —le dijo—. Además, como soy muy apuesto, estoy totalmente fuera de su alcance. Así que, ya ve, igual podríamos ser amigos, porque no hay ni la más mínima posibilidad de que seamos nunca alguna otra cosa.»

Reconfortada por ello, y

conquistada por una mente que finalmente igualaba la suya, Sophie estaba bastante satisfecha con su amistad.

En general.

Graham era una compañía fantástica, cuando se acordaba de ir a verla. Era demasiado atractivo para su propio bien, con aquella mandíbula cincelada y —algo muy perjudicial para su reputación— una sonrisa pícara que hacía que todas las mujeres que conocía se lo perdonaran todo. Por adelantado.

Parecía que ella no era diferente del resto. Por el momento, él no había dado señales

de volver a su asiento en el sofá. Sophie conocía los síntomas.

Se estaba impacientando. Siempre pasaba lo mismo. Se cansaba de los juegos y las maquinaciones de la buena sociedad y entonces iba a buscarla. Ella veía cómo la tensión iba abandonando sus hombros y cómo su sonrisa pasaba de ser obligada a sincera.

A continuación, llegarían unas tardes doradas, luminosas, de conversación y cartas —él hacía trampas, pero la verdad era que también las hacía ella, solo que mejor—, y de unos chismorreos

escandalosos —de él, no de ella—, porque ella no conocía ningún chisme, salvo de lady Tessa, que era prima de Graham, así que no habría estado bien repetirlos.

Entonces, cuando ella empezaba a albergar esperanzas de que no volviera a suceder, él empezaba a ponerse nervioso, a desear acción y diversión. Por supuesto, ella no daba señales de lamentar que se fuera. La más ligera insinuación de que se estuviera apegando demasiado a él le haría salir huyendo, quizá para siempre.

Además, ella no estaba

apegada a él. En cualquier caso, no seriamente. ¿Cómo podía estarlo cuando él se encontraba tan lejos de su alcance? ¿Quién era ella sino una mujer que estaba en ese lugar de manera fraudulenta? Cuando se marchó de Acton, en mitad de la noche, sin decir palabra y llevándose el dinero que lady Tessa había enviado, obedeciendo el testamento de Pickering, lo único que sabía seguro era que se moriría si se quedaba allí por más tiempo.

No era nadie; únicamente una mujer demasiado poco atractiva para casarse y demasiado poco preparada para trabajar. Solo una

idiota se permitiría llegar a sentir demasiado afecto por un hombre al que nunca podría tener.

Sophie no era ninguna idiota. La fea y pobre Sophie, «Palo de escoba», sabía que esa temporada en Londres era un tiempo mágico robado, que los sueños se acababan al despertarse y que a algunas chicas más les valía no soñar en absoluto.

Así que le lanzó a Graham una mirada de cordial desdén. —Te vas a ver otra vez a esa babeante

amante tuya,
¿no?

«Muy bien. Suena como si no pudiera importarte menos.»

Él le echó una mirada reprobadora de soslayo, mientras se tiraba del chaleco para alisarlo.

—No deberías hablar de esas cosas. A lady Lilah Christie apenas se le cae la baba, y además solo en privado.

Sophie entrecerró los ojos. Lady Lilah Christie, loba social, de la que se decía que era una ávida estudiante de todo lo erótico y sensual, de una belleza clamorosa y viuda reciente, había estado

casada con el único hombre de Londres lo bastante rico para mantenerla y lo bastante esclavizado para cerrar los ojos a sus aventuras extramaritales.

No era posible que no se enterara de ellas, porque cada paso que daba Lilah —y ahora también Graham, su actual amante— era observado e implacablemente desmenuzado en letra impresa por los garabatos diarios de aquel omnipresente cuentacuentos: la *Voz de la Sociedad*.

Cada noche, Sophie se juraba que no haría caso de la página de chismes, y cada día corría a cogerla

antes de que desapareciera en la bandeja del desayuno que Tessa tomaba por la tarde.

Era de mal gusto, intrascendente e indigno de ella< pero era la única manera que tenía de tomar parte en la vida de Graham fuera de las paredes de aquella casa.

Claro, ella podía asistir a los mismos bailes y a los mismos espectáculos — porque, como prima de la nueva marquesa de Brookhaven, sería sin duda tolerada— y a veces lo hacía, cuando se veía obligada a ello a causa del sentido del deber, tardío

y poco entusiasta, de Tessa hacia su pupila.

Sin embargo, siendo como era una damita adecuadamente virginal, que se presentaba en su primera ¡y última! temporada en la sociedad londinense (Dios, ¿cómo iba a poder volver a Acton ahora?), Sophie no conocía el otro lado de la vida en la ciudad. Parecía que había otro mundo, el mundo de los infiernos del juego y de las amantes sensuales y de cualesquiera otras cosas que Graham hiciera todas esas horas en que no estaba con ella.

Así que Sophie esperaba a que

se cansara del ritmo frenético del submundo y se ocupaba de que el saloncito estuviera tan acogedor como fuera posible. Cuando podía, atesoraba esas tardes en que Graham se sentaba relajadamente en el sillón delante del fuego y le tomaba el pelo y le hacía reír con unas anécdotas escandalosas de sus hermanos, unos hombretones de pelo en pecho, y de su obsesión por la caza, o bien tocaba el piano con una distraída habilidad, ignorante de cómo el corazón de Sophie se elevaba con la música.

Graham fumaba el tabaco que ella compraba con un dinero que

había destinado a más libros y bebía el brandy que Sophie había robado de casa de su prima Deirdre, mientras esta y el marqués de Brookhaven estaban de viaje de luna de miel.

Si alguien hubiera hecho algún comentario sobre lo impropio que era que una joven pasara tantas horas sin vigilancia con alguien como el famoso, por malas razones, lord Graham Cavendish, Sophie habría respondido, cortante —si se trataba de una mujer, claro; en caso de ser un hombre, lo más probable era que se quedara paralizada de terror y luego

rompiera algo, con un gesto espasmódico— que Graham, al ser primo de lady Tessa, era prácticamente de la familia. Por lo tanto, esas ideas eran ridículas y quien las tuviera debería avergonzarse, etcétera, etcétera.

Era un discurso muy bien ensayado y muy extenso, pero dado que a nadie en todo el mundo le importaba un pimiento la virtud de una joven alta, nada atractiva y sin ninguna expectativa que no fuera la de acabar siendo una solterona instruida, Sophie no había tenido ocasión de usarlo.

Después de todo, no tenía un

futuro real que perder, y Graham, que no se tomaba nada ni a nadie en serio —incluyendo a Lilah, gracias fueran dadas a los dioses—, tampoco corría ningún riesgo. Su amistad clandestina no perjudicaba a nadie y los beneficiaba a los dos enormemente.

Por una única y breve temporada, Sophie estaba decidida a hacer precisamente lo que le apeteciera< y le apetecía explorar museos y bibliotecas y jugar con Graham.

Podría ser diferente si buscara marido en serio o si Graham

llegara a desear casarse y tener un heredero.

Por fortuna, no había ninguna razón que lo obligara a hacerlo, ya que sus hermanos tenían la intención de procrear con frecuencia y bien, tan pronto como hubieran dado muerte a un último elefante, hubieran cazado un último rinoceronte, abatido un tigre m{s< Bueno, en cualquier caso, no había, una sola razón para que las cosas no continuaran, para siempre, precisamente tal como estaban.

Después de dejar a Sophie, que se acostaba temprano, en Primrose

Street, lord Graham Cavendish entró silbando en Eden House, la casa en Londres del duque de Edencourt.

El nombre de Edencourt era antiguo y venerable y sus propiedades vastas, y en un tiempo habían sido hermosas, pero las últimas generaciones no habían conseguido mantener su prestigio de buen gusto y contención. Ahora el nombre de Edencourt equivalía a una conducta chabacana y grosera y a una predisposición a morir a causa del licor o las armas; a veces, de ambas cosas.

La casa en sí nunca cambiaba,

a menos que fuera para ganar unos cuantos desdichados trofeos más en sus atestadas paredes; así que hacía ya mucho tiempo que Graham había dejado de prestar atención a las deterioradas condiciones y al mobiliario que había sido elegante generaciones atrás, pero que ahora padecía y mucho por el rudo uso al que lo sometían sus actuales residentes.

Los suelos de mármol lleno de rozaduras imposibles de pulir, y los oscuros paneles y molduras de madera mostraban las huellas de las cosas que habían tirado o arrastrado contra ellos, dañando su

acabado. Las alfombras estaban gastadas por las pesadas botas y los sofás se hallaban sin muelles debido a los muchos años de tener que soportar a unos enormes patanes holgazanes que raramente se molestaban en sentarse erguidos.

Graham, cegado por años de familiaridad, se limitaba a entrar y salir de la casa y a tratar de no tropezarse con sus hermanos. Esta noche, si se cambiaba lo bastante rápido, podría estar en las mesas de juego en menos de una hora. Con todo, tal como era su costumbre, se detuvo en la entrada

y escuchó atentamente unos momentos.

No oyó risotadas. No le llegó ningún olor a apestosas nubes de tabaco. No percibió los ruidos de cuerpos luchando y haciendo astillas lo que quedaba del mobiliario.

No, la casa estaba completamente vacía, excepto por el esquelético cuerpo de sirvientes que todavía quedaban. Ah, sí, su familia seguía lejos, muy lejos.

Gracias a Dios.

El mayordomo de su padre acudió a recoger el sombrero y los guantes de Graham. Este le sonrió.

—Los fanfarrones siguen ausentes, ¿eh, Nichols?

Después de cuarenta años de servicio, Nichols seguía siendo el hombre del duque, y continuaría así para toda la eternidad. Su expresión, habitualmente altiva, se agrió más todavía al oír las impías palabras de Graham.

—Buenas noches, lord Graham. Su excelencia y sus hermanos mayores no han avisado sobre su regreso de la caza en África. No obstante, hay un tal señor Abbott esperándolo en el estudio de su excelencia.

Graham parpadeó.

—¿A mí? ¿Para qué?

—En efecto, señor. —Nichols parecía no poder siquiera imaginar por qué alguien querría hablar con Graham. En ninguna ocasión. Graham no lo culpaba por ello, porque el sirviente solo copiaba la actitud del amo. Su propio padre no le había dicho más de media docena de palabras en todo el año.

A regañadientes, fue al estudio de su padre, espléndidamente masculino. Era una estancia lúgubre se mirara como se mirase, porque todas las paredes exhibían una colección de animales salvajes muertos, disecados, con ojos de

cristal.

Durante el día, la habitación era deprimente. Por la noche, Graham volvía a su infancia, cuando nada salvo la amenaza de la dura mano de su padre podía conseguir que pusiera los pies en aquella estancia oscura, iluminada por la luz del fuego y llena de miradas vengativas que reflejaban las llamas del odio que él imaginaba en sus ojos.

Incluso en ese momento, siendo un hombre hecho y derecho, vaciló delante de la puerta; luego respiró hondo y la abrió, sonriendo al hombre joven,

con pinta de estar exhausto, que lo esperaba. Bien mirado, el duque no estaba allí; no había ninguna necesidad de prepararse para lo peor.

No podía estar más equivocado.

Capítulo 2

El relato fue así<

En los márgenes del *veldt*, en el oscuro continente de África, el hombre es una criatura blanda y frágil, fuera de lugar en un entorno duro y salvaje. Los hombres inteligentes actuaban con cautela y, por lo general, vivían. Los hombres estúpidos, en cambio, solían morir. De mala manera.

En un campamento de caza del país africano de Kenia, un médico bronceado por el sol levantó el faldón de lona de la tienda más

grande y salió, abatido, al círculo de luz creado por un enorme fuego central y varias antorchas.

Tres musculosos hombretones ingleses lo esperaban fuera.

—¿Cómo está el duque?

—¿Vivirá?

—¡Maldita sea su estampa! ¡Hable de una vez, hombre!

El doctor suspiró, mientras acababa de erguirse.

—Siento decirles que las heridas sufridas por su excelencia cuando lo pisoteó el elefante eran demasiado graves. Ha fallecido.

Después de un momento de un silencio de estupefacción —y fue

un momento largo, porque los tres hijos mayores del duque de Edencourt no eran precisamente rápidos de entendimiento—, uno de los más jóvenes miró al mayor, intimidado.

—Ahora tú eres el duque.

El mayor, pero lamentablemente también el menos inteligente de los hermanos, se irguió poco a poco hasta alcanzar su máxima estatura.

—Ahora soy el duque. Asumiré la propiedad y el título, pero no antes de haber vengado a mi padre y destruido a ese elefante asesino. —Alzó el puño al aire—.

¡Ese elefante macho debe morir!

El segundo hermano, solo un poco menos estúpido y casi igual de borracho, asintió enfáticamente.

—¡Será una lucha a muerte!

El guía keniata, un hombre experto en la sabana, intervino para tratar de evitar la catástrofe.

—Su excelencia, señores, ese elefante es muy peligroso. Deberíamos huir de este territorio y llevar el cuerpo de su padre de vuelta<

—¿Huir? —El tercer hermano, que hasta aquel momento había estado abrigando el germen de una idea parecida, se enfureció ante

una manera tan cobarde de expresarlo—. ¡Por Dios, hombre, los hijos de Edencourt no huyen ante nada! —Se unió a sus hermanos, sosteniendo el rifle en alto—. ¡Será a muerte!

Lamentablemente, así fue.

En el lúgubre estudio, con su decoración llena de muertes, del fallecido duque de Edencourt, a su hijo más joven le pareció que en los ojos que lo rodeaban y en la redonda cara del joven abogado aparecía un salvaje brillo de satisfacción.

—¿Todos ellos? —Graham se recostó en el asiento (el sillón de su

padre, aunque él no se dio cuenta), y se pasó la mano, sin fuerza, por la cara—. No podía ser de otra manera. Fueron indivisibles hasta el final. Dios santo. Morir por una estupidez autoinfligida.

El hombre, el señor Abbot, asintió.

—Exacto. El guía intentó salvarlos, pero solo él y dos de sus hombres escaparon con vida.

—Él no podía hacer nada —dijo Graham con un gesto—. No podría haberlos detenido. Nadie pudo nunca. —Negó con la cabeza, todavía demasiado conmocionado para sentir nada parecido al pesar.

Por lo menos, esperaba que esa fuera la razón.

Nunca se había sentido cerca de su padre o sus hermanos, porque eran una raza de hombres totalmente diferente de la suya. Cuando era niño, unas veces la tomaban con él y otras lo ignoraban por completo. Con el tiempo, aprendió que la mejor manera de tratar con su familia era evitarlos en todo lo posible.

Cuando, ya siendo adulto, adquirió cierta fama de donjuán, le concedieron, a regañadientes, una especie de tregua, porque los fanfarrones de sus hermanos

siempre disfrutaban con la caza, cualquiera que esta fuese. Con todo, la tregua siempre fue limitada y de poca duración por parte de cualquiera de ellos.

—Excelencia, debo informarle<

El mundo de Graham se detuvo bruscamente y luego volvió a girar con una inclinación nueva y nauseabunda sobre su eje.

«Excelencia.»

Tragó, pero tenía la garganta demasiado seca. Con la cabeza dándole vueltas, se levantó tambaleándose y, a trompicones, cruzó la habitación hasta donde brillaba la botella de whisky de su

padre —no, ahora era suya— como si se tratara de una salvación ambarina.

El primer trago fue para la sequedad de la garganta y el segundo para eliminar el sabor del primero. Se sirvió otro vaso más, solo para mirarlo. Luego se volvió hacia Abbott.

—Soy el duque de Edencourt.

Abbott asintió.

—Sí, excelencia, así es.

Graham empezó a avanzar para volver a sentarse en el sillón de su padre; luego retrocedió y buscó otro con una historia menos onerosa.

—Soy el duque de Edencourt —le informó a su vaso de whisky. Mierda, ya estaba casi vacío.

Abbott se lo quitó de las manos.

—Excelencia<

—¡Eh! ¡Estaba bebiendo!

Abbott tiró el vaso al otro lado de la habitación, donde se hizo añicos contra la chimenea. Graham parpadeó, comprendiendo por primera vez que Abbott no solo estaba cansado. ¡Aquel hombre estaba mudo de ira y de asco!

—Excelencia, mi familia ha servido a la suya como abogados y hombres de negocios durante cinco

generaciones. Su abuelo nunca llegó a pagarnos a tiempo o por completo; su padre nunca nos pagó nada en absoluto. El consejo que voy a ofrecerle ahora es el primero y el último que recibirá de un Abbott, así que escuche atentamente.

Graham se echó hacia atrás, enfocando la mirada.

—Le escucho.

Abbott se irguió y sus ojos soltaban chispas en su cara afable.

—No pierda tiempo y asuma sus responsabilidades. Su propiedad está en ruinas y sus

tierras están en barbecho. Su gente sufre y sus deudas son abrumadoras. Por Dios, hombre, si no hay una gran entrada de dinero en Edencourt lo antes posible, no habrá nada que salvar. El único recurso que le queda es encontrar una esposa rica, y encontrarla rápidamente, antes de que sea demasiado tarde. Queda menos de un mes para que termine la temporada. Le aconsejo que la conquiste rápido y bien.

Dicho esto, Abbott dio media vuelta y abandonó el estudio y Eden House. Graham se quedó mirando cómo se iba, vagamente

consciente —a través de la resonante sacudida recibida— de que con Abbott desaparecía cualquier esperanza que pudiera tener de conseguir que lo ayudaran con la vasta y ruinosa propiedad de Edencourt.

De la cual nunca se había molestado en aprender nada de nada.

Cerró los ojos y apoyó la frente en el frío cristal de la ventana.

—Estoy absolutamente jodido.

¿Cómo podía Eden House, ya vacía, parecer más vacía todavía? Graham recorrió los pasillos a oscuras, con nerviosismo. Una

habitación tras otra, todas raídas de forma exagerada, tenían un extraño aire espectral del que nunca se había dado cuenta antes. ¿Quizá la mera esperanza de la vuelta del dueño había llenado las habitaciones de vida? ¿O es que la aversión que Graham sentía hacia su familia le impedía sentirse solo? ¿Estaba mejor solo que con ellos?

No cabía ninguna duda de que ahora estaba solo. El vacío de la casa, ahora su casa, era meramente una manifestación del vacío que había en su vida. Nadie se convertía en duque de un día para otro. Sin embargo, ahí estaba él,

ascendido más allá de los límites de sus sueños más disparatados, en caso de que se hubiera molestado en soñar alguna vez, y no había nadie a quien contárselo.

Excepto a Sophie, claro. La idea lo reconfortó. Sophie escucharía la espantosa historia del fin de su padre y de sus hermanos y vería el absurdo desperdicio de todo aquello. Sophie diría algo sensato y cortante, y sería justo lo mismo que él estaría pensando en aquel momento. Como siempre, al instante se sentiría menos solo. Sin embargo, era la única. Se había pasado toda la vida jugando y

ahora solo tenía una única compañera de juego.

Se detuvo en la habitación de su madre, una estancia refinada que había sido preservada del duro uso de una casa llena de hombres. Las colgaduras de seda de la cama eran de un rosa intenso, debajo del polvo, y los muebles eran delicados y elegantes, aunque Graham recordaba que ya habían pertenecido a su abuela.

Encima del tocador había una caja, un estuche de taracea, donde se guardaban las joyas pequeñas de uso diario de una dama. Graham dudaba que su madre hubiera

tenido otro tipo de joyas, porque los cofres ya estaban vacíos antes de que se casara, cuando entró en el clan Cavendish. Levantó la tapa con un dedo, pero estaba vacía. Supuso que alguien la había vaciado de cualquier cosa valiosa hacía tiempo. Justo lo que su madre habría querido: sus pequeños tesoros empeñados para pagar más aventuras fatales.

Era una habitación muy agradable, pero no era más que una habitación. En un tiempo había significado algo para él; imaginaba que también había representado algo para su padre,

porque aunque nunca hablaba de su esposa, el duque tampoco había vuelto a casarse. Quizá fuera porque ya tenía a su heredero, junto con varios recambios, o quizá fuera debido a algo más profundo. A Graham le habría gustado creer que su padre había sido capaz de algo más profundo alguna vez.

Soltó un bufido. Probablemente no lo había sido. Su padre tan solo había sido lo que parecía: un hombre agresivo y tosco.

Al dar media vuelta para marcharse, rozó el tocador con la cadera. Como era bastante más

viejo que estable, se tambaleó. Graham lo sostuvo con un rápido movimiento, pero el joyero resbaló y cayó al suelo. ¡Dios, era un desastre, igual que Sophie!

Se inclinó para recoger el estuche. Se había agrietado en una esquina y la unión de la madera se había separado, formando una gruesa y oscura grieta. Graham frunció el ceño al mirarlo. No tenía ningún valor especial para él, pero detestaba tirarlo.

Entonces vio un brillo de metal a través de la fisura. Inclinó el joyero y lo sacudió, pero no cayó nada. Mirando más atentamente,

tiró del viejo forro de terciopelo del rincón y lo sacó, viendo que se había despegado hacía mucho tiempo. Debajo había un anillo de oro.

No era un anillo particularmente impresionante. La piedra era un diamante, pero no demasiado grande, y el sencillo aro y el engarce no mostraban ningún refinamiento en especial. Pese a todo, era muy bonito. Simplemente, un anillo sencillo y sin pretensiones, de la clase que a una señora le agradaría llevar solo porque le gustaba.

Graham apenas recordaba a su

madre. Era un aroma de perfume en su mente, una voz más suave en medio del rugido de los hombres. A pesar de ello, dudaba que su madre hubiera querido que usara aquella baratija como alianza de matrimonio.

No era ni de lejos lo bastante ostentoso para ofrecerlo a una joven a la que esperara convertir en duquesa.

A pesar de todo, se lo metió en el bolsillo. Bien mirado, necesitaba una mujer y un anillo, ¿no? Quizá el truco consistiera en encontrar a la mujer a quien le fuera bien el anillo que ya tenía, y no al revés.

Era raro que se produjera alguna alteración delictiva en la tranquila calle donde estaba situado el bufete de abogados Stickley & Wolfe, una firma estimada, aunque nadie verdaderamente importante había pensado en ellos desde hacía años. Las oficinas estaban en un piso superior, encima de un guantero que había a nivel de la calle y de una agencia de colocación de sirvientes en el primer piso. Unas amplias ventanas daban a la calle, pero el ruido, incluso durante el día, raramente llegaba hasta ellas.

Si alguien hubiera dado un

paseo por aquella calle a altas horas de la noche — porque se podía pasear por allí sin apenas peligro, incluso a esas horas— podría haber mirado hacia arriba, en el momento justo, y visto el parpadeo de una vela donde no debería haber ninguna.

Por suerte para el intruso de las elevadas oficinas, no pasaba nadie por la calle.

El hombre alto y de aspecto libertino —aunque en un tiempo había sido apuesto— que estaba en el silencioso despacho de Stickley & Wolfe, quizá no pareciera pertenecer a aquel sitio. Después

de todo, vestía ropa oscura y corriente, y tenía el aire solapado de un ladrón. Por supuesto, esta impresión se había acentuado por el hecho de estar en mitad de la noche.

En realidad, tenía todo el derecho a estar allí. Wolfe no era lo que se decía un abogado —en la facultad había hecho trampas más que estudiado y había utilizado el soborno con más frecuencia que ninguna de las dos cosas anteriores, además de disponer de algo con que chantajear al decano —, pero ¿qué importaba su falta de competencia cuando él y su muy

capaz socio solo tenían un cliente?

Su socio, Stickley, no era alguien que él mismo hubiera elegido, pero los padres de ambos habían sido socios antes que ellos y, además, Stickley era un genio alimentando y haciendo crecer el único fideicomiso que habían puesto en sus manos. Bajo la paternal supervisión de Stickley, las quince mil libras dejadas originalmente por sir Hamish Pickering habían aumentado hasta ser casi treinta mil.

Parte de las cuales Wolfe querría tener en sus manos.

Ya.

La caja fuerte no estaba oculta porque era una enorme caja de hierro lo bastante grande para contener cada una de esas treinta mil libras. Por lo menos, Wolfe suponía que así era. No se obsesionaba con pequeños detalles sin importancia del dinero real. Eso era labor de Stickley.

También le correspondía a Stickley dividir el anticipo sobre los honorarios de Wolfe en partes iguales, pagaderas cada mes. Ese mes el dinero solo le había durado tres días. Luego le había sacado un poco más a Stickley, cuyos remilgados labios se habían

fruncido ante tanta irresponsabilidad, pero el dinero solo le había durado una semana más.

Ahora estaba mucho más que en deuda. Debía dinero a gente peligrosa; la clase de gente que dirigía unos sucios establecimientos de apuestas, llenos de clientes de mal aspecto y hoscos. Pensar en lo que le esperaba si no pagaba lo animó a coger las herramientas que había llevado para reventar la caja, sometiéndola a su voluntad, en lugar de utilizar la combinación numérica.

Se detuvo, después de unos momentos de decepcionante esfuerzo, porque golpear la caja no serviría de nada. No estaba preparado para escenificar un robo, todavía no. Lo único que quería, por ahora, era lo suficiente para aplacar a sus acreedores hasta que pudiera sacarle el resto del dinero a Stickley.

El problema era que no se acordaba de la combinación. Creía que tenía algo que ver con el cumpleaños de su padre, del que tampoco se acordaba. Probó suerte haciendo girar el dial unas cuantas veces, pero no le venía a la cabeza

más que el recuerdo de los ojos de su padre, llenos de decepción.

Dejó la caja fuerte unos momentos y fue a su propia mesa, que estaba justo frente a la de Stickley, como si realmente trabajaran juntos, y se dejó caer en su sillón, grande y suntuosamente acolchado. Tiró las herramientas a los pies y se frotó la cara con fuerza.

Por el momento había dejado la bebida, para tener más posibilidades de mantenerse un paso por delante de sus perseguidores, pero la cabeza le martilleaba y se sentía tembloroso

y enfermo. Lo que más deseaba era un trago de whisky, o seis, pero no se atrevía. Lo acosaban unas pesadillas en las que se despertaba muerto.

Perezosamente, empezó a registrar su escritorio. No había muchas cosas, salvo tinteros con la tinta seca y plumas abandonadas desde tiempos de su padre, aunque también encontró un penique al fondo de un cajón. Se lo metió en el chaleco, luego apoyó los codos en la mesa y se quedó mirando la silla vacía de Stickley.

Cómo lo detestaba. Ya de niños los habían unido, esperando

mucho de ellos. Stickley, hábil adulador como era, estudiaba mucho y bien. A Wolfe le irritaba que lo obligaran a tener una profesión, porque ¿no había suficiente dinero para llevar una vida digna de un caballero?

El fideicomiso de Pickering era un enorme fajo de dinero dejado por un escocés sin ninguna instrucción, que había llegado más alto de lo que le correspondía, destinado a alguna descendiente femenina que consiguiera hacerse con un título. ¿Alguna vez había habido un desperdicio mayor de unos hermosos montones de oro

en la historia de la humanidad? Los dedos de Wolfe empezaron a hormiguearle de codicia.

Se levantó y fue lentamente hasta el lado de Stickley de la enorme mesa doble. Stickley era irritante y quisquilloso, pero no era tonto. No dejaría la combinación de la caja en su mesa, ¿verdad?

¡Qué demonios! Como si Wolfe tuviera algún otro sitio adonde ir. Vigilaban su casa, estaba seguro. Además, no le había pagado al casero desde hacía semanas. Ni siquiera estaba seguro de que no estuvieran tirando sus cosas a la calle en esos mismos momentos.

Así que, por pura curiosidad, abrió el cajón superior de la mesa de Stickley.

Unos ordenados montones de pliegos estaban divididos por pulcras líneas de lápices y filas de botellas de tinta sin abrir. Era nauseabundo.

El segundo cajón contenía fajos de papel y sobres de carta< como si Stickley tuviera alguien a quien escribir.

En el tercero y último cajón había una carpeta de piel atada con una cinta. Interesante.

Wolfe sacó la carpeta y se sentó en el sillón de Stickley. No le

gustaba mucho leer, pero conocía la letra de su socio tan bien como si fuera la suya propia.

Bien, bien. Otro testamento. Esta vez se trataba del testamento de Stickley. Había una larga lista de grupos académicos que recibirían esta o aquella obra de la colección de Stickley —ninguna de las cuales parecía muy interesante o valiosa a los ojos de Wolfe—, pero al final leyó algo que lo hizo erguirse desde la base de la columna, sorprendido.

Stickley dejaba todo lo demás —incluyendo una considerable cantidad de ahorros y las

participaciones futuras de la porte de Pickering— al hijo del socio de su padre. A Wolfe. El hombre que lo había atormentado durante su adolescencia y que le había amargado su vida adulta al máximo.

«Es lo que mi padre habría esperado de mí.»

Wolfe parpadeó sorprendido durante unos largos momentos. Luego una lenta sonrisa apareció en su cara atractiva aunque demacrada. Stickley se lo dejaba todo a él.

¡Qué pedazo de idiota!

Cuando llegó Stickley, unas

horas más tarde, animado y compuesto como solo puede estarlo alguien que madruga virtuosamente, se encontró con Wolfe sentado, inmóvil en el lado apropiado de la gran mesa, con los codos apoyados en el cartapacio, y el mentón descansando en las manos entrelazadas.

—¡Cielos, sí que te has levantado temprano!

Wolfe se limitó a sonreír.

—Temprano. Sí.

Stickley pestañeó, ocultando su sorpresa, y atravesó la estancia hasta su propia mesa, donde guardó cuidadosamente el maletín

que llevaba al trabajo cada día. Wolfe se preguntó, sin mucho interés, qué clase de trabajo era necesario que Stickley se llevara a casa cada noche, cuando solo tenían una cuenta de la que preocuparse. Ahora que lo pensaba, ¿qué hacía Stickley, cada día, durante su jornada tan bien organizada?

Aburrido solo con pensarlo, Wolfe no se molestó en tratar de averiguarlo.

—Me estaba preguntando si tenía que enviar un mensaje a tu casa —dijo Stickley—. El otro día recibimos una noticia maravillosa.

¡El duque de Brookmoor se ha repuesto! ¿No es estupendo? Fíjate, podría seguir en pie, años y años. Ahora tendremos tiempo para hacer crecer la cuenta hasta un tamaño superior, ¿eh?

Wolfe, que mantenía las orejas cerca de las bocas inclinadas a repetir cotilleos,

ya se había enterado de que el actual marqués de Brookhaven había ido a visitar a su tío, Brookmoor. También había oído que Brookmoor había acudido a un médico nuevo y que, al parecer, se había recuperado milagrosamente. Por lo tanto, cierta heredera

advenediza no podría gastar su oro por el momento.

Wolfe no creía en milagros. Uno conseguía lo que quería cogiéndolo.

Se recostó en el sillón, haciendo que crujiera cuando se relajó en la piel almohadillada.

—Oye, Stick, compañero< ¿Has cambiado la combinación de la caja?

Stickley asintió, con ojos brillantes.

—Ah, sí. Hace años. Tuvimos aquel ayudante durante un tiempo, ¿te acuerdas? Un inútil. Después de que se bebiera tu whisky y

vomitara encima de mi mesa, lo eché. Entonces cambié la combinación, solo por si acaso.

Wolfe no se acordaba del ayudante, aunque sí que se acordaba de la vomitona sobre el escritorio pulcramente ordenado de Stickley. Un buen día, aquel. Se miró las manos entrelazadas.

—¿No crees que yo tendría que saber la combinación?

Stickley parpadeó.

—¿Para qué? Te la puedo abrir siempre que quieras.

Wolfe levantó la vista, por fin.

—¿Y si te pasara algo, compañero? ¿Y si te pones delante

de un coche que va a toda velocidad? ¿Y si un atracador te corta el cuello cuando vienes a trabajar una mañana?

«¿Y si te muelo a palos con tu propio y condenado maletín?»

Stickley retrocedió ante la dura mirada que salía de los ojos de Wolfe.

—Me< he asegurado de que recibas todo lo que necesites para llevar la firma, si algo así me sucediera. —Tragó saliva—. En mi testamento. ¿Quieres< quieres verlo?

Entonces Wolfe sonrió, con una encantadora exhibición de dientes

que ya había desarmado a más de un hombre que había estado a punto de golpearlo y a muchas mujeres que habían estado a punto de gritar pidiendo socorro.

—No seas tonto, Stick, compañero. No tengo ninguna necesidad de verlo.

Confío en ti, incondicionalmente.

Después de todo, ya sabía todo lo que necesitaba saber.

Capítulo 3

Los días del final de verano en Londres se parecían mucho a cualquier otro día londinense. La

lluvia solía caer en uno u otro momento, trayendo con ella una buena cantidad del hollín que había permanentemente suspendido en el cielo. El frío húmedo se convertía en podredumbre húmeda durante los meses de verano y, a esas alturas, parecía que el olor de las alcantarillas no podría borrarse nunca de la nariz.

Sin embargo, las flores se abrían luminosas en los jardines verdes y los pájaros cantaban alegres en los árboles, cuidadosamente alimentados, alrededor de las casas más

elegantes. Bonitas jóvenes con sombreros de brillantes colores paseaban del brazo de dandis, con las doncellas y los lacayos siguiéndolos de cerca, cargados de paquetes.

Incluso en aquel vecindario, que no estaba de moda, justo al borde de Mayfair, los vecinos de Primrose Street se habían esforzado por ganarse el nombre. Con más inclinación por las macetas en las ventanas que por los jardines, las casas en hilera mostraban tantas flores como cabían decentemente en ellas. Tenían un encanto desaliñado, si

uno se molestaba en fijarse.

Frente a la casa alquilada de lady Tessa, a la temprana y atroz hora del mediodía, a Graham no podían importarle menos las flores, los malditos pájaros, ni siquiera las chicas bonitas. No había dormido en toda la noche, obligándose a tratar de leer los montones de papeles que Abbott le había dejado.

Graham no era estúpido, eso lo sabía, pero esa mañana se sentía como si lo fuera. ¿Cómo podía absorber toda una vida de información y formación para salvar a tiempo Edencourt?

«¿Y acaso quieres hacerlo? ¿No sería más fácil dejar las cosas como están?»

Al parecer, eso era lo que su padre había pensado. El propio Graham se sentía inclinado a seguir el ejemplo de su padre, por primera vez en su vida< hasta que leyó las condiciones en que vivían los pocos jornaleros que quedaban.

Sus jornaleros. Su gente.

Algo ridículo, cuando uno lo pensaba. ¿Qué clase de estúpido sistema de herencia podía hacerlo a él responsable de personas de verdad? ¡Ni siquiera había tenido nunca una mascota!

Sin embargo, el peso de su responsabilidad, una vez en marcha, no descansaba. Había embutido en su cabeza toda la información que podía manejar por el momento, luego había salido de Eden House y atravesado, con nerviosismo, Mayfair hasta llegar a aquella conocida dirección.

Lo único que podía pensar era que Sophie sabría qué hacer. Era una idiotez más, claro. Sophie era una señorita educada con delicadeza, procedente de una pequeña casa solariega en el campo. Era inteligente, eso era verdad, pero unas traducciones

eruditas no lo ayudarían en ese momento.

Con todo, Sophie era la única persona en Londres a quien él le importaba un poco. Eso cambiaría, lo sabía. En cuanto se anunciara su título, se vería asediado por una súbita marea de «amigos». No tantos como si fuera rico, pero suficientes para ser muy molestos.

Hasta entonces, quería pasar un día más siendo solo lord Graham Cavendish, hijo menor y hombre con encanto y tiempo libre, pero de poca importancia. Mientras subía los escalones hasta la casa alquilada, no se le ocurrió

preguntarse por qué no quería pasar ese último día con nadie salvo con la señorita Sophie Blake.

Graham entró en la sala de música.

—¿Sophie?

Sus papeles estaban por todas partes, distribuidos según una versión caótica del orden que solo Sophie entendía< y pobre de quien moviera una sola hoja.

Sophie no estaba por ningún lado. Graham se disponía a buscar en otro sitio cuando vio una de sus zapatillas en el suelo, junto a la ventana. Luego vio los pies, solo con medias, balanceándose justo al

otro lado de la cortina. Los labios se le curvaron, cansinamente.

—Te pillé.

Cuando se acercó, descubrió que no estaba escondiéndose. Estaba dormida, sin zapatos, con las rodillas cubiertas de papeles enrollados y las gafas caídas de lado. La adusta sonrisa de Graham se suavizó. Pobre niña. Trabajaba demasiado duro en sus condenadas traducciones< y probablemente Tessa le amargaba la vida, algo en lo que era excelente.

Con cuidado, Graham quitó las traducciones de la falda de Sophie

y las puso a un lado; sin alterar para nada el orden, claro. Luego, con suavidad, le quitó las gafas de la nariz y de detrás de las orejas.

Sin el alambre y el cristal, sus rasgos huesudos tenían un aspecto bastante vulnerable y desconocido. Era todo un caso, aquella mujer. Unas piernas interminables dobladas torpemente debajo de ella, como un potrillo recién nacido, los dedos manchados de tinta y las uñas mordidas, los cabellos cayéndole desordenados<

El pelo había renunciado a someterse a las horquillas y a luchar contra la gravedad y le caía

sobre el pecho en una pesada y retorcida trenza. Con curiosidad, Graham alargó la mano para aflojarla. De golpe se encontró con las manos llenas de una seda rojiza asombrosa. La sensación de sus cabellos cálidos entre los dedos envió una sacudida inesperada a sus descuidados sentidos masculinos.

Se le cerraron los párpados casi por completo al notar un somnoliento placer sensual. Dejó que la trenza le rodeara el puño, y fue enrollándola en toda su longitud hasta que su mano descansó junto a la barbilla de

Sophie. Al sentir el suave calor de sus dedos sobre la piel, ella volvió la cabeza hasta que su mejilla reposó en la muñeca y la palma de Graham. Un suspiro suave y adormilado salió de sus labios, rozando la sensible piel del interior de la muñeca de Graham.

En el espacio cálido y cerrado detrás de la cortina, fue consciente de su perfume por primera vez. La verdad era que olía maravillosamente. Olía a un jabón agradable, a piel dorada al sol y a algo más, algo dulce y aniñado, como si la incorruptibilidad tuviera un perfume propio.

Las pestañas de Sophie se movieron. Graham le soltó el pelo y se enderezó, cerrando la mano para no sentir la pérdida de aquel esplendor sedoso. Cuando ella se desperezó y abrió los ojos, él ya estaba a una distancia apropiada, sonriéndole con su habitual estilo amable.

Después de todo, solo era Sophie. Lo que pasaba era que ya hacía demasiado que debería haber ido a visitar a Lilah, eso era todo.

—¿Gram? ¿Qué estás haciendo aquí?

Él ladeó la cabeza en lugar de contestar.

—No te has cortado el pelo en toda tu vida, ¿verdad?

Sobresaltada, alargó la mano y notó que el cabello se le había soltado. Enrojeció, como si tuviera que estar avergonzada por algo, y se incorporó rápidamente. Parecía tan desconcertada que Graham fingió, educadamente, estar interesado en la vista desde la ventana, hasta que ella recuperó el control. No obstante, una vez que los mechones punteados de rojo estuvieron de nuevo bien sujetos alrededor de la cabeza, Graham sintió el inexplicable deseo de hacerlos caer de nuevo.

Carraspeó. «No seas canalla. Se moriría de la impresión si te atrevieras a insinuar una cosa así.» Su Sophie desconocía por completo el mundo y todos sus males. Tenía la intención de que siguiera así, aunque él fuera uno de esos males.

Ahora lo miraba, expectante. Claro, le había hecho una pregunta, ¿no?

De repente, no quería hablarle de su familia ni del título. Quería fingir que no había cambiado nada, solo unos minutos más. Había estado muy cómodo con Sophie tal como eran las cosas hasta entonces.

Así que, en lugar de responder —de nuevo—, cogió la primera de las páginas que descansaban en su falda. Parpadeó sorprendido al ver la letra, fluida y encantadora. ¿Acaso había esperado algo amontonado, apretujado< reprimido?

Antes de que tuviera ocasión de leer lo que estaba escrito, en alemán, ella se lo había arrebatado.

—No lo mires. Son solo notas. —Lo fulminó con la mirada—. No me gusta que nadie me desordene las traducciones. Lo sabrías si alguna vez hicieras algo con tu inteligencia que no fuera

desperdiciarla.

Ahora estaba metiéndose con él. Sonrió, reconfortado por la conocida irritación de su tono. Tenía que hacer tan pocos esfuerzos para que la mayoría de las personas cayeran bajo su encanto que había perdido toda la fe en la agudeza del mundo. Solo Sophie se molestaba en mirar lo bastante cerca para mostrar un acertado desagrado.

Le sonrió cariñosamente, tan feliz de volver a ser «Gram, un holgazán inútil» una vez más que se olvidó de enmascarar su sonrisa con la habitual capa de ironía.

Ella parpadeó sorprendida, abriendo unos ojos como platos, totalmente desconcertada. Graham se recuperó al instante. Se dejó caer junto a ella en el asiento de la ventana, amontonando a propósito los papeles hasta que ella lo regañó de nuevo, por suerte sin percatarse de su inusual sinceridad.

—Venga, dime, Sophie. ¿En qué trabajas? Cuéntame un cuento.

Ella le lanzó una mirada desconfiada mientras reunía las notas desperdigadas.

—¿Lo dices en serio o me estás tomando el pelo?

Él apoyó la cabeza contra la jamba de la ventana y cerró los ojos con cansancio.

—Cariño, estoy demasiado cansado para tomarte el pelo. Solo quiero quedarme aquí, sentado en tu tranquilo saloncito, y escuchar.

Sophie detestaba que la llamara «querida» o «cariño»; lo odiaba porque aquel ignorante corazón suyo le daba un vuelco cada vez. Y porque a él le salía con demasiada facilidad. Probablemente, multitud de mujeres lo habían oído de los labios de lord Graham Cavendish, jugando en el salón de baile o en el

dormitorio.

Detestaba ser una más entre una multitud.

Sin embargo, ese día había algo diferente en Graham. Estaba realmente cansado y no al modo de «bebí demasiado y estuve levantado toda la noche, seduciendo a alguien». Cansado y asqueado, como si tuviera demasiadas preocupaciones en la cabeza para descansar.

Una idea ridícula, porque Graham no se preocupaba por nada. Si se preocupaba, significaba que le importaba.

A pesar de ello, estaba allí y

quería saber en qué estaba trabajando. Ordenó los papeles una vez más.

—Todavía no he terminado< pero creo que es mi cuento favorito hasta ahora.

Él murmuró algo animándola, así que tomó aliento y empezó a leer en voz alta. Él escuchaba sin decir nada, pero ella sentía cómo lo iba abandonando la tensión con cada palabra que oía.

—«< y el hombre rico tomó una segunda esposa que trajo con ella a sus dos hijas. Tenían unos rasgos bellos y una piel blanca, pero sus corazones eran horribles y

malvados<»

Él soltó un bufido. Sophie levantó la vista.

—¿Qué te resulta tan divertido?

Él no abrió los ojos.

—¿Por qué, en tus cuentos de hadas, las mujeres hermosas siempre son crueles?

Sophie hizo una ligera mueca.

—Mira, esa parte es la pura verdad.

Él abrió los ojos.

—Deirdre es guapa, y es dulce.

Sophie se encogió de hombros. Su prima Deirdre era una belleza al estilo de una diosa, escultural sin

ser demasiado alta y muy versada en los pequeños matices de la buena sociedad gracias a la tutela, a veces cruel, de Tessa.

Pero también era obstinada, rebelde y bastante escandalosa. Solo un hombre tan fuerte y seguro de sí mismo como lord Brookhaven podría haber domado a la terca Deirdre. Al final, Sophie le había cobrado cariño, porque el corazón de su prima era tan afectuoso como resuelto, pero Dee no era precisamente dulce. De todos modos, Sophie no iba a discutir por ello.

—Deirdre no es más que la

excepción que confirma la regla —dijo remilgadamente.

Él puso los ojos en blanco.

—Detesto que la gente diga eso. ¿Qué significa? Algo es una regla o no lo es; las excepciones no confirman nada.

Sophie abrió la boca para lanzar un ataque contra su capacidad de razonamiento, pero se detuvo.

—Nunca lo había visto de esa manera —contestó.

Una vez apuntado el tanto, Graham rectificó con elegancia:

—Aunque también es verdad

que Tessa demuestra ser suficiente regla para cualquiera.

Los dos se echaron a reír. Tessa, con su personalidad venenosa a base de fuerza de voluntad y egoísmo, era un blanco fácil pero satisfactorio. Tan seductora como Deirdre, pero bien conocida por su maldad, Tessa ofrecía ocasiones sin límite para la burla sencillamente siendo ella misma.

Sophie sintió que era doblemente tentador contarle a Graham las últimas proezas sexuales de Tessa, pero se contuvo. Tessa era bastante repugnante,

pero también era la única acompañante que tenía. Sin ella, se daría por sentado que Sophie debía volver a Acton de inmediato, y eso no podía permitirlo.

Sophie cambió de tema.

—Pueden encontrarse muchas verdades en estos cuentos. Yo he aprendido mucho de la vida en general.

Graham soltó una carcajada incrédula.

—¿Verdades? Son entretenidos, no hay duda, y es tranquilizador saber que la victoria final es de los virtuosos, pero no se parecen en nada a la vida real.

«Pero yo quiero que los virtuosos se hagan con la victoria final.» No. Graham tenía razón. Sophie dejó los papeles.

—No soy tan ingenua, Gram —dijo severamente—. Sé que las Tessas y las Lilahs triunfan casi siempre. —Que la maldición cayera sobre las Lilahs—. Pero eso no resta valor a mi convicción de que no debería ser así.

Ella esperaba que él rebatiera aquel argumento echándose a reír, como solía hacer. En cambio, pareció ponerse casi furioso.

—Sophie, nada acaba siendo como esperábamos. —Se puso en

pie; de repente, estaba demasiado agitado para seguir sentado—. ¡No deberíamos esperar nada, de nadie!

«¿Ni siquiera de ti?»

En especial de él. Ah, pero eso Sophie ya lo sabía, ¿o no? Un poco afectada por el recordatorio, se puso tensa.

—No veo ninguna razón para permitir que la sordidez del mundo real interfiera con el deseo de hacer que las cosas sean como deberían ser.

El ronco dolor de sus palabras devolvió a Graham al momento presente.

Maldición, por un instante se había extraviado en sus propios problemas.

«Cuéntaselo. Ella lo entenderá.»

Decírselo a Sophie lo volvería real. No quería que fuera real, todavía no.

Sintió cómo lo invadía la desesperación, la necesidad de huir, como un maremoto. Se refugió en las viejas costumbres.

—Eso es porque yo vivo en el mundo real y tú vives en tu mente, Sophie.

—Me cuesta creer que haya más de un mundo, Graham. Me

resulta especialmente difícil creer que un mundo de juego y abuso de la bebida pueda clasificarse como el mundo «real».

Él agitó una mano.

—No hablo de esas cosas. Así es simplemente como paso el tiempo.

«¿Hasta cuándo?», quería preguntarle, pero él prosiguió.

—Hablo del mundo físico. Te pasas el tiempo en esta casa o en alguna librería y no te das cuenta, nunca, de lo que tienes delante de las narices.

Eso era ir un poco lejos, viniendo de Graham. Cruzó los

brazos y lo miró furiosa.

—¿Qué me estoy perdiendo? ¿El aire pernicioso de Londres? ¿La peste a estiércol de caballo en las calles?

—Sí, Londres puede ser un pozo de inmundicia, a veces. —Luego ladeó la cabeza, mirándola —. Sin embargo, dime, Sophie, ¿qué hacías en Acton? El aire allí es limpio, ¿no?

Pasaba todo el tiempo dentro de casa, con la nariz pegada a los libros; por lo menos cuando sus deberes se lo permitían. Si se hubiera aventurado a salir, podría haberse tropezado con algún

ejemplar de la especie masculina. Podría haberse planteado la necesidad de conversar y se habría producido el caos.

Con todo, no había necesidad de admitirlo ante Graham. Alzó la barbilla.

—Era la favorita del pueblo. Hacían cola para visitarme.

Él sonrió cariñosamente.

—Mentirosa. —Luego se le acercó un poco más y su cercanía y su apremio quitaron el aliento a Sophie—. ¡Sophie, hay mucho más en la vida! ¡Hay belleza y pasión y fuego!

—Ah. —Se recostó en la

ventana y dijo, burlona—: Hablas de abusar del alcohol y del coito, ¿no?

Graham se quedó boquiabierto.

—¿Qué? —Luego dominó su sorpresa—. Sophie, hablo de vivir. —La miró unos instantes—. No lo entiendes, ¿verdad?

Incómoda, apartó la mirada.

—Me gusta mi vida tal como es. —«Odio mi vida tal como es, pero ¿qué puedo hacer al respecto?»

Ya lo había arriesgado todo para ir a Londres, pero la aventura solo había puesto al descubierto lo

que nunca sería suyo, a todo color y con todo lujo de detalles.

Graham frunció el ceño, pensativo.

—De acuerdo entonces —dijo lentamente—. Cierra los ojos.

Ella se echó hacia atrás.

—No. —Luego añadió—: ¿Por qué?

Él se rió bajito.

—Sophie, cállate y cierra los ojos.

Capítulo 4

La habitación estaba tranquila salvo por la brisa que entraba a través de la ventana entreabierta. Sophie podía oír las ruedas contra los adoquines y unas voces a lo lejos, pero con los ojos cerrados, el ruido se amortiguaba ante la consciencia de lo cerca que estaba Graham< cerca, pero sin que nadie lo observara.

Al pensarlo, abrió de nuevo los ojos y vio que iba a cogerle la mano.

—¿Qué estás haciendo?

Él se recostó en el asiento, claramente exasperado.

—¿Es que no puedes relajarte ni un momento?

Ella lo miró con mala cara.

—No, cuando no sé qué vas a hacer.

—Mi obstinada Sophie. Veo que tendremos que empezar por el principio. — Sacó su pañuelo y lo enrolló rápidamente. Ella trató de apartarse cuando él empezó a taparle los ojos. Él detuvo su movimiento con un brillo en los ojos que decía: «¿A qué no te atreves?» Sophie puso cara de malhumor, pero accedió.

—Es una tontería< un juego de niños.

Casi oyó cómo sonreía.

—Precisamente. —Le cogió la mano. Su piel parecía asombrosamente cálida ahora que estaba a oscuras, y le puso algo dentro. Era frío, duro y circular.

—Es una moneda.

—Sí, pero ¿qué moneda?

Ella pasó los dedos por el relieve y luego la sopesó en una mano.

—Una guinea.

Él la recuperó y la sustituyó por algo esférico y duro. Sus dedos se movían con suavidad y rapidez

sobre su muñeca, entre los dedos de ella. Notaba los ligeros callos del jinete<

—Sophie, ¿qué hay en tu mano?

De vuelta a la realidad, Sophie carraspeó.

—Una manzana. —Le dio un mordisco y luego sonrió—. La mayor parte de una manzana.

Él se la quitó. Sophie oyó el crujiente sonido de los dientes de él al morderla< ¿Sus labios habrían tocado el mismo sitio que los de ella? Cuando Graham puso otra cosa en su mano, Sophie la dejó en sus dedos laxos unos momentos,

medio esperando que él le cerrara la mano alrededor del objeto. Cuando lo hizo, saboreó el contacto, y luego se regañó por tener esos pensamientos. ¡Realmente, era un juego tonto!

Entonces se dio cuenta de que no podía adivinar qué tenía en la mano, ni siquiera cuando usó las dos manos, pasando los dedos por encima, una y otra vez.

—¿Un< palo? —Era liso pero duro y se ramificaba dos veces—. ¿Una especie de talla?

—¡Ja! —exclamó él, tan cerca que su aliento le acarició la mejilla

—. Sophie no lo sabe todo.

Ella hizo una mueca.

—Graham tampoco. —Sin embargo, no pudo evitar morder el anzuelo. Se concentró y pasó los dedos por los extremos en punta del objeto; no era afilado, no mucho. Se lo llevó a la mejilla y lo deslizó por encima de la piel—. Pulido< —Se dio cuenta de que se había calentado de estar en su mano, como haría la madera. Sin embargo, era más ligero, como<—. ¿Un hueso?

Él se echó a reír, en tono burlón. Ella notó su risa en todo el cuerpo; aquel sonido profundo y

masculino le estremeció el vientre, haciéndole apretar los muslos debajo de la falda.

—Cerca —dijo él—. Pero no.

Sophie se obligó a concentrarse en el objeto y no en el hecho de que ahora podía sentir el calor del cuerpo de Graham en su piel, justo allí donde se inclinaba muy cerca de su costado, sin llegar a tocarla< Entonces lo supo.

—¡Cuerno! —Lo blandió a ciegas—. ¡Es un cuerno!

Él soltó una carcajada, aunque ella notó que se encogía.

—Es verdad, aunque técnicamente me parece que lo

llaman asta. —Se lo cogió—. Me lo metí en el bolsillo anoche, en casa, y me olvidé de él.

—Ah, es un trofeo de los poderosos cazadores. —Esperó su respuesta, porque Graham nunca dejaba pasar la oportunidad de burlarse de sus hermanos o de su padre.

Otro objeto, pequeño y circular, cálido por haber estado en su mano o quizá en su bolsillo, aterrizó en la palma de su mano. Sophie cerró la mano sobre él. ¿Un anillo? Distraídamente, se lo puso en el dedo. Encajaba.

Movió los dedos y se rió.

—¿Qué tal me sienta?

En silencio, los cálidos dedos de Graham se apoderaron de su mano y le quitaron el anillo con suavidad. Sophie tenía la impresión de haber dicho o hecho algo equivocado.

—¿Es valioso? —No quería tomárselo a broma, pero también era verdad que se trataba de un juego. ¿O no?

—Solo es viejo —dijo él lentamente. Luego añadió—: Vuelve a darme la mano.

Su contacto parecía diferente esta vez. Menos juguetón, m{s< ¿enérgico? Entonces él levantó las

manos de los dos y le apoyó la palma sobre su cara.

Ella tomó aire lentamente. Pese a todas sus horas de intimidad, nunca se habían tocado más que las manos. Ahora la mano se adaptó a su mandíbula esculpida, con los dedos vacilantes sobre el principio de la barba sin afeitar. La textura hirsuta la sorprendió. Pensaba que las barbas serían suaves, como el pelaje de los animales. Se dio cuenta de que su mandíbula se movía bajo su mano. Algo grave estaba pasando.

—Graham, ¿estás bien? — Empezó a quitarse el pañuelo de

los ojos—. ¿Qué te pasa?

—Nada< nada en absoluto. —Graham le apartó los dedos del pañuelo, volvió a llevarse la mano a la mejilla y la sostuvo allí. «Todavía no. Todavía no es real.» Cerró los ojos y se concentró en el contacto de la fría mano de Sophie en su cara.

Sophie vivía tan segura, tan protegida. Era tanto lo que no conocía. ¿Sabía siquiera la diferencia entre la piel de un hombre y la de una mujer? ¿Había sentido alguna vez un arroyo fresco en su piel desnuda, calentada por el sol? Esa era tan solo la inocente

sensualidad de la infancia. Y ¿qué sabía de la suavidad resbaladiza, como de satén, de una piel caliente, unos labios abiertos, del volcánico ardor de la carne contra la carne?

Notó que los pantalones le apretaban al pensarlo. ¡Maldición, habían pasado semanas! Y sin darse cuenta, sus dedos cambiaron su propósito de una inocente demostración a una experta seducción. Su mano se deslizó por la muñeca de Sophie hasta llegar a la sensible parte interior del codo, con una caricia lenta y deliberada.

Sophie no podía respirar. Lo único que era capaz de sentir eran

las manos de Graham. Una de ellas le apretaba la palma contra su mejilla, presionando ligera pero implacablemente. Cedió al instante, con ansiedad, incapaz de hacer nada más. La otra mano era una llama sobre su piel, dejaba un rastro de ascuas brillantes detrás de ella mientras se desplazaba hacia arriba, hasta que el dorso rozó el lado de su pequeño pecho.

Puede que sus pulmones no funcionaran, pero el corazón le latía desenfrenado. Notaba su piel como nunca la había conocido antes. Sentía el palpitar de su propio corazón en los oídos, en la

garganta, en el pulso que temblaba bajo la exploración de los dedos de Graham.

Un deseo desenfrenado y furioso la inundó, haciendo que le temblara el vientre y que los dedos de los pies se le encogieran dentro de las zapatillas. La carne se tensaba, palpitaba y se humedecía de maneras nuevas y excitantes; también aterradoras, porque no quería que aquello terminara nunca. Sueños que nunca se había atrevido a tener, necesidades que jamás había reconocido, anhelos que había ahogado y encerrado se liberaban, buscando venganza en

su intensidad. No podía respirar, no podía pensar<

Con un movimiento brusco de la otra mano, se quitó el pañuelo. Sus ojos se abrieron de golpe y su mirada quedó atrapada en los ojos de él. Su boca reseca se esforzó por despegar la lengua.

—Por favor.

El impacto de la intensidad de los ojos de Sophie reverberó a través de Graham. Bien. Sí.

Pero luego< «¿Qué estás haciendo, canalla? ¿Por qué estás seduciendo a esta joven< para dejar de pensar en tus deudas?»

Era un completo sinvergüenza.

Demasiadas horas encerrado con ella, demasiadas tardes de libertad e intimidad despreocupada. Se apartó, ocultando su reacción ante el ruego de ella, tergiversándolo, interpretándolo erróneamente a propósito.

—Sí, desde luego. Ya paro. Lo siento.

Se levantó despacio y, con un esfuerzo de voluntad, consiguió que su incipiente erección decreciera antes de llegar a estar totalmente en pie. No debería haberse preocupado, porque Sophie tenía la mirada fija en las manos, ahora entrelazadas encima

de la falda.

«¡Necia! ¡Tonta, estúpida, idiota ilusa!» Gracias a Dios que él había malinterpretado su patente súplica. Estaba claro que no era tan inmune a él como pensaba, pero no sabía que se le ofrecería, encima de la alfombra, en cuanto él la tocara.

«¿Por qué preocuparse de que sucediera una cosa así? Él está aburrido, se dedicaba a un juego infantil. No te quiere.»

Graham dio media vuelta, avergonzado de sí mismo y, peor todavía, recordando lo que tanto se había esforzado en olvidar. El breve momento de respiro solo había

empeorado las cosas, porque toda su situación se le vino encima, como las piedras en ruinas de Edencourt.

Se pasó las manos por la cara.

—Lo siento, Sophie. Yo< Hoy no soy yo mismo. Lo lamento.

Ella carraspeó a su espalda.

—¿Por qué<? —La oyó moverse y oyó cómo el crujido de su sencillo vestido de muselina se alejaba de él. Como era lógico, después de aquella exhibición de egoísmo por su parte.

Ella continuó.

—¿Por qué no eres tú mismo?

Él soltó una áspera carcajada.

—Sucedió algo extraño después de que me marchara ayer por la tarde< —No quería decirlo en voz alta. Explicárselo a Sophie era como hacer que las cosas fueran reales; pero quizá era hora de decírselo—. Mi padre ha muerto.

—¡Oh, es horrible! —Su voz volvía a ser cálida, lo cual solo hizo que se sintiera peor—. No me extraña que no seas el Graham que yo conozco.

Eso le hizo reír de nuevo, una risotada cercana a la histeria; si ella supiera la verdad.

—Mi hermano mayor murió

con él.

Ahora ella se acercó hasta él y le puso la mano en el brazo.

—¡Oh, Graham!

Él se tapó la boca con la mano, impidiendo que se desbordara la histeria que pugnaba por salir. Ahora ella lo miraba con una confusión cautelosa.

—Una doble tragedia —dijo—. Qué desgracia.

Una carcajada, desesperada y llena de pánico, empezó a luchar por liberarse.

—¡Hay más!

Sophie retrocedió y cruzó los brazos, mirándolo fijamente.

—Gram, suéltalo todo.

—Todos se han ido. —Su voz, ya tensa por el esfuerzo de contener la risa, se quebró extrañamente en la palabra «ido». Volvió a frotarse la cara. Al apartarla, la mano estaba mojada. Inhaló profundamente, alarmado por su propia falta de serenidad.

Y allí estaba entonces Sophie, cogiéndole la mano, llevándolo a un sillón —casi empujándolo, en realidad— y arrodillándose a sus pies.

Estaba a punto de agradecerle que se quedara junto a él, cuando se dio cuenta de que le estaba

apretando la mano con fuerza. Tenía los nudillos blancos de la presión que hacía, pero ella no daba señales de sentir dolor. Dejó de presionar.

—Lo siento.

Ella se le acercó más. Él se inclinó hacia ella. «Sí.» Sophie le puso la mano en el pecho< y sacó el pañuelo del bolsillo de la chaqueta.

—Toma —dijo, con calma—. Estás chorreando.

Estaba chorreando. No parecía adecuado usar la palabra «llorando», porque se sentía bastante tranquilo, salvo por la risa histérica y las lágrimas que

acababa de derramar.

Miró a Sophie.

—Sabes lo que esto significa, ¿verdad?

Ella asintió con una serena compasión.

—Sí. Ahora estás solo.

Dominó otro ataque de histeria.

—No. Quiero decir< sí. Pero hay algo m{s importante, porque siempre he estado pr{cticamente solo< Soy el nuevo duque de Edencourt.

Sophie siempre se había preguntado por qué se hablaba de un «corazón partido». Los

corazones se desbocaban y, algunas a veces, se paraban, pero ¿cómo se podía romper un músculo?

Totalmente sin esfuerzo, por lo que parecía.

Se había creído inmune. Había supuesto, con arrogancia, que como no tenía un enamorado, ella no sentiría amor.

Qué idiota era.

A través del martilleo de su cabeza y el rugido de sus oídos, oyó que Graham pronunciaba su nombre. Sonaba como si estuviera muy, muy lejos.

«Lo está, mucho más

lejos de lo que ha estado nunca.» «Y no va a volver.»

Capítulo 5

La habitación que antes había parecido un refugio contra un mundo hostil, ahora rodeaba a Sophie con todo su engaño, su deterioro y su mal gusto. Su santuario no era más que una habitación en una casa barata, alquilada, y su príncipe era

simplemente un hombre que no podía tener.

—Por supuesto, no hay ni un penique —dijo Graham con un tono ligero, como si aquello no tuviera ninguna importancia—. Tantas tierras y ni una pizca rinde lo que me merezco en justicia como duque.

Dinero. Hablaba de dinero cuando tendría que haber oído el ruido cristalino de su corazón haciéndose añicos desde el otro lado de la estancia.

«¿Qué esperabas de un hombre como él y una mujer como tú?»

—Así que parece —prosiguió él—, que debo casarme de inmediato y hacerlo con una mujer rica, si quiero continuar viviendo de la manera a la que estoy acostumbrado.

Bien. Tres veces idiota en una sola tarde. Había creído que su corazón ya no podría romperse más. Iba a tener que aprender a no hacer unas suposiciones tan ingenuas.

—Casarte —repitió Sophie con voz apagada.

—Sí. —Su mirada contemplaba la vista por la ventana; o quizá miraba mucho más lejos. ¿Hasta la

casa de lady Lilah Christie?

—¿Con quién?

Graham parpadeó y su sorpresa le hizo volver al saloncito y a ella. Esbozó una sonrisa torcida y se encogió de hombros, con las manos muy abiertas.

—No tengo ni la más remota idea, me temo. —Intentó recuperar su antiguo tono burlón—. ¿Por qué no eliges tú por mí, querida? Preferiblemente alguien a quien pueda soportar durante más de una hora seguida.

No tenía intención de ser cruel. Sophie debía creerlo. Si hubiera necesitado otro ejemplo más de lo

fuera de su alcance que estaba él, lo único que habría tenido que hacer era mirarse en un espejo.

«¡Basta!»

Se levantó bruscamente. ¿Cuándo se había sentado? No lo recordaba.

—Lo siento, Graham< es decir, su excelencia. Acabo de darme cuenta de la hora que es. Espero que me perdonéis, pero tengo mucho que hacer hoy<

Una excusa ridícula, cuando la había pillado haciendo la siesta junto a la ventana no hacía ni una hora. Era demasiado educado para decirlo; se limitó a inclinarse y a

presentar las disculpas apropiadas por haberla entretenido. Ella asintió, esforzándose por que sus modales no dejaran traslucir su frenética necesidad de huir. —Si no te importa que no te acompañe< —Hizo un gesto con el brazo señalando la puerta, y un jarrón de porcelana, que nunca había corrido ningún peligro durante todas las horas que habían pasado juntos en la habitación, salió volando a varios palmos de distancia y se estrelló contra la pared.

Sophie se apartó bruscamente de los trozos rotos. No. Ahora no.

«Por favor, ahora no.»

Ya no había remedio. En su apresurada retirada, volcó la pequeña mesita auxiliar, y los objetos de cristal que había encima se hicieron añicos contra el suelo.

—Sophie<

Notó la calidez de su mano en el brazo, la preocupación de su voz< ¿O era piedad?

«Es insoportable.»

Se soltó bruscamente, enviando el taburete bordado como un cohete a través de la habitación, con un espasmo inesperado del tobillo; luego tropezó con el borde de la

alfombra y casi incrustó la cara en la madera de la puerta del saloncito.

—Lo siento, debo irme< —Tenía que salir de allí, salir de allí<

Al poco, estaba en la escalera, con la falda remangada con una mano y los pies bien apoyados, gracias a Dios, en los estrechos peldaños. En su habitación, tan desnuda como la celda de un convento, no había, bendita fuera, objetos frágiles.

«Adiós, Graham.»

Deseó ser la clase de mujer capaz de dejarse caer sobre la cama

y llorar copiosamente. Por desgracia, solo podía sentarse, retorciendo las frías manos encima de la falda, mientras se enfrentaba al final de un sueño que ni siquiera se había dado cuenta que tenía.

Creía haberse adaptado a la idea de que él nunca sería nada más que una fantasía encantadora, y había decidido disfrutarlo mientras pudiera para luego alejarse sin pesar. Se había creído realista; sin embargo, aunque sabía que él nunca la amaría, no tenía ni idea de lo deshecha de dolor que iba a estar cuando él eligiera a otra.

«Adiós para siempre.»

Él no tardaría en encontrar a alguien, porque ¿qué otra cosa quería cualquier familia rica que utilizar su dinero para comprar un título?

Igual que sir Hamish Pickering.

Sophie se detuvo cuando se le ocurrió. «No.» No podía hacerlo. No había ninguna posibilidad de poder convencer a Graham para que se casara con ella, sin romper las condiciones del testamento al decirle que< lo cual también haría que Deirdre perdiera su oportunidad.

No, el dinero era de Deirdre,

no suyo. Era ya casi una cuestión decidida, porque el esposo de Deirdre no tardaría en ser duque, y Deirdre lo había conseguido sin hacer ni la más pequeña trampa. Que ahora Sophie se lo robara con trucos sería injusto.

El silencio de la habitación la oprimía. Silencio. Aislamiento. Ya debería estar acostumbrada.

Sería mejor que se acostumbrara, porque no tendría mucho futuro si se descubría que había cogido el dinero enviado por Tessa para ir a Londres, sin decírselo ni a un alma, sin compañía y sin autorización. Sin

que nadie la quisiera.

El futuro de una mujer sola en Inglaterra era incierto y peligroso. Sophie había visto cómo el orfanato que se hallaba cerca de Acton había echado a las chicas mayores a la calle, sin nada más que un vestido, una comida envuelta en un pañuelo y apenas suficientes conocimientos para leer los letreros de la carretera.

Algunas encontraban trabajo en los campos o, incluso, en las cocinas de Acton, y otras desaparecían por completo. Algunas iban a buscar trabajo en las fábricas, un trabajo duro y sucio

que convertía a unas jóvenes en viejas antes de tiempo. Otras volvían a aparecer, más tarde, como víctimas de la violencia o de un asesinato, y otras acababan siendo las pálidas caras de las ventanas de los burdeles de la ciudad.

Sophie tenía ciertas ventajas sobre ellas. Tenía una educación y una posición de dama. En realidad, ahora esa posición iba en su contra, porque una pariente del duque de Brookmoor no sería aceptable como institutriz. Podría lograr un puesto como acompañante de una señora, pero eso se parecía demasiado a lo que había dejado

atrás en Acton.

Podía vivir a costa de Deirdre o de Phoebe, ser una pieza más del mobiliario, mientras iba envejeciendo y anquilosándose. Ya podía verse con unas gafas muy gruesas debido a tantas lecturas, el pelo rizado, encanecido, el cerebro desgastado debido a toda una vida sin importarle a nadie, acechando en las partes no usadas de la gran casa, murmurando traducciones para sus adentros.

La loca prima Sophie, la malvada bruja del ala oeste. Después de todo, la nobleza no sería la nobleza si no contara

siempre con un par de parientes dementes, ¿no era así?

A menos que antes hiciera algo<

Bien mirado, no había ninguna razón por la que no debiera aprovechar sus últimas semanas allí para encontrar un marido propio. Nada de amor, por supuesto, pero no podía quedarse allí y no podía volver a Acton.

Había hombres por ahí fuera. Hombres a los que quizá no les importara una mujer trabajadora, sin atractivos, que no se considerara demasiado buena para poner los pies en la cocina.

«Podría borrarlas a todas de los pensamientos de la sociedad, si lo deseara, querida. ¡Solo tiene que decir una palabra y la convertiré en mi musa, mi *pièce de résistance*, mi obra maestra!»

Una enorme audacia empezó a nacer en ella al recordar las palabras del principal modisto de Londres. Había sentido lo mismo antes, cuando había abierto la primera carta de Tessa proponiendo la asistencia a la temporada y había organizado en secreto su propio futuro.

«Solo tiene que decir una palabra<»

Estaba loco, claro; como mínimo, era un maestro de la exageración. El mismo nombre de Lementeur traducido del francés era «el Mentiroso».

Tessa había arrugado la nariz y había dicho que nadie sabía nada de aquel hombre unos pocos años atrás; simplemente había aparecido, creando trajes para las mujeres más influyentes de Londres. Había decretado que era pura pose, que había convencido a todos de que era el mejor en su campo, cuando probablemente solo era un sastre que se había sacado a sí mismo del arroyo.

Como era natural, Tessa se había apresurado a aceptar los vestidos cuando se los ofrecieron. ¿Cómo podía ser un fraude, cuando sus trajes eran tan hermosos que habían hecho que Phoebe pareciera una princesa y Deirdre una diosa?

Quiz{< solo quiz{< podría hacer un poco de magia con ella y transformarla en una mujer normal.

Debía encargarse de su propio destino una vez más. Esta vez no bastaba con ser simplemente Sophie Blake. Debía transformarse en otra persona.

¿Alguien que atrajera a Graham?

Reprimió apresuradamente esa esperanza. Se había acabado eso de soñar unas fantasías tan imposibles. No, lo único que necesitaba era un acuerdo práctico y un hogar propio. Para conseguirlo, se lanzaría al mundo con toda su fuerza.

Pese al hecho de que Sophie solo había estado allí una vez, no le costó nada encontrar la entrada al gran salón de Lementeur, que era mucho más que una tienda de ropa corriente. Para empezar, no había mercancías expuestas en grandes

escaparates para que los paseantes se quedaran embobados mirando. Tampoco había ningún letrero de ningún tipo; solo el picaporte con la forma de un pájaro exótico en la sólida puerta de roble. Cualquiera podría haber pasado por delante sin darse cuenta, excepto una londinense con mucho ojo.

Incluso mientras se acercaba, incluso a través del murmullo caótico de sus pensamientos, Sophie sintió los tentáculos del lujo ostentoso alargándose hacia ella. Normalmente, habría lanzado hacia allí una mirada anhelante y habría seguido caminando, porque

vestidos como los creados por Lementeur no eran para que chicas como ella soñaran con ellos.

En realidad, tenía dos vestidos, sencillos trajes de día, de muselina blanca, que podrían haber sido confeccionados por cualquier modisto competente, si no se tenía en cuenta lo perfectamente que le sentaban y la atención dedicada a crear la silueta más favorecedora.

Sin embargo, los dos fueron regalos del magnánimo esposo de Deirdre, lord Brookhaven. Incluso Tessa se había beneficiado aquel día. Lementeur apareció brevemente, tomó las medidas de

las cuatro mujeres con una mirada y luego, inexplicablemente, centró toda su intensa energía en Sophie. Solo duró un momento, interrumpido con indignación por Tessa, pero durante aquel único momento, Sophie se había visto como, tal vez, algún día< alguien totalmente diferente.

En este momento, lo que necesitaba de verdad era eso: ser alguien totalmente diferente.

Respondieron al punto a su llamada a la puerta, y Cabot, el joven más bien decorativo que ya había visto antes, le hizo entrar en el enrarecido ambiente interior. —

¿Está aquí? Debo verlo. —Las palabras le salieron atropelladamente. Rogaría si tenía que hacerlo, suplicaría si era necesario.

Cabot señaló la doble puerta al final del pasillo.

—Est{ en su despacho<

Sophie se desplazó casi a la carrera, antes de que le flaquearan los ánimos. Empujó la puerta, entró y se encontró frente al mismísimo gran diseñador. Era un hombre pequeño, detrás de una mesa muy grande, despejada de todo pero sembrada de diseños y lápices.

Sophie vació el bolso encima de la mesa, con las manos temblándole cuando la última moneda cayó encima del cartapacio.

—Es todo lo que tengo. Tiene que aceptarlo. Usted dijo< dijo< — No podía respirar, porque ¿y si solo habían sido vanas promesas, una broma cruel a sus expensas? ¿Y si no había ninguna posibilidad de que pudiera, alguna vez<?

A pesar de todo, no podía seguir adelante sin saberlo con seguridad. Respiró penosamente y enderezó la espalda.

—Dijo que podía hacer que

fuera hermosa.

Él negó lentamente con la cabeza.

—No, no lo dije. Nadie puede hacer que sea bella.

La decepción la golpeó con fuerza por debajo del corazón, mareándola con su profundidad. Sin aliento< sin esperanza.

Una mano cogió la suya, apretándosela hasta que se vio obligada a parpadear para contener las lágrimas que le anegaban los ojos y responder a la intensa mirada de Lementeur.

—No le prometí belleza —dijo —. Dije que podría eclipsar a todas

las demás mujeres de la buena sociedad.

Sophie soltó un sollozo.

—Así que reconoce que mintió.

Él negó de nuevo, lentamente, con una sonrisa que empezaba a formarse en sus labios.

—Querida, la belleza es algo con lo que naces o no naces. Las chicas bonitas abundan como margaritas en el campo. Bonito es corriente, simple, se disfruta fácilmente y se olvida también fácilmente. Pero el estilo, la elegancia, la presencia son inolvidables, y eso es lo que yo le

prometí. Con su estructura y mis vestidos< y unas cuantas lecciones de porte, porque se encorva abominablemente, arrasará Londres.

Sophie sintió que un dulce alivio, parecido a la esperanza, empezaba a nacer en ella.

—¿Gustaré a Gr< a los hombres?

—Los hombres se batirán en duelo a muerte por usted. La desearán. Suspirarán por usted. Sufrirán por usted. Se escribirán tantos sonetos en su honor que acabará harta de ellos. ¡Convertiré su estatura en superioridad, su

delgadez en elegancia, su timidez y torpeza en altivez y lánguida gracia!

Sophie solo podía reírse entre l{grimas ante tanto absurdo. Era imposible< pero quiz{, solo quiz{, con su ayuda podría llegar a ser lo bastante atractiva< —¿Hay suficiente dinero? —Debía ser así, porque no había más.

Lementeur se enfadó y barrió el dinero, tirándolo al suelo con su otra mano.

—¿Leonardo da Vinci le cobró a su Mona Lisa?

Sophie sorbió y trató de secarse los ojos.

—Bueno, en realidad, el retrato fue un encargo, así que< —Entonces se dio cuenta de lo que él le estaba diciendo—. ¿Por qué< por qué haría esto por nada? —Retrocedió—. ¿Qué espera de mí?

Él le dio unas palmaditas en la mano.

—Sé que no confía en nadie, cielo. No hay ninguna razón para que confíe, ¿eh? —Luego la miró con una súbita intensidad—. Creo que nos reconocemos. Los marginados de la sociedad siempre se reconocen.

Sophie parpadeó. El hombre que tenía delante, el buscado

hombre de éxito hacedor de milagros se desvaneció por un momento, revelando a alguien que en tiempos fue solo un niño< un niño quiz{ diferente de los otros niños.

Él vio en sus ojos que ella lo había comprendido y sonrió.

—Diría que ser demasiado alta, demasiado delgada y muy poco atractiva (y quizá no deseada, para empezar, ¿eh?) podría ser algo un poco parecido a ser un pobre niño *cockney* que solo soñaba con telas hermosas y elegantes encajes. Comprenderlo fue tan difícil para usted como lo fue para mí.

Su sonrisa se ensanchó.

—No obstante, alguien me ayudó. Un modisto de un grupo de teatro, que me vio acariciando las sedas en un puesto del mercado. Me recogió y me enseñó a coser. En una ocasión traté de pagarle, como si pudiera, pero me dijo que encontrara otra alma perdida y la salvara. «No puedes pagar lo pasado», me dijo. «Solo lo futuro.» Sophie cabeceó.

—Pero< ya ha ayudado a Phoebe y a Deirdre.

Él apoyó la cadera en la mesa y cruzó los brazos.

—¡Y cobré muy bien por

hacerlo! —Sonrió con seguridad—. Valió hasta el último penique. —Luego ladeó la cabeza—. Además, pensé que, quizá, si usted veía lo que podía hacer por ellas, algún día vendría a preguntarme qué podía hacer por usted.

Sophie sonrió.

—Y ¿quizá le cobró un poco más a lord Brookhaven, por si acaso?

Lementeur se echó a reír y le besó la mano.

—Sofía, no tiene precio.

—Oh, no —dijo, negando con la cabeza—. Soy solamente Sophie.

Él le cogió la barbilla con los dedos, con una mirada de repente grave y demasiado intensa para resultarle cómoda. ¿Quién era realmente aquel hombre?

—Mi amor, mi musa, mi cariño —respondió con voz suave y severa —. Si vuelve a decir que es «solo Sophie», me lavaré las manos con respecto a usted, ¿comprende? Eso y solo eso hará que me largue para siempre.

Sophie lo miró con unos ojos como platos. Estaba loco.

Luego la esperanza renació. Quizá lo que se necesitaba era a alguien «loco».

Él la soltó y se enderezó.

—Desde este momento en adelante, será conocida en todas partes como la «deslumbrante señorita Sofía Blake». Bien, necesitaremos algo de tiempo y una invitación con el peso y la aprobación apropiados (algo que puedo arreglar f{cilmente), y debe estar completamente disponible para mí durante< —Miró su postura encorvada—. Un tiempo.

Sophie se enderezó, avergonzada.

—No siempre lo he hecho —murmuró—. Es que me sentía muy alta entre< entre las damas

londinenses.

Lementeur frunció los labios.

—Es demasiado educada, querida. Permítame que lo deje claro. Lady Tessa es una redomada arpía. No le gusta a nadie, ni siquiera a sus amigos más allegados. Además, sé con seguridad que siempre ha ansiado ser un poco más alta. Me aventuraría a decir que, en realidad, está celosa de su estatura.

¿Tessa celosa? ¿De ella? Qué<

«Estupendo.»

Sophie permitió que sus labios se curvaran en una lenta y poco habitual sonrisa de satisfacción,

mientras se enderezaba hasta alcanzar toda su altura, y miró serenamente desde arriba la coronilla de Lementeur.

—¿Mejor así?

Él correspondió a su mirada de gato que se ha comido el canario y la multiplicó por dos, con la aprobación iluminándole la cara.

—Perfecto.

Capítulo 6

John Herbert Fortescue era un hombre libre, siervo de ningún amo< al menos temporalmente. Sus patrones, el marqués de

Brookhaven y su esposa, habían ido a visitar al anciano duque de Brookmoor. Por el momento, Fortescue, mayordomo de Brookhaven, podía fingir que era un hombre corriente que pasaba la tarde con una joven extraordinaria.

Si el ambiente de su despacho en la gran Brook House se parecía más al de un aula, eso era debido a que había asumido la tarea de enseñar a leer a la señorita Patricia O'Malley. El hecho de que, como mayordomo y jefe del personal de la casa, no tenía ni un momento libre, había sido descartado sin pensarlo ni un momento.

Se vio de refilón en el reluciente jarrón de plata que había en la repisa de la chimenea y se apresuró a borrar la tonta sonrisa de enamorado que aparecía en su cara en cuanto se olvidaba de prestar atención a su habitual porte, lleno de dignidad. Por Dios, era uno de los sirvientes de más categoría de toda Inglaterra. Más le valía mantener su actitud sombría o pronto perdería su puesto.

Con un esfuerzo, hizo que su reflejo recuperara su estado habitual, altivo y cincelado, y se alisó rápidamente las vetas plateadas de las sienes, que hacían

que todo el mundo pensara que era de la más alta categoría. Se las había ganado, todas y cada una de ellas, por medio del trabajo duro y los años de servicio< unos años que, a veces, desearía no haber malgastado de ese modo.

Ya estaba. De vuelta a la normalidad. Miró hacia abajo para ver si Patricia se había dado cuenta de su distracción con su propio reflejo, pero la joven estaba inclinada, con aire estudioso, sobre el trabajo que había encima del escritorio, y su lápiz avanzaba constante. Era una joven tan encantadora. Lástima que a nadie

se le hubiera ocurrido educarla antes. Sin embargo, era joven —«demasiado joven para ti, y lo sabes»— y mostraba una extraordinaria aptitud para su trabajo, así que la señora le había pedido a Fortescue que se ocupara de que mejorara su instrucción.

Por lo general, una señora se llevaría a su doncella con ella de viaje, pero Fortescue había sugerido, discretamente, que quizá Patricia fuera la persona adecuada para no perder de vista a lady Margaret.

Dado que lady Margaret, aunque había mejorado mucho

desde la llegada de su nueva madre, tenía cierta fama de ser< bueno< un torbellino catastrófico desatado, encima de unas piernecillas huesudas, la señora se había mostrado rápidamente de acuerdo con Fortescue y se había llevado a otra doncella con ella.

Fortescue también se había preparado para señalar que la señora no querría interrumpir la educación de Patricia, ahora que estaba haciendo auténticos progresos en ese sentido, pero no había sido necesario. Sencillamente, en todo el mundo no había nadie más capaz de

manejar a lady Margaret.

Así que todo había salido a plena satisfacción de Fortescue. Con sus deberes reducidos por la ausencia del señor, Fortescue tenía incluso más tiempo para dedicarse a Patricia< es decir, a la educación de Patricia.

En aquel momento, se inclinaba por encima de su hombro para examinar las sumas que había completado para él. Aprendía rápidamente —tal vez demasiado rápidamente, podría pensar si fuera un sinvergüenza con los ojos puestos en aquella dulce doncella pelirroja, recién llegada de las

costas de Irlanda, algo que, claro, Fortescue se esforzaba mucho por no ser—, así que sabía que las sumas estarían bien.

La razón de que siguiera allí, inmóvil por encima de ella, guardando un prolongado silencio, era simplemente que ella olía tan bien que se había olvidado por completo de lo que iba a decir.

Y de sus razones para estar en aquel lugar.

Y de su nombre.

Ella se retorció para mirarlo, preocupada.

—¿Está mal, pues? —El dulce acento de su voz le removió las

entrañas.

«Muy mal. Absolutamente mal, querida mía. Sencillamente, no tienes ni idea.»

Él era su superior. Era casi tan viejo como para ser su< tío. No podía arriesgar su integridad, su reputación y su carrera por una doncella irlandesa pizpireta y franca, con la nariz pecosa, unos ojos verde hoja y una figura que tentaría a un santo a pecar<

Maldición, ya había vuelto a olvidarse de lo que decía.

Así que repitió lo que le había dicho antes.

—Vuelve a decirlo. Elimina la última palabra.

Ella sonrió levemente.

—¿Está mal?

—En realidad, es «¿Mis cálculos son correctos?».

Los ojos de Patricia se entrecerraron un poco, pero repitió la frase obedientemente.

Él hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—Patricia, ya te he dicho antes que si vas a servir en una gran casa es preciso que suenes menos< — No había remedio. Tenía que decirlo. Adoraba la cadencia irlandesa de su voz, pero para

hacer carrera con éxito como sirvienta, tenía que eliminarla—. Menos irlandesa.

Ella se volvió y se quedó mirando el papel un momento. Luego apoyó las dos manos encima y lo apartó. Se levantó lentamente y se irguió. Su mirada de color esmeralda se encontró con la de él.

—Señor Fortescue, le agradezco todos sus esfuerzos, pero me temo que debo volver a mis obligaciones. No continuaré con esto. Ya le he dicho antes que no tengo ninguna objeción en mejorar mi gramática, pero que nunca ocultaré mi lugar de

nacimiento, igual que tampoco me pintaré de azul.

Fortescue estaba tan abstraído por el brillo de tierras lejanas en sus ojos que le costó un poco comprender lo que le estaba diciendo.

«Oh, no.»

—Patricia. —Ella ya se estaba marchando. Fortescue no podía soportarlo. Aquellas horas dándole clase eran su única razón para levantarse cada mañana, eso y la posibilidad de intercambiar unas cuantas palabras en los pasillos durante el día.

—Te pido disculpas —dijo.

Dado que Fortescue era quien mandaba sobre todos los que servían en la casa, aquella frase era más que suficiente para hacer que Patricia se parara en seco.

Parpadeó.

—Me pide disculpas< ¿a mí?

Dios, qué hermosa era. Fortescue sonrió sin darse cuenta. Lo único que supo fue que los ojos de Patricia se abrieron, asombrados, y que se quedó sin aliento.

—¿Qué sucede? —La manera en que lo estaba mirando, como si<

Notó que avanzaba hacia ella y

que ella se movía hacia él<

Un fuerte golpe en la puerta hizo que se apartaran de un salto, aunque todavía no se habían tocado.

Un lacayo asomó la cabeza al despacho.

—Señor Fortescue, ha llegado un huésped. La señorita Blake está aquí y dice que es para una larga estancia.

«Es más fácil pedir perdón que pedir permiso.» Cuando Sophie bajó del carruaje, ridículamente elegante, de Lementeur —la verdad era que parecía un pastel con un baño de nata y oro— y la

acompañaron por el camino de entrada a Brook House, se repitió la advertencia de Lementeur.

Pese a que hacía muy buen día, por dentro temblaba un poco. No estaba acostumbrada a tomar posesión de nada, y mucho menos de algo sobre lo que no tenía ningún derecho.

«Sin embargo, lo estás convirtiendo en toda una costumbre.»

No tenía ningún derecho a invadir la casa de Deirdre de esa manera, en especial cuando su prima estaba fuera. Pero Lementeur tenía razón al decir que

con su nueva imagen, como Sofía, necesitaba todas las ventajas de la categoría y la dirección.

A esa dirección le sobraba categoría. El rico lord Brookhaven, que pronto sería duque de Brookmoor, era un buen amo y tenía un agudo sentido de los negocios, así que su fortuna nunca había sufrido como la de tantos miembros de la aristocracia. Brook House relucía, los escalones de mármol se fregaban tres veces al día, los árboles que daban sombra al camino circular estaban podados cuidadosamente y el enorme picaporte de bronce< había

desaparecido.

Ah, claro. Era lo normal, cuando su señoría no estaba en casa. Sophie levantó la barbilla, sintiéndose todavía más una intrusa. Los lacayos de Brook House avanzaron al instante, sin mostrar ninguna sorpresa cuando bajaron su equipaje del coche.

Había vivido allí durante unos meses, hasta que Brookhaven y Deirdre se casaron, así que la conocían lo bastante para sonreír levemente. Descubrió a un par de ellos echando miradas preocupadas hacia el carruaje vacío. ¿Estarían comprobando que

lady Tessa no la acompañaba? Sophie podría haberlos tranquilizado diciéndoles que Tessa no tenía ni la más remota sospecha de su traslado, pero no creyó conveniente llamar la atención sobre su falta de acompañante.

—Nadie se atreverá a murmurar ni una palabra sobre usted —le había asegurado Lementeur—. Entre mis poderes de transformación y la riqueza y el inminente rango de Brookhaven, en Londres ni un alma se atrevería a dudar de usted.

Palabras grandiosas. Sophie,

que seguía siendo Sophie y todavía no la prometida Sofía, las agradecía, pero se reservaba su opinión. Nadie había vacilado en insultarla en el pasado. Le costaba mucho creer que los futuros cambios fueran tan espectaculares.

Fortescue la recibió en el vestíbulo, con un aspecto extrañamente agitado para el modelo de dignidad y compostura que era siempre. Su visita no anunciada debía de haberlo incomodado más de lo que ella había creído posible.

Detrás de él, Sophie vio a la doncella de Deirdre, Patricia.

Parpadeó sorprendida.

—¿La señora ya ha vuelto?

Patricia sonrió y negó con la cabeza.

—No, señorita. Me he quedado para ocuparme de lady< —

¡Sophiiiie!

Sophie se preparó para el impacto, afortunadamente, porque lady Margaret corría a tal velocidad que el pulido mármol de la entrada no le permitiría frenar. Después de que Sophie recuperara el aliento y se apartara de las rodillas y los codos puntiagudos, dejó a Meggie en el suelo y se quedó mirándola

con fingida severidad.

—Oye, bala humana, ¿es que no entiendes la ciencia de la fricción y la velocidad?

Meggie le sonrió.

—Claro. Cuando llevo calcetines, puedo deslizarme desde la escalera del fondo hasta la puerta de entrada, si Graham está aquí para empujarme.

La mención de Graham se llevó parte del placer que había sentido Sophie al ver a su nueva primita, pero alzó la barbilla para mirar, sin alterarse, al mayordomo, uno de los pocos hombres que toleraba bien.

—He venido para quedarme, Fortescue.

El mayordomo parecía haberse recuperado.

—Desde luego, señorita, es muy bienvenida. ¿Cuánto tiempo se quedará con nosotros?

«Todo el tiempo que sea necesario.» Sonrió, sin comprometerse.

—No sabría decirlo. Tenía ganas de un cambio, simplemente.

Una chispa de irónica comprensión brilló en los ojos de Fortescue.

—¿Cómo está lady Tessa?

Sophie hizo un gesto negativo con la cabeza, con aire contrito.

—A punto de recibir una sorpresa, me temo, si es que se molesta en darse cuenta de que me he escapado.

Fortescue no dijo nada, pero sus prontas órdenes a los lacayos con respecto al equipaje dejaron clara su bienvenida. Mientras él se alejaba, Sophie le sonrió a Patricia.

—Me alegro mucho de que estés aquí. Si no te importa, me gustaría contar con tu ayuda.

Patricia ladeó la cabeza.

—Con mucho gusto, señorita, pero antes nunca me dejaba que le

arreglara el pelo.

Sophie se miró las manos enguantadas.

—Las cosas cambian.

Patricia suspiró.

—La verdad es que sí, señorita.

Sophie levantó la vista y vio que la mirada de la bonita doncella seguía a los sirvientes escalera arriba. ¿A Patricia le gustaba alguno de los jóvenes y apuestos lacayos? Si era así, probablemente Deirdre no sería un obstáculo en su camino, como sucedía con la mayoría de las señoras.

Era una chica afortunada; un idilio sin impedimentos.

Sin embargo, la envidia no le hacía ningún bien a nadie. Sophie había ido allí a conseguir algo y no había tiempo que perder en lo que podría haber sido.

Meggie le tiró de la mano.

—Sophie, papá y Dee están en Brookmoor, visitando al tío abuelo. Yo no he podido ir. No soy una visita agradable para un caballero anciano —dijo con toda tranquilidad.

Sophie se arrodilló ágilmente, situándose al nivel de los ojos de la niña.

—¿Sabes, ardillita?, creo que yo tampoco.

Meggie sonrió.

—¿Quieres jugar a las cartas después de cenar?

Sophie pellizcó la naricilla respingona con los dedos.

—Haces trampas, diablillo.

La sonrisa de Meggie se ensanchó.

—Y tú también. Solo que yo lo hago mejor.

Sophie se echó a reír y se levantó.

—Trato hecho, pequeñaja. —Luego se volvió hacia Patricia—. Lementeur llegar{ dentro de unos momentos. Yo< Patricia pestañeó, asombrada.

—Jesús, María y José —exclamó—. ¿Aquí?

—Sí. —Sophie sabía que las señoras londinenses admiraban los diseños de Lementeur, pero al parecer se le había escapado todo el alcance de su importancia—. Va a ayudarme a< mejorar mi estilo.

Patricia se quedó boquiabierta. Luego cerró la boca. En sus labios floreció una lenta y entusiasta sonrisa.

—Oh, señorita. Va a parecer una princesa.

Sophie hizo una mueca.

—Compadezco a la corte. —Alargó el brazo y cogió la mano de

Meggie—. Lady Bala Humana, ¿por qué no me ayudas a deshacer las maletas?

Meggie la miraba con los ojos entrecerrados.

—No eres tan bonita como Deirdre, Sophie.

Sophie asintió, tranquilamente. Aquello era verdad, y la lealtad de Meggie hacia su nueva madre era comprensible.

—Excepto cuando sonríes.

Mientras subía la escalera, seguida de Meggie, Sophie se preguntó si la niña había querido decir que era tan bonita como Deirdre cuando sonreía.

No era posible.

De camino a su habitación, Sophie se detuvo en la galería y observó que se habían añadido nuevos lienzos al largo linaje familiar de los Marbrook. Antes la hilera de cuadros acababa con los retratos de Raphael y Calder, muy jóvenes, y de la primera mujer, fallecida, de Calder. Ahora, en cambio, había una secuencia totalmente nueva.

Primero, un retrato de Calder, el mayor y actual marqués de Brookhaven, y de su esposa. Era un hombre corpulento, de hombros anchos y pelo negro, con ojos

castaños de mirada fulminante, en unos rasgos cincelados. Su expresión le hizo sonreír a Sophie, porque no le costaba imaginar su impaciencia durante el proceso de posar para un retrato. Calder era un hombre de acción, no de ocio.

De pie junto a él, había una imagen exquisita de Deirdre. Era una belleza majestuosa, de cabellos dorados, con ojos como zafiros. La sonrisa que exhibía era fría y altiva, pero en su mirada chispeaba el humor y una traza de impaciencia muy propia de ella. Si Sophie no se equivocaba, la mano de su prima en el hombro de

Calder lo estaba, literalmente, sujetando en su sitio.

No había sido un cortejo fácil, sobre todo teniendo en cuenta que la mayor parte se había desarrollado después de su boda de conveniencia; sin embargo, incluso en el retrato Sophie podía ver la forma en que todo Calder gravitaba hacia Deirdre, como si ella fuera la tierra y él una luna totalmente enamorada. Cada día era una lucha de voluntades; sin embargo, el premio era nada menos que una completa devoción.

El siguiente retrato era el de lord Raphael Marbrook, el segundo

hijo, ilegítimo pero reconocido. El parecido entre los hermanastros era asombroso si solo se miraba el color del pelo, los ojos y la estructura ósea en general. La diferencia era totalmente de actitud. La mirada castaña de Rafe era más ligera, casi risueña, y la sonrisa un tanto enamorada de sus labios era permanente.

Sentada en una silla casi delante de él, con sus cabellos dorados como la miel cayéndole sobre un hombro, Phoebe miraba hacia fuera del cuadro con una luz amorosa en sus ojos del color del cielo, una mirada que hizo que a

Sophie el corazón se le alborotara un poco, debido a la envidia. La mano de Rafe sobre su hombro era una bendición y una caricia, con los dedos ligeramente enterrados entre el sedoso pelo de su esposa.

Amor a primera vista, pese al hecho de que Phoebe hubiera aceptado contraer matrimonio con Calder y hubiera estado a punto de llevar a cabo la boda.

Amor para siempre, pensó Sophie al mirar la mano, apoyada con ternura, en el hombro de Phoebe.

—Papá me ha dado el retrato de mamá para que lo colgara en mi

habitación — explicó Meggie con serenidad—. Me gusta que esté allí y a Dee también. —La niña miró con cariño la cara de su nueva madre—. Antes deseaba que mamá me hubiera llevado con ella, pero ahora me alegro de que no lo hiciera.

Sophie cerró los ojos para no pensar en la tragedia de la que Meggie había escapado por poco. La primera esposa de Calder había muerto en un accidente de coche, mientras huía con su amante. Gracias a Dios, había tenido el buen sentido de dejar atrás a la hija de dos años de Calder.

—Yo también me alegro, ardillita.

—Papá me ha dicho que yo también voy a posar para un retrato —Meggie se rascó la nariz —, en cuanto aprenda a estar sentada.

Sophie le sonrió.

—Yo, en tu lugar, practicaría. Parece que el Sin Nombre lo ha convertido en todo un arte.

Meggie miró al gatito, todo patas, que colgaba flácido de sus brazos como si fuera un traje de gato, sin huesos.

—Mortimer, el Poderoso. —Frunció el ceño—. No, no sirve. —

Soltó un enorme suspiro y se encogió de hombros. El gatito entrecerró los ojos, totalmente feliz. Un potente ronroneo se elevó en el aire—. No sé cómo llamarlo.

Sophie acarició el pelo de la niña.

—No pasa nada, cariño. Mientras venga cuando lo llamas.

Meggie levantó la mirada hacia Sophie y pestañeó.

—¿Igual que hace Gram contigo?

Sophie miró hacia otro lado, con indiferencia.

—Hummm. —No fue hasta

que la niña empezó a caminar adelantándose a ella cuando Sophie se preguntó si Meggie se había referido a que Sophie acudía cuando Graham llamaba o al revés.

Aquello era ridículo, claro. Graham no necesitaba a nadie. Nunca.

Capítulo 7

Si la categoría de un hombre se pudiera medir por el número de ojos que lo miraban, entonces Graham debía de ser un rey.

Por supuesto, dichos ojos solo eran de cristal y brillaban, sin vida,

en las cabezas disecadas y montadas de las víctimas —mejor dicho, trofeos de caza— del fallecido duque, así que quizá fuera apropiado que el estatus de Graham fuera igualmente frágil.

La decoración del estudio era una combinación opresiva de madera oscura, papel oscuro y muerte oscura. Graham imaginó que las brillantes miradas lo seguían mientras caminaba arriba y abajo, y que el opaco destello era una súplica para que los liberara por fin. El olor, por desgracia, no nacía de su imaginación.

¿La habitación había olido

siempre a tabaco rancio y a putrefacción? Era un olor que Graham asociaba permanentemente con su padre. Si se le añadía pólvora recién disparada y whisky, uno esperaría que el viejo duque entrara a grandes zancadas en cualquier momento.

El duque había muerto.

Larga vida al duque.

Graham se volvió y enseñó los dientes al enorme oso pardo que se levantaba imponente en un rincón.

—Ahora yo soy el duque.

Una hora m{s tarde, Graham brindaba, con su cuarto< o quinto

whisky junto a la hoguera que había hecho en el jardín de atrás. Había descubierto que las cornamentas ardían como leña seca, y si uno se colocaba, prudentemente, contra el viento, incluso podía disfrutar del fiero brillo de alivio de los ojos de cristal, antes de que se perdieran en las llamas.

Graham levantó el vaso.

—Por mis camaradas caídos. —Vaciló solo un poco, considerando lo mucho que había bebido—. Habéis sido vengados. Salve al poderoso *felemante*< —Un momento. No era así—. *Efalente*. —

Se acercaba bastante.

Se acabó el whisky de un trago y se secó la cara con el brazo, porque el calor del fuego hacía que le lloraran los ojos. Quiz{ era el humo< si no fuera porque estaba situado contra el viento<

Bien, el estudio estaba en silencio y, mejor aún, despejado. El oso era el único cadáver que quedaba para mirarlo con ojos reprobadores. Graham decidió dejar aquel trofeo de más de noventa kilos donde estaba. No obstante, era preciso aligerar el humor de aquella criatura enseguida.

Le puso en la cabeza el flexible sombrero de safari del viejo duque y colocó uno de los antiguos fusiles de chispa que había encima de la chimenea en sus patas delanteras, que estaban levantadas amenazadoramente, dándole un aire desenfadado.

Graham retrocedió y lo miró con ojo crítico.

—Le falta algo. —Se encogió de hombros y luego brindó por su peludo compañero—. Lo siento sir Grandes Colmillos, me he quedado sin ideas. —Fue tambaleándose hasta el sillón parecido a un trono

que había junto al fuego, y se dejó caer en él. Contemplando con tristeza el trofeo, hipó—. Y también sin whisky.

Apoyó la cabeza en el sillón almohadillado y cerró los ojos, evitando así la mirada reprobadora< y se durmió por fin.

A la mañana siguiente, Graham fue a Primrose Street, preparado para pedirle cuentas a Sophie por su súbita frialdad hacia él.

Sophie no estaba.

Graham no sabía quién se había quedado más sorprendido al averiguar que la joven se había ido,

si él o Tessa, a quien fueron a despertar enseguida. Dado que el cometido de Tessa, como carabina, era estar al tanto del paradero de las doncellas indefensas, etcétera, Graham no aprobó lo pésimamente que había desempeñado su tarea.

—No es hija mía, ¿sabes? —le espetó su prima, ajustándose el salto de cama y apartándose el alborotado pelo de la frente con el dorso de la mano—. Solo estoy aquí para hacerle un favor a su madre.

Graham frunció el ceño.

—Está aquí para asegurarse de que su hijastra se case con un

duque. Ahora que lo ha conseguido, más o menos, cree que puede echar a Sophie a los lobos.

—No te preocupes, no corre ningún peligro por parte de ningún lobo. —La risa de Tessa era burlona —. De algún perro, quiz{< Van tras los palos, ¿no?

Graham se apartó de la única familia que le quedaba en el mundo, comprendiendo que allí no conseguiría nada. Era evidente que ella no se había enterado todavía de su ascenso; de lo contrario habría llevado el encuentro con más adulación y halagos. Se estremeció al pensarlo. Era mejor

que siguiera en la inopia un poco más.

Una rápida pregunta hecha a Nan, la sufrida doncella de Tessa, le dio a Graham la información que necesitaba. También añadió, *sotto voce,* que el último amante de lady Tessa acababa de dejarla plantada y que se había marchado aquella misma mañana bajo una avalancha de insultos lanzados desde una ventana del primer piso< típico de Tessa.

Al llegar a Brook House —y la verdad era que debería habérselo figurado sin necesidad de ayuda, y probablemente lo habría hecho de

no haber estado tan abrumado por sus propios problemas—, Fortescue lo recibió en la puerta y lo acompañó al saloncito familiar.

—Le diré a la señorita Blake que está aquí.

Ya había una jovencita esperando allí. Graham apoyó las dos manos en el respaldo del sofá y le sonrió a la niña que jugaba en el suelo. La pequeña lady Margaret era una mocosa huesuda, con grandes pies y demasiado pelo. Unos años después iba a ser despampanante, y Graham se moría de ganas de verla desollar vivos a los jóvenes estúpidos de la

buena sociedad.

—Hola, cerebro del mal. ¿Qué tienes en la agenda para hoy: la dominación del mundo?

Meggie le dedicó una sonrisa.

—Hola Gram. El señor Mitones va a tratar de atrapar un hilo.

Graham miró al escuálido gatito blanco y negro que la niña tenía en la falda. Cada vez que lo veía le parecía menos bonito. El dibujo en blanco y negro era sorprendente, pero sus enormes orejas, sus ojos bizcos y el peculiar látigo que tenía por rabo componían una pesadilla felina.

Cuando el animalito era más

joven, su pequeño tamaño había resultado un tanto gracioso, pero ahora el encanto de cuando era un cachorro se había perdido en aquel animal desgarbado y de ojos desorbitados. Deirdre lo había rescatado de un árbol no hacía tanto tiempo. Graham se inclinaba a pensar que quizá era el árbol el que necesitaba que lo rescataran.

—¿Así que ese es su nombre definitivo?

—No. Solo lo estoy poniendo a prueba. ¿Qué opinas?

—Esto< ¿eso es todo? ¿Señor Mitones?

Ella parpadeó mirándolo.

—¿Demasiado aburrido? Había pensado en señor Mitones de Nieve. —

Mientras estaba distraída, el gatito lanzó la pata más arriba, arañándole un dedo con una garra afilada como una aguja.

—¡Ay!

Graham sonrió, recordando el oso.

—¿Qué tal sir Garras Afiladas?

Meggie sonrió con suficiencia.

—No quiero que crea que es demasiado peligroso. Podría darle ideas. Dee dice que será un caballero gato muy grande algún día.

Graham consideró la actual ferocidad de la bestezuela y su sonrisa desapareció.

—Entonces, quizá mejor que no.

Meggie suspiró, luego cogió al gatito y lo acunó en sus brazos. El animal dejó caer la cabeza hacia atrás y miró furioso a Graham.

—Ahora tengo que dejarlo en mi habitación. Patricia me llevará a dar una vuelta.

El gato, libre de la necesidad de apoyarse en ninguna de las antes mencionadas garras, podía lanzar las cuatro patas rabiosamente contra el embrollo

de hilo. Solo para cerciorarse de su total destrucción, mordió el ovillo una y otra vez con sus diminutos dientecillos, ronroneando con un sonido áspero todo el tiempo.

Graham se habría ofrecido para cuidarlo, pero sinceramente, el ataque enloquecido de aquella criatura contra el inocente hilo anuló cualquier idea de ser caritativo. Sin embargo, pagaría a gusto por un exorcismo.

—De acuerdo. —«Y cierra bien la puerta para que ese bicho enloquecido no pueda salir.» Debería soltárselo al oso del viejo duque. Eso acabaría con los dos.

Fortescue apareció en la puerta del saloncito.

—Lo siento, excelencia, pero la señorita Blake no está disponible esta mañana.

Pregunta si, por favor, puede volver en otro momento.

Graham parpadeó. ¿Que no estaba disponible?

Pero< Sophie siempre estaba disponible.

Ese día no, al parecer; por lo menos no para él. Maldición, ¿es que no se daba cuenta de que la necesitaba? Bueno, no la necesitaba, claro, pero le habría sido muy útil hablar con ella en ese

momento. Enormemente irritado y más dolido de lo que quería reconocer, Graham pasó a grandes zancadas junto a Fortescue, quien se inclinó, mientras volvía a ponerse los guantes con tanta fuerza que rompió una costura.

Diablos, no iba a poder comprarse unos guantes en mucho tiempo, si es que podía hacerlo alguna vez.

Era mucho mejor enfurecerse con los guantes, con sus circunstancias y con su amiga que dedicar demasiado tiempo a preguntarse por qué su rechazo le había disgustado tanto.

Decidió ir a Sussex. Ya era hora de que echara un vistazo a Edencourt por sí mismo. Después de todo, de un informe solo podía averiguarse parte de la situación.

Si Sophie se preguntaba por qué no volvía a visitarla< pues bien, que se lo preguntara.

No obstante, se detuvo en el escalón de arriba. Un impulso le hizo dar media vuelta, entrar de nuevo en el saloncito y dejar el pulido trozo de cornamenta que llevaba en el bolsillo en la mesita auxiliar, como si fuera una ofrenda. No, no como una ofrenda. Como un regalo.

Maldición.

Durante los dos días siguientes, Sophie averiguó que no solo no sabía cómo vestirse ni cómo peinarse, sino que, al parecer, carecía de la habilidad para estar de pie, sentarse, caminar, saludar, llevar un abanico o sostener una copa.

En el enorme comedor de Brook House, donde una mesa en la que cabían cómodamente treinta personas se extendía a lo largo de la estancia, Sophie estaba tan agotada y furiosa que la grandiosidad y la intimidación inspiradas por aquel lujoso

ambiente habían acabado por desgastarse. Se dejó caer en una de las sillas, sin ningún respeto por su rareza o valor.

—Gracias a Dios que ha aparecido —espetó finalmente a su pequeño pero aterrador verdugo—. No sé cómo me las he arreglado para sobrevivir hasta ahora.

Lementeur, todavía fresco y atildado, sin mostrar ninguna huella de cansancio pese a que el trabajo había sido extenuante, cruzó los brazos y enarcó una ceja.

—Oh, sí que ha sobrevivido, pero dudo que haya vivido. Más aún, no hay ninguna excusa

para ello. Tiene una elegancia natural (como la de un potrillo, en cualquier caso), y si simplemente superara sus estúpidos temores, no tendría ningún problema en absoluto.

—De nuevo, alzó las manos al cielo.

Sophie decidió en aquel mismo momento que si hacía ese gesto una vez más, ella se pondría a gruñir como un mono con la nariz. Quizá también se golpeara la cabeza contra la pared más cercana.

Estaba exhausta, le dolía la espalda, sentía pinchazos en la

nuca, los pies la estaban matando y estaba casi segura de que tenía ampollas en los dedos de las manos de tanto intentar abrir y cerrar el abanico.

Miró a su torturador a través de la mesa con un odio no disimulado.

—Es usted un< un<

Lementeur entrecerró los ojos.

—¿Un qué? Por favor, dígalo. —Había empezado con bastante paciencia, pero en algún momento, alrededor de la novena vez que ella se había caído cuan larga era al suelo, se había vuelto implacable.

—¡Un tirano! —Era lo mejor

que se le ocurría. El cerebro le dolía, los ojos le ardían y lo único que quería era echarse. En cualquier sitio. En mitad de la calle le serviría.

Su perseguidor sonrió levemente.

—Tirano bastará por ahora. De pie, por favor. —Ella obedeció, alzando la barbilla, echando los hombros hacia atrás y abajo, afirmando la espina dorsal con unos músculos del abdomen que amenazaban con ponerse a temblar.

Con un movimiento natural, abrió de golpe su propio

abanico de demostración.

—Ahora, hágalo de nuevo.

—Pero< —Por vez primera en su vida, Sophie detectó la posibilidad de que de su garganta saliera un quejido. Oh, no. Eso no. Asustada, apenas prestó atención cuando abrió su abanico otra vez.

Esperó la habitual reprimenda de Lementeur. Cuando no llegó, levantó la cara para mirarlo.

Estaba sonriendo.

—¡La perfección absoluta! —Sus manos se unieron como si rezara. Y quizá lo estaba haciendo; habían sido dos días muy largos. Con una expresión pícara en la

cara, surcada por las arrugas causadas por la sonrisa, se inclinó profundamente ante ella.

—Señorita Sofía Blake, es un auténtico placer conocerla, por fin.

Sophie parpadeó; luego miró la mano que sostenía el abanico.

El abanico< el precioso, elegante y perfectamente sostenido abanico.

Soltó una carcajada con un alivio abrumador. Cerró el abanico y lo abrió de nuevo, una vez y otra< y otra m{s.

Lementeur se le acercó y la hizo girar en un alegre círculo, con

una mano en su cintura y la otra sosteniéndole la que tenía el abanico. Sophie rió de nuevo, girando con él; su agotamiento y su logro pequeño, pero duramente obtenido, le hacían sentirse mareada de júbilo.

Entonces
se
dio
cuenta<
—
¡Estoy
bailando!

Lementeur asintió.

—Y muy bien, además.

La soltó y la envió girando,

libre de sus brazos, sobre el sillón tapizado que se encontraba junto al fuego. Sophie se quedó sentada, todavía aturdida por el baile, sus movimientos todavía muy en armonía con la música y sus piernas en una postura llena de lánguida gracia.

Lementeur se inclinó de nuevo; luego le levantó una mano y se la besó, con los ojos brillantes de orgullo.

—Señorita Blake, es usted una alumna excelente< en cuanto deja de esforzarse tanto por pensar.

Sophie parpadeó para hacer que la habitación dejara de

moverse.

—Así que ese es el secreto de la delicada elegancia de las mujeres de la buena sociedad< ¡una cabeza vacía!

Lementeur se echó a reír encantado.

—¡Ojalá no cambie nunca, querida! Su ingenio le hará superar cualquier encuentro. Ahora recuerde: yérgase en toda su estatura, no se mueva nunca rápidamente, sonría solo a los que se lo merezcan y si alguien, cualquiera, la ofende, no se sonroje nunca ni se encoja asustada ni les deje ver, ni lo más mínimo, que la

han herido. Tiene que mirarlos fijamente hasta que sean ellos los que se acobarden y aparten la mirada.

Decirlo sonaba más fácil de lo que seguramente era.

—¿Qué le diré a la gente? ¿Cómo sabré de qué hablar?

Él cabeceó.

—No pregunte nunca. Solo responda, y únicamente después de una brevísima pausa, como de aburrimiento. El *ennui* resulta muy elegante en esos momentos. No se preocupe, pronto lo ver{< todo es bastante aburrido a su manera.

Sophie frunció el ceño.

—¿Lo es? Siempre he estado demasiado aterrorizada para darme cuenta. Si es tan aburrido, entonces ¿para qué ir? ¿Por qué las jóvenes deben pasar noche tras noche vistiéndose, acicalándose y bailando?

El modisto sonrió.

—Los actores pueden ser aburridos, pero la obra no lo es.

Dicho esto, se inclinó de nuevo.

—Ahora me despido, señorita Blake. Volveré por la mañana con todo lo que necesitará para el baile de máscaras de lord y lady Waverly

de mañana por la noche.

Oh, no.

—¿Un baile de máscaras? —Tragó saliva—. ¿Tan pronto? Yo estoy< no hemos<

Él le sonrió, mirando hacia atrás mientras se marchaba.

—Señorita Blake, ¿alguna vez le he fallado?

Sophie se miró las manos, retorciéndolas con fuerza encima de la falda. ¿Al día siguiente? ¡No podría llegar a ser la elegante, la lánguida Sofía para el día siguiente! ¿Acaso aquel hombre esperaba que ella hiciera un número de

magia?

Cerró los ojos y obligó a calmarse a la tempestad que rugía en su interior. Quizá no fuera una maga, pero Lementeur sí que lo era. Vestida con uno de sus trajes, una mujer podía quedarse de pie en un rincón toda la noche y seguir brillando.

Una mujer normal, en todo caso.

Bueno, por lo menos llevaría puesta una máscara.

Graham montaba a caballo con la facilidad que daba una larga práctica. Mejor así, además, porque de no ser un consumado jinete, en

aquel mismo momento bien podría caerse de cabeza al suelo.

La gran mansión de Edencourt se encontraba delante de él. Era enorme, grandiosa, imponente< y estaba en ruinas. Desde donde la miraba, montado a caballo, en la baja colina justo por encima de la casa, podía ver que los establos se habían derrumbado. El ala del servicio se estaba desmoronando y los vastos jardines eran una maraña de malas hierbas y escombros. La parte principal de la casa parecía intacta, pero Graham no mostró ninguna intención de cabalgar colina abajo para entrar

en ella.

¿Cómo podía estar tan mal? Había ido allí, hacía solo<

Dios santo, hacía casi quince años. Entonces estaba deteriorada y mal cuidada y, sí, un poco decrépita y abandonada. Sin embargo, ahora parecía que nadie había gastado en ella un clavo ni un cubo de cemento desde hacía más de cincuenta años.

Al parecer, las casas se deterioraban rápidamente una vez empezaba el proceso.

Graham cerró los ojos para no verla. Los informes de Abbot no eran exagerados, como él había

esperado. De hecho, le daba la impresión de que aquel hombre había sido moderado en sus cálculos. Abbott todavía creía que la propiedad se podía salvar. Graham no estaba tan seguro.

Mientras recorría las últimas millas de las tierras de Edencourt, el estado de los campos y los huertos había sido muy descorazonador. Según la historia familiar, aquella había sido una de las propiedades más bellas y productivas de toda Inglaterra. ¿Qué podía haberle pasado?

Graham se quedó mirando la casa que había odiado toda su vida,

no por las piedras ni las ventanas, ni por el tejado, con su elegante inclinación, sino por las personas que vivían en ella< unas personas a las que se parecía m{s de lo que había creído.

Había llegado allí por casualidad, igual que su padre y sus hermanos y su abuelo y su bisabuelo antes que él. A los hombres Cavendish les gustaba jugar, no trabajar.

Los Cavendish no eran mejores que parásitos.

Graham hizo dar media vuelta al caballo y lo puso al galope. Igual que en su juventud, ninguna

distancia le parecía suficiente entre él y Edencourt. No obstante, en lugar de notar cómo la opresión y el resentimiento le mordían los talones, esta vez lo que sentía no era más que la más negra de las vergüenzas.

Capítulo 8

Aquella noche, de vuelta en el estudio de su padre en Eden House, Graham cerró los ojos para no ver los papeles esparcidos por encima del enorme escritorio. Era desconcertante, pero no había visto nunca que su padre leyera o escribiera nada en aquel escritorio que era tan grande como una barcaza.

Lástima. Puede que si su padre hubiera usado esa habitación para algo más que fumar y beber, la propiedad de Edencourt no se

habría hallado en aquel estado.

Sus párpados cerrados no podían impedir que las palabras bailaran en su cabeza.

«Inundación. Pérdida de la cosecha. Fuego.»

«Hambre.»

Eso era lo peor. Los pocos jornaleros fieles o sin recursos que quedaban estaban muriéndose, literalmente, de hambre. Había pasado junto a sus hogares, a lomos de su elegante caballo, vestido con su ropa elegante, asqueado por la pobreza, por la miseria que veía. Cada vez que Graham pensaba en el dinero que

había perdido despreocupadamente en las mesas de juego, o despilfarrado en vino y mujeres, se le revolvía el estómago. En el pasado, siempre que se encontraba con los bolsillos vacíos y sus prestamistas se mostraban inaccesibles, había logrado sacar más dinero de sus hermanos o de su padre, sin pensar ni un momento de dónde venía.

Había evitado Edencourt durante años. Incluso cuando iba de visita, no prestaba ninguna atención a las condiciones en que estaba, excepto para mostrar desdén por el lugar debido a su

mal estado. Un idiota egoísta, eso era lo que había sido; solo suspiraba aliviado cuando se alejaba de aquel sitio.

Edencourt era responsabilidad de su padre; pero tendría que haber conocido a su padre demasiado bien para pensar que había actuado en cumplimiento de esa
responsabilidad. «No quería saberlo. Solo quería divertirme.»

Eso hacía que fuera igual de malo que el viejo duque< o peor, porque era un hombre más inteligente y más capaz.

«Sophie, cuánta razón tenías

con respecto a mí.»

El remordimiento lo reconcomía, pero sabía que no podía dedicar demasiado tiempo a autoflagelarse. Después de todo, ¿no era eso otra forma de egoísmo, malgastar sus energías en sí mismo, otra vez más?

Desenterró la cabeza de entre las manos cuando Nichols anunció una visita.

—¿A estas horas?

Nichols le lanzó una mirada agria, dando a entender que si el propio Nichols tenía que estar levantado y listo para ocuparse de su desconsiderado amo, todo el

mundo podía igualmente estar levantado y dispuesto.

El pobre y viejo Nichols no se había tomado nada bien el hecho de que Graham hubiera heredado el ducado de Edencourt. El nuevo duque esperaba que aquel hombre se retirara —aunque no tenía nada que darle como pensión—, pero Nichols continuaba sirviéndole, obstinadamente, si bien con muchos resoplidos de desdén para dejar claro lo que pensaba.

La auténtica prueba llegó cuando Graham no quiso organizar una grandiosa capilla ardiente para el momento en que el viejo duque y

sus hijos llegaran de vuelta a Inglaterra después de su viaje de tres semanas en barco.

Graham no creía que los cuerpos estuvieran visibles, después del asunto del elefante y del largo viaje. Tampoco era que su padre tuviera tantos amigos que merecieran un gran funeral. Graham pensaba llevar los restos, discretamente, al cementerio de la familia en tierras de Edencourt, en cuanto el barco arribara a puerto. Cuanto menos jaleo, mejor, aunque puede que Nichols no volviera a traerle agua caliente para el baño nunca más.

La visita era un hombre fornido al que Graham no había visto nunca. El nombre de aquel sujeto huyó de la memoria de Graham de inmediato, porque a las presentaciones siguió la entrega de los pagarés del fallecido duque.

Graham examinó las hojas firmadas, esperando encontrar algún indicio de fraude, pero era evidente, por el garabato de la firma, que su padre había pedido dinero prestado a cuenta de los beneficios de sus propiedades, con varios años por adelantado; unos beneficios que nunca llegarían si no se invertían unos fondos

considerables en las tierras, de inmediato. Era muchísimo peor de lo que había temido. ¿Dónde iba a encontrar una esposa cuya familia no solo salvara Edencourt, sino que, además, pagara décadas de deudas atrasadas?

—¿Est{ seguro<? —Graham se pasó una mano por la cara—. Quiero decir< ¿Hay alguna manera de que podamos llegar a algún tipo de acuerdo?

El visitante se inclinó hacia delante y dio unos golpecitos encima de los pagarés.

—Excelencia, estos son los acuerdos. He hecho una concesión

tras otra a su familia. No tengo más remedio que exigir el pago de la deuda de inmediato.

Graham respiró hondo.

—Tengo que cuadrar un montón de números antes de poder conseguir cualquier tipo de< Bueno, hay una especie de solución en marcha< —¿Aquel tipo aceptaría la posibilidad de una boda como suficiente garantía? A él le sonaba condenadamente débil.

El hombre lo miró con pena.

—Excelencia, no soy lo peor de lo que se avecina. Conozco a la gente a quien recurrió su familia, al

final, cuando ningún hombre honrado aceptó prorrogarle más el crédito. Por esa razón he venido enseguida, mientras todavía est{ usted< aquí.

Graham levantó la vista al notar cierta vacilación. «Mientras todavía está usted vivo.» ¿Era eso lo que aquel sujeto quería decir? Seguro que no. Seguro que su padre tenía sentido común y no había llegado a niveles peligrosos.

Sin embargo, ¿de dónde habría salido ese sentido común, cuando el viejo duque nunca lo había mostrado ni una pizca antes?

Graham extendió las manos en

señal de impotencia.

—Tengo la plena intención de satisfacer todas las deudas de mi familia. ¿Cómo puedo garantizárselo?

El hombre echó una ojeada alrededor; sus ojos codiciosos calibraron las obras de arte, los cortinajes, los muebles de calidad, aunque dañados.

—Bueno, por casualidad, tengo una carreta fuera<

Casualidad. Ya. Graham lo miró con agria resignación. Seguramente iban a desnudar las paredes de todo su patrimonio antes de que todo aquello acabara.

Una hora más tarde, el hombre se marchó con la carreta llena de objetos valiosos —incluyendo la plata, una pérdida que hizo que Nichols se hundiera en un abismo de amarga angustia— y una cara satisfecha. A cambio, Graham había recuperado varios de los pagarés.

Entonces se arrodilló frente al fuego y fue echándolos despacio a las llamas, uno por uno.

«¿Tratando de hacer que duren< que parezcan m{s? Es patético.»

Ah, pero claro que era patético o, por lo menos, así era como se

sentía en aquel momento.

Y justo en aquel momento, la gente de Edencourt lo necesitaba. Y era preciso que encontrara una esposa rica. No había ni un solo instante que perder, porque, contando el tiempo necesario para el cortejo y el compromiso, podrían pasar meses antes de que tuviera algo que invertir en la propiedad.

Además, solo quedaban unas pocas semanas antes de que se acabara la temporada. Todo el encanto del mundo no haría que su gente superara otro invierno. El peso de su situación amenazaba con hacerle morder el polvo.

Volvió al escritorio y se pasó las manos por la cara, obligando a sus ojos a concentrarse en los informes que tenía delante. Se sentó de nuevo en el sillón, sin pensarlo, acomodándose inconsciente y fácilmente a su tamaño y grandeza.

Acres, arboledas, bosques; los huesos desnudos de Edencourt. Molinos en ruinas, establos decrépitos, silos comidos por la podredumbre; las gastadas prendas de una propiedad moribunda. Los jornaleros; el corazón palpitante que latía más despacio a cada momento que

pasaba.

Para salvarlos se casaría con un caballo, siempre que fuera uno muy rico. Si su esposa se limitaba a tener el aspecto de un caballo y a relinchar como un caballo, se consideraría un hombre afortunado.

Las palabras y las cifras que tenía delante empezaron a darle vueltas. Sacudió la cabeza y se apartó de la mesa. No era posible aprender en unos días lo que debía haberse pasado toda una vida estudiando. Lo mejor que podía hacer por Edencourt en esos momentos era descansar un poco y

estar lleno de energía y dispuesto a venderse, en cuerpo, alma y título, en la casa de subastas de la buena sociedad la noche siguiente.

Miró qué hora era. Mejor dicho, esa misma noche. Era sorprendente lo mucho que le molestaba pensar en un matrimonio de conveniencia, sin amor. Qué extraño; nunca se había dado cuenta de que era un romántico.

El cielo, al otro lado de la ventana de arco, se había aclarado. Otra noche sin descanso. Realmente, tendría que irse a la cama para no hacer salir corriendo,

espantada, a cualquier posible heredera. Sin embargo, lo que hizo fue levantarse y salir del estudio. Cogió el sombrero y los guantes de la mesa del vestíbulo y salió a grandes zancadas a la luz de la mañana.

Sin pensarlo, Graham dejó que sus pies tomaran la dirección de Brook House.

Graham no era el único que se había pasado la noche en blanco.

En su habitación de Brook House, Sophie se inclinó para mirarse en el espejo del tocador. Lo iba a pagar caro cuando Lementeur

viera las ojeras que tenía, pero no había podido pegar ojo en toda la noche.

Detrás de ella, Patricia casi bailaba de entusiasmo cuando llevó el vestido para el debut de «Sofía».

—Oh, señorita, es tan elegante. Estará usted guapísima, de verdad.

Sophie se levantó, muerta de ganas de saber qué era lo que había llegado aquella mañana, pero casi sin atreverse a mirar. Si solo era un traje corriente, si el resultado no era a todas luces mágico —si ella era un caso realmente sin

esperanza—, bueno, no estaba preparada para averiguarlo.

Respiró hondo y se volvió.

Una enérgica llamada a la puerta la interrumpió. Patricia, sin darse cuenta de que Sophie no había visto el vestido, continuó hasta el armario para colgarlo dentro. Presa de un dilema, Sophie vaciló. Patricia se apresuró a abrir la puerta.

Fortescue estaba fuera, con la mirada educadamente fija en el vacío, no en el interior de la habitación.

—Discúlpeme señorita Blake, pero el duque de Edencourt ha

venido a verla.

¿Duque de<? Ah, claro, Graham.

El estómago le dio un pequeño vuelco. Ahora que comprendía la profundidad de su cariño, sabía que era muy mala idea pasar más tiempo con Graham. No tenía ninguna intención de verlo ese día, pero ya que estaba allí<

Bueno, sería descortés negarse a verlo, ¿no? En realidad, no le había dicho que no fuera allí. No lo entendería si no lo recibía.

«No es un niño. Que lo haga Fortescue. Tu corazón es demasiado estúpido.»

«No, ve a verlo. Pronto tendrá esposa y entonces lamentarás haber desaprovechado estas últimas semanas con él.»

Bueno, lo vería, pero no dedicaría ni el más mínimo esfuerzo a hacer que se sintiera cómodo. Ni a mostrar su mejor aspecto. Aunque tenía el pelo hecho un desastre —ahora se daba cuenta de cosas así, gracias a Lementeur—, y seguramente sería una buena práctica tomarse estos asuntos más en serio.

Algo en su interior le hizo una advertencia: «Oh, adelante. Pero no digas que no te lo avisé.»

Su sentido común se esfumó, eclipsado con rotundidad por la absurda excitación que sentía al saber que Graham quería verla.

—¡Patricia, el pelo!

Abajo en el saloncito, Graham estaba junto a la ventana, dándole la espalda a la habitación, y mirando, sin verla, la impresionante plaza. Pensaba en lady Lilah Christie: hermosa, codiciosa, inmoral y muy, muy rica. Hija de un conde, se había casado con el hombre más rico que pudo encontrar; luego —a decir de algunos— lo había matado debido a sus numerosos desengaños. Tenía

el dinero suficiente para salvar Edencourt, por no mencionar el valioso recurso de pertenecer a una familia de la élite.

No había ido a verla desde que había heredado el título. Se dijo que era porque estaba demasiado ocupado valorando las necesidades de la propiedad, pero la verdad era que ya no se trataba de un juguete inofensivo para distraer a la loba. Ahora temía que ella lo perseguiría sin tregua.

Lilah buscaba otro marido, aunque el suyo había fallecido recientemente. Y esa vez —Graham lo sabía— iba tras un título.

Graham reprimió un inexplicable escalofrío. Quizá no tan inexplicable, bien mirado. Aunque había dejado el lecho de Lilah hacía solo unas semanas, eso no significaba que pudiera concebir la idea de llevarla a su casa, a Edencourt, para que fuera la madre de sus hijos. Además, no tendría ninguna seguridad de que fueran suyos.

Dios, Lilah no era la respuesta. Tal vez no debía permitir que su aversión a llevar a una desconocida al altar le convenciera de castigar a Edencourt con Lilah. El legado de su familia ya estaba bastante

manchado.

No, buscaría una doncella joven, dócil y como era debido, posiblemente de una de las ricas familias navieras que se morían de ganas de entrar en la alta sociedad y que, por lo menos, acudiría a él agradecida por su rango. Llegarían los herederos — prefería no imaginar cómo— y su gente se salvaría, al menos durante una generación.

Quizá no fuera mala idea engendrar un poco de sentido comercial en el linaje, viendo lo que habían hecho su abuelo y su padre.

Las ideas giraban en círculos dentro de su cabeza. Esposas, hijos y negocios; tres cosas por las que, solo una semana antes, habría apostado que nunca tendría que molestarse.

Frente a la puerta del saloncito, Sophie vacilaba, con la mano en el pomo. Graham la esperaba dentro. Se moría por verlo< pero ¿no sería mejor que él la viera cuando se hubiera completado su transformación final? ¿No sería mejor —no sería maravilloso— que Graham la viera por vez primera como Sofía, magníficamente vestida?

Dio un paso atrás, con las manos apretadas contra la cintura y los dedos hormigueándole de anhelo. Con todo, ¿no sería perfecto, si la primera vez que la viera, ella llevara una máscara? ¿Qué podría averiguar de él, de ella misma, si pudiera encontrarse con él de nuevo< por primera vez?

«Siendo una belleza.»

El aliento le falló al pensarlo. No era que todo aquello fuera en beneficio de Graham, claro que no. Tenía la intención de conseguir una posición adecuada, estable, confiaba que no demasiado aburrida, como esposa de algún

hombre; la esposa de otro hombre.

Dio media vuelta rápidamente y estuvo a punto de chocar con Fortescue.

—¡Oh! Fortescue, ¿querría decirle a Gr< a su excelencia que no puedo recibirlo en este momento? Pero pregúntele si piensa ir al baile de máscaras esta noche. Solo que no le diga que yo lo he preguntado. Y si no piensa ir, intente convencerlo de que vaya. Pero no le diga que yo asistiré. Sea simplemente< natural, ¿me comprende?

Fortescue la miraba sin alterarse, pese a todas las señales

de que estaba absoluta y completamente loca.

—Sí, señorita. ¿Hay algo más que desearía que le dijera a su excelencia?

«Pregúntele si va a vestir de azul.»

No. Era una tontería. Pero<

—¡Dígale que le sienta muy bien el azul!

Por primera vez, que Sophie recordara, vio una chispa de rebeldía en la mirada del mayordomo.

—Ah, bueno, sí.

Sophie se encogió de hombros, disculpándose.

—Supongo que no hay manera alguna de hacer que eso suene apropiado, ¿verdad?

—Lo haré si usted insiste, señorita, pero creo que si dejo caer unas palabras al oído de su ayuda de c{mara, en secreto< Sophie sonrió.

—¡Eso sería perfecto!

Fortescue se la quedó mirando, claramente sorprendido, durante un buen rato. Luego reaccionó.

—Ah< sí, señorita. También puedo confirmar sus planes para salir esta noche con su ayuda de cámara, con quien se puede contar, estoy seguro, para que le transmita

la recomendación de asistir al baile.

—¡Válgame Dios! ¡Ese sí que es un canal de comunicación útil! —Sophie fue hasta la escalera casi bailando—. Dígale que sea puntual —canturreó—. ¡Y dígale que no lleve a lady Lilah Christie!

Capítulo 9

Graham salió de Brook House furioso y frustrado, una vez más, y recorrió sin ver las elegantes calles de Mayfair. ¿Qué demonios se traía Sophie entre manos? ¿Acaso pensaba que él no tenía nada mejor

que hacer que acomodarse a sus caprichos? ¿No sabía que él< disfrutaba con ella? Disfrutaba de su compañía, sí. Era muy entretenida bajo aquel aspecto poco atractivo de intelectual. Maldición, echaba de menos<

Echaba de menos su compañía, solo eso. Las cartas, su conversación y<

Unos penetrantes ojos grises, que lo veían tal como era: un tonto. La suave trenza de sus cabellos de color mermelada de naranja, apretada en su puño. Una risa fácil, una alegre calidez, una sutil ironía que nunca dejaba de sorprenderle

y hacerle reír<

«Maldición mil veces.»

El vestido de Lementeur no era precioso. No era deslumbrante.

Era mágico.

Lementeur le había dicho que se había inspirado en Titania, reina de las hadas, y Sophie se preguntaba si la propia Titania habría agitado su varita mágica y habría dotado al modisto de unos poderes más allá de toda norma.

Era una creación milagrosa, un vestido encantado, una fantasía de seda, luminosa y llena de gracia, del verde más pálido, tornasolado,

con matices de reluciente lavanda.

Las diminutas mangas, que caían desde los hombros, no eran más que lazos de perlas nacaradas. Sospechaba que eran auténticas, no de vidrio, pero no se atrevió a preguntarlo por miedo a estar en lo cierto; entonces no tendría valor para ponerse el vestido.

Además, Lementeur había hecho algo sospechoso con su corsé, porque con toda seguridad ella no estaba tan dotada por la naturaleza. Sin embargo, la floreciente carne marfileña que aparecía por encima del escote era toda suya< ¡Un auténtico misterio!

Hileras entrelazadas de perlas se cruzaban por encima y entre sus pechos, pequeños y altos, subrayándolos y destacándolos.

El corpiño era alto y ajustado, pero justo debajo de él, la falda se drapeaba y caía de una manera que recordaba la toga que llevaban las diosas griegas. Sophie no estaba segura de por qué todo el efecto le otorgaba curvas donde pensaba que no tenía ninguna y prestaba una grandiosidad escultural a su estatura. Por fortuna para las insistentes lecciones de Lementeur, no había ninguna posibilidad de encorvarse dentro de aquel vestido.

El más mínimo encogimiento de sus hombros hacía que el corpiño la dejara sin respiración. Se preguntaba si lo habría hecho a propósito.

Seguramente.

Los matizados e iridiscentes colores hacían que le reluciera la piel como si fuera marfil pulido y el pelo le brillara con un fuego más intenso que si hubiera llevado tonos más vivos. Además, Patricia le había lavado el pelo con algo —olía a plantas y a hierbas— que daba un fulgor de canela a su rubio rojizo. Lo que antes caía incontrolable y desarreglado

alrededor de la cara, ahora estaba cortado en delicados mechones que se rizaban siguiendo su propia inclinación, mientras que el resto se apilaba alto y terso para darle una estatura todavía más elegante. Habían sacrificado centímetros de cabello, pero Patricia le había asegurado que podía prescindir de ellos.

Se volvió para mirarse por encima del hombro. Desde debajo de cada omóplato al descubierto caía un volante, como espuma de organdí blanco plateado, tan fino que podría leerse a través de él. Cuando se movía, aunque fuera

mínimamente, esos volantes se elevaban detrás de ella como si fueran un par de vaporosas alas.

Patricia estaba colocando más hileras de perlas entre sus cabellos entrelazados.

—¿Estás segura de que teníamos que cortarlo?

Patricia le sonrió desde el espejo.

—¡Un poco tarde para dudarlo, señorita!

Entonces la doncella abandonó su postura en puntillas y dio un paso atrás. Con un suspiro de soñadora satisfacción, enlazó las manos delante de ella.

—El mismísimo rey de las hadas vendrá a raptarla esta noche, seguro que lo hará.

Sophie se miró en el espejo. Se la veía totalmente diferente a ella misma; en otras palabras, estaba hermosa. Le parecía mentira; sin embargo, ¿no eran aquellos sus ojos? ¿No era aquella su estatura normal, su pelo, sus brazos desnudos, su largo cuello? ¿Cómo podía ser algo deshonesto cuando solo se trataba de un cambio de vestido y de un poco de polvos y colorete?

Y una máscara.

Patricia le dio la extravagante

máscara, una creación blanca, adornada con perlas y plumas de lechuza, que tendría que haber estado en una pared, no en su cara, como una obra de arte. Sin embargo, le cubría la nariz admirablemente, pero dejaba expuestos sus ojos de una manera que los hacía grandes e insondables. Ahora era, de verdad, otra persona por completo. Ahora era, de verdad, Sofía.

Sophie ya no existía.

«No tiene nada de que avergonzarse. Es tal como tiene que ser, una sílfide, un junco en el agua, una esbelta llama.»

Las palabras de Lementeur sonaban pequeñas y débiles, apenas presentes a través del martilleo del miedo y la inseguridad que la impedían respirar.

Si aquello era una máscara, entonces la desenmascararían. Si era una mentira, la descubrirían. La Sophie Blake sin atractivo, un ratón de biblioteca socialmente torpe, nunca podría convertirse en Sofía. Nunca; era imposible. Todo era una especie de truco horrible; nunca, jamás podría conseguirlo.

«¿Por qué no? ¡Has hecho cosas peores!»

Sí, y a dónde la habían llevado. Se obligó a inspirar lentamente. Cierto que una mentira se parecía mucho a otra. Si había logrado abrirse camino hasta llegar allí, a Londres, de manera fraudulenta, seguro que podría hacer lo mismo en el salón de baile.

Sophie solo había sido capaz de llegar hasta allí. Ahora Sofía debía terminar el trabajo, o todo el engaño no habría servido de nada. Eso sería lo peor: volver a no tener nada en absoluto.

Graham había seguido el consejo de su ayuda de cámara y tenía intención de empezar su

búsqueda en el baile de máscaras de lord y lady Waverly. No tenía un disfraz, así que decidió ir vestido de duque. Se puso su habitual traje de etiqueta y se limitó a añadir una sencilla máscara de seda negra. No era el único que había decidido desentenderse de aquella suntuosa locura.

No le habría servido de nada ocultarse detrás de un jubón estilo rey Enrique VIII, porque todos los ojos se fijaron en él en el momento mismo en que entró en el salón.

Justo aquella mañana, la ubicua *Voz de la Sociedad* había anunciado su ascenso. Para cuando

volvió a Eden House, después de su intento fallido de ver a Sophie, había un montón tan alto de invitaciones, que resbalaban unas encima de las otras y se desbordaban de la bandeja de plata.

Ahora las madres de la buena sociedad lo fijarían en su punto de mira como nunca antes. ¡Un pobre cuarto hijo estaba muy lejos del hombre que podía convertir a su hija en duquesa!

Muy bien. Cumpliría con su deber e iría en busca de una heredera. Afortunadamente, había varias en el baile. Graham conocía

a las madres de vista. Todos los jóvenes con título las conocían, aunque por lo general con el propósito de evitarlas.

Esa noche, Graham se mostró disponible. Los padres se le acercaban para hablar despreocupadamente del tiempo, del mejor tabaco, de las carreras, y le decían: «Ah, ¿conoce a mi encantadora hija?»

Graham sonreía. Se inclinaba. Bailaba como el oso de feria que era. Que le echaran unas monedas y le vieran hacer el pino. Las había altas y bajas, delgadas y unas cuantas asombrosamente llenas de

curvas.

—¿Está disfrutando de su primera temporada, señorita Millonetis? —Le costaba un gran esfuerzo no desviar la mirada de su cara. Era rubia, de cuerpo generoso y llevaba una versión presuntuosa del atuendo de una campesina, de seda azul celeste con hileras de anticuados volantes blancos alrededor de su considerable escote, más una cinta en el pelo.

Tenía posibilidades, porque le parecía que era muy audaz por su parte llevar un traje de lechera cuando contaba con aquellas< bazas.

—¿La temporada? —Los azules ojos lo miraron pestañeando—. Oh, no me disgusta el verano, pero prefiero con mucho el invierno. Tengo más tiempo para estar sentada.

—Ejem. Sí. —Otra vuelta por la pista de baile antes de que pudiera probar de nuevo—. Me gusta su disfraz. Es muy< travieso.

Otro lento pestañeo.

—No llevo un disfraz, excelencia.

Sí. Bueno. Quizá la morenita de los ojos azabache, la señorita Ricachona, sería más de su gusto.

—¡Oh, excelencia! ¡Qué

divertido es usted! Ji, ji, ji. Ji, ji, ji.

Le había preguntado si lo estaba pasando bien.

—¡Oh, excelencia! ¡Qué fueeerte que es! Ji, ji, ji. Ji, ji, ji.

Al día siguiente, tendría los bíceps amoratados.

Tal vez estaba nerviosa. Tal vez estaba haciendo lo que su madre le había dicho que hiciera.

Tal vez estaba haciendo aquello solo cuando el baile los hacía pasar por delante de cierto joven de aire melancólico, que acechaba junto a una palmera en una maceta, lanzándoles miradas furibundas.

Graham dejó el baile a medias. No tenía tiempo para seguirle el juego. Al rodear a los que bailaban, pasó junto al chico malhumorado una vez más.

—¿De verdad quieres soportar este tipo de cosas el resto de tu vida, muchacho?

Siguió adelante, pero no antes de ver un brillo de esclarecimiento en los ojos del joven.

Luego estaba la señorita Catriona Oronaviero. Era un duendecillo absolutamente encantador. Mientras bailaban, Graham notó que se relajaba e

incluso se reía de sus modales insolentes.

Tal vez< solo tal vez. La verdad es que era adorable y parecían entenderse a las mil maravillas. La miró más atentamente. Lástima que fuera tan diminuta, porque se sentía un poco como si estuviera bailando con Meggie<

«Por todos los demonios.»

—Catriona —preguntó con aire severo—, ¿cuántos años tiene?

Ella se mordió el labio un momento, exactamente igual que Meggie cuando pensaba si debía decir una mentira. Luego se le

acercó y susurró:

—Quince, excelencia.

Graham se detuvo en seco y apartó la mano de la cintura de la criatura, como si fuera de metal fundido.

—Mami me dijo que no lo dijera —le confió—, a menos que usted pareciera un tipo al que le gustan ese tipo de cosas.

—¡Qué halagador! —La cogió firmemente del brazo y la acompañó de vuelta a la alcahueta de su madre—. Señora, debería estar avergonzada. —Se inclinó ante la pequeña Catriona—. Volveré a verte, espero< dentro de

varios años.

Ella le sonrió chispeante.

—¿Me esperará?

Él se inclinó de nuevo.

—Lamentablemente, no puedo. Pero te deseo lo mejor, pequeña.

¿Quince años? Le daban náuseas.

Sin embargo, las de dieciocho, diecinueve, incluso las de veinte le parecían igual de faltas de madurez y preparación. ¿Cómo podía una chica tan joven saber lo que de verdad quería? ¿Qué diría en el futuro cuando desapareciera la ingenuidad y comprendiera que

la habían vendido por un título y unas relaciones?

No, de repente estuvo completamente seguro. No quería una niña. Quería una mujer, una igual, alguien que tuviera los ojos bien abiertos.

Entonces, ¿volvía a las viudas ricas? Porque, desgraciadamente, la viuda más rica de Londres en aquel momento no era otra que lady Lilah Christie.

Sophie estaba junto a la entrada del salón de baile, con la boca seca y el corazón desbocado, sujetando su chal de seda sobre el vestido. El baile de máscaras era

otro mundo.

Sophie había asistido a unos cuantos bailes aquella temporada, aunque nunca había bailado. En otros tiempos, pensaba que el despliegue de vestidos de colores pálidos y de trajes oscuros formaba un bonito cuadro, suavemente iluminado por las elegantes arañas de centelleante cristal; todo muy civilizado y contenido.

Pero no era nada comparado con el desbordamiento de opulencia y exceso liberado por las laxas reglas del baile de máscaras.

Lementeur se lo había advertido.

—Bajo un disfraz, una mujer virtuosa puede ser una ramera y una ramera puede ser una princesa.

Lo cierto era que parecía que, aquella noche, allí hubiera muchas mujeres virtuosas. Los corpiños eran más ajustados, los escotes más bajos, los tobillos — cubiertos con medias tan finas que apenas se percibían— asomaban coquetamente por debajo de unos vestidos que se pegaban húmedamente a las curvas, en lugar de ocultarlas.

Una oleada de calor golpeó a Sophie en la cara mientras

permanecía entre las sombras, junto al otro lado de las puertas. La estruendosa brillantez y el jadeante desorden estaban en su apogeo. ¿Cómo se suponía que iba a causar impresión alguna en aquella sala llena de lujo y efervescencia?

Luego recordó que se suponía que ella no tenía nada que ver de todo aquello. Volviéndose hacia un lado, se quitó los anteojos y se puso la máscara. Luego inspiró y obligó a sus pies a avanzar. Un paso, después otro. Añoraba la capa que la ocultaba y que le había entregado a un lacayo. Habría

preferido estar de vuelta en el carruaje de confección de Lementeur, alejándose a toda velocidad en la noche.

«Tú te lo has buscado. Para ser totalmente precisa, lo suplicaste.»

Al recordarlo, notó que el corazón aflojaba un poco su ritmo de ciervo en plena huida. Aquello no era nada que le obligaran a hacer; había planeado esa noche por su propia voluntad.

Una nueva sensación de poder y propósito la inundó. No estaba allí para retraerse, para esconderse, para ser de nuevo la vulgar y

corriente Sophie «Palo de Escoba».

Estaba allí esa noche para ser Sofía.

Lentamente levantó la mano derecha y, con un movimiento preciso de muñeca, abrió el abanico con un único y elegante movimiento. «Perfecto.»

Una sonrisa secreta se insinuó en sus labios. Sofía había llegado.

Con la barbilla alta, el estómago temblando y el chal cayéndole artísticamente por los hombros desnudos, bajó con porte elegante hasta el gran salón. Si alguien preguntaba, Tessa habría

salido, convenientemente, a tomar el aire.

Siguiendo las instrucciones de Lementeur, evitó los muebles, los pilares y las plantas de las macetas. Bien mirado, no podía tropezar con algo que no estaba allí.

Se mantuvo en el espacio abierto para que todos la vieran; gracias a Dios que el mundo se desdibujaba hasta la insignificancia sin sus anteojos, de forma que no veía más que a los que tenía muy cerca. En realidad, era bastante reconfortante.

Tal como le habían dicho, recorrió el salón, dibujando un

serpenteante círculo, con una expresión que transmitía el colmo de un altivo aburrimiento.

Luego eligió un punto bien iluminado y muy público para que se acercaran sus admiradores. Durante un interminable momento, su voluntad vaciló. ¿Por qué iba nadie a hablar con ella? ¡La echarían a la calle y declararían que era un fraude!

No obstante, Lementeur tenía amigos poderosos, tal como le había prometido. Un caballero tras otro fue hasta ella, seguidos por sus esposas, deliciosamente vestidas, para saludarla como si la

conocieran desde hacía años. Esforzándose con denuedo por no bizquear, les siguió el juego, saludando a cada cara memorizada con el adecuado nombre memorizado, reprimiendo el temblor de su voz.

Nombres importantes, algunos de tan alta alcurnia que había sospechado que Lementeur se burlaba de ella. Sin embargo, allí estaban: Reardon, Wyndham, Etheridge, Greenleigh< La cuenta seguía, cada hombre m{s apuesto que el anterior, cada dama más elegante y más bella.

Si Sophie no hubiera sabido

que todo era una representación, se habría sentido enormemente impresionada por su propia importancia. Los elevados nombres cruzaron la cola, para volver, unos momentos después, acompañados de jóvenes e impacientes aristócratas que habían pedido ser presentados.

Todo era una mentira ridícula, y sin embargo tan f{cil< Sophie se preguntó por qué alguien no lo había hecho años atrás. Luego se le ocurrió que podían estar haciéndolo allí, a su alrededor. Vaya, si la mitad de las personas de la estancia quizá habrían entrado

en la alta sociedad como fraudes.

Por supuesto, no había nada nuevo respecto a su conexión con el nombre de Brookhaven, pero su presentación sonaba, de repente, más impresionante.

Aceptó presentación tras presentación, sin importarle realmente si recordaba la mayoría de ellas, porque casi todas se referían a un montón de chicos tontos. Lementeur le había dicho que no mostrara interés por nadie en absoluto, porque revelaría que era vulnerable.

—Hoy es simplemente la primera llamada a la caza, querida

—había insistido— . Debes ser la gacela más huidiza y más difícil a la que nunca han perseguido los perros. Recuerda: lo que es fácil de conseguir, es fácil de olvidar.

Lementeur había hecho honor a su promesa. Parecía una belleza arrebatadora, estaba rodeada de hombres que la admiraban y la alta sociedad estaba muerta de curiosidad.

También había tenido razón en otra cosa.

Una vez lograda su impresionante entrada, Sophie descubrió que no estaba solo fingiendo *ennui;* estaba

genuinamente más aburrida que una ostra.

Capítulo 10

Al fondo del salón de baile, donde solían congregarse los caballeros sin compromiso cerca de las salas de fumar y de cartas, Graham se bebió otra copa del champán tibio y sin burbujas de lord Waverly. Sabía a todos los demonios, pero si bebía lo suficiente, quizá encontraría a su antiguo yo flotando en él.

¿Qué le pasaba? Por vez primera en su vida, no tenía nada que decirle al grupo de alborotadores a los que, antes,

llamaba amigos.

Tampoco tenía nada que decirles a las mujeres insípidas, de cabeza hueca, que había en la habitación. Su lengua de oro lo había abandonado, su encanto había desaparecido. ¡Estaba melancólico!

Dios, ¿por qué en ese momento? ¿Por qué tenía que convertirse en adulto entonces, cuando más necesitaba toda su labia juvenil?

A su lado, aunque había dejado intencionadamente unos cuantos pasos de distancia entre los dos, uno de sus antiguos amigos soltó

una risotada, rociando a otro con champán. En otros tiempos, Graham se habría reído o, por lo menos, le habría tomado el pelo, con ironía, al tipo empapado.

Ahora solo quería cogerlos a los dos del cuello y zarandearlos para que tuvieran un poco más de sensatez.

«¡Deja de perder el tiempo! ¡Deja de abandonar a la gente que te necesita!»

«¡Deja de actuar como yo!»

No obstante, estaba allí con otros propósitos. Obedientemente, Graham cogió otra copa de champán de la bandeja de un

sirviente que pasaba. Si tenía que estar borracho para encontrar esposa, entonces se emborracharía y seguiría en ese estado hasta el día de su boda.

Un tercer joven se unió a ellos. Graham apenas se dio cuenta, pero la excitación de aquel hombre hacía que su voz fuera más alta que la de los demás.

—¡Chicos, estoy enamorado!

Dado que el susodicho amigo se enamoraba una vez cada mes, Graham no le hizo caso. El champán bailaba pesado y desagradable en su estómago. Quizá sería mejor que buscara algo

que comer.

Los murmullos escalaron a una disputa.

—Edencourt podría hacerlo, ¿a que sí?

Oír su nuevo nombre lo sobresaltó, haciéndole salir de la contemplación de sus náuseas, y atrajo su atención, a regañadientes.

—Podría hacer< ¿qué?

—No puede. Nadie puede. Es tan fría como un lago en invierno.

—Edencourt, tienes que verla. Es una criatura adorable, como una gacela. Tan refinada. Me han dicho que no ha sonreído

ni una vez en toda la noche.

Graham hizo una mueca, lamentando haberse incorporado a la conversación.

—Puede que sea tan corta de luces que no entienda el chiste.

Los tres se quedaron mirándolo sin comprenderlo.

Bien.

Suspiró. Querían que fuera y conquistara, como en los viejos tiempos, para poder vivir, indirectamente, a través de su éxito.

—¿Es rica?

Los otros sonrieron con suficiencia.

—Está bien conectada y va soberbiamente vestida. He oído que una de las señoras decía que era el vestido de Lementeur más elegante que había visto.

Así que tenía dinero. Con un suspiro, Graham se libró de su nauseabundo champán, tirándolo a una palmera, y se sacudió las manos.

—Supongo que tendré que pedir que me la presenten.

El grupo se dividió para dejarlo pasar; unos acólitos llenos de admiración, listos para aprender del maestro.

Graham no podía creer que

hubiera cultivado la amistad de aquella panda de inútiles. ¿Es que no tenían orgullo? ¿Sueños? ¿Ambiciones?

Sophie tenía razón respecto a él. «Lo sabrías si alguna vez hicieras algo con tu inteligencia que no fuera desperdiciarla.»

Pensar en Sophie solo empeoró su humor. Estaba actuando de una forma extraña; siempre ocupada haciendo algo, obligándole a esperarla.

Extrañaba los días en que ella simplemente estaba allí, cuando él llegaba a Primrose Street después de acabar hastiado de la buena

sociedad, sabiendo que cuando entrara en aquel saloncito encontraría un fuego alegre, puros y brandy, y a Sophie para escucharlo y hacer las preguntas adecuadas y traspasar sus divagaciones con una afilada pulla llena de sentido común.

Pensando en Sophie, estuvo a punto de no ver a la nueva *femme fatale*. Luego se dio cuenta de que era porque estaba rodeada. Dios, había tres filas de hombres cercándola, y llegaban más. Lo único que Graham podía ver desde donde estaba era un cuello, largo y elegante, unos hombros blancos y

desnudos y un luminoso flequillo de rizos rojizos, rematado por unas trenzas intrincadamente entrelazadas y adornadas con perlas.

Era alta, de eso no cabía duda. Graham las prefería altas, porque siempre se sentía ridículo bailando con una mujer obligada a fijar la mirada en los botones de su chaleco.

La multitud era más espesa delante de ella, así que Graham se deslizó hacia la parte de atrás. Con un pisotón en un empeine —«¡Oh, vaya! ¿He sido yo?»— y un codazo en algunas costillas —«Lo siento

mucho, demasiado champán, me parece»—, llegó detrás de la mujer, casi tan cerca que podía besar aquella sensacional nuca.

Con su maravilloso vestido, brillaba como una perla marina, sencillamente adorable en medio del desorden de colores dispares que adornaban a todos los demás. Era como un sorbo de vino fresco después de haber estado atrapado en un salón de baile atestado, lleno de sudor y humo< como aquel.

Tenía la cabeza ligeramente ladeada, de forma que pudo ver el dibujo de su alto pómulo y sus largas pestañas de color castaño

rojizo. Parecía estar escuchando a un tipo corpulento que farfullaba unos elogios extravagantes.

—Y la luz de la luna tendrá un brillo *máz* apagado ahora que una criatura tan *ezquicita ce* ha unido a *nueztra* elegante reunión<

—Una prosa soberbia —comentó Graham, riendo por lo bajo—. ¿O debería decir *zoberbia*?

«Graham.» Cuando Sophie oyó la voz y sintió el cálido susurro en la nuca — donde ningún caballero debería estar—, le flojearon las rodillas. ¿De miedo o de expectativa?

«Un poco de las dos cosas.»

Unas ideas desenfrenadas le daban vueltas por la cabeza. ¿Debería huir? ¿Él ya sabía que era ella? Estaba flirteando, pero también era verdad que Graham flirtearía con una farola, si estaba lo bastante aburrido.

¿Debería darse media vuelta y exclamar «¡Sorpresa!»?

Paralizada por la indecisión, no hizo nada. Delante de ella, varios jóvenes hablaban, todos compitiendo por su atención, pero su parloteo combinado se convertía en el chirrido de un grillo mientras Graham estuviera detrás de ella, tan cerca que podía sentir su calor

en la parte superior de la espalda desnuda.

Pero ¿qué estaba pensando aquel hombre? Era grosero por su parte acorralar así a una dama, grosero e innegablemente seductor< si estaba allí para que la sedujera un granuja.

Y no era su caso.

Graham era rápido, pero incluso él estuvo a punto de perder un ojo cuando el abanico de la dama se cerró con un chasquido sobre su hombro. Al agacharse para evitar aquel objeto mortal, perdió su sitio entre la multitud, pero también le hizo sonreír y

despertó una chispa de interés en él. ¡La joven no era ninguna florecilla miedosa! Ni tampoco de las que toleraban una conducta claramente descortés. Todavía sonriendo, volvió a meterse en la refriega, esta vez con un ataque frontal que lo dejó con algunas costillas doloridas y un lugar frente a ella. Se inclinó juguetonamente.

—Por favor, milady, dígame dónde puede un caballero ganarse el favor de una presentación.

Ella llevaba una media máscara, un objeto lleno de fantasía y sueños que dejaba sus enormes ojos libres para lanzar

chispas feroces hacia él.

—Pensaba que lo había dejado herido, caído en el polvo. —Tenía una voz baja y ronca y, sin embargo, intrigantemente< ¿familiar? La joven frunció los labios—. ¡Qué decepción!

Con otro movimiento mortal del abanico entre los dos, se volvió para hablar con un hombre que había a su lado. Graham descubrió que el círculo giraba con ella, dejándolo, una vez más, en la retaguardia.

Así era como quería jugar sus cartas, ¿eh? Graham permitió que el grupo girara en torno a él,

dejándolo solo, con el ceño fruncido, abstraído en sus pensamientos, bajo su propia y reducida máscara de dominó. Una mujer como aquella, inteligente y orgullosa, requería que actuara con toda propiedad.

Sonrió levemente, previendo su reacción cuando oyera anunciar su título. Se alejó a toda prisa, sin darse cuenta de que aquella era la primera vez que se alegraba del legado que le habían dejado.

Siguiendo a la multitud, cogió por el brazo a uno de los pretendientes que se había sumado al movimiento circular y lo apartó

del grupo.

—¡Eh! —El sujeto, cuyo nombre, si Graham no se equivocaba, era Somers Boothe-Jamison y que llevaba un disfraz de arlequín, empujó a Graham protestando—. ¡Me has hecho perder mi sitio! —Luego se dio cuenta de a quién estaba empujando—. Oh. Hola, lord Edencourt. Le ruego que me perdone, excelencia.

—Somers te sentaste encima de mí y me metiste arena por la nariz en primer curso. Me parece que ya hemos superado lo de «excelencia», ¿no crees?

Boothe-Jamison, que en realidad era un buen tipo, solo que inclinado a armar jaleo de forma poco interesante e imaginativa, le sonrió con aire contrito.

—Bueno, ya sabes cómo se vuelven algunos, una vez que les cae encima el título.

Graham ladeó la cabeza, señalando hacia el grupo detrás de ellos.

—¿Conoces oficialmente a la nueva tentación?

Boothe-Jamison se enderezó.

—Sí que la conozco. De hecho, soy un viejo amigo de la familia. ¿Te acuerdas de lord Raphael

Marbrook? Es pariente suya.

Graham frunció el ceño.

—¿Cómo? No sabía que tuvieran más primas. —Y él lo sabría. Por Dios, se había pasado la mitad de la temporada dando vueltas por Brook House. Sophie se lo habría dicho si hubiera m{s familiares de visita<

Una extraña sensación le nació en la nuca. Se pasó la mano por el cogote. No. Era ridículo. Miró por encima del hombro a la joven situada en medio de la multitud.

Y recordó que cuando se había colocado detrás de ella, olía asombrosamente bien. Como a

jabón agradable y a piel cálida y a incorruptibilidad.

Cogió a Somers por el brazo.

—Preséntame —dijo, con la mandíbula tensa.

Esta vez —quizá fuera su rango o quizá el brillo homicida de sus ojos— el mar de espaldas vestidas con todos los colores del arco iris se abrió ante él; no fue necesario pisar ni darle codazos a nadie. Somers lo llevó hasta la joven, que estaba de espaldas, escuchando otra ronda de desvergonzada adulación.

Somers empezó con las formas habituales de tratamiento, todas

muy correctas, pero Graham no escuchaba. Estaba mirando los delicados omóplatos, la forma del mentón, el montón de sedosos cabellos que no necesitaban ningún adorno de plumas ni un gran turbante para ser exuberantes.

«No.»

—¿Me permite que le presente a la señorita Sofía Blake, excelencia?

«No puede ser.»

Ella se volvió muy despacio. Graham observó cada movimiento, porque el tiempo se había vuelto enloquecedoramente lento. Vio la

manera en que inspiraba hondo, la vio tragar, con su elegante garganta traicionando su nerviosismo. La vio erguirse de forma que cuando lo miró a la cara, por fin, sus ojos estaban casi al mismo nivel que los de él. «Sus ojos<» —Hola, Graham.

Graham se sintió como si lo hubiera coceado un caballo en algún sitio cercano al corazón. El aire abandonó sus pulmones y notó cómo sus pensamientos se entorpecían y solo era capaz de mirarla fijamente.

Sophie. Su Sophie. Su compañera y amiga, divertida y torpe, ¿transformada en la etérea

belleza que tenía delante?

Sophie aguardaba, incapaz de respirar, incapaz de hacer nada salvo esperar que el corazón volviera a latirle de nuevo.

¿La vería ahora? ¿Pensaría que era bella? ¿Se reiría de ella, le preguntaría a qué demonios estaba jugando? ¿Le importaría lo más mínimo?

Tenía la mirada clavada en ella, con una expresión todavía paralizada por la conmoción, con los ojos fieramente verdes y brillantes, pero ¿con qué? ¿Humor? ¿Desdén? ¿Alguna otra cosa que se había jurado que no iba a esperar?

—Ah, ¿ya se conocen? —El hombre que había presentado a Graham estaba hablando. A Sophie no le importaba. Pero luego los admiradores en pugna empezaron a acercarse más; algunos protestaban por la ventaja de Graham, algunos clamaban por su atención.

Graham parpadeó. Luego miró alrededor, a la multitud que los rodeaba. Su mirada volvió a la de Sophie; ladeó la cabeza hacia la pista de baile, enarcando una ceja.

«¿Bailamos?»

Sophie lo oyó con tanta claridad como si él lo hubiera

gritado. No era la más elegante de las peticiones, pero se moría de ganas de alejarse de sus malditos admiradores. Una sonrisa arqueó sus labios.

«Ya era más que hora.»

Graham se inclinó profundamente, una figura gallarda que de repente era el duque de Edencourt en cada pulgada de su cuerpo. Sophie hizo una reverencia, sin esfuerzo, mientras se preguntaba por qué le había costado tanto aquel gesto solo unos días antes.

Luego apoyó la mano enguantada en su brazo y se

deslizó a través de los atónitos pretendientes —porque se había negado a bailar con ninguno de ellos, sin importar la gracia con que se lo suplicaran— y se sumó al baile, como si hubieran empezado a bailar antes incluso de cruzar la puerta.

La cálida mano de Graham estaba en su cintura. Sus ojos la miraban, brillando con lo que parecía —sí, definitivamente— aprobación.

Durante una deliciosa vuelta en la pista no hablaron. Graham no podía apartar los ojos de su cara. ¿Sus ojos siempre habían sido tan

grandes y cautivadores detrás de sus lentes? ¿Cómo era posible que él —que podía detectar a una joven bonita a un kilómetro de distancia — hubiera pasado tantas horas con Sophie, sin ver a aquella mujer?

—¿Sofía?

Ella sonrió levemente. ¿Sus labios siempre habían tenido aquella deliciosa curva?

—Idea de Lementeur. Creo que tuvo el mismo efecto en mí que en la manada babeante.

Graham sonrió a su vez, con una sonrisa teñida de asombro.

—¿Un nuevo nombre, una

nueva mujer? —Sin embargo, frunció ligeramente el ceño—. ¿Todo esto para conseguir la atención de la buena sociedad?

Sophie alzó la barbilla.

—¿Por qué no? ¿No crees que pueda lograrlo?

Él le sonrió con admiración, mostrando unos dientes muy blancos en su cara bronceada.

—Creo que puedes hacer cualquier cosa que desees. Si decidieras llegar a ser reina, yo me limitaría a alentarte, y advertiría a todo el mundo que se apartara de tu camino. —Hizo un movimiento negativo con la cabeza—. Admito

que me siento aliviado al saber que es en esto en lo que andabas metida. ¿Cuánto tiempo ha durado?

Sophie vaciló.

—Bueno< Desde que Phoebe y Deirdre se marcharon de Londres, no sabía en qué ocuparme.

Él se echó a reír, moviendo de nuevo la cabeza.

—¿No sabías en qué ocuparte? ¡Que el cielo nos proteja si algún día te aburres de verdad! Y no me dijiste ni palabra.

Bajó los párpados, ocultando los ojos.

—¿No ha sido más divertido

que te sorprendiera?

Graham sonrió.

—Pareces<

La mirada de Sophie se alzó hasta encontrarse con la suya.

—Parezco< ¿qué?

Su sonrisa se suavizó.

—Pareces Sofía, que está a punto de tomar la ciudad al asalto.

Una lenta sonrisa curvó los labios de la joven, la primera sonrisa luminosa y despreocupada que él había visto en su querida Sophie.

Deslumbrado, con un nudo en la garganta, solo fue capaz de

continuar llevándola alrededor del grandioso salón de baile, sin siquiera darse cuenta de que los demás bailarines se habían retirado para contemplar a la pareja más alta, más elegante y más bella del salón, bailando mientras se miraban intensamente a los ojos.

Capítulo 11

Stickley y Wolfe nunca habían compartido una comida de forma voluntaria, así que Stickley se sorprendió al abrir la puerta de la calle a la hora del desayuno y

encontrarse con Wolfe de pie en la acera, retorciéndose de impaciencia y blandiendo una serie de periódicos enrollados como si fueran una porra.

Stickley luchó contra el impulso de agacharse. Con Wolfe, nunca le había servido de nada mostrar cualquier señal de sentirse intimidado. Con eso, solo provocaba sus burlas y una tendencia a que le dejara insectos de gran tamaño en el cajón de sus prendas íntimas.

—Buenos días, Wolfe. ¿Te apetece tomar unos huevos conmigo?

Ante la mención de la comida, Wolfe se puso verde. Stickley reprimió una sonrisa.

—También tengo unos arenques ahumados maravillosos. ¿O preferirías beicon?

Wolfe tragó con fuerza.

—Cállate, Stick. —Pasó junto a él y entró en la casa.

Stickley estaba muy orgulloso de su pequeño rincón de Inglaterra. Había reflexionado mucho sobre la ubicación, para que no fuera un lugar ni demasiado llamativo ni demasiado vulgar. Sabía que Wolfe había perdido la

casa de su padre jugando a las cartas, años atrás, y ahora iba de una habitación de alquiler a otra, cuando no podía solicitar alojamiento a su cada vez más reducido círculo de amigos. A Wolfe no le costaba hacer amigos. El problema parecía ser conservarlos.

Stickley no se había molestado en acumular amistades, sin embargo había dedicado años a sus colecciones. En cada habitación de la casa estaban expuestas las diversas aficiones que tenía, desde mariposas sujetas con alfileres y cuidadosamente etiquetadas hasta

cuadros de pintores desconocidos, que sin ninguna duda algún día serían famosos, además de objetos de delicada porcelana y preciosos artefactos egipcios.

Wolfe pasó junto a ellos tambaleándose y sin verlos, afortunadamente. Nadie querría que un hombre como Wolfe apreciara sus posesiones. ¡Podrían echarse de menos algunas de ellas cuando Wolfe se marchara!

Con un suspiro, Stickley pasó junto a su comedor de desayunos, preparado para una persona con huevos fresquísimos recién hechos y un buen té, y siguió a Wolfe por

el pasillo hasta su estudio. Una vez allí, Wolfe se dejó caer en el único sillón y tiró los periódicos encima de la mesa. Estos se desenrollaron con un crujido, revelando un dibujo que hizo que Stickley ladeara la cabeza para verlo mejor.

—¿Es< es la señorita Blake?

Wolfe gruñó.

—Sí. ¡Con Edencourt!

Parpadeando sorprendido, Stickley utilizó un dedo para colocar la página de encima bien alineada y leyó: «La Reina de las Hadas arrasa en el baile de máscaras de los Waverly. La señorita Sophie Blake ascendió

hasta el máximo puesto de la *crème de la crème* anoche, mientras conquistaba los corazones de cientos de caballeros y los pisaba con sus finísimos tacones. La *Voz de la Sociedad* se pregunta< si solo un único hombre atrajo la atención de Titania, ¿podría el duque de Edencourt ser su Oberón?»

Stickley ojeó las otras hojas, pero era como si solamente hubiera habido un acontecimiento la noche anterior y solo hubiera una pareja en todo el mundo. Había gran abundancia de dibujos y Stickley tuvo que reconocer que la señorita Blake parecía haber

mejorado mucho desde la última vez que la vio. Por supuesto, siempre le había gustado. Era una joven tan sensata y modesta. Si no fuera tan lamentablemente alta.

Pero al duque de Edencourt no parecía importarle. Había por lo menos tres dibujos de la señorita Blake y de Edencourt bailando, mirándose a los ojos de forma soñadora e ignorando las chispas que se encendían bajo los ojos que los espiaban.

—Esto< bueno, bien por ella, supongo. No habría pensado que fuera la clase de joven que querría un duque, pero< Wolfe gruñó de

nuevo.

—Stickley, ¿por qué siempre tengo que explicarte estos asuntos letra por letra? Si se casa con Edencourt, lo perderemos todo.

A Stickley no le gustaba que tuvieran que recordarle constantemente el hecho de que no estaba al día de los últimos cotilleos —¡como si eso constituyera un auténtico logro intelectual!—, así que le costó un buen rato comprender lo que le decía Wolfe.

—Pero ¿por qué? Cuando la señorita Cantor se convirtió en lady Brookhaven, parecías resignado a

que quizá no tardaría en ser duquesa.

—Pero eso era porque ella no tocará el fideicomiso de Pickering. Mencionó que lo dejaría intacto para que pasara a sus propios hijos. Brookhaven no necesita nuestro dinero<

—No es nuestro dinero, Wolfe —interrumpió Stickley, puntilloso —. Nosotros solo somos sus custodios y protectores.

—Bien, pues, como que me llamo Wolfe, tendríamos que preocuparnos de protegerlo de Edencourt. No conoces a nadie de esa familia, pero son los hombres

más despilfarradores de Inglaterra. Nunca han tenido ni un penique a su nombre que no estuviera cargado tres veces con su propio peso en deudas. ¡Se pulir{ nuestra< la fortuna de la señorita Blake en un abrir y cerrar de ojos! —Se pasó las manos por el pelo y masculló—. Me pregunto cómo se ha enterado< Seguro que ella no se lo diría.

—¿Por qué crees que está enterado? Puede que ella le guste. —Stickley dio unos golpecitos con el dedo sobre el dibujo de encima —. Aquí ciertamente lo parece.

Wolfe puso los ojos en blanco.

—Stick, viejo amigo, ¿has visto a la

chica? ¡Parece un cruce entre un caballo y un poste!

Stickley retrocedió, ofendido.

—A mí me pareció una joven sensata e inteligente<

—¡Precisamente! —Wolfe extendió las manos—. ¡Nadie dice eso de una chica guapa! —Se puso en pie de un salto y empezó a recorrer la estancia a grandes zancadas. Stickley se apresuró a tomar posesión de su sillón. Wolfe se pasaba las manos por el pelo, que necesitaba un corte< y también un lavado, en realidad.

—No. Edencourt lo sabe, seguro, y trata de dejarnos fuera. Si

consigue hacerse con el dinero, se lo gastará todo, igual que hicieron su padre y sus hermanos antes que él, y todos nosotros estaremos en la ruina< —Wolfe cogió el periódico, arrugándolo dentro del puño—. ¡Incluida tu preciosa señorita Blake! —Hizo una bola con la hoja y la tiró a un rincón.

Stickley se quedó mirando el fajo de hojas destruido y desechado, con aire de preocupación.

—No me gustaría que le pasara nada malo a la señorita Blake —dijo lentamente—. Puede que no conozca el verdadero carácter de

Edencourt.

Wolfe había dejado de moverse y ahora contemplaba a Stickley con mucha atención.

—No puede, en modo alguno, saber el peligro que corre —admitió—. Un apuesto duque; las chicas no son nada sensatas en esos casos. Es como una niña perdida en un bosque, pobrecilla. —Suspiró astutamente—. Si hubiera alguna manera de detener a ese terrible cazafortunas<

Oh, no. Otra vez no. No después de los dos desastres anteriores: el patinazo en el secuestro de lord Brookhaven —

¿quién podía saber que su hermano y él se parecían tanto en la oscuridad?— y luego el todavía peor intento de conseguir que uno de los pretendientes de lady Brookhaven la raptara para que Brookhaven disolviera el matrimonio. Stickley respiró con fuerza y enderezó la columna.

—No te atrevas a intentar impedir que la señorita Blake pesque a Edencourt.

—¡Es demasiado peligroso para no hacer nada! —Sin embargo, Wolfe parecía poco dispuesto a presionar a Stickley.

Fue una suerte que no lo

hiciera, porque después de que las intrigas de Wolfe hubieran puesto en peligro a la hija de lord Brookhaven al incitar la obsesión que un demente sentía por lady Brookhaven, Stickley había decidido que no permitiría nunca más las soluciones, más que delictivas, que Wolfe proponía para sus problemas; ni se uniría a ellas.

Si eso significaba que él mismo tenía que pagar por su anterior participación< Bueno, preferiría no tener que hacerlo, claro, pero lo elegiría antes que permitir cualquier otra intromisión ilegal.

—Si crees que advertir a la

señorita Blake ayudará a nuestra causa, entonces hazlo, no faltaba más. —Entrecerró los ojos—. Pero no cruces esa línea, Wolfe.

Wolfe gruñó, pero apartó la mirada. Eso sorprendió a Stickley. ¿Acaso Wolfe estaba ablandándose con la edad? No se le ocurrió preguntarse si quizá era él quien había cambiado.

Wolfe se encogió de hombros, mostrándose de acuerdo con él, aunque sin mucho entusiasmo.

—Lo que tú creas mejor —murmuró. Luego se animó—. Puedo cortejarla yo, ¿no? Intentar desviar su atención de Edencourt.

—¿Con intenciones honorables? —Stickley lo miró atentamente—. Pensaba que era un poste.

Wolfe colocó las manos en los costados.

—No es lo bastante guapa para un duque, pero a mí podría irme bien. Hace un tiempo que tengo intención de sentar cabeza. Simplemente, todavía no he encontrado a la mujer adecuada< —Sarcástico, añadió—: Por lo menos no en los círculos en los que me muevo.

Stickley resopló.

—Por favor, no faltaba más. Es

demasiado sensata para interesarse por los hombres como tú.

—Ah, ¿crees que a ti te iría mejor?

Frunciendo los labios con aire remilgado, Stickley sonrió con autosuficiencia.

—Yo sería un buen partido para alguien como la señorita Sophie Blake, y me atrevo a decir que nos llevaríamos muy bien. Es una joven muy instruida.

Wolfe asintió afablemente y se dirigió con total tranquilidad hacia la puerta de la calle. Por el camino, entró en el comedor y engulló los huevos ya fríos de Stickley de un

solo bocado. No solía desayunar, pero iba un poco corto de fondos en esos momentos, y así tendría dinero para cerveza.

Silbando mientras recorría con calma la odiosamente aburrida calle de Stickley, Wolfe iba dando vueltas a la idea que se le había ocurrido justo en medio de su desesperación. Si cortejaba a Sophie Blake, soslayaba el peligro de perder los ingresos que le proporcionaba la sustancial iguala del fideicomiso de Pickering< Pero si se casaba con ella, estaría para siempre asociado a Brookmoor y a Brookhaven, cuyas riquezas

superaban en mucho la fortuna de Pickering. Los bolsillos de los parientes ricos podían explotarse indefinidamente.

Valdría la pena, aunque no por ella; además siempre podía sufrir un accidente. Bien mirado, cada día morían esposas. Caídas por la escalera, incendios en la casa< las posibilidades eran interminables. Las cosas pintaban mejor. El viejo Brookmoor estaba vivito y coleando y podía durar años, y ya se ocuparía él de Sophie Blake. No había peligro, ningún peligro en absoluto.

Lo único que necesitaba era un

poco de tiempo para averiguar cómo sacarle más dinero a Stickley.

Capítulo 12

Aunque el ruido de la mañana londinense no atravesaba las gruesas paredes de Brook House, algo despertó a Sophie de su profundo sueño. Se dio media vuelta, colocándose sobre el estómago con un gemido. La noche anterior no había probado el champán, pero durante todo ese día no había sido capaz de comer nada, pensando en el baile. Ahora le dolía el estómago, la cabeza le

martilleaba y se sentía muy débil.

«Comida.»

Cuando olió las tostadas y un fragante té humeante, levantó la cabeza y escudriñó, medio adormilada todavía, la parte de su habitación donde estaba la mesita. ¿Quién<?

Buscó los lentes a tientas y luego parpadeó sorprendida.

—No obedeció mis órdenes —dijo Lementeur en un tono severo. Luego mordisqueó con delicadeza un trozo de las tostadas de Sophie.

Él sí estaba totalmente despierto, y muy atildado con una interesante combinación de

chaleco de seda púrpura y una chaqueta amarillo limón. Sophie cerró los ojos para protegerse de aquella alegre brillantez y se los frotó, subiéndose los lentes a la frente.

—Por lo general, soy madrugadora —masculló.

—Bienvenida a la vida de la buena sociedad. Pensaba usted que todos dormían hasta tarde porque eran perezosos. —Agitó la tostada, admitiendo que era posible—.
Se necesita cierta fortaleza para ser un consumidor totalmente improductivo.

Sophie se dejó caer de nuevo

en la almohada, gimiendo.

—Tíreme una tostada.

Una rebanada de pan cayó junto a ella en la cama. La cogió, sin abrir los ojos, y empezó a comérsela.

—Tendrá que levantarse para tomar el té —le advirtió Lementeur —. No se merece tomarlo en la cama.

Sintiéndose mejor después de haber comido media tostada, Sophie abrió los ojos y clavó la mirada en aquel demonio de modisto, salido del mismísimo infierno.

—Estuve soberbia. ¡Todo el

mundo me miraba!

Él soltó un bufido.

—Por supuesto. Hasta tal punto que su aspecto está muy bien documentado en las páginas de cotilleos de esta mañana.

Sacó un periódico doblado del bolsillo de la chaqueta y lo abrió de golpe: «Waverly fue el anfitrión, anoche, del surgimiento de una nueva y brillante estrella en el firmamento, cuando la señorita Sofía Blake salió a la pista de baile con el duque de Edencourt para un vals tan romántico que hizo deshacerse en lágrimas a las damas más delicadas.»

Al pensar en aquel vals, Sophie cerró los ojos, soñadora. Se vio girando en los brazos de Graham, quien la miraba con una deslumbrada aprobación, mientras el mundo se desvanecía a su alrededor< —Fue divino —susurró.

Desdeñoso, Lementeur dijo:

—Y luego se marchó.

Sophie se encogió de hombros, todavía soñando.

—No podía bailar con nadie m{s después de aquello< pero tampoco podía negarme, con honestidad. Además, estaba usted en lo cierto. Era aburrido.

—Sophie, cielo.

Al oír la bondadosa tristeza en la voz de Lementeur, Sophie levantó la cabeza para mirarlo sorprendida. Había sido un maestro tan severo durante toda la semana que se había olvidado por completo de que, en realidad, era un hombre muy amable. Ahora la estaba mirando con comprensión y lástima.

—¿Qué pasa?

Él movió la cabeza lentamente.

—Todo el mundo sabe que Edencourt se casará por dinero.

Era cierto. Por supuesto. Espoleada por su propia estupidez

—¡una vez más!—, Sophie se bajó de la cama y empezó a caminar por delante del fuego. ¿Acaso su idiotez no tenía fin? Se apretó los doloridos ojos con los dedos.

—¿Por qué ese hombre siempre me hace olvidar lo que he decidido hacer?

Lementeur chasqueó la lengua.

—Todos caemos, a veces, víctimas de la debilidad, ante unos buenos hombros y un trasero firme. La cuestión es que, aunque ciertamente causó sensación anoche, olvidó sus intenciones. Pensaba que iba a la busca de un esposo, no de un amante.

«Un amante.» Qué idea tan maravillosa. Por un momento, Sophie descubrió que realmente le tentaba convertirse en amante de Graham, en su querida, incluso después de su matrimonio a sangre fría con alguien de la buena sociedad. No tendría su nombre, pero quiz{ sí su corazón<

«¿Y tú crees que podrías soportar ver cómo te deja, en la frialdad de tu cama solitaria, mientras él se va a casa con su esposa y sus hijos?»

El dolor fue como una cuchillada. «Ah. Puede que no.»

No. Por mucho que anhelara estar con Graham, no podía permitir que un encaprichamiento imposible le impidiera asegurar su propio futuro. Era una mujer pobre y sin atractivo, sin cualidades que ofrecer. Debía casarse buscando la seguridad o moriría de hambre. Había dejado Acton para siempre y, francamente, no volvería aunque pudiera.

«Me parece que preferiría morirme de hambre.»

Sin embargo, debía encontrar a alguien que no fuera demasiado estúpido. Si se veía obligada a pasar el resto de su vida con una

pareja elegida fríamente, que fuera, por lo menos, alguien a quien no sintiera la tentación de matar al cabo de seis meses.

Por desgracia, la mayoría de los hombres solteros que había conocido la noche anterior estaban, sin duda, dentro de la categoría de estúpidos. Suspiró con fuerza y luego se dejó caer en la butaca frente a Lementeur. Él dedicó una mirada furiosa a aquel movimiento tan poco elegante. Sophie cerró los ojos para no verlo.

—Seré una dama después de

tomarme el té.

Lementeur la contempló con los ojos entrecerrados un interminable momento. Luego levantó su propia taza como homenaje.

—Todo le irá bien, señorita Blake. Hace una semana no se habría atrevido a mostrarse irrespetuosa conmigo.

Sintiéndose culpable, Sophie estuvo a punto de disculparse, pero él rechazó la disculpa con un gesto.

—Me ha entendido mal. Me alegro de que haya recuperado su capacidad de luchar. Creo que llevaba demasiado tiempo

limitándose a sobrevivir. Ahora puede empezar a vivir de verdad. —Se recostó en la butaca y tomó un sorbo de café; luego sonrió irónico—. Sin embargo, hay algo quizá más importante: según todos los informes, hizo que mi vestido tuviera un aspecto absolutamente delicioso.

Sophie sonrió con tristeza.

—Gracias, pero estoy segura de que fue al revés.

Él hizo un gesto de desaprobación con la mano.

—Ya aprenderá, tesoro. Hay una gran diferencia entre que una mujer lleve un vestido y que el

vestido la lleve a ella —dijo, con un gesto. Luego se inclinó hacia delante para mirarla con la cabeza un poco ladeada—. Señorita Blake, no importa a quién elija, pero cerciórese de que él la ama apasionadamente.

Sophie se lo quedó mirando, con el ceño apenas fruncido, olvidándose de masticar.

Él continuó, con un tono de voz absolutamente serio.

—Un hombre hará cosas increíbles por una mujer a la que ame apasionadamente.

Sophie tragó, pero antes de poder preguntarle qué quería decir,

él se levantó y se inclinó.

—No hace falta que me acompañe —anunció—. Y usted tomará un desayuno como es debido. La doncella le traerá huevos. Luego recibirá a quienes la visiten esta tarde, durante exactamente quince minutos y ni uno más. No debe demorarse ni conversar con nadie durante más de unos momentos.

Chasqueó los labios de nuevo.

—Por lo menos, tuvo el sentido común de marcharse inmediatamente después del vals. Debo decir que añadió todo un aire de misterio.

Sophie iba asintiendo, porque se sentía demasiado vulnerable después de la aventura de la noche anterior para estar dispuesta a agasajar a nadie mucho tiempo.

—Luego, debe prepararse para asistir a la velada musical de lady Peabody esta noche. Le daré instrucciones a Patricia sobre lo que debe ponerse.

Sophie elevó las cejas, suplicante.

—¿Puedo quedarme solo quince minutos? —Lady Peabody solo celebraba veladas musicales para poder exhibir el dudoso talento de sus dos hijas, que no

tenían el más mínimo oído musical —. No podré ocultar el hecho de que no tengo dama de compañía.

Los ojos de Lementeur soltaron chispas.

—¡Motín! ¡Sedición! ¡Falta de respeto! —Luego sonrió, con la mirada alegre de nuevo—. Siempre hace que sus hijas sean las primeras en actuar. Procure llegar un poco tarde. Así podrá hacer una entrada sensacional. En cuanto a la acompañante, hablaré con lady Peabody. No dejará pasar la oportunidad de conseguir un descuento.

A continuación, se marchó y

llegó Patricia con una bandeja con huevos y más té. Sophie comió lentamente, esforzándose por no prestar atención al único pensamiento que le rondaba por la cabeza.

¿Graham estaría allí esa noche?

Con los labios curvándose con una intención traviesa, tiró del llamador que colgaba de la pared. Fortescue lo sabría.

Era ya por la tarde cuando Peabody, el ayuda de cámara de Graham, se molestó en llevarle té a la habitación. Graham sabía que su sirviente desaprobaba el hecho de

que todavía no se hubiera instalado en la grandiosa habitación del duque, pero la idea de entrar en aquel dominio sofocante —donde acechaban todavía más trofeos indefensos— y tirar por la ventana todas las cosas y los tesoros de su padre< No, gracias.

Si tuviera un mayordomo como Fortescue, podría pedirle que lo hiciera en su lugar y sabría que, cuando cruzara la puerta, las habitaciones serían una maravilla de perfección. Por desgracia, Nichols no estaba demostrando ser tan dócil al cambio.

No podía conservar a aquel

hombre, pero tampoco podía despedirlo; no después de tantos años de servicio. ¿Qué haría Calder, marqués de Brookhaven, con un mayordomo como Nichols?

Graham casi podía oír el cortante tono de Sophie, si se le ocurriera preguntárselo. «Lo enviaría a Edencourt, con un personal mínimo, para que empezara a poner orden en la casa.»

Riéndose por lo bajo, Graham se frotó los ojos para eliminar el cansancio y encontró la fuerza para poner los pies en el helado suelo. El carbón se cotizaba muy caro en

esos momentos y Graham pensaba ahorrar hasta el último penique que pudiera. Si eso significaba tener que soportar un suelo frío y mantas extra, eso haría. Sophie lo aprobaría.

¿De dónde habría sacado aquel sensacional vestido? Era evidente que había sido creado para ella, porque había pocas mujeres en Inglaterra capaces de llevarlo con tanta elegancia. ¿Un regalo de Brookhaven, su nuevo primo?

Probablemente. Además, en cualquier caso, no era asunto suyo. Deirdre era exactamente el tipo de mujer impulsivamente generosa

capaz de hacerle a Sophie un regalo increíble como aquel.

«¿Increíble? Anoche parecía muy creíble, ¿no?»

Lo cual, en realidad, era extraño. Después de todo, se trataba de Sophie. Sophie era la clase de amiga con la que uno se reía y hablaba y jugabas a las cartas< pero no la clase con la que bailaba hasta que el mundo se desvanecía, en absoluto.

«Pero allí estabas tú, tan loco por ella como todos los demás.»

Incómodo con aquella idea, la desterró a conciencia. Eso duró

hasta que Peabody acabó de afeitarlo. Le secó la cara con una toalla caliente y luego<

—Qué bocetos tan maravillosos hay de usted y de la señorita Blake en las páginas de cotilleos de esta mañana, excelencia —comentó el ayuda de cámara mientras recogía los utensilios del afeitado—. Fue muy bondadoso por su parte ayudarla a causar tal sensación. Seguro que ahora conseguirá un buen partido.

¿Partido? ¿Se refería a un marido? Graham notó que se quedaba boquiabierto y se apresuró a cerrar la boca.

—¿Crees que está lanzando el anzuelo para casarse?

Peabody miró a Graham como si, por la mañana, no fuera muy listo.

—Pues claro, excelencia. A las jóvenes les gusta casarse. ¿Por qué, si no, se tomarían tantas molestias para exhibirse de esa manera?

¿Sophie, casada con uno de aquellos idiotas lloriqueantes? ¿Sophie, llevando la casa del idiota? ¿Sophie, extendiendo la mantequilla en la tostada del desayuno del idiota? ¿Sophie, en la cama del idiota?

«Por encima de mi cadáver.»

Era ridículo. Por supuesto que Sophie debía casarse. Sería una esposa maravillosa< Bueno, si el hombre tenía el criterio suficiente para preferir una conversación inteligente a la deferencia y la obediencia. Ayudaría que fuera instruido, con opiniones firmes y las agallas necesarias para expresarlas. Lo que no podía remediarse era que Sophie no era nada sociable, así que sería una anfitriona horrible. El hombre tendría que ser, además, lo bastante tolerante y generoso para compensar eso.

Sin embargo, en

compensación, el antes mencionado dechado de virtudes como marido recibiría toda una vida de fiera lealtad, ingenio afilado, calidez abierta y, lo que seguía sorprendiendo a Graham, una considerable belleza.

No. No era exactamente así. Incluso con todas las galas que la adornaban, Sophie no estaba bella la noche anterior. Bella no servía, ni bonita, ni ninguna otra expresión elogiosa.

La noche anterior, Sophie estaba simplemente<

«Magnífica.»

«Idiota con suerte.»

«Solo bailó una vez, todos lo decían. Te prefirió a ti.»

Bueno, quizá fuera porque él era el único presente que podía componer una frase completa sin tartamudear, farfullar o decir algo totalmente banal. Sophie no toleraba demasiado bien a los poco inteligentes. Sonrió al pensar en la manera en que le había dado con el abanico —dos veces— cuando él se mostró descortés. Un flirteo mortal. Muerte por abanico.

Abrochándose el chaleco, se dirigió hacia la alta ventana de su vestidor. Miró,

sin fijarse en nada, hacia fuera,

mientras su mente volvía al aspecto que ella tenía con aquel vestido.

«Magnífica.»

Graham tuvo una sensación conocida en su interior, conocida pero que nunca había experimentado en relación con su nada atractiva e inocente amiga Sophie.

«¿De verdad? Y ¿qué hay de cuando la despertaste en la ventana? ¿Y de cuando te dedicaste a aquel juego tres veces maldito?» No. No deseaba a Sophie.

Era un niño que lloraba por un cachorrillo perdido.

«¡Por favor, papá, por favor, ve a buscarlo!»

«¡Deja de armar jaleo! ¡Un hombre no llora!»

Una bofetada de revés, burlas despiadadas alrededor, pero lo peor fue la pérdida. No podía amar nada. No podía atesorar nada, porque seguro que se burlarían y lo ridiculizarían. No se atrevía a que le importara nada porque no podría conservarlo.

Tampoco podría conservar a Sophie. Necesitaba una heredera. La noche anterior había sido< solo un error. Le había mostrado su apoyo a una amiga que estaba

haciendo un cambio, ayudándola a salir adelante socialmente, bailando con ella para mostrar a todo Londres lo especial que era.

La manera como se sentía, como si estuviera flotando por encima de la multitud, como si una cortina de niebla hubiera quedado suspendida entre ellos y el resto del mundo, rodeándolos, conteniendo la magia, era ridícula.

No había existido ninguna magia. Solo demasiado champán malo.

Con todo, se preguntaba si debería ir a visitarla ese día, solo para ver qué tal le iba con su nueva

imagen. La noche anterior todos habían quedado hechizados. Ese día no la dejarían en paz. Nunca había recibido muchas visitas. ¿Cómo iba a saber quién se merecía que le dedicara su tiempo? Detestaría ver que se echaba a perder con aquellos cachorros jadeantes.

Somers Boothe-Jamison, él sí que estaba bien. Era fornido. No era de los que se dejaban llevar por la moda, solo para perder interés cuando algo más brillante y reluciente aparecía en escena. Un hombre así podría ser lo que le convenía a Sophie.

Entonces, ¿por qué en cuanto lo pensaba apretaba los puños?

Capítulo 13

El saloncito de visitas de Brook House estaba abarrotado. Era espantoso, igual que pensar en lanzarse en medio de una manada de lobos hambrientos. Hombres altos, hombres bajos, hombres delgados, hombres gruesos. Algunos tan jóvenes que solo se afeitaban esporádicamente, otros tan ancianos que Sophie estaba segura de que no podrían ver sus

defectos.

Al otro lado de la puerta, Fortescue y Patricia lo comprendían y preparaban a Sophie para el encuentro. De acuerdo con las instrucciones de Lementeur, no debía permanecer allí más de quince minutos.

—Será una maniobra muy rápida, señorita —le aseguró Fortescue—. Entrar, salir y, a continuación, yo los acompañaré a la puerta.

—¿No les parecerá extraño que lady Tessa no esté aquí?

Sophie tironeó, nerviosa, del encaje de las mangas de su vestido

de día. Otro de los milagros de simplicidad de Lementeur: la engañosamente sencilla muselina estaba cortada para compensar la longitud de los miembros de Sophie. Un plisado a capas en el corpiño proporcionaba cierta artimaña femenina, y unas mangas largas y ajustadas daban a sus brazos la gracia de una bailarina. Patricia le apartó las manos con delicadeza, y reparó hábilmente los hilos enredados. Luego le quitó las gafas y se las guardó en la manga de encaje.

Fortescue emitió un ruido. Nadie podía emitir ruidos como

Fortescue. Tenía un vocabulario completo de sonidos que expresaban desdén, desprecio y, para lo realmente censurable, repulsión.

—Estamos en Brook House, señorita —recitó pomposamente—. Nadie se atrevería a insinuar algo tan impropio.

Sophie tragó con fuerza y luego asintió.

—Abra la puerta.

Entró en el saloncito, mostrando la altivez de Sofía. Aceptó los saludos como si estuviera casi a punto de bostezar, se movió con cuidado alrededor de

los muebles y luego se acomodó lánguidamente en el sillón junto al fuego. Lo hizo con la intención de no dejar que nadie se sentara a su lado, pero logró el efecto añadido de que le sirviera como trono.

Acallando el temblor, siempre nervioso, de su vientre, hizo un gesto indolente con la mano.

—Tan solo puedo quedarme unos momentos, ya que mi acompañante está indispuesta.

Somers Boothe-Jamison, uno de los pocos hombres que no era completamente obtuso, se inclinó hacia ella.

—Ah, ¿cómo está lady Tessa?

Reprimiendo su alarma —si todos conocían a Tessa, ¿cómo iba a salir de aquel lío? Tessa lo estropearía todo en un momento —, se volvió hacia Boothe-Jamison.

—Indispuesta —repitió, como si hablara con un idiota.

Sin embargo, en cuanto dejó claro que su acompañante estaba a las puertas de la muerte, ¿quién sino Tessa entró en la estancia, sonriente y encantadora? ¿Cómo había conseguido escapar de la vigilante mirada del mayordomo?

Por encima del hombro de Tessa, Sophie vio, borrosamente, a Fortescue, con su atractiva cara

desprovista de toda expresión, aunque daba la clara impresión de que acababa de oler algo nauseabundo. Bueno, no podía negarse a dejarla entrar.

Maldición.

Somers Boothe-Jamison estaba encantado.

—¡Ahora podrá quedarse tanto tiempo como le plazca, señorita Blake!

—¡Qué horror! —masculló Sophie.

El caballero que en aquel momento la estaba aburriendo con anécdotas de sus hazañas deportivas la miró sobresaltado.

Sophie, que ya lo había tachado de su lista de posibles maridos —se negaba a pasar el resto de su vida escuchando cómo aquel idiota explicaba tonterías sobre el criquet —, se limitó a mirarlo enarcando una ceja.

Luego las cosas se pusieron todavía peor. Pocos pasos detrás de Tessa, apareció lady Lilah Christie, en persona. Sophie se enfureció cuando vio a la viuda más bella de la buena sociedad. Con el pelo negro y los ojos con destellos de plata, rica, de alta cuna, elegante y absolutamente inmoral, Lilah era todo lo que Sophie no era.

Maldición.

Tessa sonrió y se inclinó por encima del hombro de Sophie.

—Espero que no te importe, Sophie, querida, pero la pobre Lilah ha estado tan deprimida últimamente< Su marido ha muerto hace poco, ¿sabes? —El susurro de Tessa se oyó con claridad en toda la estancia. Lilah hizo un intento obvio por parecer acongojada, como era de esperar, pero estaba prácticamente babeando al ver aquella habitación tan llena de hombres.

En cuanto a Tessa, parecía que también había leído los periódicos

de la mañana. No era de las que dejaban pasar una ocasión para promocionarse socialmente.

Mostraba su aspecto más adorable y su risa tintineante sonaba por toda la habitación, atrayendo todas las miradas. Sophie sabía perfectamente bien lo que Tessa estaba haciendo. Después de todo, una belleza como la de Tessa apenas tenía que esforzarse para robarle el triunfo a Sophie.

El vestido de luto de Lilah era negro, pero revelaba más de lo que ocultaba. El corpiño del traje era más ajustado que cualquiera de los

que Sophie había visto en el baile de máscaras la noche anterior, y Lilah tenía más que suficiente pecho para hacer que fuera una visión fascinante. Por supuesto, con su pelo, sus ojos y su piel pálida como la luna, el negro solo hacía que resultara más llamativa.

Su muy permisivo marido había muerto hacía poco, tan calladamente como había vivido. Por supuesto, que estuviera haciendo visitas era algo escandaloso; sin embargo, comparado con el pasado licencioso y pecaminoso de Lilah, apenas proyectaba una sombra. Por

añadidura, Lilah parecía creer que tenía que ajustar cuentas con las bisnietas de sir Hamish Pickering. Quizá tuviera que ver con que había perdido a su anterior amante, Rafe, en beneficio de Phoebe< o tal vez fuera simplemente que no podía soportar compartir las atenciones de la buena sociedad.

—Pero dime, Sophie, ¿dónde está Graham? —gorjeó Tessa—. Lilah siente mucho afecto por él. Son viejos y queridos amigos.

Viejos y queridos amantes, quería decir. Todos lo sabían. De repente, los susurros y las miradas

dirigidas a ella se desviaron hacia Lilah. Sophie apretó los dientes y rezó por que hubiera una súbita invasión de langostas. Con toda certeza, Tessa no iba a comportarse. La aventura de Sophie iba de cabeza al cubo de la basura solo un día después de empezar.

Brook House era una de las grandes casas londinenses donde Wolfe no había conseguido entrar, mediante la fuerza, los engaños o las artimañas, probablemente porque los hermanos Marbrook no se movían en los mismos círculos vulgares y barriobajeros que Wolfe

y sus amigos.

¡Ah, aquellos buenos tiempos!

Sin embargo, ahora, en los escalones de mármol que invitaban tanto como intimidaban, sintió un desacostumbrado nerviosismo. Era posible que no le permitieran entrar, si el criado tenía la más remota idea de sus anteriores proezas. Contaba con el hecho de que el personal de una casa así también se movía en otros círculos que el de las casas que él conocía bien.

Cuando el alto y atractivo mayordomo le abrió la puerta, Wolfe hizo todo cuanto pudo para

demostrar que acudía con buenas intenciones.

—Buenos días. Soy el señor Wolfe, del bufete de abogados Stickley y Wolfe.

La expresión del hombre no cambió, pero, al parecer, la respetabilidad de Stickley le había allanado el camino, porque le permitieron entrar.

—¿Es un asunto de negocios, señor? La señora no está en casa.

Wolfe se acordó de no sonreír. La gente respetable parecía echarse atrás cuando enseñaba los dientes. Negó con la cabeza.

—No tenía intención de que se malinterpretara mi presencia. He venido hasta aquí para hacer a la señorita Blake una visita< social.

El mayordomo lo calibró de nuevo con fría precisión. Había que reconocer que aquel hombre valía, y mucho. Wolfe se sintió como si llevara todos sus defectos escritos con tinta en la frente.

Por suerte, había previsto una barrera como aquella. Se inclinó hacia delante.

—¿Está trabajando en sus traducciones? Deseaba tanto verlas. El señor Stickley sabía que me interesarían. Colecciono

folclore, ¿sabe? Un pequeño pasatiempo secundario.

En realidad, era cierto< si uno consideraba que el vasto surtido de panfletos pornográficos de toda Europa era «folclore».

El ligero ceño del mayordomo desapareció.

—Entiendo, señor. La señorita Blake está en el saloncito, con sus visitas.

Mientras lo seguía, Wolfe se vio en el espejo que colgaba en el vestíbulo. Su propia madre, de haber sobrevivido al parto, no lo habría reconocido. Sin su desbordante bigote ni su ropa

llamativa, parecía totalmente —bueno, quizá no totalmente— corriente.

Seguía siendo alto y ancho de hombros y todavía tenía todos los dientes y el pelo, algo que lo situaba por encima de la mayoría de los hombres de su edad, pero además de eso, tenía el aire de un hombre que había visto más dormitorios de lo que le correspondía< por no mencionar armarios de la ropa blanca, carruajes y oscuros y siniestros callejones.

No iba a funcionar. Respiró hondo y exhaló todo el aire, hundió

el pecho teatralmente, dejó caer la mandíbula hasta el cuello y fijó su mirada, vaga y parpadeante, en el suelo. Una rápida ojeada al brillante espejo le dijo que lo había conseguido. A todos los efectos y propósitos, no era más que una versión más alta de Stickley. No obstante, le enfureció ver que, de repente, aparentaba todos y cada uno de sus cuarenta y muchos años.

Desde donde estaba, en el umbral, veía a la señorita Sophie Blake, o Sofía, como ahora fingía llamarse, conversando con un grupo de jóvenes cachorros que no

podían quitarle los ojos de encima.

Alguien había hecho todo lo posible para vestir de seda a la mona. A Wolfe no le parecía otra cosa que un espantapájaros demasiado elegante. Una mujer no lo era si no poseía el suficiente pecho para asfixiar a un hombre. Aquella criatura quizá hubiera conseguido mejorar su conducta más de lo que él sospechaba, pero sus nuevos aires solo consiguieron enfurecerlo más.

Era una esnob. No había nacido tan lejos de alguna casucha escocesa para tener derecho a alzar la barbilla con tanta altivez. Solo

mirarla hacía que Wolfe apretara los puños. Era exactamente la clase de mujer que más detestaba; la clase que más disfrutaba destruyendo.

Por un momento, permitió que su sonrisa naturalmente depredadora apareciera en sus labios. Todo eso y el dinero, por añadidura. Destrozar a la señorita Blake iba a ser divertido.

Capítulo 14

Wolfe solo lo pasó mal un momento en el saloncito de pretendientes y supuestas damas.

Una ramera del más alto nivel —que se hacía pasar por una señora como era debido, pero a la que había visto en posturas muy comprometedoras en algunos momentos muy ilegales pero preciosos— lo reconoció bajo el disfraz de Stickley.

—¿Wolfe? —Una mirada de divertido desdén apareció en la cara de lady Lilah Christie—. ¡Pero si tienes un aspecto de lo más atildado esta noche! —Su tono rezumaba ironía. Wolfe vio que la indignación y la compasión cruzaban la expresión de la señorita Blake, así que se llevó las

manos al traje y lo alisó, con los ojos bajos y un penoso sonrojo, que logró aguantando la respiración disimuladamente.

—Te dejaré que sigas con tu cortejo, Wolfe. —Lilah dio media vuelta con una carcajada burlona —. Ten cuidado, pequeña. Es peor de lo que parece.

Con la mirada baja, Wolfe vio cómo la señorita Blake apretaba los puños. ¡Sentía lástima por él! Se apresuró a disimular su incipiente risa con el pañuelo y luego se secó con él la frente.

—Lo siento, señorita< Ay, cielos, qué violento<

—Tonterías —dijo Sophie, tajante—. Ella es la que debería sentirse violenta, burlándose así de un caballero respetable.

Wolfe suspiró.

—Me temo que es fácil burlarse de mí, porque nunca he sido capaz de< de ser< —Se encogió de hombros—. No soy<

Sophie le dio unas palmaditas en el brazo, sintiendo más calidez hacia él que hacía un rato.

—Sé precisamente lo que quiere decir, señor. Este mundo necesita un libro de instrucciones, me temo.

Wolfe soltó una risita modesta.

—¡Bueno, pues, por lo visto, yo he perdido el mío!

Parecía que su plan funcionaba. Él le siguió la corriente cuando ella le ofreció sus consejos para tratar con los críticos —¡qué ingenua!—, y asintió agradecido cuando habló de hacerle llegar trabajo.

—Estoy en deuda con usted, señorita Blake, de verdad.

Se inclinó hacia ella. Ahora era el momento de hacer su primera incursión contra el buen nombre de Edencourt< aunque, en realidad, era poco mejor que el del propio Wolfe.

—Señorita Blake, he oído decir que siente cierto interés por el duque de Edencourt.

Ella le lanzó una mirada acalorada e incómoda, y luego miró hacia otro lado.

—Creo que «interés» quizá sea una palabra demasiado fuerte.

Wolfe se contuvo para no poner los ojos en blanco. ¡Por favor, que le ahorrara la historia de amor!

—Detesto ser yo quien se lo diga, pero<

La tintineante risa de Tessa resonó por encima del bullicio general.

—Oh, tengo una anécdota de

lo más divertida. Tiene que ver con nuestra queridísima Sofía. —Le envió a Sophie una bonita sonrisa por debajo de una mirada maliciosa y triunfal.

Oh, no. Sophie sintió que la dominaba la alarma. Empezó a hundirse en el sillón< una proeza imposible para una mujer de su estatura.

La mayor parte del grupo prestó atención, educadamente, a Tessa. «¡No, no lo hagáis! —Sophie quería gritarles que no le prestaran atención—. ¡No la escuchéis!» Tessa se hinchó como un pavo ante el grupo.

—Primero, debo decirles que, aunque invité a Sophie a compartir nuestra corta estancia en Londres, no supe nada de su madre, ni siquiera una nota. Luego, una semana después de que nos instaláramos en nuestra querida casita, se presentó ella, inesperadamente, en nuestra puerta (¡apenas pude contenerme!) empapada hasta los huesos, sin nada más que una bolsa de vestidos viejos y un baúl lleno de libros. ¡Qué aspecto tan horrible tenía envuelta en una vieja capa que le quedaba casi un palmo corta! ¡Creí que le habíamos

abierto la puerta a un espectro esquelético! —Soltó una risa musical y miró alrededor para que todos compartieran su pequeña broma.

Sophie estaba totalmente sin habla, con los ojos fijos en las manos. Como siempre, la réplica precisa no se le ocurrió hasta que era demasiado tarde. De todas maneras, ¿qué importaba, si tenía la lengua trabada y era incapaz de contestar? Si pudiera conservar la fría calma que Lementeur había tratado de enseñarle, si pudiera alzar la barbilla y mostrar un aire de aburrimiento, pero sentía

retortijones en el vientre y sus brazos tendían a moverse sin control debido a la presión de su creciente vergüenza.

Nunca sería aquel ejemplo de elegancia que Lementeur tanto se había esforzado por conseguir. Nunca dominaría aquel *ennui* tan elegante. Le importaban demasiadas cosas, sus emociones eran demasiado profundas y confusas. La injusticia la enfurecía, el desprecio no justificado le ofendía, el esnobismo de la buena sociedad hacía que el corazón se le disparara, furioso, en el pecho.

Las personas lánguidas y

elegantes no tenían unos sentimientos tan fuertes, ni un deseo ardiente de enderezar los entuertos de la sociedad, ni dudas y temores, porque, sencillamente, nada les importaba lo suficiente. Una vida así sería la muerte de su alma; sin embargo —con un impulso contrario que la confundía a ella misma— , seguía anhelando un poco de aquella fría indiferencia, de aquella fácil despreocupación.

No obstante, era evidente que su nuevo círculo estaba formado por una clase mejor de amigos de a los que Tessa estaba acostumbrada,

porque sus comentarios de carabina fueron recibidos con silencio y con una incómoda mirada hacia otro lado.

Tessa, por desgracia, parecía inmune a una desaprobación tan sutil. Solo se volvió más estridente en sus intentos por ser más divertida.

—¿He mencionado que Sophie hizo todo el viaje desde Acton sola? Realmente, viajó en el coche sin compañía. Por supuesto, nadie se metería con alguien con su aspecto, pero a pesar de todo<

Como siempre, Sophie se sentía amordazada por toda una

vida de tímido retraimiento. Quería hacer callar a Tessa, decir algo cortante y devastador que la reprimiera para siempre, pero su sufrimiento era solo interno. Sencillamente, no podía abrir la boca delante de todas aquellas personas.

La ayuda vino de alguien totalmente inesperado; aunque quizá debería haberla esperado.

—Mira, Tessa, no sé qué decirte. Yo siempre he sido partidario de las personas independientes. —Graham, apoyado indolentemente junto a la puerta, envió una tranquila sonrisa

de aprobación hacia Sophie—. Y todos admiramos a una mujer que lee mucho, ¿no es cierto?

Sus palabras provocaron una cascada de aliviado acuerdo en los invitados y suscitaron la discusión de las últimas novelas. Completamente excluida y al fin consciente de la desaprobación general, Tessa soltaba chispas, pero, por fortuna, lo hacía en silencio.

Poco a poco, la ardiente humillación fue desapareciendo de las mejillas de Sophie. Incluso logró aportar un par de opiniones sobre el tema de la conversación,

pero solo tenía ojos para Graham, que se había desplazado por el círculo exterior del grupo para ir a ocupar un puesto vigilante, con el codo apoyado en la repisa de la chimenea.

Su expresión era de divertida conmiseración. «¿De verdad quieres estar aquí?» Ella sonrió levemente, cruzando miradas con él. «Ahora sí.» —¡Hola, querido! —ronroneó una voz al oído de Graham.

Graham observó cómo la expresión de Sophie pasaba de irónica bienvenida a glacial desinterés cuando se dio cuenta de

que Lilah acababa de abordarlo. Luego Sophie apartó la mirada por completo, para prestar atención a la gente.

Por mucho que quisiera escapar de la presa de Lilah —porque le rodeaba el bíceps con sus dos manos, que eran como garras—, se obligó a volverse y sonreírle.

—Buenas tardes, milady. —No era una gran sonrisa; en realidad se parecía más a una mueca, pero Lilah no parecía darse por aludida en aquel momento. Eso significaba que corría un serio peligro, porque Lilah nunca le daba ventaja a nadie, por lo menos no sin

hacérselo pagar más tarde.

No obstante, esta vez Lilah solo lo miraba con unos ojos enamorados, con destellos plateados, y frotaba el pecho disimuladamente contra su brazo.

—Te he echado de menos, Grammie —susurró—. ¿Volverás pronto a ver a Lillie?

—Ejem< —Miró, impotente, hacia Sophie. Sabía que si oía que Lilah lo llamaba Grammie, no dejaría de meterse con él. Por lo menos, Sophie le había dado un nombre familiar decentemente masculino, «Gram», que le gustaba.

Pero Sophie no le prestaba ni una pizca de atención; estaba inclinada hacia un hombre mayor que Graham no había visto antes. Entonces notó que las afiladas uñas de Lilah se le clavaban en el brazo y recordó su marchamo estampado firmemente en su trasero. «Un título antiguo, solo un poco deslustrado, para venderlo al mejor postor.»

Y Lilah tenía dinero de sobra. Graham trató, sin demasiado éxito, de reprimir un suspiro.

—¿Cuánto ofreces, milady?

—¿Cómo dices? —Abrió mucho los ojos, recelando de la

burla, probablemente porque era algo fácil.

Graham pensó en las casuchas que se estaban desmoronando, en la gente que dependía de él y se moría de hambre, y añadió varios grados más de calidez a su sonrisa.

—¿Cuánto ofreces, milady?

Lilah ronroneó. Literalmente. Antes lo encontraba muy excitante. Ahora solo esperaba que Sophie no oyera aquel ridículo artificio. Podía imaginar su sarcasmo. «¿Ahora tienes mascotas, Gram? No te olvides de limpiarte los pelos de gato del trasero antes de marcharte.»

—Ven a verme esta noche, cariño —lo instó, con un susurro ronco que era casi un suspiro orgásmico—. Ven a mi cama y déjame que te consuele< de la manera que más te gusta.

Sabiendo que nunca se libraría de ella si no aceptaba —no era que quisiera librarse de ella, claro, no cuando estaba pensando seriamente en casarse con ella, pero no podía dejar que continuara por aquel camino; de lo contrario los avergonzaría a los dos—, le dio unas palmaditas en la mano y susurró a su vez:

—Sí, claro. Lo que tú digas,

Lilah.

—No te retrases —dijo ella, decidida, soltándole por fin el brazo. Graham flexionó disimuladamente la mano, porque había perdido la sensibilidad mientras ella se aferraba a él.

Lilah se retiró de inmediato, tal como él sabía que haría. Una vez conseguido lo que quería, no dedicaría ni un esfuerzo más a aquel asunto. Con un elegante gesto de despedida y un movimiento de cabeza, recogió a Tessa mientras salía.

Libre de ella, Graham volvió a Sophie, que no le hizo

absolutamente ningún caso. Estaba rodeada de nuevo, casi invisible detrás de una hilera de hombres atentos. Graham luchó contra la irritación que le producía que ella no estuviera simplemente esperándolo a él, como antes hacía. Había pensado que la multitud disminuiría, pero, internamente, en algún lugar, seguía dando por sentado que ella estaría vestida con cualquier cosa vieja, con los lentes deslizándosele por la nariz, absorta en algo que le manchaba los dedos de tinta y le hacía parpadear, molesta, cuando la interrumpían.

Tal como era antes.

Sin embargo, al mismo tiempo, había que verla. No sabía qué le había hecho aquel modisto a su Sophie, pero estaba sentada, erguida y llena de compostura, fría y serena en una habitación llena de idiotas de la que, estaba seguro, debía de desear huir a toda velocidad. Un orgullo posesivo se enfrentaba a un puro sentimiento posesivo hasta que se separó de su puesto de vigilancia, decidido a dejar atrás toda aquella confusión. Tenía mucho de que ocuparse.

Cuando iba a despedirse, pasó junto a un par de los cachorros de menos valía de la estancia.

—La llevaré a la ópera el miércoles, ya lo verás.

—Bueno, yo voy a pedir que me deje acompañarla a la velada musical de esta noche en casa de lady Peabody.

Un rugido se formó en la garganta de Graham. Antes de saber qué iba a hacer, lo lanzó contra los dos jóvenes.

—¡Soy yo quien va a acompañarla a la velada de lady Peabody esta noche! —Se volvió hacia el otro. No le importaba si acertaba con el hombre, porque seguro que eran piezas intercambiables—. Y el miércoles

estaré sentado a su lado en el palco de Brookhaven en la ópera.

Dejó a los dos cachorros casi lloriqueando detrás de él, y recorrió con ojos que lanzaban chispas asesinas el resto de la multitud, que empezó a disminuir de inmediato. A unos cuantos espíritus más valientes se les ocurrió que podían desafiar su determinación, entre ellos Somers Boothe-Jamison, pero Graham fue acorralándolos uno por uno, dejando claro que su presencia no era bienvenida.

—Tu presencia no es bienvenida —le dijo a Somers,

bruscamente.

Somers alzó el mentón.

—Oye, Edencourt, te estás portando como un auténtico matón. No veo que tú tengas más derechos aquí que el resto de nosotros.

Graham gruñó, gruñó de verdad, literalmente. En algún lugar de su mente, una voz más sensata se preguntó si no tendría más de su padre de lo que había pensado, porque incluso Somers retrocedió, con un parpadeo de inseguridad en su mirada. —Bueno, supongo que me he quedado demasiado tiempo<

Capítulo 15

Luego, casi todos los perros alborotadores se marcharon, dejando a un único hombre allí. A Graham le parecía vagamente familiar, aunque por sus ropas y modales no era alguien de la buena sociedad. ¿Un hombre de negocios, quizá? ¿Creía que tenía alguna probabilidad con una joven como Sophie?

«Puede que a Sophie le guste.»

Ciertamente, parecía ser íntima amiga suya. Se inclinaba hacia delante para oír lo que le estaba diciendo y le ofrecía una

sonrisa que debería guardar para Graham.

Además, pese a su apariencia corriente, aquel tipo era un patán atractivo; alto y vigoroso, aunque un poco demacrado y arrugado.

La idea de que Sophie pudiera preferir a aquel< empleaducho< antes que a él<

El sujeto levantó la cara y cruzó la mirada con Graham. Eran dos iguales midiéndose. Ese hombre no era ningún empleado tartamudeante. No, pertenecía a una clase totalmente diferente. Graham sintió una desconfianza instantánea, que fue respondida

por un destello de divertida valoración en los ojos del otro hombre.

Sophie quería que el señor Wolfe se marchara. Al principio, se había sentido intrigada por el interés que mostraba en sus traducciones y desorientada por su madurez y su conexión de confianza con la familia. Luego, cuando su conversación, perfectamente inocua, se desvió hacia los cotilleos recientes, que parecían centrarse en las proezas de Graham en particular, Sophie empezó a sentirse un tanto acosada en su compañía.

Había un oscuro apremio en los ojos enrojecidos del señor Wolfe, como si apenas pudiera contenerse para no cogerla con sus manos, que no dejaban de abrirse y cerrarse, con un obsesivo nerviosismo. El señor Wolfe quería algo.

¿Tal vez era aquello lo que Lementeur había querido decir al hablar de «ardiente»?

Debía de ser que ella no estaba acostumbrada a una mirada así, que hacía que se sintiera como si fuera un bistec en un plato. A decir verdad, ardiente era lo que buscaba, ¿o no? Y, a diferencia de

los jóvenes de sonrisa boba, el señor Wolfe era un hombre de talento. En tanto que abogado, era un tipo instruido, que había aprendido el valor de trabajar para hacerse un lugar en el mundo.

También parecía genuinamente interesado en ella, no atrapado por el glamour de Sofía. Tenía la edad suficiente para saber lo que quería y no dejarse arrastrar por las tendencias de la última moda.

Su brusquedad y su torpeza quizá fueran un poco irritantes, pero ¿quién era ella para juzgar a alguien por no saber moverse sin

problemas en sociedad? Sí, el señor Wolfe debería ocupar un lugar bastante alto en su lista de posibles maridos.

No era culpa suya que, sencillamente, no lograra imaginarse tal cosa. Avergonzada por su reacción, Sophie se aseguró de concederle un poco de atención extra a aquel hombre. No quería que él se diera cuenta de su inexplicable aversión ni quería herir sus sentimientos en modo alguno.

Al final, la multitud de jóvenes se marchó y Sophie empezó a tener esperanzas de poder escapar por

fin. Entonces se dio cuenta de que era Graham quien ahuyentaba a sus admiradores, haciéndolos salir de la estancia, igual que un perro pastor apartaría a una oveja del rebaño.

Graham empezó a avanzar, furioso, con la intención de apartar a aquel< aquel depredador de su Sophie. Sin embargo, para cuando llegó junto a ella, aquel sujeto se había inclinado, despidiéndose rápidamente, y había salido a toda prisa por la puerta, siguiendo al resto de la manada y dejando a Sophie a solas con Graham, tal como este deseaba.

No obstante, no esperaba encontrarse con aquellas llamaradas de furia que había en los ojos de la joven. Se detuvo, sobresaltado.

Ella se puso en pie y se le echó encima.

—¿Quieres hacer el favor de decirme exactamente de qué iba todo eso?

Ah, bueno, quizá no había sido muy sutil. Carraspeó y le dedicó su sonrisa más seductora.

—No querrías pasar toda la tarde con esa caterva de idiotas, ¿o sí?

Sophie cruzó los brazos y

frunció los labios.

—¿Acaso habían venido a visitarte a ti para que pudieras hacer que se fueran?

Si es así, es que has estado ocultándome algunos secretos escabrosos.

Él se quedó boquiabierto.

—¿Visitarme a mí? —¿Secretos escabrosos? ¿Qué le habría estado metiendo en la cabeza aquel tipo peludo? Como no estaba seguro de querer saberlo, porque, ¿y si, sinceramente no podía negarlo?, dio marcha atrás rápidamente—. Yo no soy el único que tiene secretos aquí.

Sophie retrocedió y se puso pálida. ¿Por qué? Él solo se refería a su transformación sorpresa de la noche anterior, en el baile de máscaras. Luego, en un abrir y cerrar de ojos, ella volvió a ser ella misma.

—Podría ser que me estuviera divirtiendo. Nunca lo sabrás con seguridad. —Le dio en el pecho con un dedo. Con fuerza—. Somos amigos y es algo que valoro, pero no tienes por qué ponerte en plan posesivo. No eres mi dueño, Graham.

¿Posesivo? La alarma sonó de nuevo en aquella diminuta porción

de su mente. No le hizo caso. Por el contrario, soltó un bufido, cruzando los brazos.

—No era posesivo. Era< era protector. Eres ingenua y no te protege nadie. No tienes ni idea de la clase de lobos que son estos tipos.

—No tienes derecho a hablar. Te has aprovechado de mi falta de acompañante. Dime< ¿estoy deshonrada porque he pasado unas cuantas horas jugando a las cartas con un granuja?

Ante aquello se quedó sin palabras, porque la verdad era que había ido más allá de las normas;

por lo menos aquella vez. El recuerdo de su perfume y el tacto de su pelo, enredado en su puño, lo golpeó hasta dejarlo casi sin sentido con una súbita oleada de anhelo.

Había sido un estúpido, ahora lo veía. Se había creído víctima de un impulso único de tocarla aquel día, un impulso nacido de una necesidad de distraerse<

No había sido por diversión, sino en busca de solaz. De consuelo. No había sido un impulso, sino un anhelo.

Un mechón de su cabello dorado rojizo se le había soltado,

debido a su furia. Caía y se rizaba junto a un pómulo alto y elegante y enmarcaba un ojo enfurecido, de color gris oscuro.

—¿Sabes qué, Graham? Creo que estás un poquito celoso.

Tuvo una súbita visión del aspecto que tendría dormida, con media cara enterrada en la almohada y el pelo cayendo en cascada por encima de los cuerpos desnudos de los dos, peg{ndose a la piel, humedecido por un deseo satisfecho< Por todos los infiernos.

¿En qué se había convertido? ¿Qué le había hecho a ella< y a él?

¿Qué le ocurría? ¡Estaba convirtiéndose en un fanfarrón de pelo en pecho! ¡No tenía ningún derecho a gruñir ni a alborotar ni a espantar a sus pretendientes!

Sophie tanteó en su manga y sacó los lentes, para poder lanzarle miradas furibundas. Era un soldado vistiéndose para la batalla. El gesto lo conmovió de una manera muy extraña.

Los lentes y la manera en que sus ojos miraban a través de ellos le pertenecían a él y solo a él. Los otros podían pensar que sabían a quién cortejaban, incluso creer que sentían algo real por ella, pero él

era el único en quien ella confiaba lo suficiente para llevar los lentes cuando él estaba delante.

—¡No puedo creerme que estés buscando un marido entre esa gente! ¿Por qué?

Ella empujó las gafas hacia arriba con la punta de los dedos y lo miró echando chispas.

—¿Por qué no? Tú eres el que está celoso. ¡Dímelo! ¡Dame una sola razón para que no deba hacerlo!

¿Qué podía decirle? «Lo he estropeado todo.»

¿Cómo había permitido que algo tan inocente y sencillo se

hubiera convertido en aquello? ¿Y por qué ahora, cuando él ya no era libre de actuar? Se había cavado su propia tumba, por Dios< La había cavado profunda y ancha con las afiladas palas de la soledad y las buenas intenciones.

A través de una garganta tensa de anhelo y deseo, acabó de clavar la tapa de su propio ataúd.

—¡No seas ridícula! —le espetó —. ¡Me he compadecido de una joven pobre y nada atractiva, recién llegada del campo! No hay nada por lo que estar celoso.

El relámpago de asombrado dolor de sus ojos le hizo daño en

las entrañas. No quería que sufriera. No quería la responsabilidad de otro ser humano más sobre sus espaldas. Dio media vuelta, incapaz de enfrentarse a su palidez y a su aturdido silencio.

Luego, al llegar a la puerta, miró atrás y vio que ella no se había movido; al parecer ni siquiera había respirado. El dolor lo obligó a continuar. Necesitaba asegurarse de que ella lo comprendía. Quizá no fuera mala idea recordárselo, también, a sí mismo.

—He decidido pedir la mano

de lady Lilah Christie en matrimonio.

Luego se marchó, como el cobarde que era, huyendo del daño que había causado.

En las oficinas del bufete de abogados Stickley & Wolfe, estaba Stickley, solo como de costumbre. Completó otro día más de contabilizar los intereses ganados en varias cuentas por el fideicomiso Pickering y reflexionó sobre su reciente plan de invertir parte del dinero en navieras. Podía ser muy lucrativo, pero exigía una elevada inversión inicial. Si la señorita Blake llegaba a casarse con

el duque de Edencourt, quizá se preguntaría a donde había ido una cantidad tan importante de dinero. No quería que surgiera ni la más leve idea que pudiera hacer dudar de su ética en la gestión de la fortuna de sir Hamish.

Suspiró. Era una lástima tener que dejar pasar una oportunidad de oro. Tal vez, si hubiera aprobado con antelación< Claro que eso exigiría las firmas de las tres señoras, aunque lady Marbrook ya estaba descalificada<

Tranquilizado al pensar en dinero y ponerlo todo en orden, un orden pulcro y agradable, Stickley

casi había completado su incursión semanal a la caja fuerte antes de observar las marcas de la puerta.

¿Arañazos? ¡No, muescas! ¿Qué diablos<?

Luego, como si estuviera viéndolo con sus propios ojos, lo supo. El día en que Wolfe llegó temprano, en realidad lo hizo para tratar de reventar la caja fuerte.

Pero ¿por qué? Seguro que Wolfe sabía que solo guardaba allí sus igualas personales y solo las de cada mes, más, claro, el valor de un segundo mes, como margen contra posibles emergencias, que Wolfe siempre tenía y Stickley nunca<

Quizá Wolfe no sabía eso.

¿Acaso aquel idiota pensaba que todo el saldo del fideicomiso estaba guardado en su caja fuerte? ¿Acaso aquel estúpido no sabía nada de la banca y las inversiones?

Claro, bien mirado, se trataba de Wolfe. Con un suspiro y un movimiento negativo de la cabeza, Stickley cerró la caja y marcó la combinación. Día a día, su socio se estaba convirtiendo en una carga cada vez mayor. Stickley confiaba en que la señorita Blake se casara con el duque —siempre que el duque comprendiera sus propias responsabilidades respecto a la

herencia—, porque cuando llegara ese día, Stickley quedaría libre.

Cerró los ojos un momento, saboreando la bonita imagen que evocaba ese pensamiento. Libre de la cara de Wolfe, de sus inmundas costumbres, de su tendencia a actuar de forma angustiosamente ilegal —y, había que reconocerlo, su misteriosa habilidad para hacer que esos actos parecieran de lo más lógico—, libre para invertir su propio dinero o incluso gastarlo, aunque no podía imaginar que necesitara nada que ya no tuviera.

Un trabajo real.

Ah, sí. Un trabajo real, un trabajo con sentido y progreso y<

Y bobadas, mientras estuviera atado al fideicomiso y a Wolfe. Mirando la desfigurada puerta de la caja fuerte, Stickley frunció los labios una vez más.

Solo deseaba poder escapar antes de descubrir lo bajo que Wolfe estaba dispuesto a caer.

Tessa se sentó junto a su pequeño y femenino escritorio y sacó la tinta, la pluma y el papel. Detestaba caer tan bajo, de verdad que sí, pero no podía negarse que

Sophie había ido demasiado lejos.

¡Era increíble, aquel palo de criatura con su cara de caballo, creando tal revuelo en la buena sociedad!

Y Graham, vaya idiota, se estaba portando como un absoluto imbécil. Tessa lo recordaba como un chico de lo más silencioso, que trataba de pasar desapercibido ante aquellos brutos de sus hermanos. No era que Tessa lo culpara por ello, porque sus primos mayores eran repugnantes de verdad, muy parecidos a su propio padre.

¡Mejor estaban sin todos ellos!

Sin embargo, que Graham anduviera detrás de Sophie ¡era embarazoso!

Y peligroso. La fortuna de Pickering tenía que ser para Deirdre, no para su prima con cara de caballo. Solo Deirdre sentiría la debida gratitud para recompensar a su muy querida madrastra, una vez se hubieran cobrado los cheques.

Además, si la dulce Deirdre olvidaba su deber, Tessa tenía unas cuantas amenazas desagradables que podía utilizar contra la gorda, cara de luna, de Phoebe. No todo el mundo en la buena sociedad

perdonaría tan fácilmente su pecaminoso pasado, como había hecho su igualmente pecaminoso marido. Deirdre adoraba a sus estúpidas primas. No debería ser demasiado difícil sacarle una buena renta vitalicia.

Pero claro, todo aquello quedaría en nada si Sophie se llevaba el gato al agua. Aquella estúpida no recordaría que había sido gracias a Tessa que había conseguido llegar hasta allí. Solo recordaría las pocas y míseras veces en que Tessa había perdido los nervios y le había dedicado unos cuantos nombres inofensivos.

Además, se merecía todos ellos con creces. ¡Aquella criatura era tan ridícula!

Resultaba muy alarmante que nadie de la buena sociedad pareciera verlo ya.

Con una leve sonrisa, Tessa empezó su tarea. —Querida señorita Blake<

Capítulo 16

Después de que Graham la dejara, Sophie permaneció en el saloncito vacío, con la mirada perdida en todas las bandejas con restos del té y los pasteles.

Migajas. Le quedaban las migajas.

«¡Me compadecí de una joven pobre y nada atractiva, recién llegada del campo!»

Todavía notaba el calor en la cara, y sabía que lo notaría durante muchos días siempre que pensara en aquel momento. Se había

olvidado de sí misma, de tan impresionada que estaba con su nueva popularidad. Se había olvidado de que para quienes la conocían solo era «una joven pobre y nada atractiva».

¿Qué había pensado que pasaría cuando Graham viera a la nueva «Sofía»? ¿Había creído que caería de rodillas y le declararía su amor imperecedero?

Al parecer, una pequeña parte de ella —probablemente la misma parte que creía en los cuentos de hadas— pensaba de verdad que quizá lo hiciera.

Fortescue entró acompañado

de un lacayo. Recogieron la habitación en un instante, dejándola limpia y perfecta en solo unos momentos. Sophie permaneció donde estaba, extrañamente cómoda con su amargura. Por si necesitaba una imagen más clara de su lugar en la tierra, acababan de dársela, envuelta en papel de plata y con un lazo encima.

Sin embargo, por lo que parecía, incluso las chicas «pobres y nada atractivas» recibían correo. Fortescue le llevó un grueso sobre de color marfil, en una bandeja de plata.

—Milady le ha enviado una carta, señorita.

La letra de Deirdre era rápida y descuidada, muy parecida a la propia Deirdre.

Lementeur me ha escrito diciendo que te has instalado en Brook House. Bravo. Phoebe me pide que te diga que le ordenes a Fortescue que cambie todas las cerraduras para que Tessa no pueda entrar. Le he contestado que ya lo he hecho.

Sophie parpadeó. No había pensado en escribirle a Deirdre para conseguir el permiso oficial para usar la casa. Era muy previsor por parte de Lementeur, y un poco controlador también. Sophie

sonrió, con cansancio, al pensarlo.

La carta seguía. El duque, que parecía estar recuperándose, había empeorado de nuevo.

Al final, parece que seré duquesa pronto; es muy triste, porque todos le hemos cogido mucho cariño a su excelencia. Es un anciano bondadoso, que tiene el mismo aspecto que tendrán Calder y Rafe dentro de cincuenta años. Deberé esforzarme mucho para conservarme igual de bien, aunque solo sea para hacer juego con ellos.

Recibe todo mi cariño; nos morimos de ganas de verte con tus vestidos nuevos. Dile a Tessa que se tire de cabeza al Támesis.

Dale un beso a Meggie de mi parte. Y al gatito. ¿Ya le ha

puesto nombre?

D.

Sophie sintió una punzada de culpabilidad, porque ese día no le había prestado ninguna atención a la niña. Quedaba un poco de tiempo antes de tener que vestirse para la velada musical.

Abandonando, por fin, su melancolía, volvió la espalda a la escena de su gran triunfo social y se dirigió al piso de arriba para darle un beso y un abrazo a lady Margaret, y, esperaba, también para recibirlo.

Y al gatito.

Al final de la escalera, miró hacia la izquierda, antes de torcer

hacia la derecha, y se quedó inmóvil.

En el pasillo, a una ligera distancia, vio a Fortescue y a la bonita Patricia, que estaban muy, demasiado, cerca el uno del otro. Mientras los miraba, el severo e impasible mayordomo sonrió, con una sonrisa deslumbradoramente atractiva, igualada solo por la de Patricia, maravillosa. Mientras ellos se inclinaban, acercándose más, Sophie cerró los ojos para no ver su felicidad, aunque una suave risa, vibrante de cariño, resonó por el pasillo hasta sus oídos.

Parecía que todo el mundo

tenía amor. Todos, salvo la pobre y nada atractiva Sophie Blake.

¡Maldita Sophie Blake!

Fortescue no sabía cómo había sucedido. En un momento, estaba de pie en el pasillo del primer piso, hablando de la posibilidad de encontrar a una compañera de juegos adecuada para lady Margaret, que parecía muy sola en la enorme casa, sin nadie m{s que su gatito, y al siguiente, su mano rozó casualmente la de ella< y sus dedos se entrelazaron.

El momento se prolongó. Apenas podía respirar mientras los finos y pecosos dedos de Patricia se

deslizaban entre los suyos. Desde su altura, miró impotente la cabeza de la joven, con su gorro de doncella perdiendo, como siempre, la batalla que libraba por contener su rebelde mata de pelo. Ella parecía incapaz de apartar la vista de sus dedos entrelazados; sin embargo, no hizo nada para retirar la mano. Luego, de un modo asombroso, permitió, lentamente, que sus manos se unieran por completo.

Solo entonces levantó la mirada, con sus verdes ojos brillando con una mezcla de cauta confusión y desesperado anhelo.

Fortescue cerró la mano sobre la de ella y tiró, muy suavemente, sin apartar sus ojos de los de ella.

Patricia dio un paso adelante, despacio, echando la cabeza hacia atrás, con el orgullo y el ansia evidentes hasta en la curva de su largo cuello.

—¿Qué exige de mí, señor?

Fortescue negó con la cabeza y dejó escapar el aire lentamente.

—¿Exigir? —«Oh, maravillosa criatura< tan quisquillosa, tan orgullosa<»—. No tengo derecho a exigir nada. —Tendió la otra mano para apartar, suavemente, de la

tersa curva de su mejilla un díscolo mechón de pelo llameante—. Solo puedo pedir<

La mirada de Patricia se dulcificó entonces, haciéndose más cálida al tiempo que desaparecía la desconfianza. Una sonrisa apareció en la comisura de aquellos asombrosos labios. Se acercó un paso más.

—¿Qué es lo que me pide, entonces?

Él no podía respirar. No podía hablar. Solo negó con la cabeza, impotente frente a lo que más deseaba en el mundo. «¿Podrías llegar a amarme?» Ella se echó a

reír, dulce, cariñosa y burlona.

—Es un gran actor, señor. Un hombre de granito y hielo, dicen abajo< ¿Y si pudieran verlo ahora?

Él bajó la mirada hasta sus manos, todavía unidas. Ella no lo había soltado, igual que él no la había soltado a ella. Alzó los ojos hasta los de ella y se permitió caer, por fin, en aquellos verdes sueños irlandeses. ¡Que el peligro se fuera al infierno!

—Cásate conmigo, Patricia.

Tuvo una pequeña satisfacción, incluso en medio de aquel remolino de pánico y júbilo, al ver que aquellos ojos verdes se abrían

asombrados.

—«¡Tú, Cenicienta!», dijo la madrastra. «Estás llena de polvo y suciedad, y ¿todavía quieres ir? ¿Cómo puedes ir al baile, cuando no tienes vestido ni zapatos?» Sophie tragó con fuerza, respiró hondo y siguió leyendo la historia en voz alta.

«Va a casarse con Lilah.»

Sí, así era. Y si ella tuviera un solo gramo de sensatez, miraría alrededor y buscaría a alguien para ella misma.

—¡Sigue, Sophie! —Meggie rebullía de impaciencia—.

¿Qué pasó?

Tras detenerse, una vez más, en la retorcida senda de la autocompasión, Sophie consiguió encontrar una sonrisa para la pequeña.

—Lo siento.

Siguió adelante, leyendo el cuento que conocía tan bien que podría narrarlo a voz en grito desde el tejado, con los ojos tapados.

Antes de conocer a lady Margaret, Sophie nunca había pensado mucho en los niños. Otras mujeres los tenían, mujeres que tenían marido, pero Sophie no

había estado, realmente, con ninguno desde que ella misma era una niña.

Ahora, con Meggie acurrucada, pegada a ella, con sus huesudos codos incrustados en las costillas de Sophie, las puntiagudas rodillas apretándole el costado, la sedosa cabeza apoyada contra su hombro y el gatito convertido en una bolita que ronroneaba adormilada entre las dos, experimentó un anhelo tan profundo que se quedó sin aliento. Por vez primera en su vida, se permitió soñar con tener un hijo propio en su vago y nebuloso futuro. Lo único necesario era

encontrar un hombre que le pareciera digno de duplicar en el mundo.

Qué extraño, no hacía tanto tiempo, podría haber aceptado a cualquier hombre que se lo hubiera pedido, y se habría creído afortunada; sin embargo, ahora le costaba aceptar las atenciones de más hombres de los que en realidad había podido contar.

«Eso es culpa de Graham.»

Sin ninguna duda. Lo único que necesitaba para solucionar ese pequeño dilema era encontrar un hombre más inteligente, más seductor, más apuesto y tan alto,

por lo menos, como el nuevo duque de Edencourt.

«¿Eso es todo? ¿Por qué no elegir algo difícil?»

Con un suspiro, inclinó la cabeza para dar un beso en la parte superior de la brillante corona de Meggie.

—Pequeña, te estás cayendo de sueño. A dormir.

Se desenredó de la niña y se puso en pie. Aquella cosita huesuda no pesaba más que un cubo de agua, así que la cogió en brazos y la llevó a su habitación. Una vez allí, le quitó los zapatos, las medias y el vestido y la metió

en la cama. Rápidamente, le hizo una trenza torcida para impedir que se le enredara el pelo —con una promesa silenciosa de que lo haría mejor por la mañana— y le dijo que se durmiera con un único beso para la niña y el gato, que se había ovillado en la almohada de Meggie, como si fuera un sombrero peludo blanco y negro.

Sophie apagó la vela con un rápido movimiento y se marchó, echando solo una lenta mirada hacia atrás mientras cerraba la puerta. Sabía que Deirdre sería una buena madre para la pobre niña. No había ninguna razón para

desear robársela, solo para no quedarse sin alguien a quien querer.

«Ve y consigue tus propios hijos.»

Sus propios hijos, su propia casa, su propio hombre. Si pudiera, cogería la casa y los hijos, y dejaría de lado al hombre<

«¿Ah, sí, de verdad?»

De pie en el pasillo, con la espalda apoyada en la puerta de Meggie, envuelta en el silencio de la casa, supo que no tenía ningún sentido seguir con aquella mentira, no dentro de su corazón.

Quería lo que quería, que Dios

la ayudara. Quería, debido a no sabía qué locura, conseguir que Graham fuera suyo. Condenada fuera Lilah, condenada la posición social, condenados los secretos. ¿Qué sentido tenía esta vida, este inspirar y espirar, este latir del corazón, si no era para importarle a alguien, para pertenecer a alguien, para vivir y respirar, corazón con corazón, con alguien? Si no podía tener a Graham, entonces seguir adelante tendría el mismo propósito y sentido que una máquina, que continúa en marcha, con un ruido sordo, vacía y sin alma. «Pues consíguelo.» Lo haría,

si pudiera.

«¿Lo has intentado realmente?»

Se detuvo, llevándose los dedos a los labios, sorprendida. No lo había intentado. Allí estaba, vestida elegantemente y esperando a que su príncipe se diera cuenta, en lugar de darle una buena y tirar de él para besarlo de una manera que le hiciera olvidar a todas las demás mujeres que había conocido.

Si no estuviera tan aturdida e ilusionada con aquella idea, se habría tomado un momento para sentirse muy, muy estúpida.

Capítulo 17

John Herbert Fortescue era un hombre enamorado. Y, por improbable que pareciera, la mujer a la que amaba parecía inclinada a amarlo también.

Patricia se había llevado una mano a la cara, estupefacta ante su proposición. Él había conservado la otra apretada en la suya.

—¿Casarme con usted? Pero<

—Parpadeó y luchó por respirar—. Yo<

Durante un momento, se sintió esperanzado al ver la creciente

alegría de su cara. ¡Iba a decir que sí!

Luego se le ensombrecieron los ojos, como si fuera una nube sobre la propia isla Esmeralda. Retrocedió un paso, negando con la cabeza, parpadeando para borrar su júbilo.

—¡No< no, no puedo! No puedo quedarme aquí, en este lugar gris y frío, lejos de mi familia< —Tragó saliva y se irguió. A Fortescue se le hizo un nudo en el estómago ante la desolada certidumbre de su mirada—. Lo siento, señor. Nunca podría casarme con un inglés.

«¡Ah! ¿Eso es todo?»

Una euforia como un volcán surgió de él, ardiente y violenta. Soltó una carcajada, asombrándola de nuevo.

—Pero ya sabes, mi querida Patricia, que soy irlandés.

Ella negó con la cabeza, confusa.

—Me temo que tener un poco de la sangre no servir{, se< John. —Miró la mano que él todavía cogía —. No odio a los ingleses como muchos —dijo en voz baja—, pero no sabría qué decirle a un hombre que no sintiera mi misma añoranza por los acantilados y el mar.

Él se inclinó, acercándose más, lleno de alegría por conocer finalmente la razón de sus objeciones.

—Y ¿qué acantilados serían esos, amor mío? Yo suspiro por los acantilados de Moher.

Ella se quedó paralizada al oír la cadencia de su tono y él retrocedió, sonriendo. Casi no reconocía su propia voz, tanto tiempo hacía.

—No habrás creído que me había fijado en ti solo por tu cara, ¿verdad, querida?

Entonces ella lo miró. La intensa furia de sus ojos eliminó su

alegría, llenándolo de alarma.

Ella dio un paso atrás, apartándose de él, zafándose de su contacto como si fuera algo viscoso.

—¿Estás ocultando tu nacimiento? —Sus labios se tensaron de repugnancia—. ¿Cómo un hombre avergonzado?

Las manos vacías de él cayeron a los costados.

—Pero< tuve que hacerlo. No hay ningún trabajo como sirviente si seguimos llevando el barro de los campos de patatas pegado a las botas< —Se detuvo. Aquel era un comentario ofensivo, una frase

inglesa que nunca había pronunciado antes. ¿Llevaba tanto tiempo en aquella ciudad gris y triste que había empezado a creer esas cosas él mismo?

La joven que tenía delante, la encantadora criatura nacida en el hogar, en los sueños y en todo lo que se había obligado a olvidar, se alzó en toda su estatura, con una expresión que rezumaba desdén.

—Preferiría a un hombre honorable, aunque fuera inglés, a un sucio traidor irlandés. Te desprecio, John Fortescue< a ti y todas tus mentiras. —Dio media vuelta y se alejó; su rígida columna

era el testimonio de lo inútil que sería que la siguiera.

Gracias a la costumbre de toda una década, Fortescue recuperó la rigidez de su postura y convirtió su cara en una máscara sin expresión. Recuperar su fría apariencia no sirvió de nada para calmar la herida de su alma y sosegar su corazón dolido y desesperado, pero no iba a correr por los pasillos de Brook House aullando el nombre de la joven, como si estuviera demente, por mucho que deseara hacerlo.

Le había hecho una oferta sincera y honorable. Ella lo había

rechazado por razones que no eran ni razonables ni justas. No le quería. No había nada que hacer al respecto.

Aquella pasión se desvanecería con el tiempo. Su orgullo se aseguraría de que así fuera.

Graham lanzó el sombrero y la bufanda a los lacayos que esperaban junto a la puerta de la casa de lady Peabody y entró soltando un suspiro. Lo último que quería en aquellos momentos era oír a un rebaño de vírgenes gorjeantes, exhibiendo, todas, idénticos vestidos de muselina, flores en el pelo y una triste

obediencia en los ojos.

«Bienvenidas a la sala de subastas, queridas mías.»

¿Por qué estaba allí? Debería estar en casa de Lilah, haciéndole promesas de matrimonio, exponiéndole sus argumentos y ofreciéndole el mundo entero para que fuera su duquesa, etcétera. En cambio, allí estaba, esperando tener la oportunidad de pedirle disculpas a Sophie, incapaz de pensar en nada que no fuera el dolor que sus palabras habían provocado en sus ojos grises.

«¡Me he compadecido de una joven pobre y nada atractiva, recién

llegada del campo! No hay nada por lo que estar celoso.»

Haciendo una mueca al recordarlo, se detuvo en lo alto de la escalera. Era idiota. Lo sabía. También sabía que era negligente, desconsiderado y despilfarrador. Nunca se había dado cuenta de que también podía ser cruel.

El deseo que sentía por Sophie era su propio problema. No debería haberle hecho pagar a ella su sorpresa y consternación. Perder su apoyo y su amistad sería<

No podía soportar pensar en ello. No sabía qué hacer. Siempre había evitado a su familia porque

lo sacaban de quicio, pero ahora estaba empezando a comprender lo que significaba estar solo en el mundo.

En aquel momento la única familia que le quedaba en el mundo era Tessa.

«Vaya suerte.»

Por supuesto, siempre estaba Nichols, su fiel sirviente. Graham suspiró. ¿Qué iba a hacer con aquel hombre? La demencial respuesta del mayordomo cuando Graham inmoló los trofeos fue reunir más, por toda la casa, y colocarlos en una especie de asamblea, disecada y medio calva, en el estudio, un

público nuevo —por así decirlo— testigo de la traición de Graham hacia su padre.

Suponía que con el objetivo de verlo sufrir.

Las cartas de apremio, exigiendo el pago de la deuda, habían empezado a llegar una tras otra. Parecía que todos querían hacerse con algo de lo que le había dado a su primer acreedor.

Solo quedaban unos cuantos objetos de valor en Eden House. La familia se inclinaba por coleccionar muerte, no arte. Por el momento, el método de Graham consistía en hacer montones con las facturas,

clasificadas según la gravedad de las apenas veladas amenazas que las acompañaban. De hecho, no era mucho lo que podía hacer, salvo seguir adelante con sus planes de casarse con Lilah.

Detenido en el umbral del salón de baile de los Peabody, temporalmente convertido en sala de música, Graham se preguntó si podría persuadir a alguno de los acreedores para que se quedara con el oso disecado.

En su cabeza, casi podía oír el resoplido burlón de Sophie. «Solo si tiene el trasero de oro.»

Sophie siguió el consejo de

Lementeur y llegó tarde. Saludó a lady Peabody gentilmente pero sin disculparse. Parecía extraño, pero Lementeur le había ordenado que nunca, jamás, dudara o mostrara falta de seguridad. Dejando atrás a la madre y las hijas, vestidas de muselina e imposibles de distinguir unas de otras, Sophie realizó su paseo, obligatorio y serpenteante, a través de la multitud, mientras buscaba a cierto duque alto y de pelo rubio. Los sirvientes le habían informado que ese era el lugar al que iría. En aquel momento, los asistentes daban vueltas por la estancia,

porque era uno de los descansos en el programa de actuaciones.

Qué extraño resultaba moverse tan libremente, aunque con cuidado, entre aquella élite rutilante. Qué extraño que nadie más pareciera pensar que era extraño.

En deferencia a la decoración clásica de lady Peabody, Lementeur había vestido a Sophie con un traje vaporoso, drapeado, de seda color marfil, con una simple cinta de hojas acabadas en oro entrelazadas en su pelo trenzado y rizado. Sophie se sentía como salida de una ilustración de la antigua Creta.

Conservó esa imagen mientras seguía las instrucciones. Dio una vuelta, con breves saludos a unas cuantas personas selectas, un par de lánguidas reverencias a algunos invitados de alta alcurnia, y luego eligió un pilar griego para situarse.

Entonces abrió el abanico.

Como si de un cuerno de caza se tratara, la jauría se reunió de inmediato.

Sophie se sentía como si la hubieran forzado a refugiarse en un árbol, por la forma en que aullaban a su alrededor. Uno de ellos le preguntó por Graham —al parecer, este había afirmado que la

acompañaría aquella noche—, pero Sophie se limitó a dirigirle una mirada indiferente hasta que él se sonrojó y miró hacia otro lado.

«Pobrecillo.»

No debería sentirse mal por su causa. Nunca la había mirado dos veces cuando era la pobre y fea Sophie.

«Bueno, ahora sí que me mira.»

No importaba. Jamás podría casarse con un cachorrillo como aquel.

En la caja donde había llegado el vestido, había una nota de Lementeur.

«Ataca en la cima. No esperes

la caída.» En otras palabras: no debía desperdiciar ni un momento.

Cenicienta solo tuvo hasta la medianoche. Sophie se quedó sin aliento al darse cuenta de que su propia medianoche bien podía estar muy cerca. Incluso podía ser que Graham estuviera proponiéndole matrimonio a Lilah en ese mismo momento.

Era hora de dejar de malgastar la noche con aquellos niñatos.

¿Dónde demonios estaba Graham?

Entonces, en la borrosa visión de Sophie, apareció el señor Wolfe. Se inclinó cortésmente y luego se le

acercó más.

—Me temo que no voy vestido a la altura de la ocasión —reconoció.

Sophie le dedicó una mirada a su atuendo. Llevaba la ropa arrugada y la corbata era demasiado informal.

—Solo un poco —dijo con una sonrisa. Pobre hombre.

El hecho de que se encontrara fuera de su elemento en aquellas veladas solo hizo que lo mirara con más afecto. El hecho de que los otros caballeros jóvenes apenas pudieran ocultar su desprecio, hizo que le sonriera más cálidamente y

le demostrara más interés del que en realidad sentía.

El señor Wolfe se animó ante su consideración y pareció perder un poco su timidez.

—Esperaba ver a lady Tessa esta noche. Me temo que no he presentado mis respetos como es debido, esta tarde, en especial considerando mis responsabilidades profesionales hacia la familia. —Se sonrojó con torpeza y miró hacia otro sitio—. Estaba demasiado aturdido.

¿Un hombre que se olvidaba de mirar a Tessa mientras Sophie estuviera en la estancia? Era

absolutamente encantador. Sophie ladeó la cabeza y sonrió.

—Me halaga, caballero. —Luego añadió, con un gesto—: Me temo que la salud de Tessa es bastante imprevisible últimamente. Lady Peabody me ha invitado a unirme a sus hijas bajo su vigilancia esta noche.

El señor Wolfe se volvió para mirar al otro lado de la habitación, donde la señora estaba muy ocupada promocionando a sus hijas ante todos los caballeros presentes en el salón de baile, sin prestar ni un ápice de atención a Sophie.

—Entiendo.

Sophie aprovechó su distracción para recorrer rápidamente con la mirada el salón. ¿Dónde estaba Graham? ¿Habría cambiado de planes y habría ido a casa de Lilah? ¿Era ya, incluso entonces, demasiado tarde?

Se volvió y se encontró con que el señor Wolfe la miraba con atención, de nuevo con aquel inquietante brillo en sus ojos.

—¿Puedo ayudarle a encontrar a alguien, señorita Blake? —Parecía terriblemente ansioso por agradar —. ¿Tal vez busca a su primo, el

duque?

—No es mi primo, de hecho —dijo Sophie al punto—. ¿Por qué? ¿Lo ha visto aquí esta noche?

El señor Wolfe asintió tranquilamente, pero sus ojos parecían llenos de excitación.

—En efecto. Lo he visto entrar en una de las salas de descanso hace solo un instante. —Con un gesto señaló al otro extremo del salón—. Allí.

Acto seguido, los músicos empezaron a tocar suavemente, guiando a los invitados de vuelta a sus asientos con una melodía. Si quería ir a buscar a Graham, debía

escaparse en ese momento.

Hizo una reverencia distraída.

—Gracias, señor Wolfe. Estoy en deuda con usted.

Con la atención concentrada en la lejana puerta, Sophie se abrió camino entre la multitud. Sin embargo, incluso en medio de su aturdimiento, le pareció que notaba aquella oscura intensidad siguiéndola a través de la estancia, como si fuera el calor de un horno en la nuca.

En los rincones del salón de baile de los Peabody había pequeñas cámaras — apenas más que alcobas, en realidad—

amuebladas con divanes y espejos para arreglarse el pelo y puertas que podían cerrarse en los momentos de intimidad. Graham se había retirado a una de ellas para elaborar una disculpa perfecta.

Sophie había llegado, por fin. Desde un rincón Graham había seguido con los ojos su sereno desfile. Sonrió para sí cuando se dio cuenta de que aquella mirada soñadoramente altiva era debida, en parte, al hecho de que no podía ver nada sin sus lentes.

Había vacilado, inseguro de cómo empezar a compensarla por

su crueldad, sin saber cómo explicar su conflicto y confusión< y entonces aparecieron las hordas babeantes. El momento pasó. Se había retirado a un lugar tranquilo, decidido a encontrar las palabras adecuadas para reparar su amistad rota.

Lilah, con el extraño instinto de un depredador, lo descubrió allí.

—Hola, amor mío.

Graham dio media vuelta y se encontró con que Lilah apoyaba la espalda en la puerta, cortando su vía de escape. Allí estaba, con una postura relajada, inclinada sobre

una cadera, mientras jugueteaba con el borde del chal, estirándolo hacia delante de una manera lánguida.

—Aún no me has besado —dijo con un mohín.

Un mohín en aquella hermosa cara marmórea era ridículo. Graham se esforzó por dominar su repugnancia.

«Lilah va a salvar mis propiedades.»

Suspiró.

—Pensaba que ibas a

esperarme en tu casa.

Ella le apuntó, lentamente, con un dedo de larga uña.

—Esa no es la respuesta correcta, cariño. Se supone que te estremece verme. Se supone que vas a cogerme, apasionadamente, entre tus brazos, y a besarme como si fuera la última gota de agua en el desierto.

Se apartó de la puerta y avanzó, provocadora, hacia él.

—Se supone que tienes que pedirme permiso para hacerme cosas indecentes, atrevidas y sucias, en esta pequeña habitación, con el mundo entero al otro lado

de la puerta. Se supone que tienes que caer de rodillas y pedirme disculpas y prometer que nunca más, jamás, harás esperar a Lilah.

Sintiéndose como un cebo vivo en el anzuelo, Graham esperó, rígido, mientras ella se acercaba. Lilah le pasó las elegantes y finas manos por el pecho y alrededor del cuello.

—¿Me has oído, Grammie? Te he esperado —murmuró—. Estaba cremosa y húmeda al salir del baño y te esperaba desnuda en la cama, tal como te gusta. —Se puso de puntillas e hizo el gesto de morderle la barbilla. De alguna

manera, Graham consiguió no apartarse ni ser mordido. A Lilah le gustaba usar los dientes tanto como las uñas.

—Pero tú< no< has venido. —Subrayó su queja dándole unos tirones estratégicos a la corbata. Él le permitió que acercara su boca a la de ella y que no perdiera tiempo en besarlo, con un beso intenso, ardiente y húmedo.

A una parte de Graham le gustó. O quizá solo recordaba que le gustaba. O quizá había en él algo de la grosería y la lujuria de su padre, porque mientras Lilah se frotaba con entusiasmo contra él,

consiguió avivar una pequeña llama de su vieja excitación sexual.

Sí, todo saldría bien, comprendió con alivio, sin prestar atención a la otra parte —mucho mayor— de sí mismo que clamaba que era hora de apartarla y luego lavarse la boca con whisky.

Seguro que iba a ser capaz de utilizar a Lilah en la misma medida en que ella estaba decidida a utilizarlo a él. Con igual beneficio. Con igual desfachatez.

También sería igual de censurable.

—Dime que seré tu duquesa, Grammie —pidió, mientras trataba

de quitarle la ropa a él y de quitarse la suya—. Dime que seré la duquesa de Edencourt y que seremos la pareja más fabulosa de la sociedad y que daremos las fiestas más espléndidas en nuestra casa< —Se detuvo, tras haberle desabrochado la mitad de los botones del chaleco—. ¿Edencourt está en muy malas condiciones? Me han contado que está un poco sucio y deslucido, al no vivir más que hombres allí.

Graham se las arregló para no soltar una carcajada.

—Sucio y deslucido —repitió, sin comprometerse. Si el resto del

mundo no conocía el auténtico estado de Edencourt, era más debido a la falta de hospitalidad de su padre que a cualquier intento de guardar el secreto. Con todo, mejor sería no pintar un cuadro demasiado sombrío ahora, antes de asegurar su futuro mediante la venta de su nombre.

—Seré una buena chica, Grammie —prometió Lilah jadeando—. Por lo menos, hasta darte un hijo. —Se lamió los labios —. El acuerdo habitual.

Bruscamente, pese a la aceptación general de que gozaban esos términos entre la buena

sociedad, Graham descubrió que no quería el acuerdo habitual. Llevaba el anillo de su madre en el bolsillo del chaleco, listo para sacarlo y ofrecérselo a su prometida. Imaginó que podía sentirlo entre ellos, una pequeña armadura de oro y diamantes que mantenía a Lilah a raya.

¿Podía imaginar siquiera ponerlo en el dedo de Lilah, con aquella uña que era como una garra? Sin duda se burlaría, despreciativa, de una piedra tan mísera. Sin embargo, ¿qué remedio le quedaba?

Cuando Lilah lo empujó hasta

hacerlo caer en el diván y luego se le montó a horcajadas encima, con la cara encendida de falsa pasión, Graham hizo lo que miles habían hecho antes que él.

Cerró los ojos y pensó en Inglaterra.

El acuerdo habitual.

Sophie sintió que se le helaban las entrañas. Había visto que Lilah se deslizaba hasta el interior de aquella pequeña habitación y que no salía.

Estaba de más decir que había encontrado al hombre que llevaba buscando toda la noche. Con el estómago revuelto ante los brazos,

piernas y faldas enredados y aquellos cabellos largos, lustrosos y evidentemente falsos exhibidos ante ella, esperó.

¡Por el amor de Dios, aquellos dos estaban tan absortos en lo que hacían que ni siquiera se habían dado cuenta de que los habían interrumpido!

Sophie no pudo resistirse al impulso. Avanzó y dio un estirón. La cabellera de Lilah se le quedó en la mano, junto con un montón de horquillas y unos cuantos mechones del auténtico pelo de Lilah.

El aullido de Lilah se

confundió con el aria de la soprano. Rápidamente, Sophie cerró la puerta de una patada, dejando fuera a la concurrencia.

Lilah bajó de un salto de encima de Graham para revolverse contra Sophie.

—¿Tú?

—Siento mucho interrumpir, pero tenía miedo de que ahogara a este caballero con esos enormes pechos. —Sophie le envió una malvada sonrisa a Graham—. Buenas noches, Grammie. —Luego se volvió hacia Lilah y le tendió la melena—.

Detesto ser yo quien se lo diga,

lady Lilah, pero se le está cayendo el pelo.

Lilah intentó cogérsela, pero Sophie la sostuvo en alto.

Los misteriosos ojos de Lilah se entrecerraron.

—¡Haré que lo sientas, tú< tú< jirafa quejica!

Graham intervino.

—Lilah, no tienes por qué<

Lilah se volvió hacia él, enseñando los dientes.

—No te atrevas a defenderla, gusano plañidero< No si lo que quieres es mi dinero.

Sophie cruzó los brazos, haciendo oscilar las trenzas de

color ébano descuidadamente.

—Cielo santo, Graham —dijo, con voz plácida—. Piensa en los años de gozo conyugal que te esperan. —Suspiró—. Años y años y años< —Ladeó la cabeza—. Claro que su último matrimonio no duró tanto. —Sonrió a Lilah—. ¿No es verdad, bonita? Y todos pens{bamos que era un hombre tan sano<

—Sophie —dijo Graham, poniéndose en pie—. Preferiría que no te entrometieras<

Pero Lilah y Sophie estaban enzarzadas en una lucha a muerte. No le hicieron ningún caso.

—Un marido muerto es mejor que no conseguir ninguno —dijo Lilah con sarcasmo—. No sé a quién le has robado esos vestidos, pero cuando acabe contigo, en Londres todos sabrán la clase de vulgar basura del campo que eres en realidad.

Sophie enarcó una ceja.

—Nunca lo he ocultado.

Graham avanzó entonces y cogió a Lilah por el brazo.

—¡Basta!

Lilah golpeó demasiado rápido para que él la esquivara. El chasquido de la mano contra la cara de Graham fue horrible, pero

lo que enfureció a Sophie fueron las finas líneas de sangre que aparecieron en su mejilla.

Con un paso, se puso entre los dos y avanzó hasta Lilah hasta dominarla con su estatura. Incluso Lilah empezó a darse cuenta, por fin, de que corría peligro. Bien. Sophie no había recibido una educación tan refinada como el mundo pensaba.

Ahora parecía que era el momento y el lugar para desvelar ese hecho.

—No te acerques a Graham —dijo, con tono tranquilo pero con los ojos llenos de ira—. No te lo

mereces. Nadie le habla como tú acabas de hablarle. Nadie< — Hizo hincapié en ese punto incrustando el dedo en el hombro de Lilah—. Nadie insulta o maltrata a este hombre, nunca. —Se inclinó hasta estar bastante cerca para susurrar —: Mantente lejos de él, muy lejos, Lilah o, con mis propias manos, arrastraré tu bonito y privilegiado culo de Mayfair de aquí a Brighton. —Levantó su trofeo y lo agitó ante la cara estupefacta de la otra mujer —. Por el pelo.

Era asombrosa la rapidez con que Lilah podía mover aquel culo privilegiado cuando de verdad

quería hacerlo. La puerta se cerró de golpe una vez más, amortiguando la música otra vez, y dejando a Graham y a Sophie solos en silencio.

Capítulo 18

Graham se anudó de nuevo la corbata con unos tirones fuertes e impacientes.

—Vaya representación. Por un momento no estaba del todo seguro de que estuvieras fingiendo.

Vio cómo se encendía la duda en sus ojos del color de un cielo nublado. «Ella tampoco lo estaba.»

—Parecía que necesitabas que te rescataran —dijo Sophie, encogiéndose de hombros, indiferente.

Él se pasó las manos por el pelo, para arreglarlo.

—Sé que tratas de ayudar, Sophie, pero Lilah es mejor como esposa que cualquier virgen insípida. —Sacudió la chaqueta y se la puso—. Lo último que quiero es tomar por esposa a alguna niña inexperta.

Ahora tendría que empezar de nuevo. No era probable que Lilah perdonara una humillación como aquella, ni siquiera para ser

duquesa. La cabeza le daba vueltas, igual que su corazón, debido a la confusión que sentía. ¡Menudo aspecto tenía Sophie cuando se había peleado por él! En toda su vida, nadie había hecho algo así. Trastornado y agitado y, claro, siendo quien era, dijo lo equivocado.

—¡Se ofrece duque< barato! Apresúrense —gruñó.

Vio cómo Sophie se encogía, con una visible decepción en la cara.

—Pero Graham< ¿Lilah? Por muchos chalecos elegantes que consigas, no vale la pena pasar el

resto de tu vida atado a esa< esa< devoradora de hombres.

Amargado, devolvió el golpe con la misma rabia.

—Para ti es fácil decirlo. ¡A mí nadie me da ropa lujosa a cambio de nada!

Los ojos de Sophie se entrecerraron.

—Me han hecho regalos desde hace aproximadamente una semana. Tú has sido un parásito toda tu vida. —Alzó los brazos al cielo—. ¡Dios, Graham! ¿Cuándo crecerás? ¿Cuándo te darás cuenta de que la vida no es un cuarto de niños lleno de juguetes, donde a

nadie le importa lo que rompas? ¿Es eso, de verdad, lo único que cuenta para ti< una capa de desenfreno y arrogancia de tres pulgadas de grueso, que no cubre nada en absoluto?

Graham se quedó paralizado.

—¿Es así como me ves?

Sophie adoptó un aire testarudo, con los brazos cruzados y la mirada furiosa.

—¿Hay alguna razón por la que no debería hacerlo?

No, en realidad, no la había. Un hombre-niño despreocupado, irreflexivo y destructivo. Eso era exactamente lo que era< o, por lo

menos, lo que había sido.

Sophie malinterpretó su silencio y puso los ojos en blanco, desdeñosa. Solo entonces Graham vio las lágrimas que asomaban en ellos.

—Soph. —Dio un paso hacia ella.

Sophie dio media vuelta, dándole la espalda mientras se llevaba la mano a los ojos a hurtadillas.

—¡Vete a la mierda! —gruñó—. ¡Voy a volver ahí fuera para buscar a alguien que tenga algo más que dinero en la cabeza!

—¡Te has convertido en toda una dama! —le dijo, ligeramente burlón. Alargó el brazo y le cogió una mano. Tiró de ella, hasta hacer que se diera la vuelta—. Sophie, no nos enfademos. No quería disgustarte.

Ella mantenía la cara oculta.

—No estoy disgustada. Solo estoy más que harta de ti, eso es todo. No tengo tiempo para esto. Hay demasiadas personas importantes esperándome ahí fuera.

Él le hizo volver la cara con un gesto cariñoso.

—Vamos, vamos. Has

estropeado tu elegante arreglo. —Sacó el pañuelo y se lo pasó suavemente por las mejillas empolvadas, borrando las líneas que habían dibujado las lágrimas —. Ya está, guapa otra vez. —Le dio un leve beso, rápido y sin importancia, en los labios, tan cercanos a los suyos.

Solo que no era algo sin importancia.

Sophie se quedó paralizada por el contacto de los labios de Graham en los suyos. Y él también.

El tiempo se detuvo, dulce y largo. Tanto él como ella permanecieron quietos, reacios a

moverse, incapaces de pensar o protestar o hacer nada más que quedarse allí.

La pequeña estancia era un puerto, la reunión del exterior se volvía cada vez más distante con cada latido del pulso, los sonidos se apagaban y se confundían bajo el desbocado palpitar de los dos corazones.

Cuando Sophie inhaló, absorbiendo el calor y el olor de él, fue como si inspirara parte de su vida y de su vitalidad dentro de su propio espíritu. De repente, no hubo nada que temer, nada que ocultar. No había nadie más en el

mundo, salvo ellos dos, y Sophie se deleitaba en ese aislamiento.

Él estaba allí y podía ser suyo. Lo único que tenía que hacer era alargar la mano<

El firme músculo pectoral se tensó bajo la palma de su mano y se dio cuenta de que ya lo había hecho.

Al parecer, era lo único que él necesitaba, porque al instante se encontró bruscamente entre sus brazos, contra aquel pecho, duro como una roca, dentro del círculo de su abrasadora sexualidad.

No emitió ningún sonido de protesta, ni siquiera una

exclamación ahogada de sorpresa. Él estaba precisamente como debía estar, igual que ella, estremecida de deseo por él, ardiendo por él< Dispuesta.

No, ansiosa.

Era tan fácil dejarse ir que por un momento dudó de que alguna vez se hubiera resistido. Levantó los brazos y le rodeó el cuello, moviéndose lentamente, como en un sueño. Él soltó aire, con un ruido áspero, ante su voluntario abrazo, y ella se sintió avergonzada de lo mucho que le había negado. Se prometió que se lo demostraría ella misma, de una manera que le

fuera imposible olvidarlo.

Entrelazó los dedos en su pelo con suavidad y luego los apretó. Los ojos de Graham se ensancharon y abrió la boca para hablar.

—Chist.

Era asombroso lo segura que estaba, cómo sabía exactamente qué hacer. Nunca antes había besado a nadie, pero sabía muy bien cómo ladear la cabeza para que sus labios se encontraran. Se puso de puntillas, deslizando el cuerpo lentamente hacia arriba, contra el duro vientre y el pecho de él, sin intentar siquiera ocultar

cómo disfrutaba de la sensación.

Graham tragó con fuerza. Sophie sintió cómo el poder surgía a través de ella, un poder femenino salvaje, más viejo que el tiempo. Reclamó su naturaleza seductora, permitiendo que brotara y prolongara el momento, con un hechizo lento y seguro.

Él esperó, con la mandíbula tensa y los párpados cargados de deseo no expresado. Se endureció al contacto con ella. Sophie sonrió levemente y balanceó las caderas para apretar la suavidad de su bajo vientre contra aquella rigidez. Un estremecimiento interno lo

recorrió de arriba abajo y las cuerdas de su garganta latieron con fuerza, pero guardó silencio, todavía inmovilizado por los dedos de ella, que estaban enredados en su pelo.

Podría haberse liberado, pero por fin estaba donde soñaba estar< ¿desde cuándo? ¿Solo esa semana, o hacía meses?

No se atrevía ni a respirar con demasiada fuerza, aunque a esas alturas podría estar jadeando si se permitiera hacerlo. Ella era tan inocente y tan perversamente sensual< Aquella no era su prudente y comedida Sophie. Era la

mujer que había luchado por él, la mujer que se había interpuesto con valentía entre él y los feroces insultos de Lilah.

Luego ya no hubo tiempo para recordar; solo existía el momento presente, porque ella lo besó, por fin.

Tenía los labios suaves y los pezones duros; los dedos entre su pelo le causaban un dolor al que no habría renunciado por mil noches de placer sin más. Era ella, la única. Siempre lo había sido. Lo sabía, en algún lugar de su interior en el que nunca había indagado, lo sabía desde la primera vez que la había

salvado de estamparse contra una pared.

Se quedó quieto, aceptando su beso con los labios cerrados todo el tiempo que pudo soportarlo, porque saboreaba la inocencia que había en ese beso. Sophie nunca volvería a besar así.

Luego violó aquella dulce virginidad con la punta de la lengua, una penetración lenta y cuidadosa que le hizo tensarse sorprendida.

No era de las que temblaban. No, su Sophie no. Al momento volvía a estar en la palestra, con su propia y exquisita lengua deslizándose

entre sus labios, y los suaves sonidos de su placer vibrando en su boca.

Dios, era tan dulce, tan fuerte, tan poderosa<

No podía estar lo bastante cerca de ella. En dos pasos, la tumbó en el sofá, con su cuerpo complaciente apretado completamente contra el suyo. Debajo del suyo<

Suaves y pálidos, sus pechos emergieron del corpiño cuando él tiró del escote. El regalo de su carne le llenaba las manos, mientras invadía su boca, una y otra vez, con la lengua. Había otras

cosas que haría con aquella lengua, cosas que ella disfrutaría, cosas a las que llegaría dentro de un momento, en cuanto se hubiera saciado de envolver con sus manos aquellos pechos pequeños, altos y perfectos.

Ah, las cosas que le haría a su magnífica Sophie.

Fuera de la estancia, el público rompió en aplausos. Enervado, Graham interrumpió el beso.

—¡Dios! —¡Sophie, no! Era un monstruo. Era un sinvergüenza, hasta la médula—. ¡Maldición!

Se apartó de ella, dando media vuelta; arrancándose de ella, en

realidad; un acto que le costó más de lo que nunca podría expresar. Se frotó la cara con las dos manos, esforzándose por recuperar la cordura, luchando contra el doloroso, palpitante deseo< y la necesidad. Una necesidad como nunca antes la había conocido. Una necesidad que a punto estuvo de hacerle volver y lanzarse sobre ella, de nuevo, solo para tener un minuto más de aquella luz dulce y pura como de fuego de hogar.

Se obligó a alejarse, todo lo que la diminuta habitación le permitía. Apoyó la frente en la pared opuesta, cerró los ojos,

apretándolos con fuerza, y rechazó la dolorosa pérdida hasta recuperarse y tener unas ideas coherentes.

En su mayoría.

Perderse en Sophie< ¿Cu{ndo se había convertido ella en un estanque de agua limpia y fresca? ¿Cuándo se había transformado en el aire sin contaminar de sus pulmones? ¿Por qué no lo había visto antes? ¿Por qué se lo había ocultado, como un secreto, como un tesoro escondido para alguien más digno, alguien menos ciego?

«Demasiado tarde.»

No. Nunca. Necesitaba esa< la

necesitaba a ella< necesitaba<

«Necesitas a Lilah y su montón de dinero.»

No. No podía cambiar a esa< esa criatura pura y limpia por una arpía mancillada como Lilah.

«Pues cámbiala por la gente de Edencourt.»

Las caras p{lidas, hundidas< los ojos perdidos, angustiados que no tenían ninguna fe en sus promesas< la podredumbre, el derroche y los años malditos y malgastados que había pasado junto a ellos sin verlos<

¿Cambiar a Sophie por su gente? Eso, eso podría hacerlo.

Debía hacerlo. Vivir sin besar a Sophie sería una tortura. Vivir con la destrucción de Edencourt< eso sería como el infierno en la Tierra.

Resuelto, hizo que su corazón se convirtiera en piedra. Solo entonces se atrevió

a volverse hacia ella.

Estaba erguida y vestida de nuevo, aunque el complicado moño se le había deshecho y el pelo le caía indomable y cobrizo por encima de sus delicados hombros marfileños, mientras permanecía sentada en el diván, tensa, con las manos entrelazadas encima de la falda.

Era un idiota. Mirando a la joven que tenía ante él, la idea más lúcida que podía formar, sin balbucear, era esa.

«Soy un idiota.»

Ella tenía la mirada fija en el suelo, y las mejillas encendidas por el rubor.

—No digas que ha sido un error. No te atrevas a decir que ha sido un error. No podría soportarlo.

—Sophie< —La quería, pero no podía. Nunca podría—. Ha sido un error.

No sería como su padre. No buscaría el placer a costa de la

gente de Edencourt.

Se alegraba de haber conseguido detenerse antes de ir demasiado lejos.

«No, no te alegras. Demasiado lejos es, precisamente, donde quieres estar.»

Sophie le había dado tanto. Comprensión. Amistad. Un puerto seguro a salvo de la infelicidad en que había estado inmerso tanto tiempo que ya la consideraba el orden natural de las cosas. Ella le había dicho la verdad, sobre él, sobre cómo vivía y, lo más importante de todo, sobre ella misma. Hasta que él lo había

estropeado todo, ella había sido total y completamente ella misma, sin reparos. Lo había inspirado para que mirase en su interior, para que quisiera ser un hombre diferente de lo que su crianza lo había llevado a ser, un hombre mejor.

En su mundo de fachadas, de cambios de lealtad y escurridizos engaños, una amiga sincera que decía la verdad valía más que el oro.

¿Qué había sucedido para crear a la escéptica Sophie?

«No veo ninguna razón para permitir que la sordidez del

mundo real interfiera con el deseo de hacer que las cosas sean como deberían ser.» Aquello era lo que había matado. Ahora lo veía.

Había jugado con su afecto. Al recordar con repugnancia su falso coqueteo y su indiferencia hacia las normas, comprendió lo que, debido a su aburrimiento y a su capricho, le había hecho a Sophie.

No importaba que sus propios sentimientos se hubieran visto comprometidos. Su corazón no era suyo para perderlo. Pertenecía a Edencourt.

—Entonces ¿eso es todo? —Sophie alzó la barbilla y lo miró

con firmeza. Hizo acopio de fuerzas para enfrentarse a la expresión de desilusión y desesperación de su cara.

Graham le devolvió la mirada, con aire solemne.

—¿Esperabas más?

—Por supuesto que no. ¿Quién soy yo para esperar nada en este mundo? — Levantó la barbilla con orgullo y se puso en pie. Sacudiéndose la maltrecha falda, se dirigió hacia la puerta—. Enhorabuena por tu inminente compromiso, milord.

Con una ligera reverencia, ladeando despreocupadamente la

cabeza, se marchó, entrando de nuevo en el barullo y perdiéndose entre los asistentes a la velada musical, como si la estuvieran esperando cosas más importantes que hacer.

La preocupación se filtró en el alivio de Graham. Aquella mirada gris podía parecer tranquila y desinteresada a los demás —también se lo había parecido a él en otros tiempos—, pero ahora sabía la furia que había debajo de aquella superficie. Su Sophie era una criatura terca, apasionada e imprevisible.

Que ahora parecía pensar que

no tenía nada que perder.

Capítulo 19

Todos estaban disfrutando de una contralto superior, absortos en la mejor música de la noche. Sophie se deslizó de lado por las sombras de la parte trasera de la estancia, procurando caminar sin hacer ruido. Si conseguía salir de allí antes de que acabara la canción, podría<

Su codo golpeó un alto jarrón chino que estaba encima de una mesa auxiliar. El jarrón se balanceó y luego se deslizó entre sus manos, que trataban desesperadamente de

cogerlo.

Y cayó en las del señor Wolfe. Respirando con alivio y francamente contenta de ver una cara amistosa, Sophie no pensó en lo extraño que era que él estuviera acechando junto a aquella habitación en particular. En cambio, se limitó a ayudarlo a colocar de nuevo el jarrón en su sitio, con mucho cuidado. Luego le puso la mano en el brazo.

—Señor Wolfe, ¿podría abusar de usted?

Él le lanzó una mirada, con los ardientes ojos fijos en su cara; luego enlazó aquella mano en su

brazo y la sacó de la estancia, colocándose entre ella y cualquier posible observador. La verdad era que se trataba de un hombre muy considerado.

Una vez en el vestíbulo, apartó con un gesto a un lacayo que se había acercado.

—Que traigan mi carruaje. ¿No ves que la dama está indispuesta?

Sophie parpadeó y contuvo una risita histérica. ¿Indispuesta? Sí, estaba indispuesta. Acalorada, apabullada, abrumada. Llena de deseo.

No solo de deseo, claro, pero

sin ninguna duda, había una porción muy importante de deseo en lo que sentía. Los labios de Graham, su cuerpo pesado y endurecido, sus manos<

Luego sus recuerdos se centraron en los ojos de él cuando había afirmado que todo era un error. La luz había desaparecido de aquellos ojos. Lo único que había visto en aquellas profundidades, antes juguetonas y burlonas, era un sincero pesar.

Así que besarla —entre otras cosas— era causa de pesar, ¿eh? Al parecer, ella no valía la pena. No debería haberlo besado tan poco

rato después de que lo hubiera hecho Lilah. ¿Cómo podía compararse con una amante tan experimentada y bella como Lilah?

«No haces más que dar vueltas alrededor del auténtico problema.»

¿Problema? No había ningún problema. Solo un error. Graham daría fe de ello.

Sophie apenas era consciente de haber recogido su capa y de que la habían llevado hasta un carruaje que esperaba. El lacayo la ayudó a subir y se encontró sentada en un faetón con el señor Wolfe.

—Oh, sí, por favor —consiguió

decir, con voz apenas audible —. Lléveme lejos de aquí.

Él chasqueó la lengua, obedientemente, y ordenó a los caballos que avanzaran a paso ligero. Sophie suspiró. Era un alivio tan grande tratar con un hombre razonable que se limitaba a hacer lo que ella le pedía.

Con la vuelta a casa asegurada, Sophie se envolvió en la capa y se sumió en sus pensamientos.

Apenas pasó un momento antes de que Graham saliera de casa de los Peabody, pero el faetón identificado por el mozo como

perteneciente a al señor Wolfe ya casi se había perdido de vista.

Graham no creyó ni por un segundo que Wolfe llevara a Sophie a casa. Aquel hombre era un sinvergüenza, un salteador acechando junto al pozo, esperando para destruir a la siguiente criatura indefensa que llegara en busca de agua.

Que lo condenaran si iba a permitir que Sophie fuera esa presa.

Otro mozo pasó junto a él, llevando de la brida un bello caballo ensillado. Graham avanzó.

—Me lo llevo.

El mozo parpadeó; luego miró por encima de su hombro. Graham siguió la dirección de su mirada y se topó con Somers Boothe-Jamison, que lo observaba extrañado.

—Vaya. —«Lo siento. Estoy robándote el caballo»—. Mira, Somers<

—Deberías ir tras ella —lo interrumpió Somers, mirando con gesto adusto, calle abajo, donde ya no se veía el faetón—. No me fío de ese Wolfe. Circulan historias muy extrañas sobre él.

Graham cerró un segundo los ojos, aliviado. Gracias a Dios.

Luego le sonrió furiosamente a Somers.

—Entonces, solo me llevaré tu caballo.

Ya estaba montando. Boothe-Jamison se limitó a despedirlo con un gesto cansado.

—Adelante. Encontraré otra manera de volver a casa. Pórtate bien con el caballo, ¿quieres? No todos somos duques, ¿sabes?

Graham se acomodó en la silla.

—Prueba con lady Tessa —gritó, mientras clavaba los talones en la montura—. Siempre tiene sitio en su carruaje para un hombre sin transporte. —Solo para

los jóvenes y apuestos, claro, pero Somers era un chico mayor. Podía cuidarse solo.

El faetón se había perdido de vista. Wolfe estaba aumentando la velocidad. ¿Por qué diablos tenía tanta prisa?

Sophie se abrigó la cara para protegerse del aire frío de la noche y pensó en el enorme lío que había creado con su impulsividad.

¿Qué le pasaba? Nunca había sido tan mala antes. Había robado dinero, mentido y perpetrado un fraude, pero nunca había yacido debajo de un hombre y le había

permitido que la tocara; no, en realidad lo había animado a que la tocara. No había sido solo Graham quien le había bajado el corpiño para llegar libremente a sus pechos.

Sin embargo, al final había dejado que se alejara de ella, que le retirara aquel regalo, maravillosamente ardiente, de pasión y necesidad que le había ofrecido. Podría habérselo impedido; mejor dicho, podría haber hecho que empezara de nuevo. Había descubierto que lo único que tenía que hacer era tocarlo, besarlo, apretarse contra él

y habría estado de nuevo en el sofá, como si fuera arcilla maleable entre sus manos ardientes.

¿Por qué? ¿Por qué se había ido?

«Porque unos minutos más tarde habrías tenido que confesar. Un segundo más tarde, le habrías declarado tu amor a chorretadas y dicho más verdades de las que Graham está dispuesto a escuchar.»

Sophie detestaba con todas sus fuerzas cuando aquella vocecita tenía razón.

Con un profundo suspiro, ordenó a sus pensamientos que se calmaran. No tenía sentido

ponerse nerviosa por lo sucedido aquella noche. Al día siguiente idearía una manera de decírselo a Graham o de asegurarse de que nunca averiguara la verdad. Lo que necesitaba ahora era una buena noche de sueño. Lo que necesitaba ahora era su cama<

Sin embargo, cuando levantó la cara y miró alrededor, no estaba en ningún lugar cercano a Brook House. Ni a Primrose Street.

¡Estaba en medio de un bosque! La carretera se extendía delante y detrás de ellos como una cinta iluminada por la luna en medio de la oscuridad. Los faroles

que oscilaban a los lados del faetón solo daban unos círculos moderados de luz. La luna, casi llena, daba el resto.

—¿Dónde estamos?

Al oír su pregunta, Wolfe condujo los caballos hasta un lado de la carretera y los detuvo.

—De todos modos, ya era hora de parar —dijo alegremente—. Hay mucho trecho hasta Gretna Green. No llegaremos antes de que amanezca.

«¿Gretna Green?» Cielos.

—Señor Wolfe, por favor no me diga que tiene intención de< —Aquel hombre no podía ser tan

estúpido.

Pero él se limitó a sonreírle. La oscuridad le daba un aspecto extrañamente< ¿siniestro? Lo cual era ridículo, porque el señor Wolfe era igual que el señor Stickley, un hombre inofensivo, bastante amable, que quizá había malinterpretado sus atenciones.

¿O no?

Él acentuó su sonrisa. Ciertamente, tenía unos dientes excelentes.

—Señorita Blake, ¿es que no lo ve? Estábamos destinados a estar juntos, en aquel sitio, esta noche. Todo el día, he estado tratando de

determinar cómo debía hacer esto como es debido. ¿Debía pedirle su mano a lord Brookhaven, dado que no tiene padre? Pero esto< esto es tan rom{ntico. Seremos unos enamorados lanzados a la carretera, dos viajeros que buscan descanso y alivio en su agotador viaje, un hombre y una mujer, que se casan<

—¿Qué? —Sophie se alejó de él—. ¡Señor Wolfe, no puede hablar en serio!

¿Cómo puede estar enamorado de mí? Solo hace unos días que me conoce.

Wolfe le agarró una mano y la

apretó contra su corazón.

—Fue su bondad, creo. La manera en que vio mi nerviosismo y me hizo ser más comunicativo, la manera en que siempre conseguía incluirme en la conversación, la manera en que miraba, sin verlos, a todos aquellos patanes babeantes, con sus modales y poses elegantes, y no creía sus lisonjas ni por un momento. —Se llevó la mano de Sophie a los labios y le besó los nudillos repetidamente—. Es usted una luz entre lo aburrido y superficial, es la única que me ha visto tal como soy.

Conforme él seguía hablando,

Sophie se sentía cada vez más horrorizada. Ese sería el aspecto que ella tendría, así sonaría si, alguna vez, llegaba a confesarle sus verdaderos sentimientos a Graham. ¿Y el deseo incómodo, culpable y abrumador de huir que sentía en ese momento? Esa sería la reacción de Graham a una confesión así.

Peor quizá ahora, porque ella sabía cómo era. Había visto la otra cara de la situación. Odiaba pensar que era tan desconsiderada y despreocupada como Graham.

Sin embargo, ¿cómo podía culpar a Graham, cuando solo era

amable, igual que ella solo había sido amable con el señor Wolfe? ¡Se había dejado atrapar por su imaginación y por sus condenados cuentos de hadas! Y se había engañado pensando que había algo más.

Fue entonces cuando lo vio todo con absoluta claridad.

Querer amar a alguien porque era apropiado o digno de ello era tan inútil como desear ser capaz de volar. Allí delante tenía a un hombre que parecía una elección tan perfecta para ella como cualquiera que hubiera conocido< y no podía amarlo, igual que no

podía elevarse por los aires.

Tampoco Graham podría nunca amarla a ella, solo porque ella lo amara a él o porque se mereciera algo más que su amistad.

¿Qué merecía exactamente? Había mentido y robado. Había perpetrado un engaño enorme contra la sociedad en general, fingiendo ser alguien que nunca sería realmente.

Para alguien que siempre había pensado que su exterior no hacía justicia a su interior, fue aleccionador comprender que quizá sí que lo hacía. Tal vez era tan

poco atractiva y valía tan poco por dentro como por fuera.

Tal vez se merecía precisamente lo que recibía.

Nada.

Los elogios de Wolfe se calmaron y ahora la miraba con fuego en los ojos. En realidad, aquello le daba el aspecto de un demente, pobre hombre. ¡Cómo detestaría quedar reducida así delante de alguien!

Con un suspiro, trató de liberar la mano de la presión de Wolfe antes de perder por completo la sensibilidad en los dedos.

—Señor, me temo que se ha dejado llevar por un malentendido.

Ay, las palabras eran horribles, débiles y apocadas; sin embargo, ¿qué otra cosa podía decir? La respuesta lo destrozaría, eso lo sabía de todo corazón.

Probablemente, la forma de expresarse importaba muy poco.

Sin embargo, no pudo evitar tratar de suavizar el golpe.

—Es usted un hombre excelente, señor Wolfe. He disfrutado mucho de nuestras conversaciones< —Era una enorme exageración, pero serviría—. Y

tengo un gran respeto por usted<

—¡Amor mío! —La atrajo hacia él; sus brazos vencieron su sobresaltada resistencia con tanta facilidad que ella dudó que él se hubiera siquiera dado cuenta.

—¡Señor Wolfe! —Intentó liberarse, pero él la sujetó sin dificultad. Sophie no había puesto nunca a prueba su resistencia contra la de un hombre. La dejó atónita lo sencillo que a él le resultaba dominar sus esfuerzos.

—¡Señor Wolfe, suélteme!

Su boca se pegó a la suya mientras la apretaba contra el respaldo del asiento y su peso la

atrapaba, impotente, debajo de él.

Capítulo 20

Graham tiró de las riendas del magnífico y dócil caballo de Somers BootheJamison. El animal había mantenido la máxima velocidad a lo largo de todas las arrancadas en falso y los callejones sin salida de Graham. Ahora, por fin, este vio el faetón algo más adelante, con los faroles laterales brillando incluso en aquella noche iluminada por la luna.

Desmontó, ató el caballo a unos metros detrás del vehículo y avanzó hacia él. No veía a nadie

dentro; ¿acaso había juzgado mal a ese tal Wolfe? Bien podría ser que Sophie estuviera a salvo en Brook House en esos momentos<

Un crujido, una exclamación. La voz tensa de Sophie, llena de consternación teñida de miedo.

—¡Basta! —El ruido inconfundible de un puño contra carne y hueso.

—¡Sophie! —Graham no recordaba haber corrido. Lo único que sabía era que en un instante se encontró encima del hombre del carruaje, alzando el puño para hacer brotar sangre de< ¿la nariz ensangrentada de aquel bastardo?

Asombrado, se volvió para mirar a Sophie, que lo contemplaba, perpleja, mientras sacudía la mano derecha, dolorida.

—¿De dónde has salido? —Sophie flexionó los dedos e hizo una mueca de dolor.

Con las rodillas flojas, de repente, Graham dejó de ejercer presión en Wolfe y se dejó caer en el almohadillado asiento junto a Sophie. Miró de un lado a otro, a Sophie, que no había sufrido daños, salvo por los nudillos magullados, y a Wolfe, que sangraba abundantemente, mientras se apretaba el pañuelo

contra la nariz. Los ojos del hombre soltaban chispas, pero estaba demasiado oscuro para ver qué las provocaba.

Graham estaba seguro de que sus propios ojos brillaban con un respeto lleno de asombro.

—Defendías tu honor.

Sophie se encogió de hombros.

—Los< sentimientos del señor Wolfe lo han trastornado. —Lo miró, frunciendo el ceño—. Lo siento mucho, señor. No tenía intención de hacerle daño, pero es que usted se negaba a escucharme.

Wolfe se incorporó, receloso, hasta quedar sentado. Su mirada se

dirigió a Graham.

—No tenía malas intenciones.

Graham no lo creyó ni por un momento, pero Sophie se limitó a hacer un gesto, como quitándole importancia.

—Lo sé. Pero en serio, señor< Aunque yo hubiera correspondido a sus sentimientos, no me habría gustado que me abordaran así en un carruaje abierto, en una carretera oscura.

Esa forma de expresarlo le dio a Graham ideas decididamente impropias sobre abordarla en un carruaje cerrado, en una carretera oscura<

También era verdad que, muy probablemente, acabaría con una nariz hinchada, también él. Sonrió a su valiente e independiente Sophie.

—¿Hay alguien más a quien quieras atacar esta noche, mi delicada florecilla, o estás dispuesta a decidir que por hoy ya es suficiente?

Por un instante, ella le devolvió la sonrisa; luego su expresión se enfrió de nuevo.

—Graham, ¿acaso tienes la impresión de que vuelvo a hablarte?

Él suspiró.

—Estás enfadada, lo sé. En este momento, creo que es más importante que te deje de vuelta en Brook House, a salvo.

Ella miró al hombre que estaba en el suelo del faetón, embutido en aquel espacio tan estrecho. Luego miró de nuevo a Graham, con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa? —Estaba cansado y sudoroso por la galopada. Era hora de marcharse.

Ella se frotó la mano dolorida.

—Estoy tratando de decidir cuál es el menor de los dos males.

Graham se quedó

boquiabierto.

—¡No puedes hablar en serio!

Ella lo miró furiosa.

—El señor Wolfe no ha hecho nada que tú no hicieras< y con unas intenciones bastante más honorables, al final.

Wolfe asintió.

—¡Le pedí que se casara conmigo!

Graham no se lo podía creer.

—Pero yo< —Se detuvo. ¿Qué iba a decir: «Quiero casarme contigo< m{s»?

No era posible. No podía decir nada.

Ella lo vio en sus ojos. Su

elegante expresión se endureció y se enfrió de nuevo.

—Volveré a casa con el señor Wolfe.

Wolfe asintió.

—Por supuesto, señorita Blake.

Graham pensó en darle otro puñetazo en la nariz. «Bastardo baboso.» No, no le confiaría a aquel patán ni una libra, y mucho menos un tesoro como Sophie. Saltó del faetón sin decir palabra.

Sophie se inclinó hacia delante, llamándolo.

—Graham, no te lo tomes así<

Graham solucionó todo el asunto dando la vuelta al faetón,

sacando a Sophie de un tirón, echándosela al hombro y dirigiéndose a su montura prestada, sin hacer ningún caso de sus gritos de indignación.

Ella le dio patadas, le golpeó e incluso le mordió, pero él la tenía bien sujeta por las muñecas y su chaqueta era lo bastante gruesa para protegerlo de sus dientes.
Wolfe era un asunto diferente.

El hombre reaccionó y corrió tras ellos.

—¡Edencourt, pedazo de animal! ¡Deje a la señorita en el suelo ahora mismo o lo llevaré ante la justicia!

Graham giró en redondo, haciendo que Sophie soltara un agudo chillido de sorpresa muy poco característico en ella, y lanzó una mirada fulminante al hombre que había tratado de atacar a su dama.

—Wolfe, adelante, llame a la ley< si cree que van a considerar sus actos con más tolerancia que los míos. —Luego sonrió—. La palabra de un abogado contra la de un duque< ¿Cómo cree que acabar{?

Con su farol al descubierto, Wolfe enseñó los dientes; su cara era desagradable y agresiva. A

Graham le habría gustado que Sophie pudiera ver a aquel sujeto ahora, pero no se atrevía a dejarla en el suelo el tiempo suficiente. Le daría un tortazo y escaparía de aquella situación para meterse en otra incluso más peligrosa, sin duda.

No, no podía hacerse otra cosa sino protegerla de sí misma. Cauteloso, le dio la espalda a Wolfe y siguió hasta el caballo. Tiró a Sophie encima de la silla y saltó detrás antes de que ella supiera qué hacer.

Por fortuna, no era una buena amazona. Se limitó a aferrarse, de

una manera bastante gratificante, a sus brazos, mientras él la mantenía bien sujeta y espoleaba el caballo para avanzar a medio galope.

—¡Espera! —exclamó Sophie —. ¡Vas en la dirección equivocada! ¡Londres está por allí!

Graham sonrió al viento y al ondulante estandarte de sus cabellos rojizos. — No vamos a volver a Londres. Puso el caballo a galope tendido< Directo a Edencourt.

Capítulo 21

—No esperarás que continúe tolerando este trato, ¿verdad, Graham?

Desde donde caminaba, más adelante, conduciendo al caballo prestado por las riendas, Graham no contestó. Después del primer arrebato de triunfo cuando se la había llevado, Graham empezaba a preguntarse en qué momento exacto había perdido la cabeza. ¿Había sido cuando se enteró de la muerte de su padre? ¿O al día siguiente, cuando se había llevado los largos y elegantes dedos de Sophie a la mejilla y se había estremecido con la electricidad de

su contacto?

¿O había sido un proceso más lento y siniestro causado por largas noches de brandy al calor del fuego, perdiendo demasiadas partidas de cartas?

No importaba cuándo se había producido el fallo original, sin duda ahora había empeorado las cosas con su irreflexivo rapto. Sin embargo, pese a que no era tonto, pese al hecho de estar cometiendo el error de su vida, pese a la abrumadora lógica que lo instaba a dar media vuelta y a volver a toda prisa a Londres con la reputación de Sophie inmaculada, había sido

incapaz de dirigir sus pasos en ninguna otra dirección que no fuera la de Edencourt.

Era interesante estar loco. Como hombre que nunca había tenido muchas metas en la vida, aparte de ser tan encantador como fuera capaz con tantas mujeres como fuera posible, sentir un deseo innegable que lo impulsaba hacia delante era una experiencia verdaderamente nueva. Cuales quiera que fueran las consecuencias, en esos momentos debía, sin demora, llevarse a Sophie con él a Edencourt.

Un zapato lo alcanzó justo por

encima de la oreja. Sin detenerse, se inclinó para recogerlo y se lo metió en el bolsillo, junto con su pareja, un peine, un abanico, un bolso y un trozo de adorno arrancado de la silla.

—Estás quedándote sin municiones.

La oyó suspirar desde donde iba montada en el caballo que él conducía.

—Lo sé. Me estaba guardando ese zapato para poder lanzarlo en el momento perfecto.

Él sonrió con cansancio, pero no se volvió.

—¿Ha sido tan satisfactorio

como esperabas?

No estaba seguro de si el bufido que había oído procedía del caballo o de Sophie. Podría haber sido de cualquiera de los dos, porque el animal estaba tan irritado con él como la joven.

Era un caballo soberbio, una montura de verdadera calidad, pero incluso una bestia tan magnífica tenía que acabar cansándose si cargaba con dos personas.

—¿Alguna vez vas a explicarme qué estás haciendo? —exigió Sophie.

Graham siguió caminando.

—Me parece que tiene relación con salvarte de ti misma —dijo, como entablando conversación—. Es todo lo que se me ocurre, por el momento.

Sophie hizo un ruido. Sí, definitivamente, era un bufido de Sophie.

—No creo ser una amenaza para la sociedad.

Él movió la cabeza.

—Ah, pero sí que lo eres. Eres más inteligente que la mayoría, así que no pueden detenerte. También eres más terca que diez mujeres juntas. —Suspiró—.
Fíjate a lo que me enfrento.

—Lo que dices no tiene ningún sentido —dijo ella, burlándose.

—Eres terca e insensata —afirmó Graham—. Por no hablar de absolutamente imprevisible.

Hubo un momento de paz.

—¿Lo soy?

Graham cerró los ojos un instante para defenderse del placer y la satisfacción que infundía su voz.

—No ha sido un cumplido, señorita Blake.

Ella soltó una seca carcajada.

—Lo ha sido, si se trata de mí. —Siguieron adelante sin hablar durante un rato. Luego ella

empezó de nuevo—. Si causo tantos problemas, y con tanto descaro, entonces ¿por qué eres tú, precisamente tú, quien deba refrenarme?

Graham no respondió, porque ¿qué podía decir cuando él mismo no lo entendía? Ante su permanente silencio, Sophie emitió otro ruido equino de disgusto y se quedó callada, por fin.

Para cuando Graham y Sophie llegaron a Edencourt, estaba a punto de amanecer. La luna se había puesto hacía rato y el sol todavía no había salido. Después de horas al galope, luego al trote y

después al paso, Sophie permanecía sentada en la silla, hundida en el sufrimiento y el agotamiento, con los ojos cerrados y las manos agarradas a la perilla de la silla como si fuera lo único que le impidiera caer al suelo.

Probablemente lo era.

Graham había ido a pie, conduciendo el caballo, desde que entraron en tierras de Edencourt. De eso hacía más de media hora; sin embargo, la enorme casa a punto de desmoronarse aún no estaba a la vista.

Como tanto Graham como Sophie llevaban todavía su ropa de

etiqueta, eso hacía que caminar fuera menos agradable que aferrarse a la oscilante silla. Por lo tanto, Graham caminaba y Sophie cabalgaba.

—Te odio —masculló Sophie, sin abrir los ojos—. Por si me había olvidado de mencionarlo.

Graham siguió andando.

—Creo que quizá lo has hecho, unas cuantas veces. —No era más de lo que merecía, de eso estaba seguro.

Ella gimió.

—Mientras esté absolutamente claro<

Por fin, Graham vislumbró la

voluminosa sombra de la casa, a lo lejos; era solo una figura, triste y oscura, dibujada contra la oscuridad ligeramente menos impenetrable del cielo antes de amanecer.

—Ya hemos llegado, querida.

Sophie negó con la cabeza.

—Ya no te creo. No creo que Edencourt exista, francamente. Creo que te lo has inventado todo y que, en realidad, eres una especie de demonio enviado para torturarme por mis pecados.

—¿Pecados? ¿Tú? Eso ocuparía unos tres minutos y medio. No sería muy divertido para un

demonio. —El caballo, percibiendo que se acercaba el final de aquel cansado viaje, dejó de arrastrar las patas. Graham también dejó de arrastrar los pies, para acabar con aquella larga noche—. Pero por otro lado, yo< Serían necesarios mil años para castigarme como es debido.

—Ningún problema —gruñó Sophie, con los ojos bien cerrados para no sentir el dolor de su parte posterior—. Me muero de ganas.

Por fin alcanzaron el grandioso camino de entrada que rodeaba un jardín circular —en realidad, ahora rodeaba una masa circular de

malas hierbas— y se acercaron a la gran escalinata de entrada a Edencourt.

El caballo se detuvo con una sacudida y se negó a seguir avanzando. Graham lo miró a los ojos y decidió no insistir. Hasta los caballos más nobles y dóciles tenían sus límites.

Graham ató las riendas del animal a un aro de hierro colocado junto al camino. Luego se acercó a Sophie y la rodeó con los brazos.

—Vamos, querida. Apóyate en mí.

Sophie gimió, protestando,

mientras su cuerpo magullado se negaba a moverse, y luego se dejó caer sobre él. Graham la cogió sin esfuerzo y cargó con ella. Ella, cansinamente, le rodeó el cuello con los brazos y dejó caer la cabeza sobre su hombro. —Gram, me duele todo —susurró.

—Lo sé, cariño. —Entró con ella en la casa, grande, fría y resonante—. Enseguida haremos que estés cómoda y caliente.

La habitación de su madre era, quizá, la única estancia de toda la casa que no estaba demasiado destrozada por el mal estado general, porque no se había usado

desde su sencilla y elegante muerte, treinta años atrás. Con frecuencia, Graham se preguntaba si, tal vez, no había estado enferma sino solo harta de aquel bruto que tenía por marido.

El cuarto estaba tal como Graham la recordaba: lleno de muebles elegantes, bien tapados por unos criados antes cuidadosos. Si la chimenea no estaba demasiado mal, debería poder prender allí algo de fuego.

Una vez en la habitación, depositó a Sophie en un sillón mientras él iba de un lado a otro quitando las fundas que evitaban el

polvo de todas partes. Las apiló en un rincón y fue a ocuparse del fuego.

En la chimenea no había señales evidentes de deterioro. Cuando miró hacia arriba, no vio nada que bloqueara el tenue brillo del alba, en la parte superior del tiro. Fue hasta Sophie, que estaba acurrucada en el sillón, pálida y demacrada en la penumbra. Envolvió su desmayado cuerpo con la capa.

—Mantén el calor —le dijo—. Volveré dentro de unos minutos.

Sophie apenas lo oyó. Se había

saltado unas cuantas noches de sueño en su vida, pero no las había pasado agarrada al lomo de un caballo. Para ser precisos, nunca había montado a caballo antes de aquella noche. En algún momento, había pensado en mencionarle ese hecho a Graham, pero no parecía tener mucho sentido. Hacía mucho tiempo, había pensado que le gustaría aprender.

Ahora, con el cuerpo magullado y fuertes pinchazos de dolor recorriéndole la espalda y las piernas, no podía imaginar por qué demonios se le habría ocurrido nunca a nadie subirse a lomos de

un caballo. ¡Era endemoniadamente antinatural!

La casa estaba fría y oscura, pero no se movía, así que su situación había mejorado claramente. Dentro de unos momentos, se levantaría del sillón para abandonar aquel lugar por sí misma.

Y después asesinaría a Graham, por supuesto.

¿Con veneno o con un cuchillo? El veneno podía producir una agonía horrible, pero la verdad era que los cuchillos resultaban tan satisfactoriamente sangrientos< Se quedó dormida antes de decidirse.

Cuando se despertó, no tenía frío. No solo eso, además la habitación estaba iluminada con el sol de primera hora de la mañana, que entraba por las magníficas y preciosas ventanas. Sophie parpadeó, defendiéndose del ataque de aquella luz dorada, y se incorporó lentamente y con mucho cuidado.

¡Qué estancia tan bonita! Al instante se enamoró de todo lo que había en ella, desde las delicadas líneas del bello mobiliario de caoba hasta las adornadas molduras de yeso que recorrían el borde del techo. Sus ojos las siguieron hasta

la chimenea, donde ardía un alegre fuego que se reflejaba en una gran bañera de cobre<

¡Dios, era una bañera preciosa! No solo era grande y espaciosa, además estaba llena de agua que humeaba suavemente y preparada con toallas y jabón y< en nombre de Dios, ¿a qué estaba esperando?

Se puso en pie, tan rápido como pudo, y empezó a quitarse el hermoso vestido de estilo griego que nunca podría volver a ponerse después del rapto, la pelea y de montar toda la noche. Afortunadamente, no le iba tan ajustado como el de reina de las

hadas; de lo contrario no habría podido quitárselo ella sola. No lo hizo por falta de respeto a Lementeur, pero lo pisó como si fuera un trapo a fin de llegar a aquella magnífica bañera.

Desnuda, metió prudentemente un pie en el agua. Ah, qué delicia. Introducir su magullado trasero dentro de la bañera era un poco más peliagudo, pero no demasiado doloroso si apretaba los dientes con fuerza. El alivio que recibieron sus castigados músculos bien valía el sacrificio. Se recostó en la bañera, estirándose con enorme placer, y luego levantó

los brazos para soltarse el pelo.

Graham entró de espaldas en la habitación, esforzándose por mantener en equilibrio la bandeja que contenía los últimos comestibles que había en la casa.

Era una situación imposible. La noche anterior había comprometido a Sophie, y mucho, con todo eso< si es que alguien llegaba a enterarse.

Sin embargo, si hacía lo que debía con Sophie —una idea que provocó que se sintiera estúpidamente feliz— y convertía aquel escandaloso rapto en una propuesta de matrimonio, ¿cómo

iba a poder salvar a la gente de Edencourt?

Le había dado vueltas y más vueltas hasta que tuvo que dejar de pensar por completo. Prepararle el baño y rebuscar en la despensa le había permitido calmar, por fin, el torbellino de dudas que tenía en la cabeza. En cuanto a su montura prestada, había vuelto a atar el caballo en medio del parterre circular, lleno de hierbajos, delante del camino, ya que la pobre criatura no parecía dispuesta a dejarlo.

En la cocina, encontró hojas de té que todavía estaban secas y olían

a té, y unas peras en conserva dentro de un tarro. También había un pequeño barril con arenques en vinagre y varios tarros más de conservas, pero el botín que más le complació fue el jamón que encontró colgado de la alacena. Una vez que eliminó la piel —porque la verdad era que a Sophie no le gustaría ver los trozos mordidos por las muchas ratas que ahora vivían en Edencourt— y lo cortó en trozos, se le había ocurrido que podía clavarlos en pinchos y dorarlos al fuego.

Orgulloso de su habilidad como cazador, volvió, sonriendo,

para ofrecerle la bandeja con el té humeante, las peras y el jamón.

Sophie estaba totalmente desnuda, así de simple.

Se hallaba de espaldas a él, cuando inclinó la cabeza hacia atrás para soltarse el pelo, que se desparramó por encima del reborde de la bañera, hasta llegar al suelo como si fuera una cascada ambarina. La luz la bañaba de una manera maravillosa, escandalosa. El sol de la mañana bailaba sobre su piel húmeda como si fueran diamantes sobre marfil; un halo luminoso que destacaba la forma esbelta y elegante de sus brazos,

sus hombros delicadamente musculados y su largo y grácil cuello. Y brillaba en sus cabellos dorados como la canela, como si lo llenara de motas mágicas. Se quedó, sencillamente, sin respiración.

Graham pudo ver, apenas, el lado de un pequeño pecho cuando ella volvió a levantar los brazos. Con un nudo de asombrada admiración en la garganta, observó cómo el agua se deslizaba por encima de aquel seno orgulloso, envolviéndolo con el reflejo de la luz. De repente, Graham decidió que uno de mayor tamaño sería

excesivo.

Entonces, ella se pasó las manos por los brazos, llevándolas hacia arriba hasta cruzarlas en la nuca, y luego hacia abajo a lo largo del cuerpo, con una caricia relajada. La verga de Graham se endureció al instante.

Debería estar avergonzado. De hecho lo estaba. Sophie se merecía algo mejor que sufrir la imposición de su irresponsable deseo sexual en aquel momento de intimidad.

Eso no significaba que tuviera intención de moverse de donde estaba. Ella no lo había oído entrar. Estaba totalmente absorta en el

placer del baño. Graham se sentía impotente ante aquella simple sensualidad, culpable, pero incapaz de quitarle los ojos de encima.

Aclarar. Pasar la mano para quitar el agua sobrante. Aclarar. Pasar la mano.

Inclinándose hacia atrás, sacó del agua una pierna larga, bellísima, y la extendió en el aire. La enjabonó con las manos, deslizando las palmas una y otra vez sobre la exquisita piel, arriba y abajo por aquel increíble muslo, pantorrilla, tobillo< arriba y abajo<

Por todos los diablos, estaba a

punto de tener un orgasmo allí mismo, mientras sostenía la bandeja con las dos manos.

No podía soportarlo. Lo único que quería era a Sophie, con el aspecto que tenía en aquel momento< sin los caros vestidos, sin los polvos ni las perlas ni el intrincado peinado ni los nuevos modales sofisticados. Solo a Sophie.

No la había visto hasta que era demasiado tarde, como un tesoro enterrado que otro hombre hubiera encontrado primero. No era una belleza fácil ni un blanco obvio; exigía percepción y sabiduría, pero

ahora veía la verdad. Era absolutamente bella para él.

¿Acaso la piedra preciosa oculta entre las cenizas era menos valiosa que si se exhibía en un bello anillo? La única diferencia era el escenario.

Si pudiera tener lo que él quería, en lugar de lo que Edencourt necesitaba<

Cerró los ojos para resistirse a la tentación. Luego dio media vuelta, dejó la bandeja con el té, recogió el vestido, la capa y los zapatos de baile de Sophie y salió sin hacer ruido de la habitación.

No podía mirarla y no

desearla< pero podía impedir que se marchara hasta decidir cómo mantenerla a salvo de su fallido intento de rescate.

Por no hablar de mantenerla a salvo de su creciente deseo sexual.

Capítulo 22

Sophie no salió del agua hasta que estuvo casi fría. Después de eliminar las huellas del caballo de su cuerpo y dejar su dolorido cuerpo en remojo hasta que se le arrugaron los dedos, se moría de hambre.

Había unas cuantas toallas, muy gastadas pero limpias, y nada más. Por desgracia, tendría que volver a ponerse el vestido. Pensar en colocarse aquel traje destrozado sobre la piel limpia le producía consternación, pero más se la produjo encontrarse con que había desaparecido.

Lo había dejado caer allí mismo, delante del sillón; estaba segura. Miró por toda la habitación, admitiendo la posibilidad de que lo hubiera tirado, con alegre desenfreno, mientras iba desnuda hasta la bañera. Después de todo, era una

bañera preciosa.

Pero el vestido había desaparecido de verdad. Lo cual significaba que alguien se lo había llevado. Lo cual significaba que los trozos de toalla que ahora llevaba alrededor de los pechos y de la pelvis eran la única ropa que tenía.

¡Lo mataría! El veneno y los cuchillos eran demasiado agradables para él. ¡Quemarlo en la hoguera era la única respuesta! Echó la cabeza atrás y dio rienda suelta a su rabia. «¡Graham!»

En un rincón de la estancia vio un montón de polvorientas fundas de muebles. Se envolvió en una

hasta no dejar nada al descubierto, salvo su cara y sus pies descalzos; se detuvo para estornudar varias veces y luego salió, decidida, de la habitación.

El efecto de su aire resuelto podría haberse visto ligeramente arruinado por la necesidad de dar pasos muy pequeños debido a lo apretado de su envoltura, pero eso solo le hizo avanzar, más rápidamente, arrastrando los pies, mientras su furia crecía por momentos.

No consiguió encontrarlo. Recorrió varios pasillos larguísimos que parecían no acabar nunca, con

los pies cada vez más fríos y sucios, y el pelo húmedo helándole la nuca y< ¡Un momento! ¿No era aquella la puerta de la calle?

Atravesó rápidamente el suelo de mármol del vestíbulo y cogió la manija de la puerta. No se movió.

¿Encerrada? ¿Estaba encerrada allí dentro?

Incapaz de creerlo, solo podía sacudir mecánicamente la manija helada. ¿En qué estaría pensando Graham para dejarla allí de aquella manera? ¿Qué especie de estúpido cabeza hueca llevaba a una mujer a una casa abandonada, le robaba la ropa y la dejaba encerrada dentro?

Veía un rayo de sol que entraba por debajo de la puerta y bailaba por encima de sus dedos desnudos y polvorientos. No podría salir al sol. No podría salir, en absoluto. Graham, aquel idiota, cabeza a pájaros, probablemente se habría olvidado de dónde la había dejado. Al día siguiente iría a llamar a la puerta de Brook House, sin saber dónde estaba Sophie.

Todo se había ido a paseo. ¿Cómo podía seducir a la buena sociedad, si estaba encerrada en casa de un demente? Además, ni siquiera estaba segura de querer

ser la niña mimada de esa sociedad, porque había sido, sobre todo, cansado, y sin ninguna duda aburrido. Nada había resultado de la manera que ella había pensado. Su vestido mágico había desaparecido, igual que los polvos de la cara, y probablemente su pelo debía de tener el mismo aspecto que si un búho hubiera anidado en él, y ella volvía a ser «solo Sophie» de nuevo.

Toda su vida, había atribuido sus problemas al hecho de que tenía un aspecto raro. Nadie deseaba a las chicas sin atractivo. Las chicas sin atractivo no debían

tener expectativas. Las chicas sin atractivo tenían que estar agradecidas por lo que tenían.

Ahora parecía que su falta de belleza no era la culpable< no si todavía podía acabar humillada y con las manos vacías. Tal vez lo feo no era su exterior. Tal vez era su interior. Quizá, su vida era desdichada porque eso era precisamente lo que se merecía por ser una mentirosa, una ladrona y un fraude.

Había pensado que ser hermosa haría que la vida fuera perfecta, y el único resultado era que ahora estaba encerrada en

aquella enorme casa vacía y condenadamente fría.

Dio una patada a la puerta con fuerza. A la puerta no pareció importarle, pero su pie desnudo protestó con acritud. Cojeando, arrastrando los pies, temblando y utilizando palabras que no sabía que conocía, volvió a «su» habitación, básicamente siguiendo sus propias huellas en el polvo.

Allí descubrió la bandeja. La miró, perpleja. ¿Ya estaba allí cuando había salido de la habitación? No se había dado cuenta, pero era posible que fuera solo por lo furiosa que estaba.

También podía ser que Graham estuviera escondido en algún sitio, observándola, y entrara a hurtadillas cuando ella estaba de espaldas. Miró alrededor, suspicaz. Luego hizo un gesto negativo con la cabeza.

—El hambre te da ideas raras, amiga mía.

El té estaba frío, pero lo puso cerca del fuego para calentarlo y se dedicó a las peras y el jamón. Comió rápida y cuidadosamente, se bebió el té, volvió a lavarse los pies en el agua fría y se recolocó la sucia toga para poder caminar. Cogió el trozo de jamón que no se

había comido, lo envolvió con esmero en una servilleta y, a falta de otro sitio donde guardarlo, lo metió en un pliegue de la ropa.

Luego se puso en marcha para registrar la casa metódicamente, habitación por habitación. Si Graham esperaba que se portara como una débil e impotente princesa encerrada en una torre, había elegido a la chica equivocada para representar aquel papel.

Graham no estaba durmiendo. Después de su vergonzoso acto de voyerismo, había dado un largo paseo por los campos de Edencourt, tratando de calmar su

mente y elaborar algún tipo de plan. Todo lo que veía lo convencía de que casarse con Sophie era imposible. Ya no podría recuperar a Lilah, pero aquella tremendamente insulsa heredera disfrazada de lechera podría servir. Por lo menos, no lo mataría mientras dormía.

O tal vez sí.

En aquel momento, eso era, casi seguro, lo que Sophie deseaba hacer. Al parecer, últimamente provocaba ese efecto en las mujeres. Ya no era Graham, el seductor. Se habían acabado las risas fáciles y los juegos tontos y

superficiales.

Atravesó un pequeño grupo de casitas que en un tiempo habían sido sólidas y cómodas, y cuyos moradores se habían sentido contentos, por lo menos, si no realmente felices. Ahora eran escombros y podredumbre, la mayoría debían de haber sido abandonadas a su caída en picado junto con el resto de la propiedad.

Cuando era niño, aquella era una propiedad venida a menos, pero todavía elegante. Cuando era joven, le había parecido que se empobrecía cada vez más, pero lo había achacado a su propia

sofisticación, cada vez mayor, y no a un auténtico deterioro. Ahora estaba peor que nunca y no podía negarse que su padre le había asestado el golpe de gracia.

«Me parece que te odio de verdad —le dijo Graham, en silencio, a aquel hombre escandaloso y chillón que apenas había conocido—. A decir verdad, sé que te odio, con tanta certeza como odio cada gota de tu sangre que corre por mis venas.»

Se había creído tan diferente a ellos. Había creído que estaba por encima de ellos en entendimiento, en educación y en intelecto, pero

solo era una versión pulida del mismo hombre. Había chupado la sangre a su gente, con la misma crueldad, solo para conseguir su propio entretenimiento, y nunca había dedicado ni el más mínimo pensamiento a la responsabilidad o el sacrificio.

Bueno, pues ahora lo estaba pagando. Privarse de Sophie le haría sentirse amargado durante el resto de su vida. ¿O quizá era demasiado superficial para amar como era debido? Tal vez, su fuerte deseo de Sophie era meramente el de un crío que no quería un juguete hasta que se lo negaban.

Dios, que fuera lo que tuviera que ser. De lo contrario, el resto de su vida iba a parecerle un tiempo muy largo.

Finalmente, mediante el hábil truco de seguir las «otras» huellas que había en el polvo, Sophie llegó a lo que debía de haber sido la habitación de Graham tiempo atrás. Era la única estancia de la casa que había visto, exceptuando la suya, donde no había aquella horrible colección de cuerpos y partes del cuerpo de animales.

Allí, en un baúl al pie de la cama, encontró ropa. Ropa bonita, maravillosa. Debía de ser de

Graham, de cuando era adolescente, porque ahora no se la podría poner de ninguna manera. Por suerte, a ella le iba perfectamente. Cuando encontró una corbata para utilizarla como cinturón de una enorme camisa, rellenó la puntera de las botas para hacerlas más pequeñas y se recogió el pelo debajo de un gorro abandonado, imaginó que parecía del todo un chico.

Era una sensación extraña la de meterse en aquella ropa demasiado grande. ¡Casi le hacía sentirse delicada! En su corazón se encendió una sorprendente chispa

de perdón. ¡Así no iba a ninguna parte!

Claro que si, para empezar, no la hubieran raptado, robado y abandonado, no iría vestida de una manera tan ridícula.

Furiosa y avergonzada de nuevo por todo aquel lío, bajó la escalera y fue hasta el vestíbulo. Graham había cerrado la puerta principal con llave, pero ¿habría hecho lo mismo con todas?

Entonces se dio cuenta de que su problema no era tan difícil de solucionar. Todas las habitaciones que flanqueaban la puerta de entrada tenían ventanas que se

abrían a la gran escalinata en terraza, en lugar de estar a la habitual distancia de cuatro metros por encima del suelo. Levantó un pestillo y con un ágil salto se encontró fuera de la casa y bajando la escalinata a la carrera.

Si habían recorrido la distancia en menos de una noche, ¿cuánto podía costarle volver caminando a Londres? No tenía ni idea de lo lejos que podía llegar un caballo en una sola noche, pero seguro que, con sus largas piernas y la mayor parte del día por delante, podría conseguirlo.

Sophie se detuvo de golpe al

pie de la escalera. Aquel caballo del infierno estaba atado delante de la casa, como si fuera un perro guardián. Si lo cogía, podría estar de vuelta en Londres al caer la noche.

Cuando solo había dado dos pasos, el caballo levantó la cabeza y resopló. Sophie se quedó quieta. ¿Qué era aquello, un saludo o una advertencia? Cruzó los brazos y le dirigió una mirada furiosa al animal.

—¡No te necesito, bestia infernal! —Dio media vuelta y se alejó, rodeando el jardín y siguiendo el camino.

No es que le tuviera miedo. Sería absurdo. Sencillamente, no tenía ganas de montar de nuevo. Si se tropezaba con alguien en el camino y por casualidad se lo preguntaba, esa sería su historia.

El caballo bufó de nuevo a sus espaldas.

—Qué día tan estupendo para dar un paseo —dijo Sophie alegremente, a nadie en absoluto —. ¡Me parece que apretaré el paso!

Graham vaciló ante la puerta de la habitación en la que ya había empezado a pensar como de Sophie. No había más remedio.

Tenía que hablarle de su plan para llevarla de vuelta a Londres y conseguir que entrara, sin que nadie la viera, en Brook House, aprovechando la oscuridad de la noche. Solo esperaba que el personal de Brook House no hubiera dado la alarma general al ver que Sophie no había vuelto a casa la noche anterior.

Si hubiera pensado como era debido, nunca la habría llevado allí. Por desgracia, cuando ella eligió a aquel sinvergüenza y no a él, su mente pareció perder unos cuantos tornillos. Podía echarle la culpa a la falta de sueño y a los graves

pensamientos que le daban vueltas por la cabeza, y también a la luna llena que iluminaba los asombrosos planos del rostro de ella cuando lo miró desde arriba y lo rechazó tranquilamente, pero la realidad seguía siendo que había hecho la cosa más peligrosa que podía hacer.

Había cedido a sus propios deseos.

Ahora tenía que suplicar su comprensión y su perdón y, lo peor de todo, su ayuda para que su ridículo plan tuviera éxito.

«En Brook House dices que estabas en casa de Tessa y a Tessa

le dices que estabas en Brook House, y entonces haremos como si nada de esto hubiera sucedido y nunca, jamás, volveremos a pensar en ello, te lo juro.»

Excepto que sí que pensaría, claro. Cada vez que dijera buenas noches a su lechera pechugona e insípida, convertida en duquesa, y se fuera a su habitación, por suerte apartada de la de ella, desearía encontrar a la esbelta y elegante Sophie, con su lengua afilada, bañándose desnuda delante del fuego, con el agua haciendo que sus cabellos tuvieran el color del brandy.

Aquello, por cierto, era ni más ni menos lo que rotundamente se merecía.

Con su plan preparado en la punta de la lengua, llamó a la puerta. No obtuvo respuesta. Estaba dormida, claro. La noche antes, la había arrastrado a través de todo el condado.

«Apuesto a que está muy guapa cuando duerme.»

Su mano empujó el pomo, sin que él llegara a ordenárselo. La puerta se abrió con un lento crujido. La habitación no tenía del todo el mismo aspecto que cuando él la había dejado. Para empezar, el

fuego se había apagado. Además, la bandeja con la comida estaba vacía. La cama estaba intacta, pero el montón de fundas de tela estaba desordenado.

¿Se habría ido a deambular por la casa envuelta en una sábana? Pues claro. Bien mirado, se trataba de Sophie. No le sorprendería lo más mínimo encontrarla en algún sitio fabricando un vestido, unos zapatos y un carruaje que la llevara a casa.

Sin prestar atención a los diversos rastros que recorrían los polvorientos pasillos, empezó a registrar la casa. Al principio lo

encontró divertido. Poco a poco, empezó a preocuparse. Cuando entró en su antigua habitación y vio que el baúl estaba revuelto, se alarmó.

Cuando encontró la ventana de la parte delantera abierta, se asustó.

Al mirar por la ventana, lo único que vio fue el caballo de Somers echado tranquilamente entre la hierba, espantando, adormilado, alguna que otra mosca. La bucólica visión solo consiguió preocuparlo todavía más.

Si Sophie había huido de él, ¿por qué no se había llevado el

caballo?

Porque no se había ido por voluntad propia.

No, eso era absurdo. La casa llevaba casi dos años abandonada. ¿Por qué iba un delincuente a elegir aquel entre todos los días para perpetrar un ataque al azar?

«Puede que no fuera al azar. Tal vez alguien sabe que estamos aquí.»

No. Nadie lo sabía. La única persona que sabía que estaban juntos era<

«Wolfe.»

La alarma se convirtió en horrible pánico en las entrañas de

Graham. Aquel bastardo rastrero ya la había raptado una vez. ¿Qué iba a impedirle hacerlo otra?

La idea ni siquiera le había cruzado completamente la cabeza cuando ya había saltado por la ventana y corría hacia el caballo.

Sophie caminó furiosamente durante media hora, mientras sus pensamientos giraban en torno a su indignación y su humillación. Luego, cuando el ejercicio aflojó la tensión de su cuerpo y le calmó la mente, empezó a mirar alrededor por vez primera.

La casa de Edencourt estaba mugrienta y desvencijada, pero lo

había achacado a que había estado llena de hombres durante demasiados años, sin beneficiarse de la calidad del gobierno de la casa si hubiera sido ejercido por una mujer. Los terrenos que rodeaban la mansión eran una maraña de hierbas, agreste y abandonada, pero no les había prestado mucha atención, porque ¿qué otra cosa podía esperarse de unos propietarios que pasaban demasiado tiempo en Londres, a la caza de sus placeres?

Entonces llegó al primer grupo de casitas, un semicírculo reunido en torno a un pequeño molino, a la

orilla del río. Las casas, con tejado de paja, eran pequeñas y cuadradas, obviamente construidas con piedra del lugar, muchas generaciones atrás, y muy parecidas a las viviendas que había cerca de Acton. Pero, a diferencia de aquellas, estas tenían los tejados hundidos, con la paja mohosa, y unos huertos resecos, llenos de basura y escombros. ¡Y ella que había pensado que Graham era superficial y codicioso al querer casarse por dinero!

Allí la necesidad era evidente. De hecho, las casas tenían un aspecto tan horrible que vaciló en

cruzar el lugar. ¿Debía dar un rodeo? Pero todo parecía estar desierto. Seguro que no vivía nadie en un sitio tan horroroso.

Moviéndose instintivamente cada vez más y más deprisa, Sophie entró en el camino que cruzaba la aldea. No quería salirse de la carretera en una zona que no conocía.

Apenas había dado tres pasos en el claro cuando oyó un ruido como de madera rascando contra la piedra. Mirando, desconfiada, alrededor, apretó el paso. Cuando llegó al centro del claro, vio un movimiento fugaz a un lado, un

aleteo de tela oscura que se desvaneció detrás de una de las casas. Una helada sensación de amenaza le puso los pelos de punta. Aunque llevaba la ropa de Graham, no tenía ninguna duda de que su aspecto era totalmente el de una mujer< una mujer sola.

¿Qué debía hacer? ¿Detenerse y adoptar una actitud decidida, cogiendo cualquier arma que estuviera a mano? ¿Continuar a través de la diminuta aldea y llegar a la carretera abandonada que había más allá, donde la seguirían fácilmente? ¿O la amenaza permanecería allí, en su casa,

permitiéndole pasar?

El hecho de que presentar batalla fuera su primera idea le habría sorprendido si se hubiera detenido a pensarlo por un momento. Toda su concentración estaba en el rabillo de los ojos, en el punto ciego detrás de su cabeza, en la vulnerabilidad de sus manos vacías.

Incapaz de continuar soportando aquella sensación de amenaza a su espalda, se detuvo para dar una vuelta con calma, volviéndose constantemente para vigilar mejor detrás de ella. Su camino en espiral la llevó cerca de

un montón de escombros, piedras, tablas de maderas y trozos de hierro oxidado. Se inclinó rápidamente y cogió un trozo de cadena con una mano y un pedazo de madera astillada con la otra. Eran unas armas pobres, desde luego, porque la cadena casi se convirtió en polvo entre sus dedos y la tabla podrida se haría pedazos al primer golpe< pero quiz{ bastara para asustar a quien fuera y que la dejara tranquila.

No había nadie, aunque la sensación de amenaza crecía y se hacía más negra. ¿Podía estar equivocada? ¿No habría sido más

que el crujido de la brisa contra una vieja contraventana y el aleteo de un trozo de trapo abandonado? Graham siempre le decía que tenía demasiada imaginación. ¿Estaba creando una persecución dramática cuando, en realidad, no era más que un paseo aburrido?

Tragó saliva, recorrió el círculo del claro una vez más, vigilando atentamente las sombras del interior de las casas y la puerta abierta del molino.

Alguien la vigilaba< alguien que tenía malas intenciones.

Capítulo 23

Graham puso el caballo al galope, recorriendo arriba y abajo, frenéticamente, toda la propiedad. Eran dos las carreteras que atravesaban la finca. No tenía manera de saber cuál de las dos había tomado Sophie, así que tenía que recorrer las cuatro direcciones, este, oeste, norte y sur.

Los caminos estaban desiertos. El campo alrededor no era más que una maraña acusadora de maleza, muros rotos, pequeñas casas en ruinas y unos cuantos campesinos

cetrinos y de mirada dura que lo contemplaban sin entender cuando les preguntaba por una mujer raptada.

No había duda de que su gente no tenía buena opinión de él. Solo esperaba que la decencia les impidiera ocultarle el paradero de Sophie.

Pero nadie la había visto ni tampoco habían visto a un hombre que encajara con la descripción de Wolfe.

—Aquí no viene nadie, milord. —Por supuesto, no se habían enterado de la muerte del anterior duque y de que él había heredado

el título. Graham se abstuvo de decírselo, porque podía ser que solo los predispusiera más contra él—. Nunca viene nadie por aquí.

—Esto< bien. Gracias. —Avergonzado y desesperado, Graham tiró de las riendas, haciendo dar media vuelta al caballo para probar en otra dirección.

Por fin, en la carretera hacia el sur, vio algo asombroso.

Una niña pequeña estaba jugando en medio de un círculo de casas en ruinas — recordaba vagamente haber pasado por allí a pie, a primera hora de la mañana—

y en sus cabellos rubios y sucios llevaba algo que reconoció de inmediato.

Era su gorra favorita de cuando era niño.

La niña se quedó inmóvil mientras él se acercaba; luego, en cuanto vio que refrenaba el caballo, se volvió y echó a correr.

—¡No, espera! Por favor, ¿has visto a una señora? —La niña se detuvo al oír su tono suplicante, y luego se volvió para mirarlo, con un dedo sucio metido en la boca.

Graham desmontó y avanzó hacia ella despacio, tratando desesperadamente de proyectar

una sensación de inocencia en lugar de su desesperada intención de meterla dentro de un saco hasta que le dijera dónde había encontrado la gorra.

—He perdido a mi dama, ¿sabes? —dijo con voz suave—. Es alta, con el pelo rojizo<

La niña asintió. Gracias a Dios. Graham se acercó, dejó caer las riendas del caballo y apoyó una rodilla en tierra. «Soy tan inofensivo que podrías tirarme al suelo con un gesto de esa mano diminuta y mugrienta tuya.» —¿Puedes decirme hacia dónde ha ido?

La niña lo miró con unos ojos azules muy abiertos y luego negó lentamente con la cabeza. «No.»

¿No la has visto pasar?

«No.»

¡Era inútil! La niña no había visto nada. Probablemente, había encontrado la gorra en el suelo. Tendría que volver a montar en el caballo y continuar hacia el sur.

Graham respiró hondo, tratando de dominar el pánico y no perder la paciencia. —Pequeña, ¿has visto a mi señora o no?

La niña asintió.

—¿Dónde la has visto?

La niña levantó la otra mano, la que no se estaba mordiendo, y señaló, no a la carretera, hacia el norte, ni tampoco hacia el sur. Por el contrario, su dedo gordezuelo indicó, con toda claridad, una casa a menos de ocho metros de distancia.

—Ah. —Graham se levantó, se sacudió el polvo de las rodillas y, en seis zancadas, salvó la distancia hasta la puerta—. ¿Sophie?

Sophie levantó la vista desde donde estaba dando algo a cucharadas a una mujer que yacía en una cama mal hecha, en la única habitación de la casa.

—Ah, hola, Gram. ¿Qué quieres?

¿Querer? Bueno, para empezar, quería correr hasta ella, cogerla entre sus brazos y besarla hasta quitarle el sentido. Luego quería zarandearla hasta dejarla casi muerta por lo mucho que lo había asustado. Luego, quizá, volvería a besarla. Sí, sin ninguna duda, volvería a besarla. Pero puede que después volviera a zarandearla.

—Me has preocupado —dijo en voz baja—. No sabía adónde te habías ido.

—Voy de camino a Londres —dijo ella con aire ausente, mientras

limpiaba la cara enfebrecida de la mujer con un trapo—. Solo me he detenido para ayudar a Moira. Su marido está en la ciudad, trabajando en una fábrica. Está aquí, sola, con los niños. Trataron de cuidarla cuando cayó enferma, pero son tan pequeños<

Había, ahora lo veía, varios niños más, rubios y sucios, en la habitación. Parecía que fueran docenas, pero sin duda eran más de cinco. Por todos los infiernos, si él hubiera sido su madre, sola con ellos, también habría caído enfermo.

—¿Está muy enferma? —

Mantuvo la voz queda, porque la pobre mujer tenía realmente muy mal aspecto.

Sophie levantó la mirada, sonriendo.

—Creo que, sobre todo, está agotada. No han tenido mucho que comer últimamente y me parece que ha estado dándoles su parte a los niños.

—Sophie ha preparado comida —dijo alguien.

Graham bajó la vista y vio que la tortura que había conocido en el camino había entrado detrás de él. La niña se echó la gorra hacia atrás y lo miró con aire crítico.

—Tú eres el milord, ¿verdad? El que papá maldice cuando cree que no le oímos.

Él le devolvió la mirada.

—¿Has abandonado tu voto de silencio tan pronto? ¡Qué lástima!

—Graham, lo siento mucho —dijo Sophie, con un gesto negativo de la cabeza—. No sabía que las cosas estaban tan mal aquí. Ahora< ahora entiendo; lo de Lilah, quiero decir.

Graham la miró a los ojos y vio que, como un milagro, el brillo de fe y confianza había vuelto a sus bellos ojos grises. No lo había

mirado así desde que le había contado que había heredado el título. En realidad, nunca lo había mirado exactamente de aquella manera. Era como si su fe en él no solo se hubiera restablecido, sino que se hubiera multiplicado por mil.

Tuvo que tragar con fuerza para que el corazón dejara su garganta y volviera a su sitio.

—Sí, bueno< esto< ¿qué hay para cenar?

Ella sonrió.

—He preparado una sopa nutritiva con el jamón que me dejaste y unas peras desecadas.

—Y ha encontrado unas zanahorias y unas coles que quedaban en el huerto — dijo la niña—. Pensábamos que nos las habíamos comido todas.

Sophie se encogió de hombros; parecía ligeramente avergonzada.

—Las vi, por casualidad, debajo de unas maderas caídas — dijo, removiendo de nuevo el caldero—. Hay suficiente para otro día, pero ojalá tuviera más jamón. Los niños necesitan carne.

—Ah. —Graham retrocedió hacia la puerta—. Volveré en menos que canta un gallo —le dijo

a la niña—. Empieza a contar y no pares hasta que me veas de nuevo.

La pequeña entrecerró los ojos.

—Será mejor que corras, porque solo sé contar un poco. Uno, dos, tres, cuatro<

Uno<

El caballo de Somers (C. S.), como Graham había empezado a llamarlo, le lanzó una mirada incrédula de soslayo cuando intentó ponerlo a medio galope. Luego, con un suspiro de resignación, el animal arrancó en un cansado trote que, a pesar de todo, devoró la distancia hasta la casa en un momento.

Graham ató el caballo en el círculo de hierbas y entró por la ventana, en lugar de molestarse en abrir con la llave. En unos momentos había llenado un caldero con lo que quedaba del jamón, todos los tarros de conservas y todo el té. Echó una ojeada buscando algo más valioso que pudiera darles y que ellos pudieran vender para comprar más comida, pero temió que cualquier cosa demasiado valiosa hiciera recaer sospechas sobre ellos.

Entonces el brillo de los botones de su chaleco atrajo su mirada al pasar frente a un espejo

en el vestíbulo. Eran de oro, claro. Solo lo mejor para los hijos de Edencourt. Los arrancó uno tras otro tirando de ellos y retorciéndolos, y los echó dentro del caldero. Los podrían ir vendiendo, lentamente, y nadie le daría mucha importancia.

Luego lo sacó todo por la ventana.

—Resulta cómodo.

El caballo lo miró con franco desánimo cuando volvió.

—Lo siento, C. S., pero estamos en una misión de caridad. —Graham sonrió, sintiéndose más alegre que en mucho tiempo—.

Además, aquella pequeña está contando hasta cuatro una y otra vez. Tenemos que volver antes de que vuelva loca a Sophie.

Cuando llegó con el absurdo caldero colgado de la silla, era como si hubiera llevado a Sophie diamantes y pieles. Los ojos de la joven brillaron encantados cuando vio el té.

—¡Perfecto! Prepararé un poco para Moira ahora mismo.

Luego se volvió hacia Graham y le apoyó, suavemente, la mano sobre el chaleco, que colgaba suelto.

—¿Y los botones?

Él se encogió de hombros y apartó la mirada.

—Siempre puedo encontrar otros de latón. Será un invierno muy largo.

Ella se quedó mirándolo unos momentos, con la cabeza ladeada.

—Me sorprendes por completo, ¿lo sabías, Graham Cavendish, duque de Edencourt?

¿Solo porque había renunciado a unos botones? Negó con la cabeza, sin entender, pero ella se limitó a sonreír con aire misterioso.

—Déjame que les prepare a Moira y a los niños un poco de

té y conservas.

Luego me parece que sería mejor que volviéramos a la casa.

Él la miró parpadeando.

—Pero debemos llevarte de vuelta a Londres. ¡Te echarán de menos!

Sophie hizo un gesto negativo y señaló detrás de él.

—Ese animal no va a llevarnos a Londres hoy.

Graham se volvió y vio que C. S. lo había abandonado y casi se perdía de vista, trotando tozudamente hacia su rodal de hierbas, arrastrando las riendas por el polvo del camino.

Se volvió hacia Sophie.

—Puedo atraparlo. —Aunque no estaba nada seguro de lograrlo.

Ella negó de nuevo con la cabeza.

—Quizá, dentro de poco, podrías convencerlo a él, pero me temo que va a costarte mucho más convencerme a mí.

Diciendo eso, dio media vuelta y se dirigió de nuevo, con paso enérgico, al interior de la casa. Graham notó frío en el pecho, allí donde ella había apoyado la mano.

Wolfe gruñó desde su escondrijo en la cabaña más

alejada. Frustrado una vez más. Había estado a punto de coger a aquella arpía desgarbada, pero no podía con los niños, animalejos grasientos. Además, probablemente no habría conseguido convencerla para que se fuera con él antes de que alguien diera la alarma. Mirando cómo aquellos dos nauseabundos santurrones alimentaban a la cochina plebe, volvió a gruñir.

Deseaba matarlos a los dos, preferiblemente con algo doloroso, al rojo vivo. Por desgracia, matarla a ella era demasiado obvio. Stickley sería el primero en señalarle con el

dedo.

Algo le daba vueltas por la cabeza. Hacía tanto tiempo desde que su cerebro había estado limpio de licor durante varios días seguidos que le costó un poco de trabajo concentrarse para recordar. Claramente, le faltaba práctica.

Entonces se acordó. ¡El testamento de sir Hamish!

«En caso de que tres generaciones de chicas Pickering no lo consiguieran, me desentiendo de todas vosotras. Las quince mil libras en su totalidad serán para pagar las multas y aliviar las penurias de los que

desafían al recaudador de impuestos para exportar ese espléndido whisky escocés que ha sido mi único solaz en esta familia de imbéciles.»

El esfuerzo hizo que le martilleara la cabeza, pero Wolfe insistió. Allí había algo<

Aquella era la tercera generación. Una de las chicas ya había fracasado. La otra se había casado bien, pero su marido todavía no era duque. Era muy probable que no lo fuera antes de que acabara la temporada. Todavía era posible detener a la última chica<

Entonces supo qué era.

«Las quince mil libras en su totalidad ser{n para<»

Quince mil libras. No treinta mil. Stickley había doblado el fideicomiso, por todos los diablos< y cuando todas las chicas fracasaran, el testamento solo exigía que se entregaran quince mil libras a los contrabandistas.

El resto sería suyo, suyo y de Stickley.

Lo único que tenía que hacer era matar al duque de Edencourt.

A Stickley no le gustaría, pero, bueno, una vez que hubiera

matado a un duque, ¿qué iba a impedirle aplastar a un insecto como Stickley?

Capítulo 24

No había ninguna necesidad de apresurarse, así que Graham y Sophie disfrutaron del largo paseo de vuelta a Edencourt. Era más tarde de lo que él había creído. Debía de haber pasado horas cabalgando arriba y abajo por aquellas carreteras. Ya estaba empezando a oscurecer y las largas sombras azuladas se confundían con una inclinada luz dorada.

El pelo de Sophie caía, suelto, por su espalda, captando la luz mientras la brisa jugaba con él. Caminaba con pasos flexibles y largos, propios de la chica de campo que era, pero mantenía la espalda recta, en una postura llena de aplomo, y llevaba la barbilla alta, como la elegante y refinada «Sofía».

—Este es mi momento favorito del día —le confió—. Cuando el trabajo está hecho y el mundo empieza a calmarse.

—No en Londres —señaló él —. Conozco a algunos que ahora se están levantando de la cama.

Se miraron sonriendo a la vez.

—¡Tessa! —dijeron al unísono.

Sophie sonrió, con aire contrito.

—¿Cómo voy a poder volver a Primrose Street?

La simple idea de que aquella nueva, segura y resplandeciente Sophie volviera a quedar aprisionada bajo el peso de Tessa hizo que a Graham se le revolviera el estómago.

—No lo hagas —la instó—. Quédate con Deirdre. A ella le encantará. Sé que le encantará. Te tiene mucho afecto, ¿sabes?

Sophie frunció ligeramente el

ceño.

—¿De verdad? —Luego negó con la cabeza—. No puedo. No puedo vivir como el huésped permanente e inútil de alguien durante el resto de mi vida.

Graham frunció el ceño a su vez.

—No eres su huésped. Eres de su familia.

Ella apartó la mirada y la fijó en el bajo muro de piedra que se extendía al lado de la carretera.

—Hummm.

Caminaron en silencio durante un rato. Luego el estómago de Graham se quejó, con un fuerte

ruido.

—No tendremos nada para cenar —señaló sombríamente—. He saqueado la despensa a fondo.

Sophie se echó a reír.

—Es un «a fondo» propio de un hombre. Imagino que lograremos otros resultados si es una mujer la que se aplica «a fondo».

Él se rascó detrás de la oreja.

—Podría ser. En realidad, nunca antes había estado en la cocina. Ni siquiera sabía que la despensa estaba allí.

Ella se quedó mirándolo, ceñuda.

—Graham, sabes que una casa de ese tamaño tiene varias cocinas, ¿verdad? Y que, probablemente, cada cocina tiene más de una despensa, ¿no es cierto?

Él se animó de inmediato.

—¿De verdad? Porque tú te has comido mi desayuno.

Ella se tapó la boca con una mano, pero luego estropeó su consternación culpable al soltar una carcajada.

—¡Así que por eso me pusiste una cantidad tan extraordinaria de jamón!

Suponía que era una especie de veredicto respecto a mi apetito, tan

poco femenino.

Él le sonrió de refilón.

—Sophie, a nadie en su sano juicio se le ocurriría llamarte poco femenina.

Ella se volvió hacia él, con una sonrisa repentina y devastadora.

—¡Vaya! ¡Muchas gracias, bondadoso caballero!

Cuando recuperó el aliento y el deslumbramiento desapareció de su visión, Graham no podía, ni aunque le fuera la vida en ello, recordar de qué estaban hablando.

No importaba. Quizá fuera suficiente que, por el momento, en

ese instante, estuviera andando tranquilamente por un camino en el campo, con la única mujer que amaría en el mundo: su valiente, inteligente señorita Sophie Blake.

La mente de Sophie no se hallaba tan serena. Estaba elaborando un plan, un plan maravilloso, terrible y aterrador.

¿Y si llevaba su farsa al límite?

¿Y si hacía algo más que robar doscientas libras para el viaje y la asignación para vestidos y se hacía pasar por una prima pobre, pero digna, perdida de vista desde hacía tiempo, para tener unos breves momentos de libertad y cambio?

¿Y si continuaba mintiendo de forma permanente —durante el resto de su vida— y nunca, jamás, confesaba a nadie que no era, en realidad, la señorita Sophie Blake, bisnieta de sir Hamish Pickering? ¿Y si nunca volvía ser quien realmente era, una simple sirvienta, la señorita de compañía de la quejica y exigente señora Blake< que era, de hecho, la madre de la pobre y enfermiza pequeña Sophie, muerta hacía mucho tiempo?

¿Y si se casaba con Graham y conseguía la fortuna de Pickering para él y para sus jornaleros

desolados y abandonados?

No había tiempo para vacilar, para reflexionar acerca de sus opciones. Igual que en el pasado, cuando había abierto el correo como de costumbre y había encontrado el dinero enviado por lady Tessa para el debut de Sophie, el momento exigía una acción inmediata.

Deirdre estaba a punto de convertirse en duquesa de Brookmoor. Tal vez ya lo era, una idea que la llenó de pánico. No, tenía que creer que la habían llevado hasta allí para que viera ese lugar, esa necesidad, por alguna

razón.

Deirdre no necesitaba el dinero. Calder era muy rico y generoso.

«Puedes quitarle toda la importancia que quieras, pero no hay manera de eludir el hecho de que vas a robarle a alguien que confía en ti. Vas a robarle a una de las pocas personas de esta tierra que alguna vez se han interesado por ti.»

La delgada cara de Moira apareció en su mente, envejecida por la fatiga y el desgaste, aunque la mujer le había confesado que, en realidad, era más joven que ella

misma.

No, era necesario, absolutamente. Si no forzaba a Graham a casarse con ella antes de que el anciano duque de Brookmoor muriera y Calder heredara el título, no podría ayudar a ninguno de ellos.

Ni siquiera a sí misma.

Para cuando llegaron a la mansión, ya había oscurecido. Lo único visible era el largo camino blanco, iluminado por la luz de la luna y el oscuro bulto del caballo dormido en la verde hierba. Riendo, Graham ayudó a Sophie a entrar por la ventana abierta, pero

cuando las paredes se elevaron, vastas y silenciosas a su alrededor, se quedó callado.

Su mano, que le había tendido para ayudarla, se deslizó de la de ella lentamente, como si estuvieran tirando de él. Sophie no trató de retenerlo, aunque sintió frío, sin él a su lado. Había tiempo suficiente, esperaba. Juntos subieron por la elegante escalera curva, a oscuras. Graham la acompañó hasta su puerta y luego se detuvo.

Ella no podía verlo, pero notaba su tensión, igual que si estuviera atado a ella. Cuando él habló, lo hizo en voz baja y llena de

pesar.

—Esto no está bien, Sophie. Mañana debemos regresar a Londres. Quizá logremos convencer al personal de Brook House de que has estado en Primrose Street durante todo el tiempo.

Sophie cerró los ojos para interpretar mejor lo que sentía Graham. ¿Era pesar porque tenían que regresar o pesar porque estaban allí? No importaba. Muy pronto, los dos tendrían algo que lamentar. Solo esperaba que él la perdonara cuando consiguiera la herencia.

—Buenas noches, Graham.

Él vaciló, y luego Sophie notó su mano, grande y cálida, en la mejilla. Era una especie de beso. Sintió crecer sus esperanzas. ¿Quizá la perdonaría, antes de que pasara mucho tiempo?

Un segundo después, él había desaparecido, convertido en una mera sombra en la oscuridad. Oyó cómo se abría la puerta de al lado y luego se cerraba tras él. Solo entonces cogió su propio pomo, abrió y entró en la habitación de la duquesa. Una vez dentro, pudo ver muy bien, porque la luna entraba por la ventana, de forma muy

parecida a como el sol lo había hecho por la mañana. Con aquella luz, se lavó la cara con el agua fría de la bañera y utilizó un cepillo de cerdas que encontró en el tocador para domar sus enredados cabellos. Debería haber sentido frío sin un fuego, pero cada vez que pensaba en su plan se acaloraba.

Por fin, calculó que ya había pasado el tiempo suficiente. Se despojó de toda la ropa excepto de la camisa de Graham, que le llegaba casi hasta las rodillas, se ahuecó el pelo y se enderezó. No tenía la magia de Lementeur para deslumbrarlo ni la destreza de

Patricia para ocultar sus fallos, pero la oscuridad se ocuparía de la mayoría. Tendría lo que de verdad necesitaba.

Enamorarse de Graham le había resultado tan fácil que no estaba segura de cuándo, exactamente, había dejado de ser un deseo para convertirse en una fantasía y llegar a ser una necesidad tan poderosa que no le importaba tirar su ética, ya muy deteriorada, al orinal de la habitación para poder conseguirlo. Podía mentirle al mundo, pero ya estaba harta de mentirse a sí misma. Su heroica misión para

salvar a la gente de Edencourt era una tenue llama al lado de la hoguera de sus propios y egoístas deseos.

Que así fuera.

En el último momento, se detuvo y se arrodilló junto a la chimenea. Después de hurgar con el atizador, encontró un ascua viva entre las cenizas. La recogió con la pala y la dejó caer en el cubo del carbón, lleno a medias, que Graham había dejado allí antes. Quizá ella no sintiera el frío, pero tal vez Graham sí.

Luego miró la puerta que daba a la habitación contigua, encajada

en los elegantes paneles de madera de la pared, la puerta que un duque utilizaría para visitar a su duquesa. Respiró hondo, apoyó la mano en el pomo y empujó.

Graham se había metido en la cama sintiendo frío, hambre y un desesperado conflicto. La combinación fue suficiente para provocarle el sueño más extraño.

Para empezar, ya no tenía frío. Un calor delicioso le acariciaba la piel, haciendo que se desperezara lánguidamente. Luego, sobre él, notaba un peso delicioso y suave, tendido a lo largo junto a su cuerpo. Blando contra su dureza —

¡y, por Dios, qué duro estaba!—, una caricia sobre sus pectorales, tirándole del pelo, y luego desliz{ndose lenta y provocadoramente hacia abajo< abajo<

La mano se movió más lentamente y luego se detuvo. Él se retorció hacia arriba, apretándose contra ella, impaciente por que aquellos dedos largos e insinuantes rodearan su verga palpitante.

Era el sueño más maravilloso que había tenido nunca.

La mano se abrió cálida y suave sobre su vientre, pero no se retrajo. Sí, tener que esperar era

mejor. «Hazme esperar. Hazme suspirar.»

Luego los labios se unieron a los suyos. Gimió y el gemido resonó extrañamente a través del sueño. ¿Cómo era posible?

Una boca suave y húmeda se abrió sobre la suya y, al instante, se olvidó de su desazón. Tan provocadora, tan entregada y húmeda< ¡Maldición, adoraba la boca de Sophie!

En ese instante se dio cuenta de que ya había tenido el mismo sueño antes.

Durante los últimos meses había soñado lo mismo una y otra vez,

pero nunca había sido tan real, tan ardiente, húmedo y sin aliento, hasta que el sonido de sus jadeos mezclados resonó contra las altas paredes de la habitación ducal< ¿Cómo era posible?

«Espera. No, no te despiertes. No seas idiota. Sigue soñando.»

Demasiado tarde.

La consciencia de la realidad lo golpeó como una gran ola marina. Estaba en Edencourt con Sophie. Peor todavía, estaba en la cama con Sophie.

No, aún era peor. Estaba atado a la cama —sujeto por las dos

muñecas al cabezal, por Dios— con Sophie extendida encima de él como la mermelada en una tostada, mientras sus manos lo recorrían, tímidas pero hambrientas, mientras su boca lo provocaba.

Se apartó de sus labios, con una expresión horrorizada.

—¿Sophie?

No era posible confundir el horror que había en los ojos de Graham. Sophie sintió que se helaba por dentro.

«Un palo de escoba como tú< ¿Quién iba a quererte?»

«Ningún hombre quiere a una jirafa.»

No, claro que no la querría. Con la piel de gallina ante la repugnancia que él debía de sentir, se bajó de la cama, tirando del cobertor para envolverse con él. Quería balbucear disculpas, quería llorar, quería, con todas sus fuerzas, no estar allí, en su habitación, en mitad de la noche, notando el frío de la seda contra su piel desnuda y repulsiva.

La camisa que había tomado prestada estaba caída en el suelo, a sus pies. Se arrodilló con torpeza en su apresuramiento, para tirar, desesperada, del lío de lino. Se le enredó al instante entre las manos,

claro, y luego se desdibujó por completo. Sophie dejó de manosearla y agachó la cabeza hasta apoyarla en las rodillas dobladas, mientras le ardían los ojos por la derrota y la humillación.

Sophie Blake había vuelto a hacerlo.

Dios, cuánto odiaba a Sophie Blake.

—Ah< Sophie<

Se estremeció al oír la voz de Graham.

—Nunca hables de esto. Jamás.

—Sophie<

Ella levantó una mano, con la

cabeza todavía inclinada.

—Lo digo en serio, Graham.

—Maldita sea, Sophie, desátame ahora mismo.

Era un susurro áspero, no un grito, pero tuvo el mismo efecto. Sobresaltada, Sophie perdió totalmente el equilibrio, y cayó en la alfombra con su desnudez enredada con el cobertor.

Desde donde yacía en la cama, Graham vio un sensacional relámpago de largas y elegantes piernas que llevaban a un trasero deliciosamente descarado, todo ello envuelto en piel de porcelana y seda de color ámbar. Vislumbrar

momentáneamente una cintura sinuosa y unos pechos pequeños, altos y perfectos, fue como un sabroso segundo plato, mientras ella se esforzaba por cubrirse con la reluciente cortina de su pelo rojizo. La sacudida erótica a su ya muy comprometido autocontrol hizo que los ojos se le pusieran vidriosos y que se quedara sin aliento.

Cerró los ojos con fuerza para defenderse de la visión de Sophie —¡su Sophie!— desnuda en la alfombra de su habitación.

Cuando notó unos dedos fríos que trataban de deshacer los nudos

de sus ataduras, se atrevió a entreabrir un ojo< No, no era buena idea. Ella se había envuelto tan apretadamente en el cobertor que sus pechos se elevaban hasta quedar justo en su línea de visión, mientras se inclinaba por encima de él para alcanzar el otro pilar de la cama. Rezando para que Dios se compadeciera de él e hiciera desaparecer su furiosa erección en los próximos segundos, mantuvo los ojos debidamente cerrados para no ver todas las cosas que no debería estar viendo.

Aquello no le sirvió para no sentir las cosas que no debería

estar sintiendo, por ejemplo, la manera en que ella presionaba con una rodilla entre las suyas, a fin de llegar al otro lado, separándole los muslos y asegurándose de que la seda del cobertor, al arrastrarse, le rozara su hinchada verga al menor movimiento.

Ni la manera en que su piel olía a jabón y agua —práctica y sensata Sophie— ni cómo aquel olor a limpio no conseguía en absoluto ocultar el perfume más oscuro de una mujer llena de pasión y deseo.

¿Podría alguna vez volver a oler jabón sin sentir una ráfaga

inmediata de ardiente deseo en la entrepierna?

¿Alguna vez podría mirar a Sophie, vestida con sus recatadas y amplias faldas, y no recordar cuan largos y esbeltos eran sus muslos ni que sus pequeños senos culminaban en los pezones de color rubí más deliciosos con los que tendría el placer de soñar, infructuosamente, durante el resto de su vida?

¿Y qué había de la antiquísima pregunta, esa que se hacían los hombres en todo el mundo, esa cuestión que había eludido antes de darle una respuesta

satisfactoria: los rizos sedosos que había entre aquellos seductores muslos eran del mismo color dorado rojizo que los de su cabeza?

Quizá no fuera demasiado tarde para averiguarlo.

Vicioso.

«¡Eh! Que aquí soy yo el que está atado. No sería culpa mía si tuviera que abrir los ojos, solo un segundo, y la seda resbalara de nuevo, solo un segundo< ¿Crees que la dejaría caer de nuevo, si la sobresaltara?» Depravado. Se trataba de Sophie.

«Sí, ya lo sé. Sophie, desnuda, húmeda, con un cuerpo

asombrosamente armonioso< en mi habitación, en mitad de la noche, por su propia voluntad. ¿Quién lo sabría?»

Él mismo lo sabría.

«Bueno, claro. Y supongo que Sophie también podría recordarlo. Supongo que tendré que anotarlo en una lista, como una "Oportunidad perdida".» Exacto, maldita sea.

«Es una lista muy corta. En realidad, no soy tan honorable, ¿sabes?» Ahora lo era.

«¿Voy a seguir con esta discusión interna mucho

rato?»

Solo hasta que ella hubiera acabado de desatarlo y se hallara, a salvo, fuera de la cama.

«Bien, porque la vieja pistola está muy cerca de dispararse.»

«No me lo recuerdes.»

Entonces percibió la pérdida de su calor y perfume y notó que su ligero peso abandonaba el colchón, pocos segundos antes de hacer que se avergonzara a fondo. Sus manos, ahora libres, seguían cerradas en un puño, con toda su voluntad de no tocarla. Las mantuvo así mientras entreabría un poco los ojos para asegurarse de que ella

estaba a salvo.

Sophie se encontraba al otro lado de la habitación, con la espalda apoyada en la puerta y el lío de la camisa y el cobertor sujetos, como protección, delante de ella. Tenía la cabeza vuelta, con la cara oculta en las sombras y el pelo reflejando la luz del fuego con un fulgor de cobre. Tenía un aspecto a la vez fiero y cautivo, furioso y desmoralizado.

Dulce y terca Sophie.

Deliciosa Sophie.

Estaba metido en un buen lío.

Capítulo 25

Graham apartó la ropa de cama que quedaba, pasó una pierna sobre el borde del lecho y apoyó el pie en el suelo. Ante su súbito movimiento, Sophie se sobresaltó como un cervatillo.

Y como un cervatillo, moviendo las largas piernas a causa del susto, trató de huir.

Él se lanzó sobre ella, la cogió cuando estaba huyendo, le obligó a dar media vuelta, la atrapó bloqueándole el paso con la puerta y le sujetó las muñecas por encima

de la cabeza. No quería hacerle daño, pero sabía que si conseguía salir de la habitación, el rechazo que creía que sentía se endurecería como una piedra y se convertiría en permanente en aquella terca cabeza que tenía.

Sophie se resistía con fiereza, retorciéndose contra él. No era débil, pero él se limitó a usar el tamaño de su cuerpo para vencer su resistencia. Presionándola contra la puerta, se echó a reír.

—Sé buena, Sophie. ¡No me obligues a atarte!

Se quedó absolutamente inmóvil, pero el corazón se le

disparó junto al de él. Graham notó cómo se le endurecían los pezones, hundiéndose en sus pectorales como si fueran rubíes tallados. Una imagen le llenó la cabeza: Sophie, vestida con algo cortísimo, adornado con encaje, sus largos brazos y piernas extendidos y atados a su enorme cama, con los ojos tapados, sumisa mientras él disfrutaba de ella una y otra vez.

Se le endureció la verga, que presionó contra el vientre de la joven; entre ellos solo mediaba la seda del cobertor, que apenas se sostenía en su sitio.

¿Le gustaría que lo hiciera? El

leve gemido que surgió de la garganta de Sophie le hizo pensar que quizá sí le gustaría.

«Seguro que iré a parar al infierno.»

«Pues disfruta del viaje. Coge las riendas y lánzate a carrera tendida a la noche. Déjate de dilaciones y jugueteos y de fingir que hay alguien más en el mundo con quien podrías pasar la vida. Monta y cabalga, chaval.» ¿Podía ser tan fácil?

Pues< sí, podía.

Su dilema desapareció como la nieve bajo el sol. No tenía alternativa. Ella, con un único acto,

había decidido aquel asunto por él, ¿no era verdad?

Afortunadamente.

Con solo un ligero movimiento apartándose de ella, hizo que el exiguo obstáculo del cobertor se deslizara entre los dos, dejándola desnuda y temblorosa, y totalmente en su poder.

O quizá era al revés.

Sin soltarla, dio otro paso atrás y miró su desnudez sin disimulo. Incluso con solo la luz del fuego, sabía que estaba sonrojándose de furia.

Sophie cerró los ojos con fuerza y esperó. Se había

humillado, lo había asaltado y ahora debía pagar el precio. Cuando el momento se prolongó, sin que pasara nada, no pudo evitar retorcerse impaciente. Notó el cálido aliento de la risa de Graham en la mejilla.

—Abre los ojos, violadora.

Escandalizada, abrió los ojos para fulminarlo con la mirada, con la boca abierta para defenderse<

Él estaba desnudo. Bronceado y musculoso, estaba a solo unos centímetros de ella, con el pecho flexionado para sujetarle las manos, el vientre tenso y, más abajo, el grueso órgano

prominente y orgulloso, apuntándole como si fuera una flecha en un arco.

«Oh, sí. Ensártame. Por favor.»

No lo dijo en voz alta. Tenía un poco de amor propio, por lo menos. Solo la traicionó un ligerísimo gemido anhelante.

—¿En qué piensas? —Su voz era baja y ronca.

Sophie apartó la vista de aquella magnífica estampa de semental y lo miró a los ojos de un modo sombrío.

—Pensaba que puede que no quepa —dijo seriamente.

Él bajó la cabeza, pero no antes

de que ella viera el blanco destello de su sonrisa, a la luz del fuego. Después de unos momentos de risa incontrolable, unos momentos que ella pasó soltando chispas en silencio, él levantó la cabeza y la miró con algo totalmente nuevo en los ojos.

El corazón de Sophie estuvo a punto de detenerse. La luz que vio allí< no era afecto ni amistad, ni siquiera deseo. Su alma solitaria se ensanchó de puro gozo.
Conocía aquella luz.

La había visto en el espejo.

Sintió cómo crecía su sonrisa, la que guardaba sobre todo para

ella, la que hacía que todos parpadearan con aquel aire tan extraño y se la quedaran mirando. Con Graham, podría mostrarse a sí misma. Con Graham no necesitaba temer nada.

Graham sintió que se quedaba sin aliento ante el esplendor de su sonrisa. Sophie brillaba, allí sujeta, desnuda en sus manos, con su maravillosa cabellera adornando su desnudez como una bendición. Su deslumbrante, magnífica Sophie.

Suya.

Lentamente, como si temiera romper un encantamiento, se acercó. Las rodillas se tocaron. Los

muslos se apretaron uno contra el otro. Su rígida verga se apoyó en la estilizada suavidad de su vientre, como si, por fin, hubiera llegado a casa. Los altos senos de Sophie se apretaron contra su duro pecho, cediendo ligeramente pero firmes. Finalmente, sus labios se encontraron.

Fue
menos
un
beso
que
una
promesa.
«Siempre.»

Siempre había sido ella. Siempre lo sería. Un amor sin final.

Los dedos de Graham dejaron de presionar las muñecas.

Deslizó las palmas por los brazos hasta llegar a los hombros y el cuello, y luego cogió el delicado borde de su mandíbula mientras la besaba más profundamente.

¿Algún beso lo había llenado así alguna vez? ¿La boca de alguna mujer había satisfecho alguna vez algo más que un deseo superficial?

No podía recordarlo. No podía recordar siquiera haber sido el hombre que sacaba la cuenta de las

mujeres a las que había seducido en un año para decidir si había sido un buen año. Aquel tipo no era más que un reflejo en el agua, distorsionado y borroso, anulado por el amor de la mujer más auténtica y sincera que había conocido nunca.

Entonces ella deslizó sus fríos dedos por su cuerpo, desde los hombros, bajando por la espalda, hasta coger sus duras nalgas con sus manos apremiantes.

El deseo, que no se había apagado, sino que se mantenía a fuego lento, se encendió una vez más.

Fue entonces cuando Graham comprendió la diferencia.

La pasión tenía que ver con el cuerpo, los sentidos, la piel y la aceleración de la sangre. El amor era otra cosa, mucho menos fácil, mucho menos simple. El amor era ver a alguien exactamente tal como era —fuerte y débil, intrépido y vulnerable— y saber que la suma de todo, el total de la persona, valía más que toda la pasión del mundo. Ver la verdad de alguien y hacer que esa persona viera la verdad de uno; eso era algo mucho más raro y bello que cualquier aventura amorosa.

La pasión simplemente hacía que todo fuera más excitante.

Con un único movimiento, la levantó en sus brazos e hizo que los dos cayeran en la cama, desnudos, enredados y riendo a carcajadas.

Se apoyó en un codo y buscó la cara de Sophie debajo de aquella masa de pelo; se lo apartó con la mano, mientras se miraba en aquellos ojos infinitos, del color del humo.

—Mañana me casaré contigo.

Ella enarcó una ceja.

—¿Por qué no esta noche?

Graham movió la cabeza, con

un gesto de sorpresa.
—Siempre tienes que decir la última palabra, ¿no?
Ella sonrió.
—No siempre. Lo prometo; una vez al año te dejaré que la digas tú.
Inclinando la cabeza para frotarla contra ella y hacerla reír, absorbió su aroma.
—De acuerdo. Mientras yo dé el último beso.
Sophie le enredó los dedos en el pelo.
—Opino que son unos términos aceptables, excelencia.

Entonces el vértigo se volvió dorado y lánguido. Él besó lentamente el largo y exquisito cuello, siguiendo su arco hasta llegar al esternón, apretando los labios contra el corazón que latía tan cerca. Sus senos eran pequeños pero maduros, con los pezones tensándose hacia arriba, excitados, cuando él los acariciaba con los labios, una, dos, tres veces.

Ella se retorcía, reaccionando tan involuntariamente que él recurrió a sujetarle aquellas caderas que se contorsionaban apoyando las manos encima de los huesos, mientras dejaba que su

boca siguiera su viaje, saboreando el hueco entre los arcos del tórax, metiéndole la lengua en el ombligo, mordisqueándola mientras seguía bajando por la redondez femenina de su tenso vientre hasta que las piernas se agitaron nerviosamente.

Lo solucionó deslizándose entre ellas y obligándola a poner las pantorrillas por encima de sus hombros. El olor de su deseo se elevó dulce y excitante. Bajó la cabeza y probó a qué sabía.

Ella soltó un gemido sorprendido.

—¡Graham!

—Soy un tipo escandaloso, lo sé —dijo con dulzura—. Ahora deja que haga algo.

Sophie se tapó los ojos con las manos, turbada. Sabía un poco sobre el apareamiento, por su vida en el campo, pero estaba segura de que aquello no era normal.

Entonces él deslizó su ágil lengua dentro de la abertura de su carne y ella olvidó toda su timidez. La tocó como si fuera una flauta. Su boca siempre estaba en movimiento, siempre con destreza y control. La húmeda habilidad de su lengua, el afilado pero agradable mordisqueo de sus

dientes, la dulce calidez de sus labios y el áspero roce de su barba se combinaron para excitar su carne húmeda y sensible hasta que alcanzó un latido ardiente, hinchado, que nunca antes había conocido, ni siquiera en sus tentativas ni en sus propias exploraciones.

Apartó las manos de la cara para incrustarle los dedos entre los espesos cabellos, apremiándolo ciegamente a seguir, con gemidos animales de excitación. Un oscuro y ardiente placer la inundó por entero. Entonces él deslizó las manos por sus caderas y utilizó los

pulgares para separar sus labios inferiores. Esta vez no tembló avergonzada, sino que se sometió a sus deseos abriendo bien los muslos en una entrega voluntaria. «Por favor.»

La lengua encontró su punto más sensible y, suavemente, lo introdujo, ardiente, húmedo e hinchado, en su boca. «Oh, sí.» Lo chupó lentamente, tiernamente, dándole lametazos en la punta expuesta, hasta que ella empezó a sacudirse al unísono, con un placer increíble disparándose cada vez más rápido hasta que su cuerpo se agitó con poderosos temblores de

un éxtasis turbador. Se tensaba hacia arriba, moviendo la cabeza de un lado para otro, pidiendo a gritos algo ardiente, brillante y anhelante<

Él deslizó un largo dedo, profundamente, en su interior, y su rápida violación fue repentina y perfecta, y ella pensó: «¡Por favor, por favor, sí<!»

Las manos volaron para agarrarse a las sábanas, aferrándose a ellas, sujetándose como si en ello le fuera la vida, mientras aquella oleada abrumadora de placer la inundaba, lanzándola hasta las estrellas, para

caer de nuevo de un modo enloquecido, impotente y violento. Oyó débilmente sus agudos gemidos, pero no le importó. No era más que una sensación al rojo vivo —quemándola viva—, la combustión de su carne entregada y obediente era el único resultado posible.

Que así fuera. Moriría con mucho gusto a manos de su amante, su amor<

Sin embargo, el corazón seguía latiendo y, al final, el aire volvió a sus pulmones. Todavía le temblaba el cuerpo, húmedo, estremeciéndose mientras jadeaba

confusa.

Graham volvió a ella y la cogió entre sus brazos, sosteniéndola dulcemente, mientras los temblores seguían agitándola. Tímida de repente, enterró la cara en su pecho y se esforzó por recuperar el aliento.

—¿Qué< qué ha sido eso?

Sintió, más que oyó, su suave risa de comprensión.

—Ha sido tu primer orgasmo, creo.

Frotando la cara contra su piel caliente, Sophie gimió avergonzada.

—Me parece que he hecho

ruido.

—No, nada en absoluto —la tranquilizó él—. Ni un solo sonido. Has estado silenciosa como un ratón.

Ella se echó a reír.

—Como un ratón muy grande. Con amigos. Y los rabos de todos cogidos en una trampa.

Él la besó en la coronilla.

—No te preocupes. Aquí no hay nadie más que nosotros. Puedes atrapar tantos ratones como quieras.

—¿Tú<?

—¿Yo qué?

Ella frotó la frente contra los

duros músculos de su pecho.

—¿Tú también atrapas ratones?

—Hummm. —Le cogió la barbilla con unos dedos cálidos y se la levantó para mirarla a los ojos —. No del todo igual. ¿Estás asustada?

Ella soltó un bufido que revolvió los mechones de pelo que insistían en pegársele a la cara.

—No. ¿No recuerdas de quién fue la idea?

Él sonrió, pero siguió mirándola a los ojos.

—Lo recuerdo, más o menos. —Luego habló en serio—. Te deseo

desesperadamente, pero solo si estás dispuesta.

Ella resiguió el borde de su mandíbula con la punta de los dedos.

—Estoy dispuesta. Pase lo que pase.

Los ojos de él se entrecerraron.

—No es un pelotón de fusilamiento, Soph. Solo te dolerá un momento, lo prometo.

Ella puso los ojos en blanco.

—Por todos los santos, ¿por qué no lo has dicho al principio? —Levantó los brazos por encima de la cabeza, ofreciéndose—. Adelante. Desflórame ya.

Él se echó a reír y se tendió encima de ella, con las largas piernas entre las suyas.

—A tu lenguaje íntimo le vendría bien pulirse un poco.

—¿Qué preferirías? ¡Oh, por favor, sé gentil conmigo, viril caballero! Solo soy una doncella del campo, pura y casta, con las piernas atadas por las rodillas< Graham enarcó las cejas.

—No es precisamente esa la actitud que me gustaría.

Ella se sonrojó, avergonzada.

—Estoy nerviosa —susurró—. A veces me pongo sarcástica cuando estoy nerviosa. O rompo

cosas.

Él se inclinó para besarla suavemente, con dulzura.

—Mi amor, quiero que me abraces.

Ella lo hizo, rodeándole los anchos hombros con los brazos, acariciando los duros músculos. El deseo se despertó en su interior.

Él le habló con calidez, al oído.

—Ahora podrías rodearme las caderas con tus preciosos muslos.

Temblando, con una mezcla de ansiedad y expectativa, lo hizo, aferrándolo con los tobillos cruzados detrás de sus nalgas.

—Bésame —susurró él—. Bésame como lo has hecho junto a la puerta.

Eso podía hacerlo, con entusiasmo. Le deslizó las manos por el cabello y acercó su boca a la de ella. Puso todo lo que había en su corazón en aquel beso, deshaciéndose de todo el miedo, confiando en él plenamente.

Cuando el grueso órgano empezó a presionar dentro de su húmeda blandura, cerró los ojos y dominó el instinto de luchar contra el dolor. En cambio, se concentró en recibirlo, amándolo dentro de ella, concediéndole en su cuerpo la

entrada que ya le había dado en su corazón.

Rígida, sólida e implacable, su verga erecta penetró en ella lentamente, hasta que Sophie ya no pudo soportarlo. Agitó la cabeza de un lado para otro, perdida en una mezcla de placer y dolor jadeante, un momento interminable, con su longitud y anchura devastándola mientras la dilataba y la definía.

Por fin se detuvo, sosteniéndose por encima de ella, apoyado en los codos, con la cabeza baja, la respiración acelerada, mientras aguantaba, esperándola.

Ella empezó a luchar contra el dolor de la presión que no acababa, retorciéndose debajo de él, tratando de aliviar la sensación de que podía partirse en dos y morir, empalada sobre su enorme y carnosa lanza.

—Oh, Dios —gimió él—. Sophie, estate quieta, por favor<

No podía. Era demasiado, demasiado grueso, demasiado profundo. Se aferró a él con los brazos y las piernas tensos y se retorció, jadeando con un dolor y un placer anhelantes, incapaz de tomarlo, incapaz de soltarlo.

Él jadeaba.

—Sophie, por favor< ¡suéltame!

—¡No! —exclamó, y se agarró a él con todas sus fuerzas—. Necesito< tengo que<

Con un rugido, él se retiró de ella, y su fuerza desesperada fue excesiva. Luego volvió, penetrándola poderosamente, plenamente, de forma dura y rápida. Algo cedió, enviando una salvaje sacudida de agonía por todo su cuerpo. Ella chilló, pero siguió aferrada a él.

Luego, de repente, desapareció. Él había rasgado la

última resistencia. Ahora, solo quedaba placer, un placer resbaladizo, dulce y oscuramente ardiente, mientras él entraba en ella, sin poder evitarlo, una y otra vez, y sus rugidos viriles de deseo libre de ataduras ahogaban los suspiros vibrantes de ella.

Su dominio, su ardor y su total pérdida de control la electrizaban. Se sentía exultante con su poder femenino para excitarlo, por ser bella y deseable para él. Cada empujón ardiente y poderoso y cada retirada lenta y exquisita la arrastraban con la fuerza de un maremoto.

Él gritó su nombre cuando se hundió en ella una última vez, sintiendo un orgasmo que le arrancó la respiración.

Lástima que fuera el nombre equivocado.

No hizo caso de aquella punzada de dolor, entregándose, en cambio, al placer de su liberación palpitando dentro de ella. El éxtasis creció de nuevo, mezclando sus gritos con los gemidos de él, fundiendo el ardiente aliento y los corazones palpitantes de los dos, hasta que no fue capaz de decir dónde acababa ella y dónde empezaba él.

Fue absolutamente perfecto. Aunque la mansión quizá estuviera desmoronándose a su alrededor, ella se sentía como si estuviera en el cielo.

Él se dejó caer encima de ella, hundiendo la cara en su cabello, poniéndose de lado cuando, tras perder intensidad su erección, su miembro se deslizó fuera del cuerpo de ella. Sophie gimió.

—Lo siento —dijo él, sin respiración, pero lleno de remordimientos—. Tendría que haber tenido m{s cuidado. Tendría que haber<

Ella levantó una cansada mano

y le puso los dedos sobre los labios.

—Cállate ya, Graham. Ha sido maravilloso. Tú has estado maravilloso. —Se quedó pensando un momento—. Estoy bastante segura de que yo también he estado maravillosa.

Graham se rió sin entusiasmo y la abrazó de nuevo.

—Sí que has estado maravillosa. Absolutamente maravillosa.

Sophie suspiró, feliz.

—Espero que sí. —Se acurrucó entre sus brazos y apoyó la cabeza en su pecho—. Ahora eres mío —

susurró, medio dormida.

Justo antes de quedarse dormida, agotada, le pareció que lo oía murmurar, en respuesta:

«Siempre.»

Capítulo 26

Sophie se despertó, lenta, gradualmente, percibiendo cada doloroso latido de su cuerpo. Supo que aquello era su cuerpo, un cuerpo sometido a una extenuante cabalgada, un extenuante paseo y al que habían hecho el amor hasta la extenuación. Se estiró debajo del cobertor y deslizó las manos por su

desnudez, comprobando el estado de sus miembros. No parecía haber daños permanentes. Abrió los ojos.

La habitación estaba a oscuras, salvo por el fuego. La decadencia y la suciedad de la estancia quedaban ocultas en las sombras, dejando solo las elegantes proporciones y los ornamentados y encantadores detalles de la decoración para complacer la vista. Con un poco de amor y trabajo, una habitación como aquella podría ser una obra de arte< una habitación digna de un duque.

Aquel duque. Su duque. El que más había deseado.

Estaba despierto, mirando por la ventana la propiedad bañada por la luz de la luna.

Estaba desnudo y era hermoso. Ningún escultor del Renacimiento podría haber logrado una creación más perfecta.

—Gram.

Él se volvió hacia ella con una sonrisa, pero la desolación que había en sus ojos la alarmó.

—¿Qué pasa? —preguntó, aunque estaba casi segura de saberlo. Él negó con la cabeza, sin dejar de sonreír.

—Nada.

—Y una mierda —declaró ella, tajante. Se puso de rodillas y se sentó sobre los talones, sujetando la sábana distraídamente contra el pecho. La mirada de Graham se encendió de deseo y ella se alegró de verlo —¡siempre!—, pero levantó la mano para detenerlo cuando él avanzó hacia ella.

—Gram, ¿confías en mí?

Sus cejas se elevaron con un aire perverso.

—Sin reservas. ¿Vas a atarme otra vez? —Su sonrisa se convirtió en una mueca cómicamente lasciva —. Esta vez, ¿te pondrás el corsé?

Quedó tan sorprendida por una oleada de curiosidad llena de deseo que casi le dejó cambiar de tema. Se libró de la distracción apenas a tiempo.

—Espera. —Se deslizó hacia atrás, lejos de sus manos abiertas —. Quiero saberlo: ¿confías en mí?

Él detuvo su avance y retrocedió un poco.

—Confío en ti, Sophie. Siempre he confiado en ti. Eres la persona más sincera que he conocido.

Bueno< quiz{ fuera mejor no aventurarse en ese terreno; por lo menos, todavía no. «Pronto te

contaré toda la verdad, mi amor, lo prometo.» ¿O no iba a hacerlo? Graham pensaba que era un terrible sinvergüenza, pero la verdad era que él era el único hombre de su familia que se tomaba el honor y la responsabilidad en serio.

¿Querría aceptar el dinero, si sabía que lo había robado por medio de artimañas?

«Aquellas caritas, demacradas y llenas de congoja<»

Bien. Si estaba mal, era maldad por una buena causa. Respiró hondo.

—Quiero que creas en mí,

Gram. Puedo< podemos salvar Edencourt. Sé que ahora parece una tarea imposible, pero ya lo verás. Tendremos todo lo necesario.

La sonrisa de Graham se torció mientras él ladeaba la cabeza y la miraba.

—Sophie, sé que eres excepcionalmente inteligente<

Ella le cogió una mano y se la llevó al pecho, apretándola contra su corazón.

—Te lo prometo, Gram. —Intentó transmitírselo con sus ojos y con todo su ser—. Todo irá perfectamente bien.

Él frunció un poco el ceño, sin dejar de sonreír.

—¿Todo irá perfectamente bien? ¿Cómo puede alguien prometer una cosa así? La vida nunca va perfectamente bien.

Ella le apretó la mano.

—Ten fe. Si no tienes fe en el futuro, puedes, por lo menos, tenerla en mí, ¿no crees?

Al mirarla, su ceño desapareció y sus ojos se iluminaron por primera vez.

—Creo en muy pocas cosas —dijo lentamente. Se llevó sus manos, que todavía cogían la suya,

a los labios. Luego le sonrió tan abiertamente que la dejó sin aliento— . Pero tengo una fe absoluta en ti, Sophie Blake.

«Nunca serás capaz de decírselo. El secreto estará siempre entre los dos.» Que así fuera.

Hicieron el amor de nuevo; suave y lentamente, esta vez. Él tuvo mucho cuidado con su carne magullada; fue tan dulce con su suave caricia y sus lentas y cautas presiones que los ojos de Sophie se llenaron de lágrimas al sentirse tan mimada.

—No llores, Sophie —le

susurró al oído—. Me aseguraré de que nunca más vuelvas a llorar.

Entonces las lágrimas se desbordaron como un torrente y ella se aferró a él sin sollozar, pero incapaz de cortar el constante manantial que brotaba de sus ojos. Alarmado, él trató de retirarse, pero ella le rodeó la cintura con las piernas y se lo impidió.

—Ámame —murmuró—. Por favor, te necesito.

Y él la amó, lenta y cuidadosamente, hasta que su orgasmo la elevó sin esfuerzo hasta un cielo refulgente y allí la colmó, convirtiéndola en un ciego

estallido de estrellas. Sus gritos resonaron por los pasillos desiertos, seguidos enseguida por el gemido de Graham, más áspero y profundo.

Más tarde, mientras él permanecía sin aliento encima de ella, con la cara hundida en su cuello, ella le confesó uno de sus muchos secretos.

—Te quiero —le dijo—. Te he querido desde la primera vez que te gané a las cartas, quiz{ incluso desde antes< pero nunca creí en ti. Lo siento. Te mereces algo mejor.

Él dijo algo y luego levantó la cabeza.

—No, en realidad yo no<
Ella introdujo los dedos en su cabello y luego tiró suavemente.
—Cállate, Gram. Te estoy proponiendo matrimonio.
—Oh —dijo él solamente, mientras en sus labios se formaba una sonrisa.
Ella negó con la cabeza.
—Deja de sonreír. Esto es serio.
—Cierto. —La sonrisa se acentuó.
Su propia sonrisa pugnaba por salir a la superficie; luego se calmó.

—Siempre he sabido que, dentro de ti, había un hombre bueno< un hombre que pasaba tiempo con una chica solitaria, que la tranquilizaba cuando ella hacía todo lo posible por librar a la casa de cualquier objeto frágil.

Graham hizo una mueca, pensando en cómo la había tranquilizado haciendo que comprendiera que ella le era indiferente.

—Estaba convencida de que si un día tenías la oportunidad de demostrar quién eras, lo harías —prosiguió ella—. Has tardado una condenada cantidad de tiempo en

hacerlo, pero me lo has demostrado. En cambio, yo me he portado muy mal. Pensaba que si me convertía en Sofía, podría cambiar mi destino con las torpes herramientas del encanto y la seducción. Yo< (¿cómo lo diría?) yo me convertí en ti.

—Oh —dijo él, en voz muy baja—. ¡Ay!

—Exacto. No obstante, me complace informarte de que ya no soy tú. Y tampoco soy ya Sophie, Palo de Escoba.

Él la miró con el ceño fruncido.

—Yo nunca te he llamado así.

—A la cara.

Él se tapó la cara con las manos.

—De acuerdo.

Sophie se echó a reír.

—No desesperes, Gram. Tú tampoco eres ya Graham Cavendish, un dandi holgazán. Los dos hemos cambiado.

—Me gusta la nueva Sophie. Me gustaba la nueva Sophie, especialmente, cuando solo llevaba puesta mi camisa.

Ella sonrió.

—Me gusta el nuevo Graham. Me gustaba el nuevo Graham, especialmente, cuando no llevaba nada encima.

Él le devolvió la sonrisa, despacio.

—Así que vas a proponerme matrimonio, ¿o antes puedo hacer lo que quiera contigo otra vez?

Sophie se apartó de él y se puso de rodillas. Le tendió una mano. Él la cogió y se arrodilló en la cama, frente a ella.

—Te propongo que los dos nos propongamos matrimonio de nuevo.

Él la besó en la nariz, porque eran casi de la misma estatura.

—Propongo que aceptemos esa proposición.

Ella lo apartó ligeramente,

para poder mirarlo a los ojos.

—Te amo. Creo en ti. Confío en ti. Quiero ser tu duquesa y ayudar a tu gente y tener montones de hijos, altos, delgados, con el pelo rubio y los ojos verdes, y quererlos con tanta intensidad como te quiero a ti.

Él tragó con fuerza, porque se le había hecho un nudo en la garganta.

—Te amo. Creo en ti. Confío en ti. Quiero ser el mejor duque que pueda ser, contigo a mi lado, y quiero ser el padre de montones de hijos altos, delgados, con el pelo rojizo y los ojos grises, y quererlos

con tanta intensidad como te quiero a ti< y quiero que lo creas.

Sophie sonrió.

—Lo creo, Graham. Siempre creeré en ti.

El viaje de vuelta a Londres, por la mañana, transcurrió sin incidentes, si no se tenía en cuenta la media hora larga que fue necesaria para convencer a C. S. de que cargara, otra vez, con dos jinetes.

—Antes era un caballo tan dócil< —dijo Graham, haciendo un gesto negativo con la cabeza—. No entiendo qué le ha pasado.

La mayor parte del rato

cabalgaron en silencio, reacios a soltarse aunque solo fuera un momento. Pese al hecho de encontrarse de nuevo a caballo, después de tan poco tiempo, por primera vez en su vida Sophie permitió que la felicidad la dominara, sin reservas ni desconfianza. Al fin y al cabo, tal como le había asegurado a Graham, todo iría perfectamente bien.

Demasiado pronto, el sucio horizonte de Londres apareció a la vista. Enseguida, entraron en la propia ciudad. Las ruedas de las carretas traqueteaban contra los

adoquines. Carcajadas y gritos coléricos se elevaban por encima del clamor de los cubos de basura y del reclamo de los vendedores. Después de la misteriosa quietud de Edencourt, aquel ataque contra los oídos de Sophie le recordó aquel día tan lejano —¡solo hacía tres meses escasos!— cuando llegó a Londres, con dos vestidos y un baúl de libros robados< bueno, sobrantes, de Acton.

Habían cambiado tantas cosas desde entonces. Ella era quien más había cambiado. Nunca más permitiría que nadie la oprimiera. ¡Nunca más lo intentaría nadie!

Sería la duquesa de Edencourt, rica e influyente, con familia y amigos poderosos.

Edencourt no era lo único que había que salvar ese día.

Llegaron a Brook House demasiado pronto.

—Siento tener que detenerme aquí —le dijo a Graham—, pero Fortescue debe de estar volviéndose loco de preocupación. Solo espero que todavía no le haya escrito a Deirdre. —Además, estaba la cuestión de su ropa. ¡No podía casarse con unos pantalones y una camisa de chico!

Le dio un beso de despedida a

Graham y subió corriendo hasta la casa. En la puerta, que un muy aliviado mayordomo abrió enseguida, se volvió para decirle adiós una vez más.

—¡Me reuniré contigo en Eden House!

Una vez dentro, sintiéndose medio desnuda sin Graham a su lado, tranquilizó a Fortescue diciéndole que, por supuesto, estaba bien y que no, no la habían secuestrado unos bandidos, había estado perfectamente, había estado con su excelencia todo el tiempo, etcétera.

Fortescue asintió al oírlo.

—Sí, señorita. Sabía que él también había desaparecido.

Sophie sonrió.

—¿Los chismorreos de los ayudas de cámara?

Él enarcó una ceja.

—Por supuesto, señorita. —Luego volvió a parecer preocupado —. Sin embargo, cuando no supe nada de usted ayer, envié a un mensajero a sus señorías para ver si quizá estaba con ellos.

Sophie se mordió el labio. Oh, vaya. Deirdre y Phoebe estarían muy preocupadas.

—Será mejor que enviemos a otros mensajeros enseguida.

Esperemos que lleguen antes de que cunda el pánico.

Fortescue asintió.

—Sí, señorita.

El tiempo se agotaba.

—Debo cambiarme cuanto antes —dijo, dirigiéndose a la escalera. Le envió una brillante sonrisa por encima del hombro—. Me caso hoy. ¿Puede enviarme a Patricia, por favor?

Al oír eso, Fortescue endureció el gesto.

—Patricia O'Malley ya no trabaja en Brook House, señorita. En todo caso, espero que acepte mi enhorabuena.

Sophie se volvió, alarmada.

—¿Patricia está bien? ¿Adónde ha ido?

Fortescue alzó el mentón.

—No lo sé, señorita. Le enviaré a una doncella, si me da su aprobación.

Sin ninguna duda, no estaba contento con la situación, pero Sophie no tenía tiempo para tratar de averiguar algo más. Sin embargo, después de la ceremonia estaba decidida a conseguir algunas respuestas. Cuando vio a Fortescue la última vez, era un hombre en una librea que temblaba de amor, con un pelo

perfecto. Ahora era un hombre tieso y rígido, que daba la impresión de llevar días revolviéndose el pelo.

Mientras subía la escalera, Sophie rezó por que Patricia se encontrara bien y por que Deirdre y Phoebe no estuvieran volviendo a casa a la carrera para salvarla.

Graham salió del despacho del obispo con el corazón alegre y una licencia especial en la mano. Con el anillo de su madre guardado a salvo en el bolsillo del chaleco, era un novio muy bien preparado. Obtener la licencia había sido incluso más fácil de lo que había

esperado.

Se rió para sí, pensando en la reacción de Sophie cuando le había dicho adónde iba.

Abrió unos ojos como platos.

—¿Se necesita un soborno muy grande?

—Para otras personas, quizá —respondió, sonriendo—. Para mí, solo un poquitín de chantaje. Da la casualidad de que su eminencia visita a cierta joven del Palacio del Placer de la señora Blythe, y da la casualidad de que yo juego alguna que otra partida de cartas con el amante secreto de esa joven tan indiscreta.

Sophie había sonreído, lentamente.

—Obispo malo. Graham bueno.

C. S. —a quien Graham se sentía tentado a cambiarle el nombre por el de Equino Salvaje— esperaba fuera de la verja, sometiéndose malhumorado a las riendas que sostenía un acólito joven y desconfiado.

—Tenga cuidado, su señoría. Muerde.

Graham trató de defender al animal.

—Lo que le pasa es que está muy cansado, ¿sabes?

El joven se limitó a quedarse mirándolo sin comprender y se frotó, a hurtadillas, el trasero cubierto por el hábito.

—De acuerdo. —Sería mejor que le devolviera aquella bestia a Somers.

Somers no estuvo nada contento.

—¿Qué le has hecho a mi caballo? —Caminó alrededor del animal, mientras los tres permanecían en el prado de detrás de la casa donde Somers tenía su alojamiento. El caballo echó las orejas atrás y le enseñó los dientes a su propietario, que se apartó

consternado y miró a Graham horrorizado—. ¿Le has pegado?

—¡Pues claro que no! —exclamó Graham, sinceramente ofendido—. ¡Solo lo montamos dos personas hasta Edencourt y luego lo monté yo ayer, cuatro horas, por el campo, y luego hemos vuelto a montarlo dos personas hasta Londres esta mañana!

—Pensó unos momentos—. Pero no ha comido nada más que hierba.

Parecía que Somers iba a ponerse a llorar.

—Oh, pobrecillo —susurró al caballo—. Ya ha pasado todo. Papá está aquí.

C. S. se estremeció y luego apoyó la frente, con cansancio, en el pecho de Somers, que procedió a susurrarle palabras cariñosas bastante empalagosas mientras le lanzaba miradas asesinas a Graham.

—Ah< os dejaré solos. —Graham se retiró rápidamente. De hecho, solo había tomado prestado un caballo, por todos los santos.

El camino hasta Eden House no era muy largo. Graham atajó por algunas callejuelas para ir más rápido, silbando feliz y pensando en sumergir a Sophie en otra bañera de cobre gigante esa noche,

cuando la sencilla ceremonia hubiera acabado.
Esta vez, le daría de comer él mismo.

Cuando oyó pasos detrás, no prestó ninguna atención, puesto que iba distraído pensando en jabón y agua y unas largas y elegantes piernas kilométricas<

De repente, se dio cuenta de que los pasos se acercaban corriendo hacia él. Se volvió justo a tiempo de levantar el brazo y desviar un golpe.

—¡Qué demonios! —Sin pensar, reaccionó lanzando un puñetazo salvaje en dirección a la

cabeza de su asaltante. El sujeto dejó caer la tabla que blandía (¡Dios santo, estaba llena de clavos!) y se llevó las manos a la nariz.

«¡Por todos los demonios!»

Graham vio que aquel tipo llevaba una gorra encasquetada hasta las cejas y un trapo negro atado que cubría la mitad inferior de la cara. Lo único visible eran un par de ojos rabiosos, enloquecidos de dolor.

No pintaba bien. Graham miró rápidamente alrededor. Estaban en un callejón, alejados y por detrás de unas cuantas mansiones

enormes. Había mucha distancia y no era probable que los ocupantes y sus sirvientes respondieran a los gritos procedentes del callejón.

Debía echar a correr. Claro que aquel sujeto podía correr detrás de él. Tenía aspecto de ser un bribón muy fuerte.

Graham se colocó en equilibrio sobre los pies, listo para pasar a la acción en cuanto supiera qué debía hacer. ¡Malditos fueran los excesos de su padre! Si aquellos malditos acreedores interferían en su boda, estaba totalmente dispuesto a enterrar el cuerpo del viejo duque con un vestido de seda rosa, como

venganza.

—Dile al bastardo de tu patrón que le pagaré lo que le debo algún día —le dijo a su atacante, furioso —. Matarme no hará que sea más pronto.

El hombre abrió los ojos, sorprendido, pero rápidamente disimuló la sorpresa.

Metió la mano en la chaqueta y sacó un cuchillo, largo y brillante.

Graham no podía creérselo.

—¡He dicho que ahora no! — Con un ágil movimiento, que se había acelerado debido a que se le había acabado la paciencia

respecto a sus problemas económicos, se inclinó, recogió la tabla caída y atizó un único y poderoso golpe contra las rodillas de aquel matón.

El hombre cayó con un ruido sordo y luego empezó a rodar por el sucio callejón, cogiéndose las espinillas.

—¡¡¡Aayyyy!!!

—Apuesto a que esos clavos hacen daño —dijo Graham, sin compasión. Luego tiró la tabla, asqueado—. Así que, por Dios, déjame en paz.

Diciendo esto, volvió la espalda al mandado, que seguía

retorciéndose, y regresó, a grandes zancadas, a la calle, de camino a Eden House.

De vuelta a Sophie.

Capítulo 27

Cuando llegó, sin aliento y lleno de impaciencia, encontró a Sophie de pie en el estudio, con los brazos cruzados sobre el arrugado corpiño y la cabeza ladeada, estudiando al oso que había en un rincón de la habitación.

Le sonrió por encima del hombro, pero luego volvió su atención al oso.

—Le falta algún pequeño detalle.

Graham sonrió y apoyó el hombro en el marco de la puerta.

—No podría estar más de acuerdo.

Sophie alargó la mano hacia su nuca para desatar la cinta de seda a la que había asignado, apresuradamente, la función de recogedor del pelo.

Hizo algo con el oso durante unos momentos y luego retrocedió.

El fiero y brutal recuerdo de las ansias de muerte del viejo duque

sonreía ahora como un payaso, por encima del enorme lazo rosa que le colgaba del cuello.

Graham se acercó y rodeó la cintura de Sophie desde atrás, estrechándola contra su pecho. —Perfecto.

Sophie se apoyó en él y soltó un enorme suspiro de felicidad.

—«Entonces el príncipe se acercó a Cenicienta, la cogió de la mano y bailó con ella. Es más, no quiso bailar con ninguna otra y no quiso soltarle la mano. Siempre que alguien venía y le pedía un

baile, él decía: "Es mi pareja".»

—Es mi pareja —le susurró Graham al oído —. Siempre.

Ella volvió la cara y la apoyó en su mejilla.

—Soy tan feliz que, simplemente, no me parece real. Es un momento mágico, un hechizo, un sueño hecho realidad< Graham la abrazó con fuerza.

—Es real. Tengo una licencia especial para demostrarlo.

Y tenía a Sophie, lo más auténtico que nunca había

conocido. No había creído en nada ni en nadie, pero ahora creía en ella. Con ella a su lado, aunque no tuviera dinero, se sentía capaz de restaurar Edencourt con sus propias manos, ladrillo a ladrillo si fuera necesario.

Amar a alguien tan bueno y sincero como Sophie quizá significara que se había redimido.

—He enviado una nota a Tessa esta mañana —admitió Sophie—. Tal vez incluso aparezca en la ceremonia esta tarde.

Graham asintió.

—Es la única familia que tengo. —Incluso la resignación

parecía una emoción demasiado insignificante para empañar su radiante felicidad—. Imagínate. Tú y yo delante del clérigo, haciendo nuestros votos en una iglesia vacía< excepto por Tessa.

Sophie suspiró.

—Vendrá con ropa demasiado elegante y hará comentarios groseros y probablemente nos tirará tomates podridos.

Graham se echó a reír.

—¿Por qué diablos iba a oponerse con tanta fuerza a nuestra boda? No tiene nada que perder con ella.

Pero Sophie se limitó a dar un

paso atrás, apartándose del círculo de sus brazos.

—Tu mayordomo es un hombre horrible —dijo—. ¿Sabes que ha intentado hacerme entrar por la puerta de servicio?

Graham se echó a reír.

—La próxima vez que pases por esa puerta serás la señora de la casa. No se me ocurre mejor venganza.

Sophie sonrió al oír aquello. Él se regocijó enormemente al verlo. Algún día iba a llegar al fondo de la compleja criatura que era Sophie Blake.

Se moría de ganas de vivir cada

momento de exploración hasta llegar allí.

—Mi amor —preguntó con ternura—, ¿estás dispuesta a casarte conmigo?

Sophie dio media vuelta y lo bendijo con aquella cegadora y brillante sonrisa. —¡Nada en el mundo me lo impediría!

Iban a casarse en la iglesia de Saint Mary Abbots. Era un edificio sencillo pero elegante, en Kensington, en el extremo más alejado de Hyde Park si se llegaba desde Mayfair. Un alto campanario, de estilo medieval, presidía la espaciosa nave gótica.

Era el lugar tradicional de culto de la familia Cavendish, aunque Graham no había puesto el pie allí desde hacía décadas. Sin embargo, sus padres se habían casado allí. Por lo que sabía, aquella fue la única ocasión en que su padre entró en la iglesia. No obstante, se rumoreaba que su madre asistía con frecuencia. Tal vez, si es que existía una cosa así, el espíritu de su madre siguiera allí para presenciar ese día.

¿Le habría gustado Sophie? En realidad debería preguntar: ¿le habría gustado él?

Sorprendentemente, la iglesia

estaba llena. Al llegar a la puerta, Sophie vaciló, aturdida por la gran cantidad de gente que había, agitándose en los asientos y agitando sus abanicos, unas personas que parecían aburridas y a las que apenas conocía.

—Tessa se lo ha dicho a todo el mundo.

—No me disgusta que la alta sociedad sea testigo de mi boda. Además, así nos ahorraremos montones de explicaciones más adelante. Dejaremos que los chismosos se lo cuenten a todo el mundo.

Sophie no parecía nada

tranquila.

—No me gusta esto.

Graham le cogió la mano con más fuerza. ¡No parecía que fuera capaz de soltarla!

—¿Qué daño hay? Después de todo, no tenemos secretos.

Sophie alzó la barbilla y respiró hondo.

—Tienes toda la razón. No tenemos secretos.

Recorrieron juntos el pasillo, cogidos de la mano. Cuando la primera cabeza se volvió, una doble oleada de caras se volvió para mirarlos. Tantas caras< Sophie se sentía un poco mareada. Se

alegraba de haber dejado sus gafas en Brook House.

—Todo irá perfectamente bien —le susurró Graham.

Sophie se echó a reír al oír que él le devolvía sus mismas palabras. Tenía razón. ¡Lo había conseguido! Estaba allí, en Londres, iba a casarse con un hombre apuesto y asombroso, al que amaba más que a su propia vida y, para colmo, estaba a punto de convertirse en una rica duquesa.

Parecía que, algunas veces, los cuentos de hadas se hacían realidad.

Capítulo 28

Había algo en el aire entre la pareja que estaba frente al altar, algo perfecto, puro y mágico. Incluso el clérigo que había empezado su tarea de aquella tarde con irritación y desaprobación —el obispo concedía demasiadas licencias especiales— empezó a percibir la profundidad de la acostumbrada ceremonia que había repetido tantas veces. Su aflautada voz se hizo más lenta y grave y los votos se hicieron más solemnes.

La muchedumbre, compuesta como estaba por los que se aburrían fácilmente y los distraídos en fase terminal, se quedó extrañamente silenciosa; embelesada, incluso. Unas matronas endurecidas se llevaban pañuelos de encaje a los ojos. Unos dandis despreocupados se daban ligeros toques en las mejillas con sus puños de encaje. La más hastiada de las mujeres y el más disipado de los hombres permanecían sentados, en un silencio cautivador, testigos de algo que, ellos mismos, habían desesperado de encontrar.

El verdadero amor.

Al fondo de la iglesia, el señor Stickley se secaba los ojos sin avergonzarse. La señorita Blake había salido de las sombras de su timidez y había cambiado su vida. A Stickley no le preocupaba que lord Edencourt pudiera utilizarla y malgastar descaradamente su dinero. Cualquier idiota podía ver que aquel hombre estaba total y profundamente loco por ella. Y ella< ella brillaba como el marfil y el fuego, rebosante de amor.

Su luminosa felicidad llenaba a Stickley de inspiración. Se había acabado su vida encerrada y

monótona, sumando columnas de números y coleccionando trastos y chucherías. Dentro de pocas horas entregaría la fortuna de Pickering y sería libre.

Lo que tenía intención de hacer con esa libertad era encontrar un trabajo con sentido y, posiblemente, algún día, incluso alguien a quien amar.

Sin embargo, lo primero que debía hacer era librarse de Wolfe para siempre.

—Dios, esto es nauseabundo.

Al oír aquella voz grave y sarcástica, Stickley se quedó paralizado y luego se volvió

despacio hacia su izquierda. Como conjurado simplemente por el pensamiento, Wolfe se abría camino, sin ningún miramiento, a lo largo de la fila, pisando a la gente sin importarle nada. Por supuesto, se dirigía en línea recta hacia él.

Stickley hizo un gesto de desaprobación con la cabeza.

—Por el amor de Dios —susurró—. ¿Es que no conoces a nadie más que a mí?

—¡Qué te jodan, Stick! —gruñó Wolfe—. Necesito sentarme, joder.

Se acomodó en el pequeñísimo

espacio que había junto a Stickley. Varios vecinos protestaron en voz baja.

—¡Que os jodan también a vosotros! —dijo Wolfe con desdén —. Soy un hombre lesionado.

Stickley se apartó todo lo que pudo, porque Wolfe no olía nada bien, incluso peor que de costumbre.

—¿Dónde has dormido, en un establo?

—Stick, te detesto. Siempre te he odiado. Cierra el pico y mira cómo ese asqueroso duque se casa con su novia con cara de caballo. ¡Podrido bastardo de sangre azul!

Wolfe nunca había sido precisamente alegre, pero aquello era estar de un humor de perros, incluso para él. Stickley decidió que podía soportar a aquel indeseable una hora más. Luego se negaría a reconocer su existencia, mientras viviese.

Por desgracia, Wolfe continuó mascullando obscenidades. Al final, Stickley se revolvió contra él.

—¡Wolfe, cierra tu ridícula boca!

Wolfe que había pisoteado a Stickley durante más de cuarenta años, se quedó boquiabierto, mirando fijamente a su socio.

Luego, unas densas nubes de furia empezaron a acumularse en sus ojos.

—¿Cómo te<?

Un súbito rumor entre la muchedumbre llamó la atención de Wolfe. Se puso en pie de mala manera, para ver mejor lo que había provocado aquella distracción en una multitud que, hasta hacía un momento, permanecía sentada en un silencio embelesado.

Stickley vio cómo su cara pasaba de una furia sarcástica a una expectación divertida.

—Esto promete —afirmó

Wolfe con gran seguridad.

A Sophie le parecía que el corazón estaba a punto de salírsele del pecho.

—Yo, Sophie Blake, tomo a este hombre< —«Oh, sí, por favor. Déjame que lo tome. Déjame que lo conserve para siempre. Si puedo tenerlo solo para mí, no volveré a mentir durante el resto de mi vida.»

Una oleada de susurros recorrió la multitud. Sophie no prestó atención, porque solo miraba los brillantes ojos verdes de Graham. Si había un cielo, estaba bastante segura de saber qué

aspecto tenía.

Entonces Graham rompió el hechizo de sus miradas, dirigiendo la vista hacia la entrada, irritado. Sophie vio cómo fruncía el ceño.

—¿Tessa?

Sophie parpadeó, emergiendo de su trance de felicidad. Volvió la cabeza para mirar también ella. Entrecerró los ojos para evitar la brillante luz del sol que ahora entraba por las puertas abiertas, y vio que una de las figuras que entraban era realmente Tessa. La otra<

Oh, no. Oh, Dios santo, no.

Apoyándose con fuerza en el

bastón, allí, junto a la puerta de la iglesia, fuera de la cama por vez primera desde que Sophie lo recordaba, con su pesado cuerpo envuelto de un modo absurdo en prendas de lana encima de sedas y encajes pasados de moda, estaba nada menos que la señora Blake, ayudada solícitamente por Tessa.

El clérigo se dio cuenta de que ni el hombre ni su casi esposa prestaban atención a sus sagradas palabras de advertencia marital.

Cerró la Biblia de golpe y miró furioso hacia la puerta.

—¿Qué significa esta interrupción? —Su voz seca se

elevó por encima de los murmullos.

La señora Blake se detuvo a la mitad del largo pasillo. El estómago de Sophie se había convertido en hielo y su mente se había paralizado. Lo único que logró hacer fue tender una mano hacia Graham.

—Mi amor, lo siento mucho —susurró.

Graham le cogió la mano.

—Me parece que a mí también me gustaría saber qué está pasando. ¿Quién es esta mujer, Tessa?

Sophie, aturdida, pensó en

desmayarse estratégicamente. Apenas sería necesario fingir, porque sentía que todo su cuerpo había dejado de existir, salvo por el martilleo de su corazón. Ahora todo estaba muy claro. La multitud de espectadores, el momento elegido, impecable; todo orquestado por Tessa para lograr el máximo impacto.

Luego fue demasiado tarde.

—Soy la señora Blake, la última nieta superviviente de sir Hamish Pickering. — La señora Blake apoyó todo su peso en Tessa y levantó el bastón para señalar a Sophie—. ¡Esa mujer no es hija

mía!

Momentos antes, Graham era plenamente feliz. Nunca se había sentido más orgulloso que ese día. Que un hombre como él consiguiera a una mujer como aquella< Era pura magia.

Ahora, el batiburrillo de voces los rodeaba. El clérigo, que no tenía ni idea de lo que significaba la afirmación de aquella mujer, seguía protestando por su grosera interrupción de la boda de su excelencia. Los presentes charlaban, enloquecidos, unos con otros, rabiosamente curiosos, chismorreando ya, como si ese

fuera el mayor escándalo del año.

—¡Mi Sophie está muerta! —decía la desconocida con voz estridente, decidida a dejarlo claro por encima del caos—. Esa chica<

—Frustrada por la falta de concentración de las masas, la mujer dio un violento golpe con el bastón contra el respaldo del reclinatorio que tenía más cerca. El ruido silenció a todos salvo a los chismosos más redomados. Echando los hombros hacia atrás, la mujer miró alrededor, desdeñosa —. Como decía<

Levantó el bastón para señalar de nuevo a Sophie.

—Esa chica no es más que una sirvienta de mi casa. Una ladrona que robó el nombre de mi hija y mi dinero para venir a Londres. —Despreciativa, añadió—: ¡No es más que una huérfana sin un penique que se ha vuelto contra mí, sin piedad, en pago a mi bondad!

Graham se volvió hacia Sophie, con los labios preparados para curvarse en una carcajada ante lo absurdo de aquellas afirmaciones. Ella no respondió; se quedó mirándolo fijamente, poniéndose más pálida a cada segundo. La tempestad de culpa en sus ojos

debería habérselo dicho, pero él seguía sin poder creérselo. —No es verdad —dijo muy despacio—. Nunca habrías< ¡Tú no!

Sintió cómo un temblor recorría la mano de Sophie y lo estremecía también a él, y la verdad penetró en Graham a través de la mano de ella, que él asía.

Las manos de Graham estaban heladas e insensibles. ¿Seguía sosteniendo la mano de Sophie en la suya?

Algunos momentos volvieron a su memoria. Tessa burlándose de la llegada de Sophie a Londres, sola, pobremente vestida y, aunque

parezca extraño para ser una dama nacida en buena cuna, sin posesiones. La sorprendente capacidad de Sophie para cuidar de sí misma, incluso contra los tipos más rudos.

Sophie acudiendo a su habitación por la noche, obligándole a tomar una decisión terrible y maravillosa.

—Sophie. —Pero, claro, su nombre no era Sophie, o eso creía. Graham parpadeó y movió la cabeza, tratando desesperadamente de hacer que el mundo volviera a la posición que le correspondía.

Ella levantó la barbilla y la respuesta estuvo allí, en sus insondables ojos grises, llenos de culpa, pesar y esperanza< Realmente, aquello era ridículo. ¿Esperanza?

El duque dejó caer la mano de Sophie y dio un paso atrás, apartándose de ella.

—¿Has mentido?

Ella avanzó hacia él.

—Graham, puedo explicarlo.

Él levantó la mano bruscamente.

—No me hables. —No podía soportarlo. La enorme y creciente esperanza que había sentido unos

momentos antes revelaba ser precisamente lo que siempre había sospechado hasta que había conocido a Sophie: una mierda total y absoluta.

No. Sophie no. Tampoco Sofía, claro. Graham la miró a los ojos, húmedos y destrozados.

—¿Quién demonios eres? —rugió por encima de los murmullos.

La estancia se quedó en silencio al instante. Todos los que eran de buena cuna aguantaron la respiración, esperando más escándalo deleitoso. Graham vio cómo aquella mentirosa que tenía

delante tragaba saliva.

—Es Sadie Westmoreland —anunció la señora Blake—. Una huérfana, acogida para que fuera mi señorita de compañía cuando mi querida Sophie murió de gripe.

—Eso no es todo —dijo Tessa rápidamente. Le recordó la historia a la mujer, susurrándosela al oído.

La señora Blake enrojeció, llena de justa indignación.

—¡Sí, eso es! ¡Me robó! ¡Llamad a la guardia! ¡Exijo justicia! ¡Me robó doscientas libras!

La voz de Tessa resonó de nuevo, con un tono de desprecio

afilado como una navaja.

—¡Para poder venir a Londres y hacerse pasar por una dama!

Sophie alzó la barbilla, pero la maldición de su cabello pelirrojo la delató. Su piel clara ardía como una señal escarlata, traicionando su humillación y su vergüenza.

Las risitas empezaron en la parte de la iglesia donde estaba Lilah, pero no se la podía culpar por el hecho de que las carcajadas se extendieran como por contagio, hasta que toda la iglesia se reía, abiertamente o con aire culpable, pero se reía de todos modos.

Excepto Graham.

Graham estaba blanco como el papel; solo sus ojos verdes la miraban, llenos de furia y humillación.

Sadie —porque ahora podía usar su propio nombre, aunque fuera en su cabeza— vio cómo el amor que había encontrado se retorcía y moría en el suelo, entre ellos. Lo había matado ella misma, llenándolo de mentiras.

Era Cenicienta de arriba abajo —una Cenicienta que mentía, engañaba y robaba para ir al baile — solo para que sus propias fechorías rompieran sus sueños en pedazos, al llegar la medianoche.

Dejó de mirar a su príncipe, porque no podía soportar seguir viendo lo que había perdido; mejor dicho, destruido. Levantó la barbilla y miró hacia el pasillo, a la mujer que había aprendido a despreciar.

—Señora Blake, ha olvidado un pequeño detalle —dijo con voz clara—: Nunca me pagó nada.

Capítulo 29

Detrás de Graham, el clérigo carraspeó.

—Su excelencia< la ceremonia no ha terminado. ¿Qué desea

que haga?

El primer pensamiento de Graham fue de un cegador alivio. ¡No estaba casado con aquella criatura! No era demasiado tarde para encontrar una esposa rica, salvar Edencourt y achacar ese horrible día a una confusión de ideas, a unas malas decisiones tomadas debido al devastador pesar causado por haber perdido a toda su familia. Nadie lo culparía lo más mínimo.

Excepto que había pasado la noche anterior con Sophie, en su cama. Había yacido con ella y la había despojado de su virginidad

—sobre aquello no había mentido, lo sabía—, y eso significaba que estaba arruinada.

Casi oía la voz de su padre dentro de la cabeza. «¡Pues que se vaya al diablo! ¡No es como si fuera una dama! Solo es una chica sin amigos ni nombre, que te ha engañado. ¡Échala a la calle y no lo pienses más!» Tal como estaban las cosas, era verdad.

Estar arruinado y casado con una ladrona lo destruiría. A él y a Edencourt. Podía vaciar su casa y vender todos sus botones, pero eso solo alimentaría a su gente un invierno. Necesitaba restaurar la

finca por completo; de lo contrario, sería siempre un pozo sin fondo.

Sin embargo, no tener ni un centavo y no casarse la arruinaría a ella. A Sadie.

Cuando la cogió entre sus brazos, hizo una especie de juramento, ¿no? En su interior, en aquel momento, se había comprometido a casarse con ella.

En la enfermedad y en la salud.

En la riqueza y en la pobreza.

Levantó la vista y miró a aquella extraña que tenía delante y que llevaba el bello rostro de Sophie. Ella le devolvió la mirada; sus rasgos delicadamente

cincelados estaban tan pálidos como si estuviera muerta.

Debió de ver, en su cara, que había tomado una decisión, porque alzó la mano para detenerlo.

Por supuesto, eso era porque no sabía qué había decidido.

—Continúe —le espetó al clérigo.

Asombrosamente, en lugar de calmarse, ahora que había ganado, Sadie Westmoreland protestó.

—¡Graham, no! ¡No debes hacerlo! ¡Ya no puedo ayudarte!

No le hizo caso. Ella intentó soltar la mano, tratando de abrirle

los dedos con la mano libre, haciendo esfuerzos por soltarse.

—¡Graham, no lo hagas! ¡No tengo ni un penique! ¡Es preciso que encuentres a alguna otra, una mujer rica que pueda ayudarte a salvar Edencourt!

Sus palabras no significaban nada para él. Era como si ella hablara un lenguaje desconocido. Quizá el idioma de las mentiras. No importaba. Todo era mentira, cada palabra que se decía en este mundo. Nada era verdad.

La cogió del brazo y ambos se volvieron para ponerse de cara al sacerdote.

—¡Continúe!

Cuando ella siguió protestando, la silenció en el acto.

—Todo va a ir perfectamente bien.

Un levísimo quejido se le escapó a ella de los labios, como una exclamación ahogada al recibir un golpe mortal. Luego se quedó inmóvil y callada. Graham mantuvo la vista fija al frente, negándose a creer en las lágrimas que rodaban sin cesar por las exquisitas mejillas de la joven.

Permaneció allí, pronunciando sombríamente sus votos, hasta

que todo acabó.

El clérigo lo miró, parpadeando con vacilación.

—¿Hay un anillo, su excelencia?

El anillo de su madre. La mano de Graham se dirigió al chaleco. Podía notar el anillo; el anillo que tanto había deseado poner en la mano de Sophie, haciéndola suya para siempre jamás. Era un anillo perfecto para «Sophie», sencillo, elegante y sin pretensiones< salvo que Sophie no existía en realidad.

Dejó caer la mano, como si el anillo se la hubiera quemado.

—No —afirmó, tajante—. No

tengo un anillo para esta mujer.

El clérigo vaciló de nuevo.

—Entonces< puede besar a la novia.

«Besar a la novia.» Las palabras tardaron un largo momento en penetrar en la cabeza de Graham. Luego, una furia volcánica entró en erupción a través de su helado horror y su pérdida. Sí, por Dios que besaría a la novia.

Allí, ante Dios y dos centenares de testigos, atrajo a su enemiga a sus brazos, violentamente. Metiéndole los dedos entre aquella mata sedosa de

pelo, le inclinó la cabeza hacia atrás y apretó sus duros labios contra los suaves de ella. Durante un momento, largo y apasionado, le transmitió a aquella bella desconocida toda su ira, su dolor y su amor burlado, perdido, traicionado.

Fue un beso de adiós.

Luego la soltó, dio media vuelta y se marchó de la iglesia sin decir palabra.

Tenía que alejarse de ella, irse lejos de aquellos ojos, de aquella cara, inquietantemente elegante, lejos del magnetismo que le atraía, que siempre le había atraído, que

le hacía sentirse más vivo de lo que nunca se había sentido antes, que le había hecho creer, por primera vez, que quizá hubiera algo más en la gente que maldad y egoísmo.

«Querías que fuera real. Querías creer que era buena y sincera porque era la única persona que habías conocido que no pensaba que fueras solo una pérdida de tiempo.»

¿Quién era peor: la embustera o el estúpido que había elegido creer las mentiras, pese a todas las pruebas que había en contra?

Con su futuro destrozado, no tenía más planes que

emborracharse y seguir borracho.

Wolfe, sentado al fondo de la iglesia, se estaba desternillando de risa, una risa silenciosa e histérica. Lágrimas de alivio le rodaban por las mejillas.

Stickley lo miraba horrorizado, pero Wolfe se limitó a sonreír al socio que tanto despreciaba.

—He estado sobrio demasiado tiempo —consiguió decir cuando recobró el aliento—. Me parece que voy a tomarme unos tragos para celebrar las nupcias del duque y la duquesa de Edencourt. —Dejó escapar el aire, un suspiro

prolongado y feliz.

Se acabaron las preocupaciones, se acabaron las intrigas. No eran necesarios más planes que el de emborracharse y seguir borracho días y días.

Capítulo 30

Sadie se escabulló por la puerta de atrás de la iglesia, y el barullo y la excitación generales ocultaron su marcha. Dado que la iglesia de Saint Mary Abbots estaba situada justo en el centro de Kensington, la distancia hasta Mayfair y Brook House no era demasiado larga.

Solo que parecía que fueran cien kilómetros.

Al acercarse a la gran mansión, se le ocurrió que quizá le negaran la entrada. Después de todo, no

podía reivindicar ningún parentesco y tal vez había defraudado a todos vergonzosamente, de alguna manera.

Sin embargo, todo lo que poseía estaba en la casa. Debía confiar en que nadie se hubiera enterado de las noticias todavía.

No tuvo que llamar. La puerta se abrió y apareció la cara severamente apuesta de Fortescue.

—Su señoría.

Lo que quedaba del destrozado corazón de Sophie se le cayó al suelo. Las malas noticias viajaban a la velocidad del rayo.

Sin embargo, Fortescue le abrió la puerta de par en par y se inclinó al dejarla pasar.

—¿Su señoría se quedará mucho tiempo?

Ella alzó la barbilla. No había crítica alguna en los ojos del mayordomo. Se preguntó por qué.

—Solo he venido a recoger mis cosas.

Fortescue asintió.

—Su modisto ya ha estado aquí. Ha dicho que tiene que conservar todo lo que le han dado y que le desea lo mejor.

Sadie parpadeó. No se había esperado tanta bondad por parte

de Lementeur, porque era a él a quien más había defraudado, aparte de Graham. Luego recordó sus palabras.

«Un pobre chico *cockney* que solo soñaba con telas preciosas y encajes elegantes.»

Bueno, quizá Lementeur, el Mentiroso, quien se había introducido a la perfección en la alta sociedad contando solo con su talento, sabía algo sobre representar un papel.

Fortescue la miraba sin alterarse. Su cara no mostraba nada, pero en algún lugar, en el fondo de sus ojos, vio< ¿empatía?

—Fortescue, ¿qué voy a hacer ahora?

Él dejó caer los párpados ligeramente, ocultando aquel brillo de compañerismo.

A buen seguro, soy la última persona a la que debería preguntarle, su señoría.

¿Debía ir a Eden House y jugar a ser una dama? Tal vez había una casa vacía, una pequeña, en algún lugar de la propiedad, donde podría vivir como una duquesa exiliada.

Una princesa encerrada en una torre, después de todo.

El primer paso debía ser ir al piso de arriba y hacer las maletas. Pensaría en el siguiente paso cuando hubiera completado la primera tarea. Seguro que si ponía un pie delante de otro, atravesaría

todo aquello, de una u otra manera.

«Oh, Graham. ¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué me has convertido en tu duquesa? Ahora cargo, además, con todo Edencourt en la conciencia.»

Entonces, horrorizada, vio que Deirdre y Phoebe aparecían al fondo del vestíbulo. Lanzó una mirada llena de pánico hacia la puerta, todavía abierta.

El picaporte volvía a estar en su sitio.

—Las señoras volvieron a casa en respuesta a mi primer mensaje —la informó Fortescue, en voz baja —. Estaban muy preocupadas por

usted.

Ahora no parecían preocupadas. Phoebe, con su cara dulce, y tan bondadosa como bonita, parpadeaba mirándola como si nunca la hubiera visto antes.

Deirdre, una belleza sensacional de cabellos dorados, la miraba francamente furiosa, con los brazos cruzados y los ojos entrecerrados.

Sadie se planteó si salir corriendo como alma que llevaba el diablo, pero dado que no había ningún lugar en particular en el que necesitara estar durante el

resto de su vida, se obligó a poner un pie delante del otro hasta llegar ante las dos.

Phoebe, quien, aunque de natural bondadosa, no tenía nada de tonta, la miró frunciendo el ceño.

—Sophie está muerta, ¿verdad?

Sadie ni siquiera se molestó en esforzarse por no soltar una risa amarga.

—Yo no la he matado, si eso es lo que estás diciendo. Me llevaron a Acton casi un año después de la epidemia de gripe. Ni siquiera la conocí. —Ladeó la cabeza—. Sin

embargo, tú sí. Cuando tenías unos cinco años. La señora Blake hablaba de ello.

¿Recuerdas a Sophie?

Phoebe negó con la cabeza, pesarosa.

—No, no la recuerdo.

Sadie se encogió de hombros.

—A decir de todos, era una niña muy agradable. Todo el mundo hablaba de lo callada que era, pero conociendo a la señora Blake, eso podría ser sencillamente porque no podía meter una palabra ni de canto.

Deirdre soltó una exclamación desdeñosa.

—¿Así hablas de tu benefactora?

Sadie miró a la mujer de la que tanto había aprendido. Deirdre había resistido la feroz opresión de Tessa durante muchos años, para salir entera y victoriosa al final.

—Nunca fue mi madre, Dee. Era mi guardiana.

Una cauta compasión apareció en aquellos ojos de color zafiro, pero la terca Deirdre no era de las que se rendían tan fácilmente.

Nos mentiste —acusó—. Le mentiste a Meggie.

A Sadie aquel golpe le llegó directamente al

corazón, tal como se merecía. —Lo sé. Lo siento. No le haría daño a Meggie por nada< —¡Ya se lo has hecho!

—< pero como al principio no sabía que ella sería parte de todo esto, una vez que empecé no tenía manera de impedirlo.

Phoebe se inclinó hacia Deirdre.

—Tiene parte de razón.

Deirdre negó con la cabeza.

—No se merece que le des la razón.

Sadie suspiró.

—Dee, Phoebe, lo siento. ¿Qué

puedo hacer salvo pedir disculpas?

Phoebe inclinó la cabeza.

—Me parece que me gustaría oír toda la historia. Dee, dile a tu magnífico mayordomo que nos sirva té y pasteles, ¿quieres? Estoy absolutamente muerta de hambre y S< la duquesa parece estar a punto de desmayarse.

Deirdre hizo una mueca.

—Siempre tiene ese aspecto —dijo, pero le hizo un gesto a Fortescue—. Instálenos en algún sitio tranquilo, Fort. Tengo la impresión de que esto nos llevará un buen rato.

No era así, en realidad. Después de todo, en su vida había muy poco digno de mencionar.

—Me quedé huérfana a los siete años. No recuerdo a mis padres en absoluto. Sé sus nombres y dónde vivían, pero es solo información en un pedazo de papel. No sé por qué es así, pero lo único que recuerdo es el orfanato.

Phoebe se inclinó hacia delante, compasiva.

—¿Fue muy malo?

Sadie se encogió de hombros.

—No tenía nada con que compararlo. Hacía mucho frío en invierno, pero dormíamos de dos

en dos. No pasábamos hambre, pero la comida era muy básica. Cada día trabajábamos, ocupándonos del mantenimiento del orfanato, limpiando, cuidando del jardín y lavando ropa, pero no era un trabajo brutal. No nos pegaban, pero tampoco nos educaban. Yo ya podía leer muy bien, creo, porque solía tomar libros prestados del personal y leía siempre que podía.

Se quedó mirando el fuego, mientras sus pensamientos volaban hacia el pasado.

—Lo peor era saber que no nos querían. De vez en cuando, venía

alguien para elegir a una niña para adoptarla. Las más pequeñas y bonitas eran las primeras en marcharse. —Le dedicó una sonrisa a Deirdre—. Tú habrías desaparecido en un abrir y cerrar de ojos.

En la cara de Deirdre apareció una expresión de sorpresa, como si viera su propia posición claramente por vez primera.

—Yo también soy huérfana.

Phoebe sonrió levemente.

«Allí, salvo por la gracia de Dios, vas tú» —citó mal Phoebe.[1]

Deirdre puso mala cara.

—Maldición. Y ahora ¿cómo se supone que voy a mantener mi justa ira?

Phoebe le dio unas palmaditas en la mano.

—Sobrevivirás. —Se volvió hacia Sadie—. Sigue.

—No hay mucho que contar, lo siento. Un día vino el ama de llaves de la señora Blake y me llevó con ella. Yo estaba entusiasmada. Pensaba que iba a tener una nueva madre. Pero, en cambio, me utilizó como criada sin sueldo; era solo alguien que debía ir a buscar cualquier cosa que ella necesitara, en cualquier momento que lo

necesitara. Durante años, me esforcé de verdad por complacerla. Luego dejé de intentar lo imposible. Empecé a soñar con maneras de marcharme. Hace cuatro meses, Tessa envió por correo la parte de dinero que le correspondía a Sophie.

—Que tú robaste. —El tono de Phoebe no era acusador. Simplemente buscaba la confirmación de los hechos.

Sadie asintió.

—Que yo robé. Y que gasté para venir aquí, a Londres, y representar el papel de Sophie Blake.

Deirdre asintió.

—Me gusta. Un plan limpio y simple. Son los mejores.

Phoebe se volvió para mirarla.

—¡Deirdre!

Deirdre se encogió de hombros.

—¿Qué? Ya te dije que no podría seguir enfadada mucho tiempo.

—Era un plan sencillo —reconoció Sadie—. En especial porque no tenía ninguna intención de tratar de conseguir a un duque. Lo único que hice fue coger el dinero de alguien que, de todos modos, no lo necesitaba. Era solo

un billete para Londres y, quizá, una nueva vida, diferente de la de la sirvienta no remunerada de una mujer a la que no podía importarle menos si yo estaba viva o muerta. Fue un robo, sí, pero como todavía tengo la mayor parte, me gustaría devolvérselo a Tessa.

Deirdre hizo un gesto.

—No te preocupes. No era suyo. Lo habían reservado Stickley y Wolfe tal como decía el testamento.

—Exacto. Claro. —Sadie se alisó la falda del vestido de seda rosa que había elegido como traje de novia—. Fui a Primrose Street a

vivir con vosotras.

—Y conociste a Graham. —Los sabios ojos azul cielo de Phoebe se encontraron con los de Sadie, comprensivos—. Y te enamoraste.

Inesperadamente, los ojos de Sadie, ardientes y secos, se llenaron de lágrimas. Se tapó la cara con las manos, para intentar contener el llanto. No servía de nada llorar como si no se hubiera hecho todo aquello a sí misma, con los ojos bien abiertos.

Quería conseguir la herencia para Graham —dijo con voz apagada—. Para tenerlo para mí y para que él pudiera salvar a su

gente. Antes de ese momento, ni siquiera lo había pensado. Sencillamente, no era para mí.

Levantó la cara y las miró sin el más ligero fingimiento.

—No siento haber mentido. Siento haberos hecho daño, pero mi alternativa era pudrirme en la servidumbre durante el resto de mi vida, sin poder ni siquiera ahorrar unos peniques, siempre con miedo a que me echaran a la calle en cualquier momento, sin pensión ni referencias. Era mejor arriesgarlo todo que continuar de aquella manera.

—¡Por supuesto que sí! —

afirmó Deirdre categórica—. ¡Me gustaría decirle a esa señora Blake lo que pienso ahora mismo!

—No teníamos ni idea de que Edencourt estaba tan mal, ¿no es verdad, Dee? — Phoebe negó con la cabeza—. Esa pobre gente.

—No creo que Graham se hubiera dado cuenta tampoco hasta que tuvo en sus manos los libros de la propiedad. Se culpa por ello; piensa que cada moneda que malgastó en diversiones superficiales le quitaba el pan de la boca a algún niño.

—Bueno< sí que lo hacía —dijo Phoebe lentamente—. Y ahora

tiene que vivir con lo que ha hecho. Igual que tú.

Sadie se irguió.

—Lo sé. Graham tenía una única oportunidad de cambiarlo todo y yo se la he arrebatado.

Deirdre soltó una carcajada.

—Sadie, ¿tienes la impresión de que Graham Cavendish es una especie de víctima inocente? —Negó con la cabeza—. Cualquier sentimiento de culpa que sienta, se lo ha ganado a pulso.

Phoebe asintió.

—Supongo que no estuviste sola en aquella cama anoche.

—¿Qué? —Sadie parpadeó—.

¿Cómo<?

Phoebe sonrió.

—Solo era una conjetura, pero parece que he dado en el blanco. —Miró a Deirdre—. Me debes un sombrero y dos bolsos.

Deirdre le alargó la mano distraída. Phoebe se la estrechó, satisfecha.

—¿Habíais apostado por Graham?

—Por ti, en realidad —dijo Deirdre—. Le dije a Phoebe que sería tuyo para cuando acabara la temporada. Ella apostó a que no necesitarías tanto tiempo.

Sadie miró a Phoebe.

—Gracias< creo.

Phoebe se puso en pie.

—Sadie, vete arriba y métete en la cama. —Cuando Sadie empezó a protestar, Phoebe levantó la mano—. No seas idiota. Puede que no seas prima nuestra, pero salvaste la vida a Deirdre y has sido una buena amiga para mí. No vamos a echarte a la calle por un asuntillo de veinte mil libras de nada.

—Veintiocho mil libras —corrigió Deirdre—. Según el último recuento. Esos

abogados deben de estar alimentando la cuenta con muy buen pienso.

Aturdida, Sadie dejó que la acompañaran hasta su vieja habitación. Allí la esperaba una bandeja con más té humeante y, sí, un baño también humeante.

Todavía no se había acabado todo. Fortescue le llevó el aviso de que el marqués quería verla en cuanto se hubiera refrescado.

El día de su boda había durado un año, por lo menos. Exhausta y vacía, se bañó en silencio, se tomó el té y se puso el traje de Lementeur más sencillo que tenía.

Sadie no tenía muchas ganas de enfrentarse al poderoso e influyente marqués de Brookhaven ni a su terriblemente protector hermanastro lord Raphael. Mentirles a las mujeres amadas por unos hombres como aquellos había sido, sin ninguna duda, uno de sus errores más estúpidos.

Alzó la barbilla y entró en el estudio del marqués con un paso cadencioso que no tenía nada que ver ni con el andar desgarbado de Sophie ni con el deambular indiferente de Sofía.

—Buenas tardes, señores.

Calder estaba sentado detrás

de su gigantesco escritorio. No se levantó, sino que se la quedó mirando atentamente durante unos momentos.

—Sigue aquí —le dijo a su hermano, que estaba junto a él con el ceño fruncido y los brazos cruzados.

Rafe asintió.

—Ya lo veo. Lo que no entiendo es que tu mayordomo la dejara entrar en tu casa.

Calder enarcó una ceja.

—Mi intención es tener unas palabras con Fortescue al respecto.

—¿Hay algo que pueda hacer

por usted, milord?

Sadie no pegó un salto cuando Fortescue apareció junto a ella, al parecer obligado a materializarse de la nada, simplemente cuando alguien murmuraba su nombre. Sadie estaba muy acostumbrada a la tendencia del mayordomo a escuchar a escondidas< y lo había visto en el vestíbulo antes de entrar en el estudio.

Lo que no esperaba era oír a aquel hombre tan digno y taciturno hablar a su señor con un acento irlandés absolutamente perfecto. Gracias a Dios, no se volvió para mirarlo; de lo contrario se habría

perdido la impagable reacción de Calder.

El poderoso marqués se quedó contemplando a su leal sirviente como si, en un ataque de locura, se hubiera puesto a cantar. Lord Raphael se pasó los dedos de la mano por encima de los labios mientras miraba a su hermano, pero sus chispeantes ojos castaños traicionaban sus ganas de soltar una carcajada. Sadie y él intercambiaron una mirada, divertida a su pesar, mientras Calder farfullaba.

—Pe< esto< realmente< ¿Qué?

Fortescue se limitó a mirar al

marqués con fría expectación. En respuesta, Calder pareció pensar que se le exigía no observar nada anormal. Si su reacción había sido ridícula, sus carraspeos y su nervioso intento de hacer como si no pasara nada fueron casi para partirse de risa.

—Esto< sí< bueno< —Miró desesperado por encima del hombro derecho del mayordomo —. Eso es todo, Fortescue.

Sadie se rindió y soltó una carcajada. ¿Qué importaba cuando el marqués estaba a punto de hacer que la echaran a la calle, tanto si era una duquesa como si no?

Rafe se rió, abiertamente burlón, mientras Fortescue salía del estudio con su dignidad intacta.

—Un punto para el mayordomo, me parece, Calder.

Calder se pasó la mano por la cara.

—¿Es irlandés? No lo sabía.

Sadie lo miró con aire interrogador.

—¿Le importa, milord?

Calder parpadeó.

—¿Eh? Oh, no, no, en absoluto. Solo que ha sido tan< raro. Igual que si mi caballo hubiera

empezado a soltar palabrotas en francés. —Negó con la cabeza—. Me pregunto qué más cosas hay que no sé de ese hombre.

Si Sadie no se equivocaba, lo que Calder no sabía era que el fiel administrador de su casa estaba a punto de marcharse en busca de cierta doncella que había huido. Pero no era asunto suyo decírselo. En aquel momento, tenía sus propias preocupaciones.

Cruzó los brazos y miró a los dos hombres que tenía delante. De repente, se le ocurrió que los superaba en rango, a ambos. Puede que fuera pobre y que en ese

momento no supiera qué iba a depararle el futuro, pero era, legalmente y con total seguridad, la duquesa de Edencourt. Con esa idea en mente, inclinó la cabeza y sonrió con más alegría de la que sentía. Los dos hombres parpadearon como si los hubiera cegado una luz brillante. ¿Por qué la gente hacía siempre eso?

—Acabo de dejar a la marquesa y a su señoría —dijo en un tono simpático—.

Parecen muy felices con ambos.

Calder y Rafe se sacudieron su deslumbramiento.

—Eso espero —masculló Rafe.

Calder la miró, con aire especulativo.

—Tiene un aspecto muy diferente, señorita Blake.

Sadie levantó, altiva, la cabeza.

—No puedo imaginar por qué, señor Marbrook.

Una contracción en la comisura de los labios fue la única reacción de Calder ante la severa corrección. Rafe actuó un poco mejor. Se inclinó profundamente.

—Mis disculpas, excelencia. —Luego le sonrió, volviendo a ser el viejo Rafe—. Estás deslumbrante, Sophie.

—Muchas gracias, milord. —

Hizo una reverencia—. Pero mi nombre de pila es Sadie.

—Rafe, no te dejes enredar. —La mirada de Calder seguía siendo fría—. Esta mujer nos ha mentido a todos.

Sadie asintió, con calma.

Es cierto, aunque le aseguro que fue sin deseo alguno de sacar ningún beneficio de ustedes, en ningún sentido.

—¿De verdad? —Calder enarcó una ceja—. Sin embargo, se trasladó a mi casa en mi ausencia y, al parecer, le ha hecho algo desconcertante a mi mayordomo.

Sadie negó con la cabeza y su

sonrisa se volvió irónica.

—No soy responsable de esa parte. De eso culpo a otra pelirroja totalmente diferente.

—Ah. —Rafe lo entendió de inmediato—. Pobre hombre.

Calder pareció dolido.

—Me gustaría que alguien me lo explicara. —Alzó una mano—. Más tarde. En este momento, me gustaría saber por qué no debería echar a la señorita Bl< a lady Edencourt a la calle.

Sadie continuaba sonriendo. La verdad era que aquel hombre era un encanto. Protegía tanto a Deirdre< como si

una fierecilla como ella necesitara un defensor así.

—Puede intentarlo —respondió Sadie con dulzura.

Rafe levantó las dos manos en un gesto de rendición.

—Esto lo decide. Debe de ser de la familia.

Sadie lo miró también con afecto.

—Solo en espíritu, me temo. —Luego frunció el ceño—. Aunque< si Tessa es la madrastra y prima de Graham, entonces< —Parpadeó—. ¡Soy de la familia! —¿Era así?—. Hummm. Bueno, quizá no.

—¡Para nosotras es lo bastante

cercana! —Deirdre se acercó y se colocó junto a Sadie, de cara a su marido—. ¿No es así, Phoebe?

Phoebe entró y ocupó su posición al otro lado de Sadie.

—Sin ninguna duda.

Calder y Rafe las miraron a las tres, plantadas con idénticas expresiones de superioridad y los brazos cruzados. Una fortaleza inexpugnable de poder femenino.

Rafe soltó un juramento entre dientes.

—Nos superan en armas, compañero.

Calder frunció el ceño.

—No te rindas con tanta

facilidad.

Rafe negó con la cabeza.

—Superados en armas, en número y, francamente, en ánimo. —Se encogió de hombros—. Me cae bien Sadie.

Calder carraspeó.

—Nunca he dicho que a mí no me cayera bien. —Hizo un último intento—. ¡Deirdre, debes pensar en Meggie! ¿De verdad quieres exponerla al contacto con alguien de quien no sabes nada de nada?

Phoebe hizo un gesto de desaprobación.

—Ay, Calder. Eso no ha sido nada sensato.

Desde detrás de sus faldas apareció, pisando fuerte, una versión más pequeña y algo más desaliñada de ferocidad femenina. Meggie se plantó delante de Sadie, con los brazos cruzados y los furiosos ojos castaños fijos en su padre.

Papá, sé amable. Sadie ha tenido un día muy difícil.

Sadie sintió que su temple se ablandaba un tanto, provocándole un temblor en el vientre que bien podía transformarse en llanto. Cambió de pose para acariciar el pelo azabache de Meggie.

—Gracias, pequeña. Tenía miedo de que estuvieras enfadada conmigo.

Meggie volvió la cabeza para mirarla.

—Sadie, tuviste que mentir. Eras huérfana. Yo sé muy bien lo que es que nadie te quiera.

Fue la puntilla. Calder se vino

abajo como un árbol talado.

—Pero Meggie< —Parecía que se le fuera a descomponer la cara —. ¡Yo siempre te he querido! Es solo que no< No sabía qué hacer<

Deirdre soltó una risita burlona y Phoebe carraspeó. Sadie no tuvo más remedio que sonreír.

Rafe meneó la cabeza.

—Hermano, no tenías ni la más remota posibilidad.

Meggie miraba a su padre comprensiva, como un conquistador bondadoso contemplando a su enemigo derrotado.

—No pasa nada, papá. Sé que

ahora me quieres.

Sadie pensó que Calder iba a echarse a llorar. Le dio unas palmaditas a Meggie en la cabeza.

—Ya es suficiente, tesoro. Dale un respiro al pobre hombre.

Phoebe sonrió.

—Entonces, ya está todo arreglado. Sadie puede quedarse todo el tiempo que quiera.

Rafe le devolvió la sonrisa a su esposa, como si no tuviera más remedio que hacerlo. Probablemente no lo tenía, pues estaba loco por ella.

—Me alegro de que hayamos solucionado esto, pero ¿qué hay de

Graham? Por lo que hemos oído, tiene graves problemas con sus propiedades.

Calder parecía estar recuperándose, porque asintió con pesar.

—Me gustaría ayudarle económicamente, pero no creo que lo aceptase. Sé que yo no lo aceptaría.

—Comida —propuso Sadie al instante—. Podéis enviar comida a los jornaleros.

Eso lo aceptará. Sé que lo hará.

Los ojos de Phoebe se iluminaron.

—Oh, sí, es magnífico. Ni

siquiera un idiota rechazaría comida para los niños.
Rafe pareció ofendido.
Phoebe hizo un gesto afectuoso.
—No me refería a ti, cariño. Ya casi nunca eres un idiota.
Rafe no parecía del todo seguro de que le hubieran hecho un cumplido.
—Esto< gracias.
Calder miraba a Sadie con aire reflexivo.
—Puede que estés a la altura, después de todo —murmuró.
Sadie captó la mirada y enarcó una ceja.

Puede que tú también lo estés.

Deirdre dio una palmada.

—¡Envainad las espadas!

De repente, Sadie sintió el peso de cada momento de su «día muy difícil». Le martilleaba la cabeza y le dolía el cuerpo debido a demasiadas horas montada a caballo, sin estar acostumbrada, y a< bueno, a Graham. Se llevó una mano a la mejilla.

—Gracias a todos por vuestro interés —dijo—. Pero solo me quedaré lo suficiente para recoger mis cosas< —Le pareció que la habitación se inclinaba un poco. Le

parecía que llevaba semanas sin dormir.

Meggie la miró atentamente.

—¿Vas a desmayarte? Porque si es así, tendrías que asegurarte de estar junto a un sofá o algo así.

Deirdre rodeó a Sadie con un brazo.

—¡Calder, mira lo que has hecho!

Calder se quedó boquiabierto.

—Pero< yo<

Phoebe acudió también al lado de Sadie.

—¡Rafe, trae un poco de agua!

Rafe salió corriendo.

Al momento, Fortescue estaba

allí.

—La habitación de su excelencia está preparada. Hay un baño esperando y haré que le suban una bandeja de inmediato.

Sadie, que durante el último día había sido amada, acusada, desposada, abandonada y ahora, por fin, abrazada, permitió que lo más parecido a una familia que nunca había conocido la acompañara arriba y la acostara en la cama, como si fuera una niña pequeña.

Capítulo 31

El whisky sabía a orina. Graham miró con suspicacia la licorera. ¿Qué había estado haciendo Nichols?

Irritado y de malhumor, tiró la botella dentro de la chimenea. Se hizo añicos contra los ladrillos, y el whisky estalló en una momentánea explosión de llamas azules.

«Esa licorera era de cristal fino. ¡Podrías haber puesto comida en la boca de alguien durante un mes!»

¿Desde cu{ndo su voz interior se había convertido en femenina< y siempre tenía razón?

Todo lo que pudiera venderse se vendería. Debía poner la casa de

Londres a la venta en subasta. No creía que estuviera incluida en el vínculo hereditario. A lo mejor, era suficiente para acallar a los acreedores más vociferantes —y violentos— y comprar tejados nuevos para los jornaleros de la propiedad que siguieran decididos a quedarse otro invierno en Edencourt.

Después de eso, estaría en la más absoluta miseria.

No se sentía asustado por él mismo. Al parecer ya no tenía apetito, y después de las últimas veinticuatro horas estaba claro que no sería capaz de beber lo

suficiente para silenciar aquella voz agria que tenía dentro de la cabeza. Así que no necesitaba comida ni bebida, solo un techo sobre la cabeza y un sillón donde alimentar su malhumor.

Sería ese duque demente y taciturno de la mansión en ruinas, ese que las madres nombraban para asustar a sus hijos y hacerles obedecer. «Pórtate bien o el duque vendrá y se te llevará.»

Sombras del terror de su propia infancia lo recorrieron de arriba abajo. Nervioso, espoleado a hacer algo, se puso en pie de un salto.

Pero no tenía ningún sitio adonde ir. Nadie lo esperaba en Primrose Street, salvo Tessa. No había ninguna mujer cáustica, con el pelo rubio rojizo, unas piernas interminables y demasiado cerebro para su propio bien.

«¿Adónde habrá ido cuando la has abandonado en la iglesia?»

No la había abandonado. Estaba bien y a salvo, en medio de la multitud.

«Una multitud que la despreciaba. Incluso el sacerdote le lanzaba miradas hostiles.»

No era asunto suyo. No era su

amor, no era su cariño. No era su Sophie.
«Solo era tu esposa.»
Se pasó la mano por la cara. Su esposa, Sadie.
«Sadie.»

Lo dijo en voz alta, probando cómo sonaba.

—Sadie, duquesa de Edencourt.

Sonaba mal. Era el nombre de una lavandera y un título solo inferior al de la reina. La combinación era ridícula.

Oyó una risa alegre en su mente. «Ridícula pero perfecta.» —¿Lo ves? Te dije que estaría borracho.

Graham no se molestó en volverse.

—Te perdiste mi boda, Deirdre.

—Era justo. Tú te perdiste la mía.

Entró en la estancia, seguida de Phoebe. Graham esperaba que sus enamorados maridos entraran también; luego respiró aliviado cuando no lo hicieron. Pensaba que no había nada malo en ellos, la mayor parte del tiempo, pero lo último que quería tener a su alrededor en ese momento era un amor que lo impregnaba todo hasta tal punto que era casi imposible respirar.

«No puedo respirar. No siento

latir mi corazón. No puedo vivir sin mi Sophie.» Que no existía.

«Vaya lío.»

Se llevó las dos manos a la cabeza, esperando que la presión expulsara aquella voz. Quizá debería consultar al sacerdote. ¿No hacían exorcismos de vez en cuando?

La voz de su cabeza se calló, pero no había manera de silenciar a Deirdre cuando estaba en vena.

—¿Qué estás haciendo, ahí sentado a oscuras, bebiendo? —En dos pasos fue hasta la ventana y descorrió las cortinas por

completo, dejando entrar una luz deslumbrante, agresiva y horrible. Se volvió para mirarlo, con los brazos en jarras—. ¡Tienes asuntos importantes de que ocuparte!

Graham parpadeó para protegerse de la luz del sol que ahora le taladraba el cerebro con unas agujas al rojo vivo.

—Cierra, ¿quieres? Si no, la alfombra perderá el color. Tal vez tenga que venderla pronto.

Deirdre agitó un fajo de papeles delante de su cara.

—¡Tienes que hacer algo para ayudar a Sadie!

Phoebe se apiadó de Graham y

corrió los cortinajes parcialmente.

—Deirdre, ¿por qué no descargas esa rabia tuya en ese execrable mayordomo de Graham? Me parece que a todos nos iría bien una taza de té.

Deirdre bufó irritada, le dio los papeles a Phoebe y luego salió de la habitación con cara de justa indignación. Pobre Nichols.

Phoebe alisó las hojas mientras observaba cómo Graham se hundía en el enorme sillón que había detrás del pesado escritorio.

—¡Qué habitación tan extraña! —dijo, empleando un tono

familiar.

Graham gruñó.

—Tendrías que haberla visto antes de la hoguera.

Phoebe sonrió.

—No hay nada como una buena hoguera. Pero el oso me gusta. Parece algo que

So< que Sadie haría.

Graham cerró los ojos. La llevaba dentro de su propia sangre, de sus propios huesos. ¿Qué importaba si había trazas de ella por todas partes?

—Añadió el lazo.

—Ah. —Phoebe se le acercó y se sentó en el taburete bajo junto a

sus rodillas—. Graham, no te conozco desde hace mucho. Tampoco conozco a Sadie desde hace mucho más. Sin embargo, me parece que te quiere de verdad. —Suspiró—. Está muy, muy triste.

Estaba en Brook House. Claro.

«Sana y salva.»

No le importaba. Ni lo más mínimo. A pesar de ello, algo muy dentro de él abandonó su incesante preocupación y se asentó, con cansancio, para llorar su ausencia.

Sabueso leal y estúpido.

Corazón leal y estúpido.

Inclinó la cabeza y la recostó en el respaldo.

—Phoebe, ¿qué importa si me quiere? Ni siquiera conozco a esa mujer.

—Graham, si no dejas ese lloriqueo monótono, voy a tirarte este asqueroso té por encima.

Graham no abrió los ojos.

—Ah, qué bien. Deirdre ha vuelto.

«¿No
estás
ya
un
poco
harto
de
ti

mismo?»

En realidad sí que lo estaba.

Abrió los ojos.

—Me parece que, a estas alturas, tendrías que estar más que asqueado de ti mismo —señaló Phoebe.

—Yo lo estoy —apuntilló Deirdre.

Pero el corazón le hervía de

dolor.

—¡Me ha arruinado! —En el sentido económico, claro, no en el otro. Excepto que, en realidad, también lo había arruinado en ese otro sentido.

Phoebe lo miró furiosa.

—¡Sophie solo lo hizo por ti, Graham!

—¡Mintió!

Deirdre soltó un bufido.

—Una única mentira. Una mentirijilla de nada. Seguro que tú le has mentido a alguien, en algún momento, ¿no, Graham?

—Pero<

Phoebe intervino.

—¡Estaba absolutamente sola!

Aquello dio en el blanco. Graham sabía cómo era eso.

Phoebe continuó.

—La pusiste en un pedestal. No es justo. Antes o después tenía que cometer un error y caerse. Solo es humana.

No había pensado en ella como en una humana. Había pensado que era< una< una especie de icono; un símbolo de verdad y decencia y, bla, bla, bla. ¡Dios, estaba harto del círculo vicioso de sus pensamientos!

Era fácil echarle la culpa de todo a ella, pero Edencourt tenía

problemas desde antes incluso de que ella naciera y continuaría teniéndolos mucho, mucho tiempo más. Incluso con una entrada asombrosa de dinero, no había una cura milagrosa para la propiedad. Iba a ser un trabajo duro, lento y gradual; un trabajo que se había negado a reconocer que quizá él no fuera capaz de llevar a cabo.

Pensaba que necesitaba el dinero de Lilah, pero ese era solo el viejo Graham, que esperaba que alguien lo librara de la parte difícil. Levantó la cabeza y miró a Deirdre y a Phoebe.

Sadie Westmoreland también

les había mentido a ellas. Les había engañado y las había dejado en ridículo; incluso había tratado de robarles su herencia.

Diablos, había tratado de darle su herencia a él, bien envuelta y con un bonito lazo de seda rosa.

Lo único que le había robado era su corazón.

Pero la verdad era que eso se lo había dado él, voluntariamente, ¿o no?

Deirdre lo observaba con atención.

—Lementeur nos dijo que tuviste tu oportunidad de echarte atrás durante la boda. ¿Te has

preguntado por qué no lo hiciste?

Graham se pasó la mano por el pelo.

—No podía arruinar su reputación.

Phoebe le sonrió.

—Pero ¿podías arruinarte tú?

La sonrisa satisfecha de Deirdre habría avergonzado a un gato bien alimentado. —A mí me parece que es amor.

Amor.

—¡Por todos los demonios del infierno! —Graham se levantó de un salto—. ¡Lo había olvidado! ¡Esa mujer, esa Blake me dijo que pensaba presentar cargos!

La amargada y vengativa señora Blake había fijado su residencia en Primrose Street. Tessa, una vez ganada la batalla por la herencia de Deirdre, se lo había permitido generosamente. Después, antes de que pasara una hora, había hecho las maletas y se había mudado a casa de su nuevo amante.

Cuando alguien era incluso más venenoso que Tessa, merecía la pena verlo.

Graham, Phoebe y Deirdre subieron los escalones hasta la casa al unísono. Cuando el haragán del mayordomo de Tessa contestó,

finalmente, a la llamada del picaporte, se encontró cara a cara con tres animosos ángeles vengadores.

Deirdre lo aturdió con una brillante sonrisa que no alcanzaba sus furiosos ojos.

—Buenas tardes, Harrick. Venimos para una visita de familia.

Capítulo 32

En el saloncito de la casa de Primrose Street, Graham, Phoebe y Deirdre rodeaban a una señora Blake rígida pero temblorosa.

—¿Dice que era una sirvienta? —Phoebe rezumaba una paciente crueldad—. Sin embargo, nunca le pagó nada, ¿estoy en lo cierto?

—Le di un hogar, ¿no? ¡La traté como si fuera de la familia! ¡No había necesidad de pagarle nada, además! ¡Aquel dinero estaba destinado a mi hija! ¡Y ella lo robó! Esa desagradecida, malvada<

—¿A su hija? —Graham habló muy despacio, sosteniendo la mirada de Phoebe y de Deirdre, mientras enarcaba las cejas de un modo significativo.

Phoebe abrió mucho los ojos, pero Deirdre captó la idea de

inmediato.

—Sí —dijo, mostrándose de acuerdo con la señora Blake y asintiendo comprensivamente—. Su hija, Sophie.

La señora Blake se inclinó de inmediato hacia la única fuente de comprensión que había en la sala.

—Sí, mi cariño, mi preciosa<

—Hija. —Las comisuras de los labios de Phoebe empezaron a curvarse—. Su hija.

La señora Blake empezó a darse cuenta de que algo no iba bien; de que su público repetía la misma frase, una y otra vez.

—Sí —dijo con aspereza—. Mi

hija Sophie. ¿Qué pasa?

Graham bajó la vista hasta sus manos entrelazadas.

—Después de perder a su hija, llevó a S< la señorita Westmoreland a su casa, ¿correcto?

La mirada de la mujer era ya francamente desconfiada.

—Sí, echaba de menos a mi Sophie, así que cuando murió, mi ama de llaves me trajo a una niña huérfana para que me hiciera compañía. Dijo que la había elegido porque se parecía a mi querida hija; aunque yo nunca le vi ningún parecido<

Por lo que Graham podía ver

de la mujer y de la miniatura que apretaba dram{ticamente contra su pecho, Sophie< es decir, Sadie, se parecía lo bastante a las dos para haber nacido dentro de la familia. Unos cabellos demasiados rojos para ser realmente rubios, unos ojos de un particular gris de nubes de tormenta, y la nariz Pickering en toda su gloria. Vio que Deirdre y Phoebe llegaban a las mismas conclusiones. ¡Aquella mujer había tratado de hacer pasar a la huérfana por su propia hija para hacerse con la fortuna Pickering!

—Hummm. —La sonrisa de Deirdre era quizá demasiado

alegre—. ¿Qué nombre tiene cuando alguien saca a un niño de un orfanato y le da un hogar? —Chasqueó los dedos en el aire—. Graham, ayúdame. ¿Cuál es la palabra?

Graham sonrió.

—Me parece que la palabra que buscas es «adopción».

Ahora, la sonrisa de Deirdre era la de una gata satisfecha.

—Sí, eso es. Precisamente. —Le faltaba poco para ronronear mientras observaba a la señora Blake con los ojos entrecerrados.

Phoebe tomó el relevo.

—El dinero era para su hija,

como ha dicho. ¿La adopción no convierte a Sadie Westmoreland en hija suya< y por ello en la bisnieta de pleno derecho de sir Hamish?

Los ojos de la mujer se achicaron.

—No entiendo qué quiere decir.

Phoebe ladeó la cabeza con una sonrisa.

—Me parece que conozco a alguien que podrá explicárselo.

Cuando el señor Stickley llegó, lo acompañaron al saloncito, donde se encontró frente al extraño cuadro formado por el duque de Edencourt, la marquesa de

Brookhaven y lady Marbrook, todos de pie detrás de un sillón, como un apuesto alcaide y sus dos bellas guardianas. El sillón estaba ocupado por una versión, apagada e incómoda, de la horrible mujer que había arruinado la bella boda de la señorita Blake.

Excepto que no era la señorita Blake, o eso creía.

—Oh, vaya —balbuceó el señor Stickley—. Vaya embrollo que es todo esto.

Parpadeó desconcertado cuando las tres personas que estaban de pie estallaron en una carcajada espontánea.

No obstante, una vez que le explicaron todo el asunto, Stickley estuvo en su elemento.

—En las herencias vinculadas, un hijo adoptado no está considerado un heredero legal —explicó—. Pero una hija adoptada podría, sin ninguna duda, heredar mediante un testamento ordinario, siempre que dicho testamento no estipulara lazos de sangre.

Miró a la marquesa, consternado.

—¿Le preocupa que la señorita Blake< es decir, la duquesa de Edencourt pueda heredar antes que usted?

—Ni lo más mínimo. Espero que lo haga. —La marquesa le sonrió, con los ojos llenos de un afecto súbito hacia él. Era una auténtica belleza. Aquel pelo rubio, aquellos ojos asombrosos<

El duque chasqueó los dedos delante de la cara de Stickley.

—Baja la intensidad de la luz, Dee. Este hombre no está acostumbrado a tanta.

Stickley carraspeó y se toqueteó la corbata.

—Esto< sí. Bueno. Disculpe< ¿qué?

Lady Marbrook le puso una mano en el brazo.

—Señor, queremos que la duquesa herede la fortuna Pickering.

—Se lo merece —dijo la marquesa rotundamente—. Yo no la necesito.

Lady Marbrook sonrió.

—Yo tampoco.

El duque asintió.

—Pero lo más importante es que necesitamos que la señora Blake nos garantice que no presentará cargos por el robo del dinero de su hija.

Stickley resopló. Era un interés legítimo, porque hasta una duquesa podía ser acusada de un

delito.

—La señora Blake debería habernos informado inmediatamente de la muerte de su hija. —Luego se ablandó—. O tan pronto como se sintiera capaz de hacerlo, dentro de su dolor.

La marquesa masculló algo como «lo cual equivale a nunca», pero no podía ser, porque la marquesa era la imagen misma de la corrección en una dama.

La señora Blake gruñó.

—Se me debe lo que se me debe. A mí nadie me roba, ni siquiera una huérfana con un cuerpo como el palo de una escoba.

Stickley intercambió miradas preocupadas con el duque y con sus dos encantadoras compañeras. El acuerdo no funcionaría si la mujer no cejaba en su venganza y declaraba que la duquesa era su hija legal.

Cuando Sadie se despertó en su habitación de Brook House, la nueva doncella de Deirdre, la que se había llevado con ella de viaje, estaba cepillando el vestido rosa del día anterior.

Su vestido de novia, para ser precisos. Sadie lo había elegido porque tenía ese único y perfecto matiz de rosa pálido que incluso

las pelirrojas podían llevar. Se había sentido bella, femenina y deseada con él.

Parecía haber pasado mucho tiempo.

La nueva doncella, Jane, le sonrió cuando vio que tenía los ojos abiertos.

—Buenos días, excelencia. ¿Le apetece tomar té? ¿Pido que le sirvan el desayuno aquí?

Sadie parpadeó. «Excelencia.» Se preguntó cuánto tiempo le costaría acostumbrarse.

El desayuno llegó y desapareció. Sadie se puso un vestido de día, de fresca seda

verde, y se dirigió al piso de abajo. No tenía ni la más remota idea de qué hacer consigo misma. ¿Debía volver a Edencourt ella sola para ayudar a la gente de la aldea? ¿Debía esperar allí a que Graham enviara a buscarla< algo que quiz{ nunca llegara a suceder? ¿O debía embarcar en el primer buque que saliera del puerto y ser la duquesa de Edencourt en América, donde todos quedarían debidamente impresionados y ella podría salir a cenar, gracias a su título, durante el resto de su vida, sin pagar ni un penique?

De todas las opciones, lo que

más ansiaba era volver a Edencourt. No solo porque Moira y los niños necesitaban ayuda, sino porque aquel día y aquella noche únicos en Edencourt habían sido lo más cercano que Sadie había conocido nunca a tener un hogar.

La mayoría de las mujeres no tenían miedo de que sus maridos las echaran a la calle cuando las descubrían en su hogar.

Estaba matando el tiempo en el saloncito cuando oyó que llamaban a la puerta.

Un momento después entraba

Fortescue en la estancia.

—Lady Tessa y el señor Somers Boothe-Jamison, excelencia.

—¿De verdad? —Sadie frunció el ceño—. Qué< extraño.

—¡Querida! —Tessa entró con aire majestuoso y depositó un beso de tía en la mejilla de Sadie. Dado que era el primero que recibía de ella, era comprensible que Sadie se encogiera, muy levemente, de forma que el ósculo acabó en su oreja. No obstante, para el señor Boothe-Jamison tuvo una sonrisa sincera.

—¿Cómo está su precioso caballo, señor?

Somers sonrió.

—Perfectamente, excelencia. El único recuerdo de su dura prueba es una tendencia a tumbarse siempre que puede.

Tessa se movía de un lado para otro.

—¡Siéntate, So< esto< Sa< querida! Somers ha insistido en que viniera a visitarte hoy, para ver si estás bien y si necesitas algo. —Tessa se la quedó mirando con una alegría intencionada—. No necesitas nada, ¿verdad?

Somers carraspeó.

—Tess, ya hemos hablado de esto. No quiero tener que

recordártelo de nuevo. Tessa soltó una risita y aleteó las pestañas en dirección a Somers.

—Sí, mi amor.

¿Tessa había soltado una risita?

Sadie se preguntó si, en realidad, no se había despertado aquella mañana, sino que, incluso en ese momento, estaba soñando, en su cama, en el piso de arriba. No, no podía ser un sueño. Tendría que estar loca para ocurrírsele algo tan ridículo como ver a Tessa pestañeando y soltando risitas propias de una adolescente.

Parpadeó rápidamente y se volvió hacia Tessa.

—Ah< ¿qué era lo que quería decirme?

Tessa le envió a Somers una última mirada de adoración y luego suspiró profundamente.

—Somers me ha hecho venir aquí hoy para pedirte disculpas.

Aquello no servía de mucho. Había tantas cosas por las que Tessa le debía disculpas que, sencillamente, no sabía por dónde debería empezar su supuesta tía. «Siento haber conspirado contra ti» sería un gran principio, pero eso

era algo que no diría nunca.

—Siento haber conspirado contra ti —dijo Tessa, sin rastro de ironía ni de que fuera un comentario con doble intención—. No debería haber enviado a buscar a la señora Blake. Solo quería meterte en problemas con tu madre, no provocar un escándalo nacional.

Somers cruzó los brazos.

—Nada de excusas, Tess. Asume la plena responsabilidad de tus actos.

—Está bien. Quizá sí que tenía la esperanza de que hubiera un escándalo nacional, pero no tenía

ni idea de que el secreto fuera tan bueno. —Se encogió de hombros —. ¿Por qué demonios te molestaste en invitarme?

Sadie no podía hacer otra cosa que mirarla fijamente, atónita. Un joven, de aspecto inofensivo, manejaba a la depredadora lady Tessa a su antojo.

—No era nada personal, Sadie. Graham es de la familia, pero tenía todas mis esperanzas puestas en que Deirdre ganara, incluso entonces.

—Pero ella no necesita el dinero, Tessa —dijo Sadie.

—No se trata del dinero,

querida —explicó Tessa, tajante—. Se trata de ganar. Siempre se trata de ganar. —Luego se marchó, mirando embelesada al nuevo hombre de su vida, incluso mientras salían de la casa cogidos del brazo.

De todas las personas que habían pasado por Brook House durante los diez años de su supremacía allí, Sophie-Sadie Westmoreland, duquesa de Edencourt, era una de las favoritas de John Herbert Fortescue. Como él, había ascendido gracias a su ingenio y resistencia desde unos malos principios hasta un lugar

mejor. Como él, había cometido errores a lo largo del camino. Les había mentido a algunas personas, personas que merecían conocer la verdad. Además, igual que él, la duquesa, que poseía una extraña gracia y elegancia, había sido abandonada por quien más deseaba que permaneciera a su lado.

Fortescue observaba a la duquesa, que estaba apoyada en la ventana frontal del salón con la mirada perdida en la ciudad que había en el exterior. El hombre que esperaba no acudiría. Todos lo sabían, incluyendo la propia

duquesa. El duque de Edencourt había sido humillado públicamente. Londres estaba convulsionado. Hasta las calles y los parques resonaban con risas de credulidad. Un hombre no olvidaba con facilidad una traición así.

«¿Cómo ibas a saberlo? Patricia te rechazó porque eres un embustero y un fraude.»

Y luego se marchó, llevándose su corazón roto con ella, en mitad de la noche. No tenía ni idea de a dónde había ido.»

«Empieza por County Clare. Los acantilados. ¿Cuántos O'Malley

puede haber en ciento cincuenta kilómetros de costa?»

¿En Irlanda? Cientos, probablemente. Sin embargo< era posible que la encontrara. ¿Qué le diría? ¿Cómo podía negar que era un mentiroso, que se había avergonzado de su linaje y que había pasado los últimos quince años erradicándolo de sus pensamientos?

Hasta que ella llegó, con sus ojos de color esmeralda, su pelo como el fuego y el sonido del hogar en la cadencia de su voz.

El hogar. Se había marchado hacía tanto tiempo, decidido a no

mirar nunca atrás, a sacudirse el «barro de los campos de patatas» de sus botas para siempre, a buscar una vida mejor, un camino mejor< ¿adónde? Al final, todos los caminos llevaban al mismo sitio.

¿Quién lloraría por él cuando muriera?

«La plata te echará muchísimo de menos.»

«No creo que el picaporte de bronce consiga sobrevivir a la pérdida.»

¿Qué sentido tenía ser el mejor mayordomo de Londres, si no había nadie a su lado a quien le importara un carajo? ¿Qué era otro

día más de impecable servidumbre sin aquella voz cadenciosa y burlona dándole su merecido por su pomposidad, o aquellos ojos luminosos viendo las necesidades de los que la rodeaban o aquellos cabellos espléndidos desparramándose por encima de su almohada al llegar la noche?

—Dimito.

En la ventana, al otro lado del saloncito, la duquesa no se sobresaltó lo más mínimo ante su súbita declaración.

—No le culpo —dijo, sin volverse—. No encontrará a otra joven como Patricia en toda su

vida.

—Dimito. —Decirlo de nuevo lo volvía más firme—. Renuncio ahora mismo.

La duquesa soltó una discreta carcajada y apoyó la cabeza en el marco de la ventana.

—Le he oído. Ahora vaya a decírselo al marqués.

—El marqués.

Diablos. Dio media vuelta, sintiendo frío en las entrañas ante la idea de abandonar al señor que había servido durante tanto tiempo. Había sido un privilegio servir a un hombre como él. Era una mala jugada abandonarlo así

tan de repente.

—¿Fortescue?

Se volvió, agradecido por el momentáneo respiro.

—Sí, excelencia.

—¿Cree que le perdonará? —Se volvió hacia él finalmente, con sus grises ojos húmedos y luminosos—. No sé qué le hizo, pero debió de ser algo terrible para que huyera de esa manera.

Fortescue asintió.

—Hice< lo que usted hizo, excelencia.

Sadie sonrió con tristeza.

—Eso pensaba. Lementeur dijo que siempre nos reconocemos

entre nosotros, incluso cuando nosotros mismos no podemos reconocernos.

«Nosotros mismos no podemos reconocernos.»

—Ahora vuelvo a conocerme —dijo Fortescue, con el espíritu irlandés hirviéndole en las venas. El anhelo del hogar era tan violento que apenas podía respirar. Su casa. Patricia.

Las dos palabras tenían el mismo sentido.

La duquesa asintió.

—Me alegro mucho por usted. Si me ve tirada en algún sitio, no deje de decirme que vuelva a

encontrarme yo también.

Fortescue se inclinó respetuosamente, no solo como deferencia hacia su título.

—Sería un placer, excelencia.

Sadie lo despidió con un gesto.

—Váyase entonces. Y no se preocupe. Estos días, Calder es como una pastilla de goma, blandito y enamorado. No le morderá.

Fortescue se enderezó y dejó que la fachada de mayordomo perfecto desapareciera para siempre. Le dirigió a una de las damas de más alto rango de

Londres una sonrisa descarada.

—Es usted una gran chica, Sadie. Y él es un bobo cegado por el whisky si permite que se marche.

Sadie dejó que una sonrisa iluminara aquellos ojos de color nube de tormenta por un instante.

—Venga ya, donjuán —respondió, y su acento irlandés de imitación fue tan exagerado que casi resultó perfecto—. Ve a decirle al amo que ya te has hartado de limpiarle su trasero chapado en oro.

Riendo, John Herbert Fortescue aceptó su última orden de una aristócrata inglesa y, dando

media vuelta, se apresuró a hacer exactamente lo que le mandaban.

Capítulo 33

Al cabo de un rato, Sadie se cansó de vigilar junto a la ventana. Graham no acudiría.

Además, aunque lo hiciera, Sophie, no podría soportar enfrentarse a él. ¿Qué podía decirle sino que sí, que era una embustera y una ladrona y, sí, que lo había seducido para obligarle a que se casara con ella?

¿Todo por una buena causa? Sonaba poco creíble cuando no había ninguna fortuna Pickering que compensara sus

transgresiones.

Independientemente de a donde fuera o lo que hiciera, sabía que no quería quedarse allí. No podía esperar que Deirdre evitara a Graham durante el resto de su vida. Y, ciertamente, ella no podría soportar ver cómo tenía una amante tras otra a lo largo de los años; sin embargo, ¿qué otra cosa podía pasar? Podía quedarse y ayudar en Edencourt, pero sus conocimientos eran pobres. Aunque los utilizaría encantada, no estaba segura de que fueran a servir de mucho. Además, solo causaría conflictos cuando se

encontrara allí con Graham.

Fue a su habitación y empezó a hacer las maletas. La ropa de viaje en un baúl. Las creaciones de Lementeur, en otro. Se estaba quedando sin espacio.

En la cómoda encontró sus traducciones. Allí estaban todas, desde el cuento de *La Bella Durmiente* hasta *Jardín de verano, jardín de invierno* y, por supuesto, *La Cenicienta*.

Abrumada por los recuerdos y la tristeza, se sentó a leer de nuevo *La Cenicienta*.

«Se sentó en un taburete bajo, sacó el pie del pesado zueco de

madera y lo metió en el zapato, que le iba perfectamente. Cuando se puso en pie y el príncipe la miró a la cara, reconoció a la bella doncella con la que había bailado. "¡Esta es mi auténtica novia!", exclamó.»

¿Por qué se torturaba con esa historia? La apartó de ella. Por un momento, se sintió tentada a arrojarla al fuego, junto con todas sus otras traducciones, pero luego pensó que, por lo menos, podía encuadernarlas y regalárselas a Meggie.

Un regalo de despedida.

La habitación había sido

devuelta a su estado anterior, cuando nadie la utilizaba. Se había borrado toda señal de la existencia de Sadie Westmoreland. De hecho, resultó muy fácil hacerlo. Después de todo, siempre había vivido al margen de la auténtica existencia. Nunca un hogar de verdad, nunca una familia de verdad, nunca un amor de verdad.

«Ay, mi amor. Mi amor eterno.»

Cerró los ojos para luchar contra el recuerdo de la expresión de la mirada de Graham la última vez que lo había visto. No debería haberle dejado llevar hasta el final la ceremonia de la boda. Su honor

no le había permitido interrumpirla, pero ella podría haber huido o gritado «¡Fuego!» o cualquier otra cosa para salvar a aquel terco estúpido de sí mismo.

Y de ella.

Seguía existiendo la posibilidad de la anulación. Visitaría a aquel obispo antes de marcharse de Londres. Si a Graham el chantaje le daba resultado, también se lo daría a ella.

Un lacayo llamó a la puerta.

—Su excelencia ha venido a verla, señorita.

Sadie levantó la vista para

asegurarse de que la puerta estaba cerrada con llave.

—Dígale a su excelencia que no tiene que molestarse en echarme. De todos modos, me marcho de Londres dentro de muy poco.

—Sí, señorita —dijo el criado obedientemente. Pobre hombre, los deberes de Fortescue habían recaído en unos hombros poco preparados.

Luego oyó la voz de Graham en el vestíbulo, alzada para protestar. Hambrienta de la más mínima migaja suya, se levantó y pegó la oreja a la puerta.

—Maldita sea, ¿es que no tiene

la condenada llave?

El lacayo murmuró algo. Sadie deseó que Fortescue se hubiera llevado las llaves con él y las hubiera tirado por algún acantilado. Amaba a Graham. Necesitaba a Graham.

No se permitiría tener ni el más diminuto trocito de Graham. Él se merecía algo mejor.

Además, no soportaba verlo cara a cara.

No se oía nada más en el pasillo. Decepcionada, se apartó de la puerta y ocultó el rostro entre las manos.

—Ay, amor mío —murmuró.

Entonces oyó un golpe sordo y un juramento ahogado. Levantó la cara y soltó una exclamación al ver al hombre caído en el suelo, junto a la ventana, sin chaqueta, con la manga desgarrada y unas hojas entre el pelo.

Él hizo una mueca y luego le sonrió.

—¿No es así como lo hacen en esas historias tuyas?

Sadie estaba boquiabierta, incapaz de decir palabra. Tragó con fuerza y retrocedió un paso, aunque lo que quería era correr hacia delante.

«¡Sí! ¡Corre! ¡Corre!»

Movió la cabeza, negando; negándolo a él, negándose a sí misma.

—¡No puedo verte!

Él se incorporó y se sacudió el chaleco.

—Entonces es que no miras bien. Estoy aquí y puedo demostrarlo. He hecho un auténtico desastre con la alfombra.

Ella se echó a reír, con los ojos llenos de lágrimas; luego se llevó las manos a la cara para taparse los ojos.

—¡Basta! ¡Deja de quitarle importancia! ¡Sabes que no tendrías que estar aquí!

—No, no lo sé —respondió él con una voz dulce—. Explícamelo.

Sadie negó con la cabeza.

—¿No sabes que, en estas historias, siempre debe pagarse una penitencia? El mentiroso siempre acaba mal. El tiro siempre le sale por la culata.

—Ah, eso —dijo él, desdeñoso —. Mira, no te preocupes por ese asunto. No mentiste.

Sorprendida, se olvidó de no mirarlo. Dejó caer las manos y lo contempló fijamente.

—¿No mentí?

Graham no se puso en pie,

como ella esperaba que hiciera, sino que permaneció relajado en el suelo, sentado con las piernas cruzadas y las manos rodeándole, cómodamente, las rodillas. La miraba sonriente, con sus ojos verdes llenos de fuego.

—Podría explic{rtelo, pero tienes razón< Primero debes pagar el precio.

Sadie tragó aire, mientras la esperanza y la desesperación libraban una dura batalla en sus entrañas.

—¿Qué< qué precio?

Él le tendió una mano.

—Tienes que ayudarme a

levantarme. Trepar ha sido doloroso. Me he hecho daño en< la culata.

Riendo entrecortadamente, Sadie avanzó para cogerle, vacilante, la mano. En cuanto sus dedos se cerraron alrededor de los de ella, Graham tiró con fuerza.

Con un leve chillido, ella cayó entre sus brazos. Él la estrechó y empezó rodar hasta que quedó encima de ella, pie contra pie, nariz contra nariz, en el suelo. Sonrió al ver su estupefacción.

—¿Lo ves? Todavía encajamos. —Se sacó algo del bolsillo del chaleco y se lo deslizó en el dedo

—. Eres la única que encaja.

Sadie parpadeó al ver el precioso anillo.

—¿De dónde lo has sacado?

—Era de mi madre. —Cuando Sadie soltó una exclamación ahogada e hizo un intento de quitárselo, él puso la mano encima de la de ella, deteniéndola—. Era la duquesa de Edencourt. Igual que tú. Ahora es tu anillo.

Sadie protestó de nuevo, pero su voluntad se estaba debilitando. Le encantaba aquel anillo. Quería aquel anillo.

Además, él había trepado por un árbol para dárselo. «Un hombre

hará cosas increíbles por la mujer a la que ama apasionadamente.»

Aunque él se apartara de ella en aquel momento y la desdeñara para siempre; aunque ella se tirara bajo las ruedas de un carruaje al día siguiente; aunque el mundo se acabara esa noche< siempre tendría ese momento. Sin vacilar ni un instante, le echó los brazos al cuello y tiró de él para darle un beso que quizá tuviera que durarle para el resto de su vida.

Nunca había sido malgastadora.

Un rato —de hecho, un buen rato— después, Graham se apartó

para poder respirar.

—Sophie< —Carraspeó—. Lo siento. —Empezó de nuevo—. Señorita Westmoreland, ¿querría acompañarme al saloncito? Hay algo allí que debería ver.

Con tristeza, porque el momento había pasado y quizá nunca volviera, Sadie le sonrió y le permitió que se levantara.

—¿Señorita Westmoreland? ¿Es necesario que seamos tan ceremoniosos, Graham?

Él levantó una mano para hacerla callar.

—¡Vamos, vamos! No debemos

hablar. No hemos sido presentados como es debido.

Con una breve carcajada de impotencia, Sadie se levantó y dejó que él la acompañara fuera de la habitación. Por lo menos, no le soltaba la mano.

Abajo, en el saloncito, encontraron a toda una multitud: Brookhaven y Deirdre, Marbrook y Phoebe, una excitada Meggie, un gatito hecho un lío con un hilo< y el señor Stickley, el abogado.

Todos sonreían, salvo el gatito.

Cuando Sadie entró, el señor Stickley avanzó hacia ella, con su remilgada sonrisa sincera y

admirativa.

—Excelencia, me alegro mucho de volver a verla.

Sadie carraspeó para eliminar la sorpresa de la garganta y consiguió responder con bastante elegancia.

—Gracias, señor. Es agradable volver a verle, igualmente.

Él le hizo una bonita inclinación.

—¡Y mi sincera enhorabuena por su excelente enlace, querida! ¡Sabía que una de ustedes ganaría!

Sadie frunció el ceño, angustiada.

—Oh, Dios mío. Nadie le ha

dicho< En realidad, no soy Sophie Blake.

El señor Stickley soltó una risita indulgente y enlazó las manos.

—¡Pues claro que no lo es! ¡Válgame Dios! —Metió la mano en la chaqueta y sacó un papel—. De todos modos, aquí tiene. ¡Que lo use con buena salud!

Confusa, Sadie cogió el papel< y entonces se dio cuenta de que era un cheque. Un cheque por mucho dinero. Se le quedaron los dedos insensibles y el cheque cayó al suelo.

El señor Stickley la miró

preocupado.

—¿Está bien, excelencia?

La habitación amenazaba con inclinarse. El brazo de Graham la rodeó, fuerte y cálido. Sadie recuperó el equilibrio al instante. Tendió la mano para coger el cheque que Stickley había recogido del suelo.

—Si no le importa, señor< Me gustaría volver a leer lo que pone.

El papel estaba frío y terso en su mano. La cantidad era la que había pensado en un principio: casi treinta mil libras. No obstante, esta vez fue el nombre del cheque lo que

le hizo detenerse.

Sadie Westmoreland Blake Cavendish, duquesa de Edencourt.

—¿Blake? —Se le hizo un nudo en la garganta. Miró, impotente, a Deirdre y a Phoebe—. ¿Qué< qué es esto?

Deirdre sonrió.

—Enhorabuena. Has dejado de ser huérfana.

Phoebe movió la cabeza, sonriente.

—En realidad, hace quince años que no lo eres. La señora Blake te adoptó legalmente cuando te recogió en Acton y te llevó a su

casa.

La expresión de Deirdre se volvió implacable.

—Eso es lo que ella dice y lo que mantendrá; por Dios que lo mantendrá.

—¿Me adoptó? —Sadie parpadeó—. Entonces< ¿somos primas de verdad? —

«Una familia de verdad.»

Phoebe miró a Sadie con una bondadosa comprensión en sus ojos.

—Graham lo ha logrado.

Su fuerza y su firmeza nunca la habían abandonado. Se había apoyado en él con la misma

naturalidad con que respiraba. Se volvió hacia él, con tantas preguntas pugnando por salir de sus labios que no consiguió decir nada.

Él le sonrió y luego le tocó la punta de la nariz con un dedo.

—Eres Sadie Blake. La señora Blake lo jurará ante cualquier tribunal de este mundo.

Sadie pestañeó.

—Pero< ella me odia.

La sonrisa de Graham se volvió un poco triste.

—Estoy bastante seguro de que odia a todo el mundo. No tengo ninguna duda de que me odia a mí,

ya que fui quien señaló que si recibías la herencia, podrías devolverle las doscientas libras.

Deirdre soltó un bufido.

—Que, para empezar, no eran suyas.

Sadie volvió a mirar el cheque que tenía en la mano.

—¿No debería darle una parte de esto? Quiero decir, ella es la auténtica Pickering, no yo.

—¡Ni se te ocurra! —Deirdre plantó las manos en las caderas—. ¿Sabes por qué envió a su ama de llaves a aquel orfanato? ¡Buscaba a una niña que pudiera pasar por Sophie y ganar el premio!

Phoebe asintió.

—Finalmente confesó que solo renunció a la idea cuando tú resultaste ser<

—Fea —acabó Sadie sin sombra de rencor—. Ahora todo tiene sentido. —Miró el cheque que tenía en la mano—. Entonces, es justo. —Se volvió hacia Graham y le tendió el cheque, con una sonrisa—. Para tu Edencourt.

Su mano se cerró sobre la de ella, con el cheque dentro.

—Para nuestro hogar, Sadie Westmoreland Blake Cavendish, duquesa de Edencourt. —Levantó sus manos entrelazadas y le besó

los nudillos—. Es muy agradable conocerte por fin. «Un amor de verdad.»

Ella se rió y le hizo una reverencia.

—Lo mismo digo, excelencia. —Luego lo miró y sonrió, con todo el amor que nunca creyó poder demostrarle de nuevo, una sonrisa que hizo aflorar la admiración a sus ojos y soltar una exclamación de absoluto asombro al señor Stickley—. Pero puedes llamarme Sadie.

Capítulo 34

Entrecerrando los ojos para defenderse de la luz de la tarde, gris y nacarada, pese a brillar a través de las nubes, Wolfe salió dando traspiés de la taberna y se secó la boca, que sabía a demonios, con la manga. Apoyando una mano temblorosa en el marco de la puerta, se inclinó para escupir en los adoquines. La camarera le había dejado dormir la borrachera en su cama, aunque se había sentido muy molesta por la mañana, cuando había descubierto

que no había ninguna moneda para recompensar su generosidad.

Wolfe tenía la cabeza como un bombo y se sentía, en general, como si una brigada de obreros le estuviera erigiendo un patíbulo dentro del cráneo. La imagen de una soga osciló en su confusa visión durante un incómodo momento. Luego consiguió hacerla desaparecer pensando en los considerables atractivos de la antes mencionada camarera.

Con esas edificantes ideas para darse ánimos, fue capaz de enderezar la espalda y mantenerse erguido. Se pasó las dos manos por

el pelo sucio y luego se las frotó contra la parte delantera de la chaqueta. Un parte todavía lisa, a pesar de la edad. Cuarenta y tantos era estar en plena flor de la vida. Le quedaban muchos, muchísimos años para disfrutar de los frutos de sus esfuerzos. No obstante, por el momento, tenía que encontrar a Stickley para que le diera un adelanto. Todavía tenía que ocuparse de la cuestión del marqués de Brookhaven.

Cuando aquel tipo estuviera muerto y bien muerto, ya no habría más posibilidades de que las bisnietas de sir Hamish Pickering

pusieran las manos en un solo penique del oro de aquel bastardo.

Arrastrando los pies, con una postura que no llegaba a ser erguida, Wolfe empezó a seguir su camino a través de las serpenteantes calles y callejuelas de Shoreditch, dirigiéndose hacia unos barrios más respetables. Lástima. El olor de los adoquines recubiertos de orín y hollín le daba un garbo al andar que nunca habían conseguido el olor de las flores o el perfume de una vida más elegante.

—De vuelta al despacho —masculló entre dientes, y luego se

rió en voz baja—. Tictac, compañero, el tiempo es oro. —¿Quién solía decir aquello tantas veces que a Wolfe le entraban ganas de romperle la crisma con un bate de criquet? Ah, sí. El señor Wolfe, el Viejo, tenía por costumbre soltarle esa homilía a su querido socio, Stickley Primero.

Vaya, esa era una idea que daba ánimos. Al imaginarse separándose de Stickley para siempre, apareció una sonrisa beatífica en la cara de Wolfe y casi desapareció el enrojecimiento de los ojos y la palidez verdosa.

La miseria de Shoreditch quedó

atrás por fin y Wolfe se detuvo delante de un escaparate de Fleet Street para ponerse bien la corbata. Mierda, ¿dónde estaba su corbata? Recordó que la había utilizado para atarle las manos a la camarera en algún momento de los últimos días, y se encogió de hombros. Aquella ramera podía quemarla, a él ya no le importaba. Pronto nadaría en el lujo, sería el receptor feliz y activo de casi quince mil libras de intereses del trust Pickering.

Stickley ya no necesitaría su mitad, claro.

Mientras Wolfe trataba de

obligar a sus torpes dedos a hacer algo útil con el cuello de la camisa, pasaron dos señoras por detrás de él. Vio sus elegantes sombreros y chales reflejados en el cristal y al aburrido lacayo que las seguía con los paquetes. Wolfe rebulló, irritado. Las señoras eran parásitos, demasiado altivas para pagarse sus gastos dedicándose honradamente a hacer de putas. Pronto tendría suficiente dinero para rodearse de prostitutas entusiastas y amigos de ideas afines a las suyas durante el resto de su vida.

Un placer tan sibarítico estuvo

a punto de hacer que dejara de prestar atención a la conversación de las señoras; es decir, hasta que oyó el nombre de «Edencourt».

—¡Oh, no! El dinero es de ella, no de Edencourt. Casi treinta mil libras, dicen.

La otra mujer suspiró, envidiosa.

—¿Puedes imaginarlo? ¿Un duque joven y atractivo y toda esa riqueza? Se irá a la cama con camisones de Lementeur, espero.

La otra mujer resopló, con no menos envidia.

—¡Con esa herencia, vestirá a sus doncellas en Lementeur!

—Pero ¿no es romántico? He oído que la raptó y se la llevó a su propiedad, y que no quiso dejar que se marchara hasta que le prometió casarse con él.

«¡Debería haber matado a esa puta escuálida cuando tuve la oportunidad!»

No fue hasta que sintió la pesada mano del lacayo en el hombro cuando se dio cuenta de que había soltado aquellas amargas palabras en voz alta.

—Señor, me parece que será mejor que siga su camino.

Wolfe se vio obligado a dar media vuelta. El lacayo —

maldición, parecía más un guardaespaldas que un simple sirviente— estaba firmemente plantado entre Wolfe y las escandalizadas miradas de las dos señoras. Las dos eran muy ricas, probablemente damas de muy alto rango. Wolfe luchó por dominar la ira volcánica que le quemaba las entrañas el tiempo suficiente para esbozar una sonrisa de disculpa y pronunciar alguna frase obsequiosa. El lacayo lo soltó al fin y Wolfe retrocedió, inclinándose y sonriendo y dándose náuseas a sí mismo debido a su propia desesperación.

¿Qué podía haber sucedido? Cuando se apartó del mundo, solo unos días antes, aquella novia con cara de caballo de Edencourt había quedado expuesta como un fraude. Y ¿ahora tenía la herencia? Wolfe se acercó en dos zancadas al chico de los periódicos más cercano, que estaba atando los últimos diarios no vendidos del día.

Wolfe lo apartó de un empujón y se hizo con un periódico.

—¡Eh! ¡Es un cuarto de penique!

Wolfe dirigió toda la fuerza de su ira contra aquel gusano llorica. El chico se puso pálido y

retrocedió, alejándose de los ojos rojos y enloquecidos de Wolfe y haciendo una pequeña señal supersticiosa contra el diablo mientras se alejaba.

Wolfe dejó de prestarle atención, rasgando la hoja en su prisa por leerla. Allí estaba, en la columna de la *Voz de la Sociedad*.

> *Si el duque y la duquesa de Edencourt no eran ya la pareja más afortunada de Inglaterra, contando con la bendición del atractivo y del verdadero amor, lo son ahora, sin ninguna duda. La duquesa, al parecer, es la vencedora de un simpático concurso entre ella y sus encantadoras primas, ambas casadas con los hermanos*

Brookhaven, el propio marqués y su hermano, lord Raphael Marbrook. Lady Edencourt ha heredado una vasta fortuna por casarse con su duque. La Voz de la Sociedad *se pregunta si este testamento se convertirá en la última moda en los legados; una herencia destinada al mejor enlace de todos.*

Desaparecido. Evaporado. Absorbido por aquel duque arrogante y aquella reliquia ruinosa de su propiedad.

Las manos de Wolfe empezaron a temblar de nuevo. Esta vez, la ira quedó casi absorbida por el pánico y el temor. Había gente que lo estaba buscando; gente que ahora sabía

que ya no podía esperar nada, ni siquiera de su mísera iguala.

Maldición. Se le helaron las entrañas al pensarlo. Había mantenido a sus acreedores a raya durante meses, contándoles historias de la riqueza que le debía el fideicomiso Pickering. Mentiras, sobre todo, pero todos recordaban lo rico que había llegado a ser el viejo Hamish. Wolfe había lanzado aquel nombre al aire con un cómodo abandono, disfrutando del respeto que aparecía en los ojos de todos cuando oían que era el albacea de tanta riqueza. No importaba que fuera Stickley

quien< Stickley.

Wolfe se apretó la dolorida frente con las dos manos. Había algo que tenía que recordar sobre Stickley<

«Es lo
que
mi
padre
habría
esperado
de
mí.»

Ah, sí.

Wolfe respiró profunda y entrecortadamente. Se había salvado por los pelos. Por un

momento, había pensado que tendría que huir a las Antillas o, Dios no lo quisiera, a las Américas.

Pero ahí estaba Stickley, tan fiable y útil como un felpudo para limpiarse las botas atornillado en la entrada; ese era el honrado y leal Stickley, quien tan consideradamente había tomado medidas para que Wolfe siguiera viviendo según el estilo al que se había acostumbrado.

Wolfe sonrió, pensando afectuosamente en Stickley por vez primera en su memoria.

La verdad era que se trataba de un buen tipo. Wolfe casi lamentaba

tener que matarlo.

Pocas horas después, el señor Wolfe tenía la mirada clavada en el cañón de un rifle de caza, muy grande y muy negro, que descansaba, perfectamente apoyado, en los brazos de su antiguo socio, el señor Stickley.

—En tu lugar, yo bajaría esa ridícula pistola, Wolfe —dijo Stickley, con más energía de la que Wolfe le habría creído capaz—. Te sobrepaso en potencia de fuego.

Wolfe calculó al vuelo sus posibilidades de matar a Stickley antes de que este lo matara a él. Lo malo era que los rifles funcionaban

mucho mejor que las pistolas. Las pistolas siempre se encasquillaban, y si había que disparar a mucha distancia, eran penosamente imprecisas.

Tras decidir vivir para luchar otro día, Wolfe se inclinó para dejar la pistola en el suelo. El rifle siguió apuntándole un buen rato.

—¿Qué significa este atropello?

«Atropello.» Wolfe sintió que se le ponían los nervios de punta. Hasta el lenguaje que usaba aquel cabrón remilgado le chirriaba en el oído como si fuera el ruido de una sierra.

—Lo siento, Stick, compañero. —Disculparse, lamerle el culo. Convencer a aquel capullo baboso para que bajara la guardia. Luego matarlo y reventar la caja.

Era un plan del demonio.

No tan bueno como el que no incluía a Stickley armado y esperándolo, pero a veces no se podía elegir.

—No tenía intención de hacerle daño a nadie —gimoteó. «Ah, cómo deseo hacerte daño.» Abrió las manos para demostrar su indefensión y avanzó un paso. Stick estaba a su alcance. Probablemente podría arrancarle el rifle de las

manos del hombre más pequeño, si decidía hacerlo.

Luego golpearía la cara de aquel bastardo hasta convertirla en un amasijo irreconocible. Cuando encontraran el cuerpo, lloraría sin parar hasta llegar al Banco de Londres.

Stickley parecía estárselo buscando. Bajó el rifle ligeramente.

—Dijiste que no ibas a hacerle ningún daño a la señorita Blake ni al duque.

Wolfe se encogió de hombros.

—¿Están heridos? Te recuerdo que yo salí del asunto con una

nariz ensangrentada. Y el duque también salió victorioso en aquel callejón. Secuestrar a Brookhaven quedó en nada y yo, personalmente, nunca le he puesto las manos encima a lady Brookhaven. Solo alenté el enamoramiento de Baskin. — Mientras hablaba, iba avanzando cautelosamente una fracción de pulgada por cada palabra.
Luego se lanzó a coger el rifle.

Ya estaba.

Con un poderoso tirón, arrancó el arma de las manos de Stickley y, rápidamente, le dio la vuelta para apuntarlo.

—¡Ja! Estás muerto, pedazo de capullo.

Las luces se encendieron en la habitación que antes había estado en penumbra.

—No, no lo está —dijo una voz amablemente.

Wolfe se volvió y vio a numerosos testigos, maldición. Allí estaba el duque de Edencourt, el marqués de Brookhaven y aquel auténtico bastardo, lord Raphael Marbrook.

—Ha sido muy considerado por su parte relatarnos todos sus delitos, señor Wolfe. —El tono del

marqués era irónico—. Había algunos de los que ni siquiera estaba enterado.

Fueran testigos o no, Wolfe era el único que estaba armado. Apuntó con el rifle a los caballeros que tenía delante.

—Señores, excelencia, lamento informarles de que todos acaban de comprar un billete para el barco *Cómo convertir a mi esposa en viuda*<—Sonrió desagradablemente—. Que va a partir de inmediato.

Stickley estaba meneando la cabeza.

—Yo pensaba que estabas

borracho la mayor parte del tiempo. Nunca me di cuenta de que ibas camino de convertirte en el hombre más estúpido que existe. Si sabía que ibas a venir con la suficiente seguridad como para reunir a este estimado grupo de testigos, ¿no crees que habré sido igual de precavido para quitar las balas de mi rifle?

Los tres caballeros que tenía delante sacaron sus propios rifles de detrás de la espalda.

—Estos, por el contrario, están cargados. ¿No es así, señor Stickley?

Wolfe se revolvió contra su

socio, lleno de rabia.

—Tú eres tan culpable como yo de todo esto, Stick. Si me cuelgan, te colgarán conmigo.

Se volvió hacia Brookhaven.

—¿Quiere saber quién atacó a su prometida y secuestró a su hermano antes de la boda? —Levantó un dedo y apuntó a Stickley—. Este hombre de aquí estuvo a mi lado durante toda la aventura.

Brookhaven entrecerró los ojos.

—¿Me está diciendo que Stickley estaba allí, ayudándole a escenificar un asalto a mi carruaje?

—Se acercó más—. ¿Me está diciendo que apuntó con una pistola a la esposa de mi hermano, mi prometida entonces, y que a él lo encerró en un sótano asqueroso durante días, sin comida ni agua?

Wolfe asintió, vengativo.

—Sí, lo hizo.

Stickley negó con la cabeza, con aire cansado.

—Demasiado whisky, Wolfe. Sabía que solo era cuestión de tiempo que perdieras la cabeza.

—¿Qué? —Wolfe miró a uno y otro hombre, pero no vio que ni una pizca de sospecha fuera a recaer sobre Stickley. Blandió el

rifle, irritado—. ¡Pregúnteselo a su esposa, Marbrook! ¡Ella estaba allí!

—Oh, vaya, es verdad. —Stickley asintió y se dirigió a la puerta de la cocina—. Milady, por favor.

Cuando lady Marbrook salió, Wolfe se quedó boquiabierto. Luego le sonrió; era su última esperanza. Ella retrocedió, enarcando las cejas, alarmada.

—Rafe, detenlo.

Lord Marbrook la rodeó con el brazo.

—No pasa nada cariño. Parece que el señor Wolfe está algo confuso respecto a la noche antes

de que me secuestraran. Le gustaría que nos aclararas algo a todos.

Wolfe levantó una mano y señaló a Stickley.

—Allí había dos de nosotros, ¿no es verdad?

Lady Marbrook lo miró parpadeando.

—¿Dos? ¿Está seguro?

Wolfe se quedó boquiabierto.

—¡Nos vio a los dos!

Ella se encogió de hombros.

—En realidad, no me acuerdo. Estaba aterrorizada, entiéndalo< una señora sola e indefensa en una carretera oscura, con un

bandolero< —Negó con la cabeza, pesarosa—. No estoy segura de lo que vi.

Entonces Wolfe lo entendió todo. Stickley había hecho un trato con ellos. Su captura a cambio de refugiarse bajo su protección y, probablemente, algo más.

Entonces entró la guardia en la habitación, unos hombres rudos que lo apresaron, jurando y empujándolo, todos ansiosos por reclamar el botín de ese delito.

Mientras se lo llevaban, lo único que Wolfe podía hacer era lanzar miradas furiosas a Stickley por la ventana con barrotes del

carromato, como si fuera un animal enjaulado.

La señora O'Malley era una mujer de gran sensatez y tolerancia. Sabía que si su hija mayor, Patricia, afirmaba que había vuelto de Inglaterra porque la habían despedido por haraganear en el trabajo, era mejor no hablar de la verdadera razón por el momento. ¡Como si alguno de sus hijos hubiera haraganeado ni un solo día de su vida!

Se trataba de un hombre, claro.

La señora O'Malley tenía cinco hermanas y tres hijas. Sabía ver la diferencia entre la tensa palidez de

un corazón roto y la desesperación del fracaso.

Hasta los chicos, que Dios los bendijera, sabían que alguien le había roto el corazón a su querida hermana. Le dirigían miradas preocupadas y mascullaban desagradables palabras sobre el «maldito inglés», pero no cuando Patricia podía oírlos, porque solamente conseguían que se pusiera más pálida.

La señora O'Malley se secó las manos después de fregar los platos y fue hasta donde estaba Patricia, sentada pelando patatas para la comida del mediodía. Una familia

de siete miembros muy trabajadores podía comer una buena cantidad de patatas, pero Patricia había pelado bastantes para un regimiento.

Suspirando, la señora O'Malley alzó los ojos al cielo, con la esperanza de recibir ayuda. Iba a tener que abrir una profunda herida, pero si no la cauterizaba rápidamente con un poco de sentido común y una actitud práctica, todos se ahogarían en aquellas peladuras empapadas en lágrimas.

Entonces un movimiento atrajo su mirada hacia el otro lado de la

pequeña ventana. Había alguien bajando por la carretera del acantilado, caminando con los movimientos sueltos y cómodos de alguien que llevaba mucho rato andando. Un hombre, vestido con ropa de resistente hilo y lana tejidos en casa; un hombre alto y guapo, con el sombrero echado ligeramente hacia atrás, para disfrutar mejor de un día poco habitual.

—¿Quién crees que será ese?

Su hija se unió a ella junto a la ventana, para mirar obedientemente al mundo del que se había retirado. Entonces la

señora O'Malley oyó una exclamación ahogada, como la de una mujer con el corazón alborotado. Volvió la cabeza al instante y vio que su bonita Patty, una de las chicas más atractivas de County Clare, nunca había estado tan guapa.

La señora O'Malley volvió a mirar al hombre del camino.

—¡No será ese el inglés!

Patricia se echó a reír, con un tono de puro goce.

—No seas tonta, mamá. Ese es mi Johnny irlandés, que por fin ha vuelto a casa.

La señora O'Malley se quedó

mirando mientras su hija mayor corría ligera por el camino para reunirse con su hombre, al tiempo que las puntas de lana blanca de su chal volaban detrás de ella como si fueran las alas de un ave marina que llegaba a tierra firme por fin.

Epílogo

Graham cruzó la puerta de entrada a Edencourt sin tener que tocar el pestillo con sus propias y señoriales manos. Claro que eso era porque habían quitado las puertas y el carpintero se las había llevado para hacerles unas reparaciones muy necesarias. Las devolverían al cabo de un par de días. Cuando llegaran más obreros, la restauración de la casa iría más rápido.

Graham confiaba que así fuera. Le había prometido a Sadie que las

puertas estarían colocadas de nuevo antes de las primeras nevadas.

—¡Ventanas! —exclamó ella, blandiendo el cepillo de fregar ante él—. No te olvides de contratar a un cristalero. Hay demasiadas ventanas rotas.

Había sido idea de Sadie contratar al señor Stickley para la organización y reparación general de la casa principal, y el hombre había dedicado sus celosos esfuerzos a gastar la fortuna Pickering casi con tanta rapidez como la había acumulado.

—He asegurado el principal —

le garantizó a Graham. Habló de otras cosas, como «amortización» y «porcentajes», así que cuando los ojos de Graham acabaron por ponerse vidriosos, este animó al señor Stickley a seguir adelante con sus proyectos.

—Muy bien hecho, amigo mío.

La cara de Stickley se iluminó.

—Esto es muy gratificante, excelencia. Espero poder ser un huésped aquí, algún día.

Graham lo miró boquiabierto.

—Como si alguna vez fuéramos a permitirle que se marchara.

Al hombrecito se le habían

llenado los ojos de lágrimas. Graham se moría de impaciencia por dejarlo suelto por el resto de la propiedad.

Sin embargo, por el momento, todo tenía peor aspecto que antes. Lo que estaba a punto de hundirse había sido arrancado. Lo que estaba roto, lo habían cerrado con tablas. Lo que era posible reparar, se lo habían llevado, dejando unos enormes huecos vacíos y escombros por todas partes.

Se enfrentaban solos a todo aquel jaleo. Había invitado cordialmente a Brookhaven y a Marbrook para que lo ayudaran.

Ellos habían declinado la invitación lamentándolo mucho. Desde entonces, el viejo duque de Brookmoor había muerto y Calder y Deirdre habían cogido a Meggie y a su gatito, *Fortescue el Menor*, y se habían trasladado para establecer su residencia en Brookmoor. Rafe y Phoebe se habían ido de inmediato a Brookhaven, ansiosos por hacerlo suyo, en custodia para el primer hijo varón que naciera de Calder y Deirdre.

Deirdre había confesado que ya estaba encinta. Phoebe había demostrado tener una vena competitiva antes imperceptible,

quedándose también embarazada inmediatamente.

Sadie había sonreído, feliz por las dos, y luego había arrastrado a Graham a casa para practicar un poco. Graham, obediente, había dado todo de sí. Y un poco más.

Ahora, de pie en el vestíbulo, Graham tosía en medio de una nube de polvo de yeso. El marido de Moira, John, sacudía con energía una lona desde un balcón del piso de arriba.

—¡Lo siento, excelencia!

Ah, el gozo de la vuelta al hogar. Graham subió la escalera, evitando los agujeros dejados por

los peldaños de mármol deteriorados que habían sido arrancados; esperaban el nuevo pedido, que llevaba mucho retraso.

Sadie no había estado en las cocinas ni en los jardines ni siquiera en los establos. Él se burlaba de ella por eso. Había declarado que no había ninguna necesidad de que aprendiera a montar, porque no iba a subirse a un caballo nunca jamás, en toda su vida. Sin embargo, siempre estaba dándoles azúcar a los robustos ponis que hacían la mayor parte del trabajo de arrastre y transporte en aquellos momentos.

Desde lo alto de la escalera, Graham contempló sus dominios. Era asombroso qué pocos recuerdos de su vida anterior quedaban allí. Con la hoguera ritual de limpieza de todos los trofeos de caza, resecos y mohosos, cada vez parecía quedar menos de la brutalidad del viejo duque en aquellas elegantes estancias.

En cambio, Graham sentía la presencia de su madre como una bendición. ¿Estaba allí? En realidad, no lo creía. Tal vez era solo que percibía la presencia de un toque femenino. Todos los trabajos a los que Sadie dedicaba

su atención lograban unos resultados excepcionales, como si la casa y la propiedad ansiaran que las cuidaran, las nutrieran, las amaran<

¿Acaso no lo deseaba todo el mundo?

Finalmente, irritado, Graham echó la cabeza atrás y rugió su nombre por encima del ruido de los martillazos, las sierras y el caos general.

—¡Sadie!

—¡Estoy aquí, Gram!

Siguió el sonido de su seductora respuesta hasta la habitación del viejo duque. Ella

estaba arrodillada en la chimenea, limpiando años de cenizas de la rejilla. Parecía agotada, exhausta, polvorienta y mugrienta, y total y absolutamente feliz.

—Sadie, no deberías hacer eso tú misma. ¡Estás ensuciándote!

Ella se volvió para mirarlo por encima del hombro y luego se echó a reír.

—¡Pues mírate tú!

Él bajó la mirada y se sacudió la ropa de trabajo, llena de brea.

—He estado dándoles órdenes a los techadores de las casas de la parte norte — explicó—. Tenía que

ensuciarme.

Sadie se sentó sobre los talones.

—Hummm. Lo has pasado en grande. Como un niño en el barro.

—Ese soy yo; un chico sucio. —La miró con aire lascivo.

Ella le devolvió la mirada.

—¿Quieres mirarme mientras me tomo un baño más tarde, chico sucio?

Él tragó saliva. Con fuerza.

—¡Ufff! —Carraspeó—. Sí, por favor. —Entonces recordó por qué había subido—. Es la hora de tu clase de equitación.

Ella puso los ojos en blanco.

—Los caballos son muy útiles. Pueden tirar de los carruajes y todo eso. He oído decir que algunas personas incluso los comen. No creo necesario añadirles la carga innecesaria de que, además, los monten.

Él se arrodilló a su lado.

—Te prometo que es muy agradable montarlos. No deberías tener miedo.

Sadie soltó un bufido, que en realidad sonó muy parecido al de un caballo.

—No tengo miedo. ¿Cómo podría tener miedo de algo que es

tres veces más grande que yo y tiene unos dientes gigantes y unos cascos de hierro<?

—Sí, lo admito; es una visión aterradora cuando atacan esas indefensas flores y me estremezco al pensar en lo que sufre la bala de heno<

El sucio cepillo del carbón le dio de lleno en el pecho, aunque ella se reía.

—¡Bueno, está bien! Asistiré a mi lección de equitación en cuanto haya acabado con esto.

Él miró alrededor, desdeñoso.

—¿Qué hay tan importante en la habitación de mi padre?

Ella inclinó la cabeza.

—Esta no es la habitación de tu padre, idiota. Es tu habitación.

Graham alargó el brazo y la atrajo hasta colocarla encima de sus rodillas.

—Nuestra habitación —le gruñó al oído—. Si pasas cada noche conmigo durante el resto de nuestra vida, dormiré donde tú quieras.

Sadie se echó a reír cuando su mejilla sin afeitar le hizo cosquillas, pero luego lo miró con seriedad.

—Te quiero, Gram. Ya te quería

antes de que fueras duque.

Él le sonrió y trató de quitarle con el dedo una mota que tenía en la mejilla, aunque solo consiguió extenderla más.

—Te quiero, Sadie, mi señora. Ya te quería antes de que fueras una de las mujeres más ricas de Inglaterra. También te quería antes de que fueras la mujer más bella de Inglaterra. Estoy casi seguro de que te quería antes de que fueras la mujer más loca de Inglaterra, pero por muy poco.

Sadie sonrió entonces, ofreciéndole solo a él su por entonces famosa luminosidad. Así

era exactamente como a él le gustaba. La besó, a pesar de lo sucios que estaban los dos, y utilizó sus labios y sus manos hasta hacerla jadear.

Hicieron el amor entre las cenizas, un duque y una duquesa en un feliz por siempre jamás que habían creado por sí mismos.

RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

Celeste Bradley

Celeste Bradley es la autora de

la novela Fallen, que fue nominada para un premio RITA en el año 2002. Actualmente, vive en Tennessee con su marido periodista, sus dos potenciales divas y el perro más inteligente del mundo.

Según dice la misma Bradley, lo mejor que tiene escribir es que finalmente le das utilidad a todas las cosas triviales que llenan tu mente producto de ocho años viviendo en diferentes ciudades,

residiendo más o menos
en veinte hogares y cambiando de profesión unas cinco veces. En palabras textuales de la autora: «*Todos esos cambios fueron la investigación necesaria para mi carrera como escritora. ¿Os habéis preguntado alguna vez que sucede con ese tren que nunca tomasteis, esa oportunidad perdida, ese hombre al que nunca besasteis? Un buen día me di cuenta de que ese tren perdido daba paso a una historia no contada, y esa historia conducía a un libro y, de repente, lo que hasta ese momento sólo había sido una fantasía se tornó en realidad bajo la forma de dos cubiertas*

con mi nombre escrito en ellas. Contarme una historia a mí misma es lo mismo que contároslo a vosotras. Soy una esposa, una madre, una particular ama de casa y una profesora. Mis amistades son de lo más diverso, desde antropólogas, ingenieras a amas de casa.»

El duque más deseado

El abuelo de Sophie Blake dejó dispuesto que su fortuna sería para la primera de sus nietas que se casara con un duque. Sin embargo, la reposada y culta Sophie ha decidido no obcecarse y disfrutar de la compañía del único hombre

al que adora, Gram. Tanto da que él no sienta el menor deseo por ella: Sophie se contenta con charlar, ganarle a las cartas y bucear en el misterio que esconde su sonrisa de embaucador.

Pero de pronto, Gram, gana un título, una finca en decadencia y un montón de deudas. Su única oportunidad para salir adelante es encontrar una esposa rica. Muy rápido. Tanto que, cuando Sophie se convence de que un simple florero nada puede hacer, la veda ya se ha abierto.

Se someterá a un cambio de imagen radical y se presentará en

un baile causando furor. Todos se vuelven para mirar a esta hermosa mujer< pero ¿y Graham?

Trilogía Herederas

1. Desperately Seeking a Duke (2008) / A la caza del duque (2010)
2. The Duke Next Door(2008) / El duque que no sabía amar (2010)
3. Duke Most Wanted(2008) / ***El duque más deseado*** (2011)

1.

* * *

Traducción de Isabel Merino
Título original: *Duke Most Wanted*
Primera edición: enero, 2011
© 2008, Celeste Bradley
© 2011, Random House Mondadori, S. A.
ISBN: 978-84-9908-727-6 (vol. 86/3)
Depósito legal: B-41894-2010

Notas

[←1]

La frase en inglés es *There but for the grace of God, go I*. Es decir: «Allí, salvo por la gracia de Dios, voy yo.» Significa que, salvo por la gracia de Dios, el que habla

podría haber sufrido la misma desdichada suerte que otro. (*N. de la T.*)